

EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

cuaderno publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *El Caribe*



El Caribe Arqueológico recibe colaboraciones, siempre que tengan una extensión máxima de 15 cuartillas —30 líneas y 60 caracteres por líneas—, incluidos anexos y bibliografía.

Deben ser presentados —preferentemente— en disquetes, compatibles IBM, en español, inglés o francés.

La aceptación de los textos será comunicada previamente a los autores.

No se devolverán los originales no publicados.

EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*



3 / 1999

CONSEJO EDITORIAL

Dr. Marcio Veloz Maggiolo
Mtr. Jorge Ulloa Hung
Dra. Betty Meggers
Dra. María Nelsa Trincado

CONSEJO ASESOR

Dr. Mario Sanoja (Venezuela)
Dra. Iraida Vargas (Venezuela)
Dr. Carlos Angulo (Colombia)
Dr. Oscar Fonseca (Costa Rica)
Dr. A. Gus Pantel (Puerto Rico)
Dr. M. Rivero de la Calle (Cuba)
Dr. José M. Guarch (Cuba)
Dr. José Alcina Franch (España)

Correspondencia a:

☒ Casa del Caribe
Calle 13 No. 154 esq. 8
Rpto. Vista Alegre.
Santiago de Cuba, 90400
CUBA. Tlf. (53)(226)42285 y
(fax) 42387 E-mail
caribe@artsoft.cult.cu

☒ Marcio Veloz Maggiolo
Apartado 642
Santo Domingo
República Dominicana

☒ Betty Meggers
Taraxacum S. A.
MNH-112
Anthropology 20560
Washington D. C., USA

BETTY J. MEGGERS	2	La utilidad de secuencias cerámicas serladas para inferir conducta social prehistórica
MARCIO VELOZ MAGGILO	20	Arqueología, historia e identidad
JORGE ULLOA HUNG	28	Aproximación a la cerámica temprana en el Caribe
PABLO NERUDA	43	Poesía
JUAN JARDINES MACIAS JORGE CALVERA ROSES	44	Estructuras de viviendas aborígenes en Los Buchillones
JORGE FEBLES JUAN GONZÁLEZ	53	La industria de la concha del residuario Maruca, Ponce, Puerto Rico
WALTER MONTERO	57	Análisis tipológico y funcional del sitio Juncalito: Aproximación a un modelo de uso de los espacios por grupos cazadores, en Falcón, Venezuela
JUAN HERNÁNDEZ CANO RAMÓN NAVARRETE PUJOL	70	Semillas carbonizadas del residuario protoarcaico La Batea, Santiago de Cuba. Presunciones etnobotánicas
JORGE OMAR TRAPERÓ PASTOR	74	San Fernando del Pozo. Sitio protoarcaico de Santiago de Cuba
LOURDES PAREZ IGLESIAS	79	Restos faunísticos de Cacoyugún I, asentamiento protoagrícola de Holguín
ROBERTO VALCARCEL ROJAS	84	Banes precolombino. Jerarquía y sociedad
ELENA GUARCH RODRIGUEZ JUAN J. GUARCH RODRIGUEZ	90	Caracterización de las regiones pictográficas de la provincia de Holguín
JOSÉ G. GUERRERO	102	El contacto temprano indo-hispánico en Santo Domingo: una lectura histórica y arqueológica
GABINO LA ROSA CORZO	109	La huella africana en el ajuar del cimarrón: una contribución arqueológica
MANUEL RIVERO DE LA CALLE	116	Adolfo de Hostos y Ayala. Sus aportes a la arqueología caribeña

Director:

Joel James Figarola

Editores:

Jorge Luis Hernández

León Estrada

Del Caribe, publicación de la Casa del Caribe en Santiago de Cuba / Cada trabajo expresa la opinión de su autor / No se devuelven originales no solicitados / Inscripta en la administración de Correos, zona postal 4, Santiago de Cuba, bajo el No. 81620/168, acogida a la tarifa de impresos periódicos / ISSN-0864-1331.

Este número ha sido publicado con financiamiento de Taraxacum S.A.



TARAXACUM S.A.



LA UTILIDAD DE SECUENCIAS CERÁMICAS SERIADAS PARA INFERIR CONDUCTA SOCIAL PREHISTÓRICA

BETTY J. MEGGERS



Hacer ciencia es buscar patrones repetidos.

Robert H. MacArthur

*El poder de encontrar patrones
a pesar del ruido es la gloria de la ciencia.*

Daniel C. Dennet

Los arqueólogos ya no están satisfechos sólo con rescatar y describir los vestigios de las actividades de grupos humanos prehistóricos; desean comprender cómo se desarrollaron y funcionaron las comunidades que los vestigios representan. Para lograr esto, los restos materiales deben ser ubicados en el contexto social en el cual fueron reproducidos, usados y abandonados. No es difícil diferenciar los rasgos de cazadores-recolectores de los de aldeanos agricultores, cacicazgos y estados. El tipo y la complejidad tecnológica de los artefactos, el tamaño y la diversidad de los asentamientos, las variaciones en prácticas mortuorias y otras categorías de fenómenos culturales, presentan características diagnósticas de niveles de integración sociopolítica. Para lograr inferencias más detalladas se han concentrado los esfuerzos en las expresiones artísticas, en el supuesto de que estas encierran las creencias de los artesanos (quienes a su vez reflejan la ideología de la comunidad) y las distinciones sociales en el grupo. Sin embargo, es difícil de interpretar la significación simbólica de diseños sino imposible de verificar.

Si deseamos reconstruir la organización social de los grupos que dejaron los restos arqueológicos para alcanzar un nivel más detallado que los "modos de vida", tenemos que identificar patrones de conducta que se puedan comparar con los que caracterizan las comunidades actuales. De particular interés es un método para lograr esto entre comunidades que representan el modo de vida aldeano, el cual predominaba en la mayor parte de las tierras bajas de Sur y Centroamérica y Las Antillas (así como en Norteamérica oriental) durante los milenios anteriores al contacto europeo.

Aunque se ha observado la presencia de distinciones entre los estilos cerámicos y otros artefactos de comunidades actuales de la misma tradición cultural (p.e. Arnold, 1993: 235; DeCorse, 1989: 136; Fagan, 1965: 162; Osborn, 1989: 151) y su persistencia a pesar de interacciones sociales y comerciales (DeBoer, 1986: 243; Hodder, 1977: 269), rara vez se ha aprovechado esta circunstancia para diferenciar comunidades prehistóricas. Al contrario, la posibilidad de hacerlo por medio de tiestos ha sido rechazada (Arnold, 1984: 147; DeBoer *et al.*, 1996).

Aunque hemos empleado el método de análisis cuantitativo y seriación, desarrollado principalmente por Ford (1962), para muestras de cerámica provenientes de sitios habitacionales en las tierras bajas sudamericanas desde la década de los 50 (Meggers y Evans, 1957; Evans y Meggers, 1960), lo hemos considerado útil únicamente para reconstruir cronologías relativas. La existencia de docenas de seriaciones construidas a partir de muestras de superficie y niveles estratigráficos en cientos de sitios a lo largo de la costa y los tributarios amazónicos brasileños, recolectados por los participantes de dos programas arqueológicos de larga duración, ha demostrado potencialidades antes no previstas para la reconstrucción de patrones de asentamiento y conducta social.

Las semejanzas entre las distribuciones de sitios de la misma fase y los territorios de comunidades endógamas actuales sugieren que una fase definida en términos de una secuencia seriada no es una abstracción, sino que corresponde a una comunidad autónoma. De ser así, el orden cronológico de las muestra incluidas provee un medio para trazar los movimientos de las aldeas durante el período cubierto por la seriación, reconocer aldeas coetáneas y establecer sus tamaños máximos. Consideraciones teóricas sugieren que algunas de las diferencias menores en las frecuencias relativas de los tipos cerámicos son indicadores de residencia matrilocal.

Este artículo presenta evidencias de que la cuidadosa aplicación a una escala regional de normas estandarizadas de recolección y clasificación de muestras de cerámica y del método de análisis cuantitativo y seriación de la cerámica ofrecen la base para estos tipos de interpretación. La mayoría de las seriaciones son versiones preliminares que ilustran el desarrollo del método. Aunque los detalles siguen siendo refinados, la repetición de los mismos patrones en regiones ampliamente separadas implica que los procedimientos y la base teórica son válidos.

CONSIDERACIONES TEÓRICAS

La evolución es un proceso universal de cambio inherente a todos los fenómenos biológicos y culturales. El cambio se produce mediante dos procesos principales: 1) la selección natural y 2) la deriva. Las características que afectan la supervivencia y la reproducción de los individuos están sujetas a la selección natural, en tanto que las características neutras están sujetas a la deriva. La deriva ha sido reconocida durante muchos años por los lingüistas como el proceso responsable de las alteraciones graduales en la pronunciación, el sentido y la gramática. Varios tipos de evidencia indican que esta también es responsable de los cambios graduales en la composición de las muestras cerámicas utilizadas para la reconstrucción de las secuencias seriadas y que estas secuencias identifican comunidades endógamas y proporcionan cronologías confiables y bastante precisas.

Diferenciación en espacio

La divergencia cultural como consecuencia del proceso de la deriva se ha documentado etnográficamente. Durante los últimos 150 años, los panare se expandieron del sudeste de Venezuela para el noroeste y se separaron en tres grupos regionales. Como consecuencia de la disminución de interacción, ya muestran diferencias ligeras en dialecto, nomenclatura del parentesco, vestimenta, ornamentos, ceremonias funerarias, ritos masculinos de iniciación y ceremonias femeninas de pubertad (Henley, 1982). Diferencias culturales, lingüísticas y genéticas se han reportado también entre comunidades endógamas yanomamo (Spielman *et al.*, 1974), akawaio (Colson, 1983-4) y ge del norte (Seeger, 1981) como consecuencia del aislamiento social. Aunque son raros los estudios comparables de cultural material, se han reportado algunos casos en los que las variaciones tecnológicas menores se correlacionan con diferenciaciones sociales (Newton, 1974, 1986: 16; Hartman, 1976).

Diferenciación en tiempo

La manera en que la deriva puede afectar el cambio de las formas de vasijas se ejemplifica por un ensayo realizado con un grupo de estudiantes ingleses que no poseían ninguna experiencia en la fabricación de la cerámica. Al primer estudiante se le entregó una vasija y las instrucciones para que hiciera una copia (Hodges, 1965). Esta copia se entregó independientemente a otros dos estudiantes con las mismas instrucciones. Sin embargo, las dos

versiones de la copia 2 se distinguen considerablemente en el contorno del cuerpo y en la definición de la base. Cada copia siguiente en cada serie, hecha en las mismas condiciones, también difiere de su predecesora. La deriva ocurrió a pesar de la exigencia de que cada copia fuese una fiel reproducción de la vasija anterior.

Como la deriva es un proceso temporal, una secuencia cerámica seriada debe constituir una cronología. Una ingeniosa prueba del valor de diferencias cuantitativas como indicadores de edad relativa se realizó utilizando las lápidas de cementerios de los siglos xvii a xix en las cercanías de Boston (Mass), en el noroeste de los Estados Unidos (Dethlefsen y Deets, 1966). La posibilidad de obtener cronologías igualmente precisas por medio de secuencias cerámicas fue demostrada por las seriaciones construidas de muestras excavadas en la hacienda Elmwood en el estado norteamericano de Louisiana (Goodwin *et al.*, 1984).

Se recolectaron muestras de cerámica no seleccionadas en dos tipos de deposiciones: 1) hoyos, depósitos adyacentes a fundaciones y otros lugares restringidos y 2) sectores de una larga trinchera a través del sitio, excavada en niveles artificiales. La cerámica fue clasificada en seis géneros principales; las frecuencias relativas en cada muestra fueron calculadas y se construyó una secuencia seriada para cada tipo de deposición. Simultáneamente, a cada muestra le fue asignada una fecha cerámica media (*mean ceramic date*), obtenida a través de una fórmula que calcula la probable antigüedad al comparar las frecuencias relativas de cada género en una muestra arqueológica con las frecuencias esperadas por las fechas del primer y del último año de fabricación. Cuando las fechas cerámicas fueron comparadas con las secuencias seriadas, la correlación fue perfecta en la seriación basada en las muestras de procedencias restringidas y hubo apenas dos inversiones de uno y tres años en aquella basada en los niveles artificiales. La interdigitación de las dos secuencias produjo algunas inversiones adicionales, pero ninguna superó los seis años.

Estos patrones sugieren que la diversificación cultural puede ser estimulada o constreñida por los mismos tipos de procesos que subyacen a la diversificación biológica (Meggers y Evans, 1980). Entre las poblaciones de animales de la misma especie, el inter-cruce mantiene un conjunto genético distintivo. De la misma manera, la interacción social entre los miembros de una población endógama humana mantiene una lengua y cultura distintiva, incluso en las características de la cerámica.

Cuando se evita el intercruce de los animales, la pérdida de este mecanismo homogeneizador posibilita empezar la divergencia genética y de conducta. La operación del mismo proceso en las características culturales promueve la divergencia de las tendencias y frecuencias relativas de los tipos cerámicos entre las fases arqueológicas.

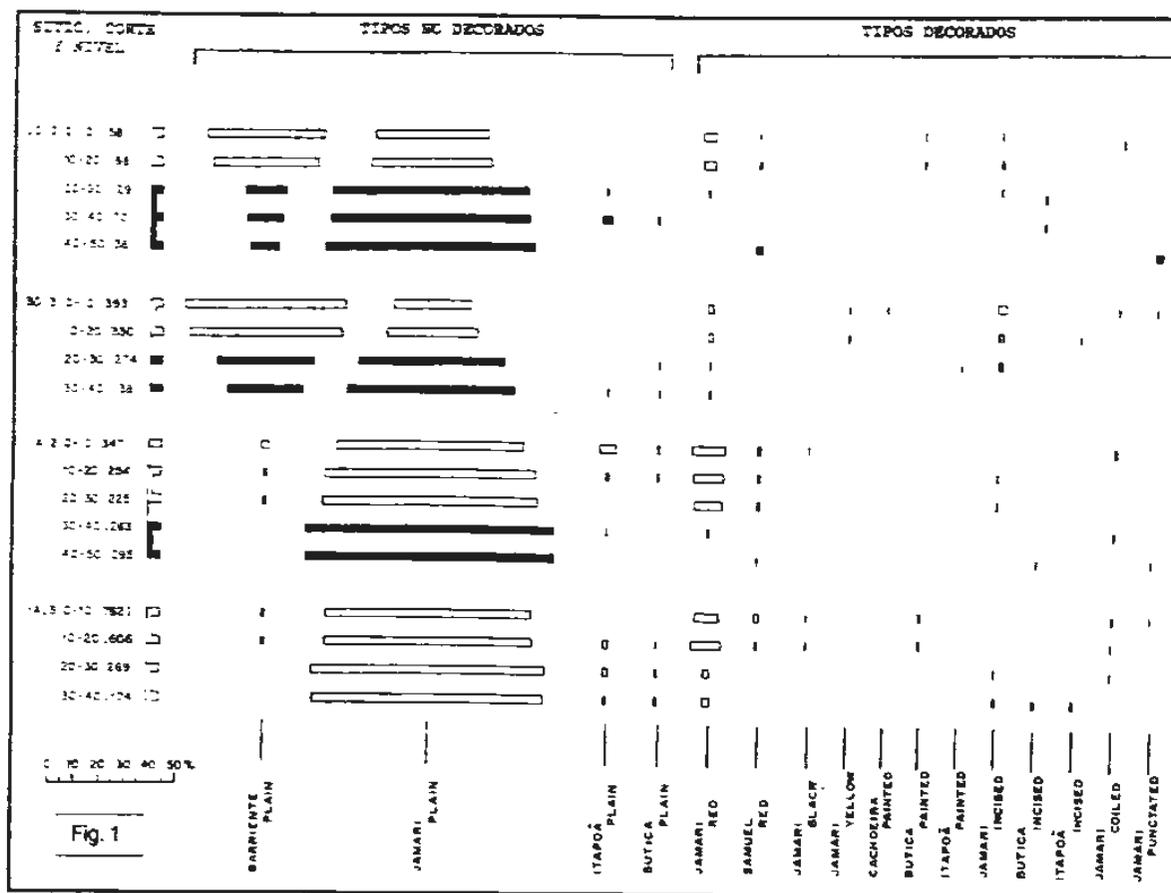
La aplicación de estas consideraciones teóricas para la reconstrucción de la prehistoria amazónica exige la identificación de los aspectos de la cerámica que se modifican en el proceso de deriva y la obtención de muestras apropiadas para el análisis cuantitativo.

CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS

Recolección y confiabilidad de las muestras de cerámica

Cuando comenzó el Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas (PRONAPA), en 1965, el objeto principal fue la construcción de un marco espacio-temporal a lo largo de la costa brasileña. La comparación de los datos obtenidos por una docena de arqueólogos que trabajaron independientemente dependía de la existencia de normas estandarizadas para la documentación de sitios y la recolección de muestras de cerámica y otros artefactos. Fueron designadas áreas para la prospección intensiva en los cursos altos, medios y bajos de los ríos principales (PRONAPA, 1970). Dentro de cada área, se registraron todos los sitios encontrados, desde precerámicos hasta actuales. Se recolectaron muestras al azar (sin selección de bordes y tientos decorados) en la superficie y cuando la profundidad del depósito excedía los 10 cm, se excavaron uno o más cortes estratigráficos de 1x1, 1.5x1.5 ó 2x2 m en niveles de 10 ó 20 cm (Evans y Meggers, 1965). Se cernió la tierra y se conservaron los fragmentos de cerámica en cada nivel.

En los comienzos del Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas na Bacia Amazônica (PRONAPABA), iniciado en 1975 y todavía en curso, los participantes mantenían las mismas normas generales de recolección (Simões, 1977). Como consecuencia, en las áreas prospeccionadas durante la primera década, los sitios en la mayoría de los casos están representados únicamente por muestras de superficie, bajo el presupuesto de que la información estratigráfica se necesitaba solamente para la orientación cronológica de las seriaciones. Al descubrir su valor para reconstruir patrones de asentamiento, movimientos de las aldeas, reocupaciones de sitios y aspectos de comportamiento social, se aumentó el número de sitios con cortes y el número de cortes por



sitio. Por ejemplo, en el proyecto de salvamento UHE Samuel en el bajo río Jamari, Estado de Rondônia, dirigido por Miller entre 1987-1988, se han excavado entre 1 y 9 cortes estratigráficos de 2x2 ó 2x5 m en niveles de 10 cm, a través de 22 sitios grandes (Miller *et al.*, 1992: 35 y Fig. 69-71). Las dimensiones menores son preferibles porque minimizan las posibilidades de distorsiones horizontales, pero no siempre proveen muestras de cien o más tiestos. Las superficies planas de los sitios y la poca profundidad de los niveles de excavación minimizan las distorsiones que pueden surgir de deposiciones inclinadas. Bajo estas condiciones y en contra de la opinión general de que la estratigrafía artificial oculta la evidencia cronológica, los resultados frecuentemente muestran diferencias notables entre niveles sucesivos.

La capacidad de detectar discontinuidades de ocupación a partir

de niveles de 10 cm se puede observar en la estratigrafía de cuatro cortes en dos sitios de la fase jamari: RO-PV-30: corte 2 y corte 3 y RO-PV-11A: corte 2 y corte 3 (Fig. 1). Aunque todos muestran las mismas tendencias generales de aumento en barriente sencillo y disminución en jamari sencillo, las frecuencias relativas en ambos sitios son muy diferentes. En todos los cortes hay cambios abruptos entre los niveles inferiores y superiores en los tipos sencillos y decorados. Jamari rojo aumenta y muchos de los otros tipos decorados aparecen y desaparecen simultáneamente. El hecho de que sean raros los cambios abruptos entre niveles de 20 cm pero relativamente frecuentes en niveles de 10 cm, sugiere que esta profundidad pueda corresponder mejor a

la acumulación durante un solo episodio de ocupación.

La comparación de los patrones de cambio de los tipos mayores en los dos sitios llama la atención hacia una diferencia importante. Aunque las frecuencias relativas en los niveles de los cortes de RO-PV-11A son casi iguales, en los cortes de RO-PV-30 son diferentes. Una seriación ubica los dos niveles inferiores del corte 3 entre los dos grupos de niveles del corte 2, mientras que los dos niveles superiores del corte 3 siguen el conjunto superior del corte 2. Esta interdigitación implica que las ocupaciones en los dos lugares fueron independientes y que el sitio había sido ocupado un mínimo de cuatro veces durante la fase jamari.

La repetición de estos tipos de discontinuidades en los cortes estratigráficos en sitios a lo largo de la Amazonia indica que se pueden obtener niveles de 10 cm, evidencia confiable para la recons-

trucción de cronologías relativas. Nuestra experiencia indica también que niveles de 20 cm o más ocultan discontinuidades de ocupación y deben ser empleados solamente en situaciones especiales.

Normas de clasificación de la cerámica

En el laboratorio, todos los tiestos fueron lavados, numerados y clasificados en tipos según criterios uniformes de antiplástico, tratamiento superficial y técnica de decoración (Meggers y Evans, 1969; Meggers, 1968). Fueron reconstruidas las formas de las vasijas a partir de los fragmentos de bordes, cuerpos y bases. Se calculó la frecuencia relativa de cada tipo en cada muestra de superficie y nivel estratigráfico y fueron convertidos los resultados en gráficos de barras que podían ser usadas para la seriación. Cada secuencia seriada fue designada como una fase y se le otorgó un nombre. Las fases que comparten un conjunto distintivo de técnicas de decoración y formas de vasija fueron agrupadas en tradiciones. Este procedimiento ha permitido distinguir cientos de fases y varias tradiciones con antigüedades, duraciones y extensiones geográficas variadas (PRONAPA, 1970; Simões, 1972; Meggers y Evans, 1980).

La necesidad de comparar tipos y complejos de cerámica entre regiones ampliamente separadas requirió establecer criterios uniformes. Para aprovechar la alta frecuencia (de 80% a 100%) de tiestos sin decoración, tenían que reconocer diferencias en composición fáciles de observar. Los criterios decorados tenían que tomar en cuenta diferencias en el desgaste de la superficie. Aunque las técnicas plásticas (inciso, exciso, punteado, aplicado, corrugado, etc.) son bastante resistentes, la pintura es más vulnerable. Como la separación de tiestos con la misma técnica de decoración por tipo de desgrasante duplica la información obtenida de los tiestos no decorados y oculta la frecuencia relativa de la técnica, los decorados se clasifican por técnica de decoración.

Como se puede ver en la Fig. 1, la construcción de secuencias seriadas en la Amazonia depende de distinciones en la cerámica no decorada. En los complejos de Tierra Firme, la frecuencia relativa de decoración varía entre 0 y 10% y aunque la proporción es mayor en la várzea, rara vez excede el 25%. Además, estos tipos se mantienen sin cambio significativos en frecuencia relativa durante la mayoría de las fases.

Los desgrasantes amazónicos más comunes son tiesto tritura-

do, cariapé (calcio de corteza), cauxí (espícula de esponja acuática), carbón o una combinación de estos materiales. Menos frecuentes son la concha triturada y la arena. En el caso del uso de un solo material, generalmente se pueden diferenciar variedades finas y gruesas con significación cronológica. Para evitar identificaciones erróneas, se rompe un margen del tiesto para exponer la composición del corte transversal. La tarea de clasificación de los cientos de miles de tiestos es fastidiosa por el tamaño minúsculo de las espículas de esponja (cauxí), que solamente pueden ser vistas bajo el microscopio. Por lo tanto, la cantidad y confiabilidad de los resultados significan meses de trabajo por docenas de personas durante más de dos décadas.

Los tiestos decorados se definen por la técnica o combinación de técnicas de decoración. Las técnicas plásticas son más comunes e incluyen inciso (fino, ancho, línea doble), exciso, punteado, acanalado, modelado, aplicado, corrugado y roletado, independientes o en combinaciones (p. e., punteado en zonas, inciso y exciso). La decoración pintada puede ser aplicada sobre una superficie natural o sobre un engobe blanco o rojo. Aunque algunas vasijas completas revelan el uso separado o combinado de pintura roja y negra, los tamaños pequeños y las superficies erosionadas de la mayoría de los tiestos impiden una diferenciación confiable. El tratamiento más universal es el engobe rojo. En los complejos de Tierra Firme, su frecuencia relativa puede superar la frecuencia combinada de las otras técnicas de decoración (Fig. 1).

Normas de seriación

La tarea de la seriación comienza con la separación de los cortes estratigráficos con frecuencias relativas semejantes y tendencias similares de cambio en los tipos decorados. El corte más profundo sirve como armazón para la interdigitación de los niveles de otros cortes que muestran las mismas tendencias y las muestras de superficie con frecuencias relativas congruentes (Meggers y Evans, 1975).

En el bajo Río Negro, este proceso produjo dos seriaciones con tendencias opuestas en el tipo no decorado más abundante y frecuencias relativas muy diferentes en los dos tipos menores no decorados, correspondiendo a dos fases (Fig. 2). Aunque comparten los mismos tipos decorados, el engobe rojo, el pintado y el acanalado son mucho más abundantes en la fase apuau, mientras que

el inciso ancho es más común en la fase pajurá. Como los complejos cerámicos son cualitativamente idénticos, la única manera de diferenciar las fases es por medio del análisis cuantitativo.

Durante el PRONAPA, hemos atribuido las tendencias erráticas de los tipos menores al carácter no aleatorio de las muestras. Durante el PRONAPABA, la existencia repetida de discontinuidades y de fluctuaciones de las tendencias en los cortes estratigráficos sugirió la posibilidad de que se pudieron originar del proceso de deriva, con implicaciones para el comportamiento de las comunidades correspondientes. Las revisiones de las seriaciones que toman en cuenta esta posibilidad apoyan esta hipótesis.

LA DEFINICIÓN DE FASES Y SUS EQUIVALENTES SOCIALES

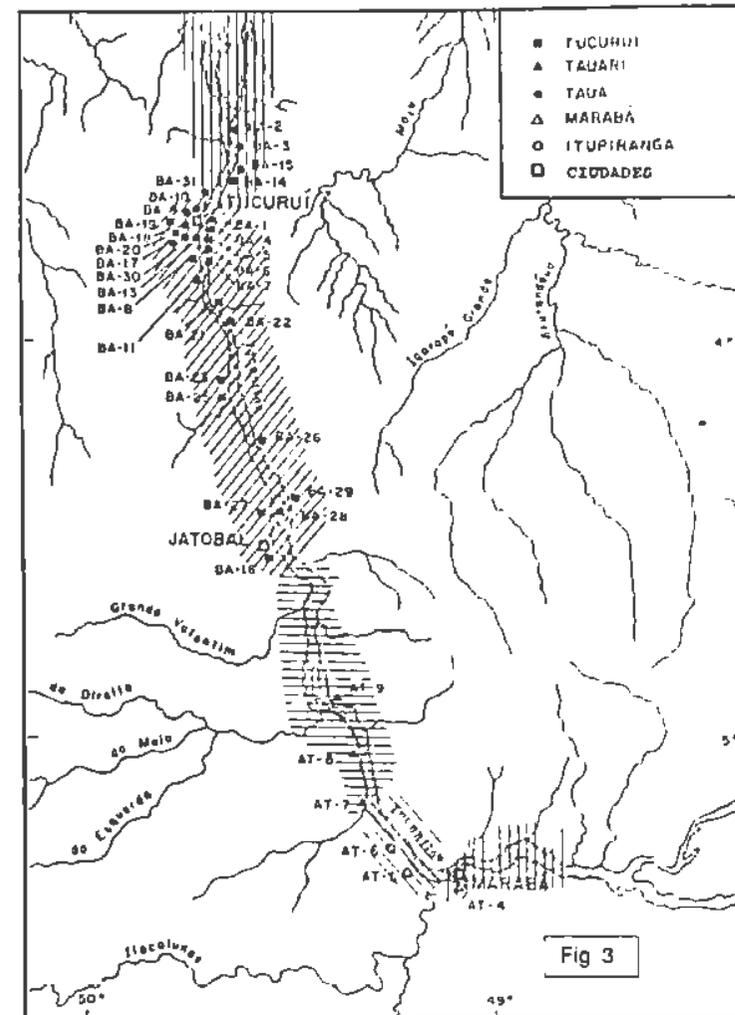
Al interpretar los patrones de frecuencias relativas de tipos de cerámica, en términos de la teoría evolucionista se considera que las discrepancias cuantitativas que no se pueden rechazar por tamaño insuficiente, u otra fuente de distorsión de las muestras, identifican fases diferentes. La aplicación de esta regla en el bajo río Tocantins identifica cinco fases contiguas (Fig. 3). Aunque la fase marabá está representada por un solo sitio, las frecuencias relativas y tendencias de los tipos cerámicos en los tres cortes estratigráficos no encajan en la seriación de la fase itupiranga. Como las tendencias uniformes en los cortes y la cantidad de tiestos por nivel son aceptables, la incompatibilidad sugiere que el sitio pertenece al territorio de una comunidad diferente, el cual debe extenderse río arriba.

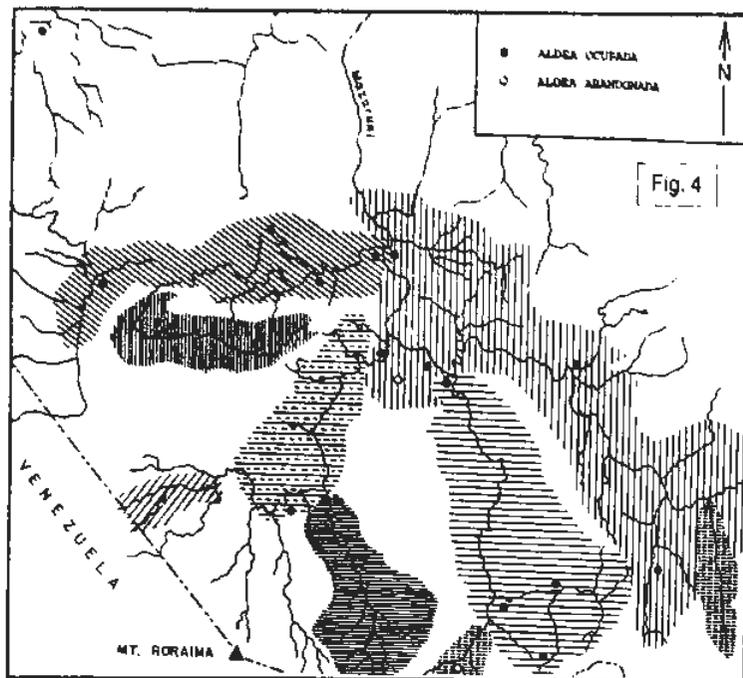
La misma regla permite reconocer diferencias cronológicas entre fases de la misma tradición y subtradición en la misma región. En el bajo Río Negro, las diferencias cuantitativas en los tipos sencillos y decorados distinguen las fases pajurá y apuau de la tradición polícroma, subtradición guarita (Fig. 2). La incorporación de los dos niveles superiores de AM-MA-9, corte 3 en la seriación de la fase apuau indica que esta es la más reciente. Esta interpretación está apoyada por un fechado de C14 de 1125 ± 90 AP (SI-2751) para la fase pajurá y dos fechados de 405 ± 60 AP (SI-2752) y 390 ± 95 AP (SI-4052) para la fase apuau (Meggers, 1990:193 y Fig. 3).

CORRELACIONES ENTRE TERRITORIOS PREHISTÓRICOS Y ETNOGRÁFICOS

Se han identificado dos patrones de extensión geográfica entre las fases arqueológicas, uno caracterizado por fronteras contiguas y el otro por fronteras no contiguas.

En el río Tocantins, tributario sudoriental del bajo río Amazonas, las diferencias en las tendencias y en las frecuencias relativas de los tipos cerámicos requieren la construcción de cinco secuencias





seriadas, correspondientes a cinco fases coetáneas. Las distribuciones no solapadas de los sitios implican la existencia de territorios contiguos (Fig. 3; Miller *et al.*, 1992: Fig. 72). El territorio mayor, ocupado por la fase tucuruí, es el más pobre en recursos pesqueros, mientras que el territorio de la fase tauarí es el más rico. La concentración de sitios de ambas fases en la frontera compartida sugiere que esta situación podía haber provocado relaciones comerciales entre las comunidades y esta interpretación es apoyada por la existencia de algunos tiosos decorados de la fase tauarí en sitios de la fase tucuruí. Territorios contiguos han sido identificados también en otras partes de la Amazonia (Miller *et al.*, 1992: Fig. 63) y en el Estado de Río Grande do Sul (Schmitz, 1986).

El reconocimiento de territorios prehistóricos no contiguos depende de la intensidad del material arqueológico, que permite diferenciar entre las zonas sin sitios y las no prospeccionadas. Este patrón se verificó en el noreste de Perú, donde conjuntos de tres hasta siete sitios de la fase chambira están separados por extensas regiones sin evidencia de habitación (Morales Chocano, 1992).

Perspectivas

Territorios discontinuos se han identificado también en el Estado de Río de Janeiro en la franja costera brasileña (Dias, 1969: Fig. 9; Meggers y Evans, 1980: Fig. 3) y posiblemente en el alto río Guaporé (Miller, 1983: Fig. 17)

Ambos patrones existen entre los grupos amazónicos actuales. Los territorios de los akawaio en el suroeste de Guyana se asemejan en todos los detalles a los de la fase tucuruí. Corresponden a comunidades autónomas y endógamas repartidas entre una a cuatro aldeas matrilocales y exógamas, típicamente muy separadas (Fig. 4). Como consecuencia del aislamiento social, las comunidades manifiestan ligeras diferencias en dialecto, mitos, ceremonias y otros rasgos culturales (Colson, 1983-84). Estudios lingüísticos y genéticos entre los grupos yanomamo del sur de Venezuela también documentan diferencias entre las comunidades endógamas actuales (Spielman, Migliazza y Neel, 1974).

Los territorios de las comunidades entre los hablantes jívaro del oriente del Ecuador perpetúan el patrón no contiguo de la fase chambira. Corresponden a comunidades endógamas y autónomas, las cuales típicamente mantienen relaciones hostiles con comunidades vecinas (Descola, 1987).

CORRELACIONES ENTRE TRADICIONES Y FAMILIAS LINGÜÍSTICAS

Las semejanzas entre los procesos de diversificación biológicos y culturales sugieren que las tradiciones cerámicas pueden corresponderse con unidades lingüísticas, culturales o históricas. Un sostén para esta posibilidad proviene de los datos etnohistóricos de la franja costera brasileña. Para el momento del contacto europeo, hablantes de lenguas de la familia tupí-guaraní se extendían desde Uruguay hasta la boca del río Amazonas. Esta distribución se correlaciona con sitios de la tradición cerámica tupiguarani caracterizada por decoración pintada y corrugada (Meggers y Evans, 1980, Fig. 6), varios de los cuales han producido metal y vidrio de origen europeo y fechas de C14 para los siglos XVI y XVII. Según algunos recuentos etnohistóricos, las aldeas tupinambá constaban de 4 a 10 casas comunales rodeadas por una empalizada y las aldeas vecinas eran independientes y estaban constantemente en guerra unas con otras (Métraux, 1928: 50; Fernandes, 1963: 64-67).

Se han identificado decenas de fases arqueológicas de la tradición cerámica tupiguarani, cada una de las cuales debe corresponder a una de estas comunidades. En algunos de los sitios don-

da se puede reconocer la ubicación de las casas antiguas por el color más oscuro del suelo, su ordenamiento concuerda con las descripciones etnográficas (Meggers y Maranca, 1980: Fig. 2). La ligera acumulación de los depósitos que caracteriza los sitios de la tradición tupiguaraní concuerda también con las observaciones etnohistóricas de que las aldeas se movía cada 5 ó 6 años.

Una coincidencia similar entre las distribuciones de fases y tradiciones arqueológicas y de unidades lingüísticas y tribales se ha observado en el sur del estado de Goiás, que ocupa la frontera ecológica entre la Amazonia y la franja costera (Schmitz *et al.*, 1982). El análisis cuantitativo y la seriación permitieron distinguir 8 fases representativas de 4 tradiciones: 1) la fase mossâmedes de la tradición aratu; 2) las fases uru, uruaçu, jaupaçi, itapirapuã y aruanã de la tradición uru; 3) la fase iporã de la tradición tupiguaraní y 4) la fase jataí de la tradición una. Cuando se comparan las distribuciones de las dos tradiciones principales, aratu y uru, con los territorios de grupos lingüísticos documentados etnohistóricamente, es evidente que la tradición aratu coincide con los kayapó del sur, mientras que tres de las fases de la tradición uru se encuentran en la región ocupada por los hablantes akwên-xavante.

Los kayapó del sur pertenecen lingüísticamente a los ge sur y los akwên-xavante a los ge central y oriental. Por lo tanto, las tradiciones cerámicas aratu y uru se correlacionan con las dos principales divisiones de la familia lingüística ge (Schmitz *et al.*, 1982: 268). Sitios de la fase itapirapuã coinciden con la región ocupada por los goyá y aquellos de la fase aruanã se localizan en la región ocupada por los karajá. Además, la alfarería de una aldea karajá habitada hasta 50 años atrás se ubica en el tope de la secuencia seriada de la fase aruanã (Schmitz *et al.*, 1982: 269).

Otros datos etnohistóricos y arqueológicos apoyan la identificación de la tradición aratu con los kayapó del sur y la tradición uru con los akwên-xavante. Por ejemplo, los kayapó del sur cultivaban el maíz y la batata dulce pero no la yuca amarga, mientras que los akwên-xavante enfatizaban en la yuca amarga. Esta diferencia se refleja en la escasez de budares en la alfarería de la fase mossâmedes y su abundancia en las fases de la tradición uru. Las aldeas de los kayapó del sur eran circulares con una plaza central, una configuración discernible en varios sitios de la fase mossâmedes, pero que no se ha encontrado en sitios de la tradición uru (Schmitz *et al.*, 1982: 267; vea Gordones, 1993 para un ejemplo en Colombia).

La posibilidad de correlaciones entre tradiciones cerámicas y

familias lingüísticas en la Amazonia se complica por factores medioambientales e históricos. Mientras que la franja costera brasileña se encuentra aislada al este por el océano Atlántico y al oeste por una fuerte frontera ecológica con la selva, la comunicación, migración y difusión dentro y fuera de las tierras bajas amazónicas se facilita por los tributarios del río Amazonas. La diversificación y dispersión de las familias lingüísticas durante el período procerámico implica que grupos de lenguas relacionadas adoptaron cerámicas de orígenes diferentes. Las distribuciones heterogéneas y dispersas de las lenguas y los rasgos culturales reflejan esta historia complicada y hacen arriesgado cualquier esfuerzo de reconocer correlaciones (Meggers, 1987, 1994).

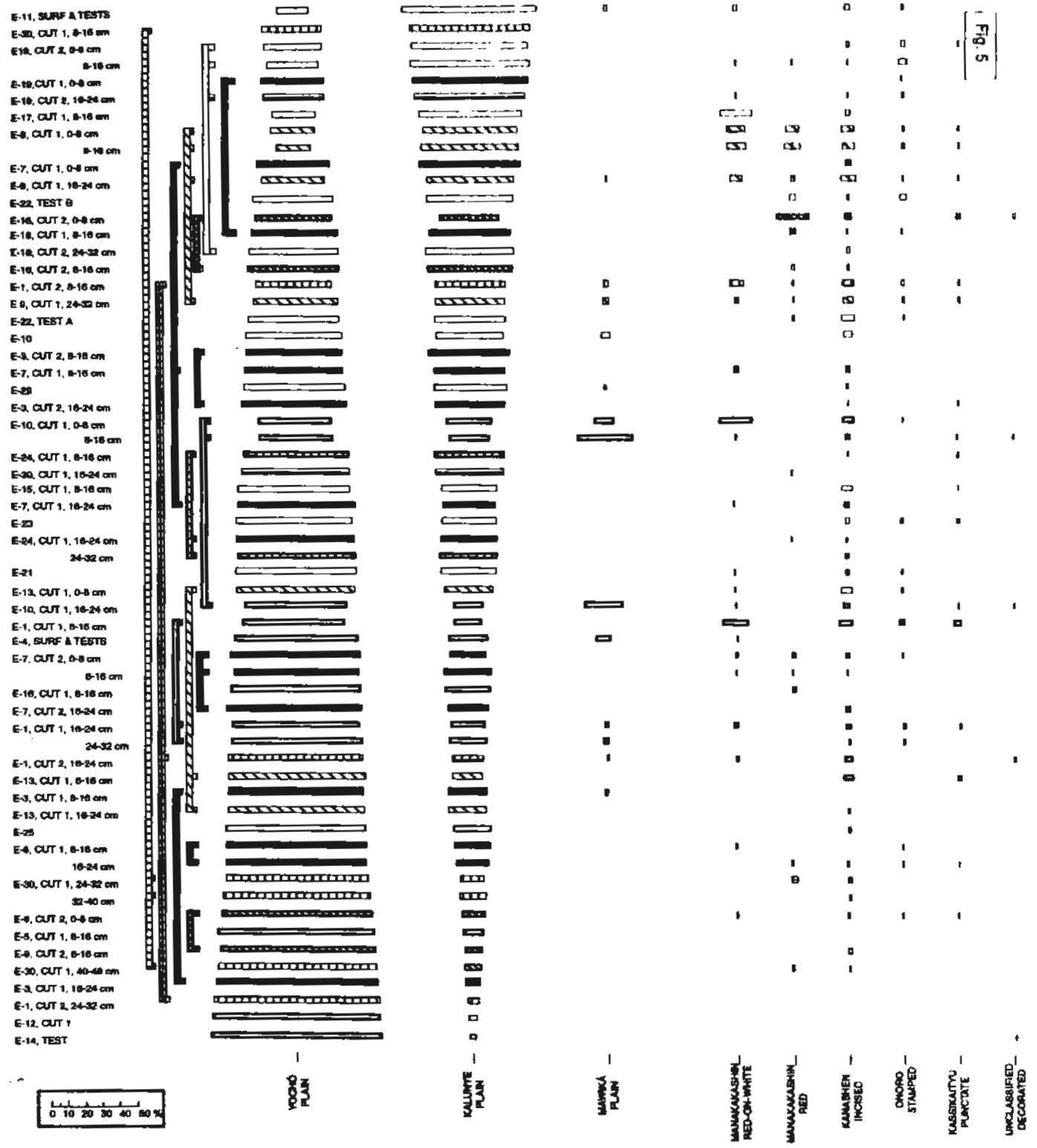
SUCESIÓN Y REOCUPACIÓN DE SITIOS

Como una secuencia seriada es una cronología, el orden cronológico de las muestras permite reconstruir el patrón de asentamiento de la comunidad. La confiabilidad del resultado depende del total de la representación de los sitios de la fase, así como también de la existencia de muestras de tiestos de varias partes de cada sitio. Pocas secuencias cumplen con estos criterios, pero la seriación original de la fase taruma del alto Esequibo en el sur de Guyana exhibe cambios en las frecuencias de los dos tipos cerámicos principales lo suficientemente graduales como para sugerir que las lagunas son poco significativas (Fig. 5; Evans y Meggers, 1960).

Un aspecto notable de esta seriación es la separación entre niveles sucesivos de cortes estratigráficos individuales y entre cortes completos de diferentes partes del mismo sitio. En E-30, por ejemplo, los cinco niveles del corte 1 ocupan el tope, medio y base de la secuencia, e implican al menos tres episodios de ocupación. En E-3, el corte 1 se ubica en el cuarto más bajo y el corte 2 cerca del comienzo de la mitad más alta. Los dos cortes en E-7 y E-9 no solamente tienen ubicaciones separadas, sino que muestran discontinuidades internas (notablemente en E-7, corte 1). En E-19, los niveles inferiores de los dos cortes muestran frecuencias relativas semejantes y los niveles superiores se interdigitan, lo que sugiere que la ocupación fue simultánea en los dos lugares.

En el contexto de la secuencia seriada, la interdigitación de muestras de otros sitios implica períodos de abandono, durante los cuales han cambiado las frecuencias relativas de los tipos

Fig. 5



Decorated

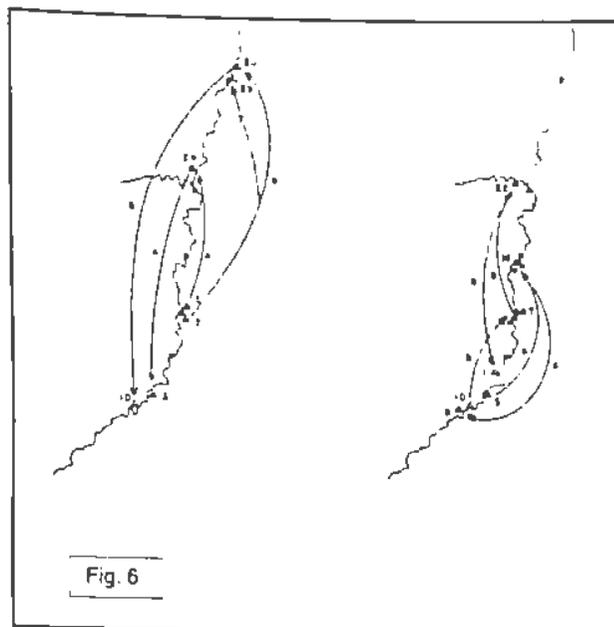


Fig. 6

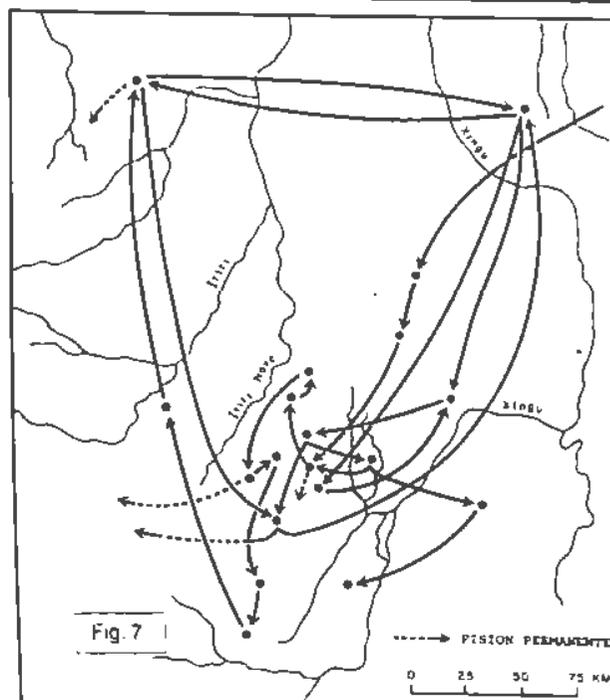


Fig. 7

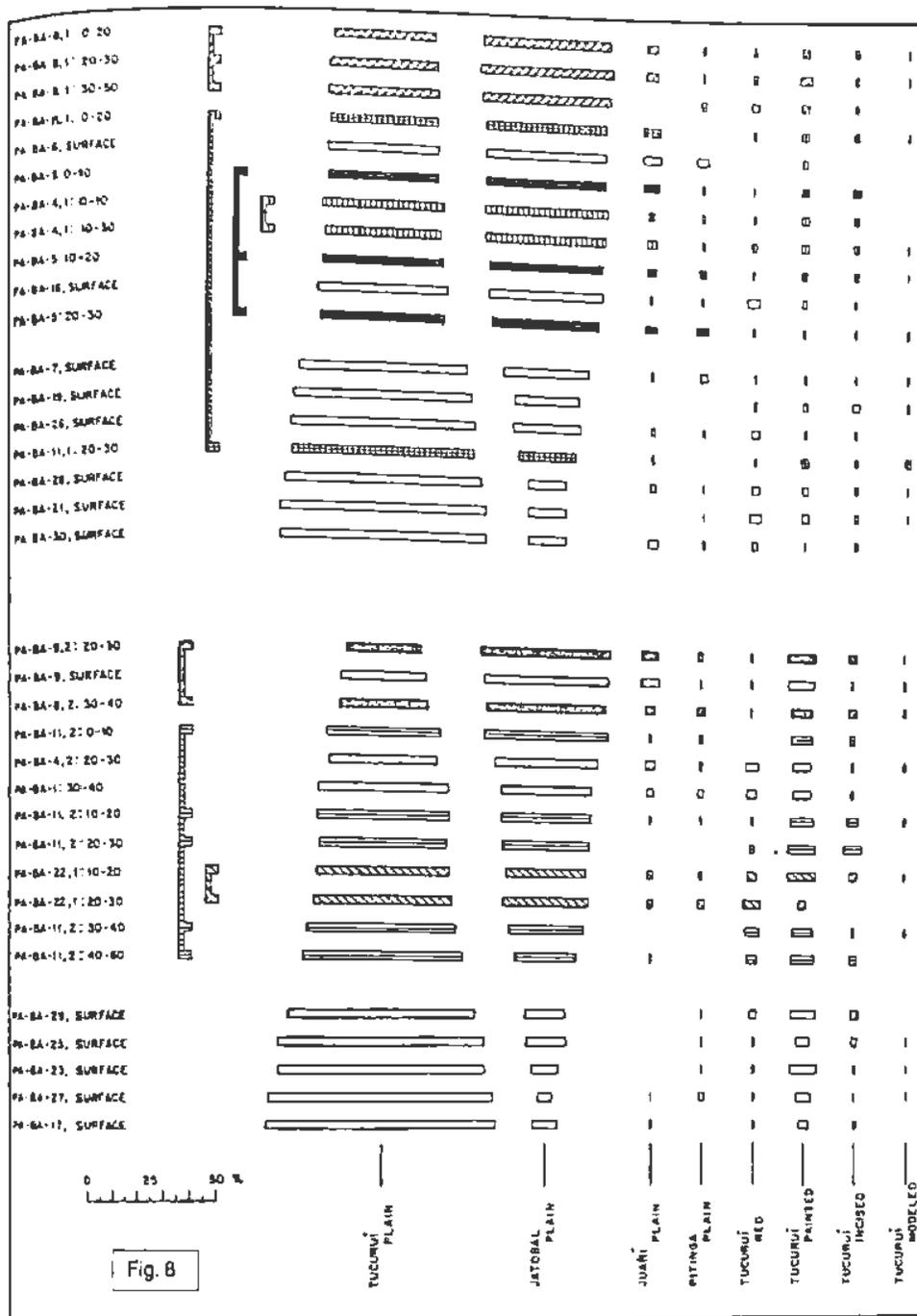
cerámicos principales. Las separaciones de los niveles en el mismo corte (tal como el caso de E-30, corto 1) significan aldeas sucesivas sobre-impuestas, mientras que las separaciones de cortes completos (como en E-3) indican que las localizaciones solapaban sólo parcialmente, si es que lo hicieron.

Una comparación del orden de las muestras en la secuencia senada con las localizaciones de los sitios permite reconstruir la sucesión de movimientos de las aldeas durante la fase taruma (Fig. 6; Meggers y Evans, 1979). El procedimiento incorporó dos supuestos: 1) que la semejanza entre las frecuencias relativas en las dos muestras más antiguas significa que la población fundadora consistió de dos aldeas y 2) que cada una fue ocupada por una familia exógama matrilocal. Los mapas resultantes muestran movimientos cortos y largos hacia arriba y abajo de la porción del Esequibo incluida en la prospección. En algunos casos, se postuló la fragmentación temporal de una aldea por la existencia de las mismas frecuencias relativas en las muestras de dos asentamientos (Fig. 6, grupo B en E-20 y E-30). El patrón inferido, incluidos los movimientos centripetos, la combinación de traslados cortos y largos, algunos hasta localizaciones nuevas y otros hasta sitios previamente ocupados, y la existencia de fragmentaciones temporales o permanentes, se ha documentado entre los mekragnoti kayapó al sureste de la Amazonia durante el siglo pasado (Fig. 7; Verswijver, 1978). En ambos casos, las reconstrucciones omiten muchos traslados, mayormente aquellos de duración efímera.

Se debe enfatizar en que la única evidencia de que el depósito arqueológico se acumuló con ocupación intermitente del sitio es el cambio cuantitativo de los tipos cerámicos, lo cual requiere la separación en la secuencia seriada de los niveles sucesivos de un corte estratigráfico. No existen capas estériles, cambios de color del suelo u otras indicaciones físicas de intervalos de abandono. Sólo el análisis cuantitativo de la cerámica no decorada hace posible desarrollar una cronología relativa, pues los mismos tipos decorados existen desde el comienzo hasta el final de la fase.

Las reconstrucciones basadas en secuencias seriadas coinciden con los patrones de asentamiento reportados entre varios grupos amazónicos actuales. Entre los siona-secoya del oriente del Ecuador, por ejemplo:

[...] inmigraciones periódicas [...] no son movimientos impredecibles a través de un paisaje desconocido [...] La vasta mayoría de las localidades de asentamiento ocurre dentro de un espacio definido (la cuenca de un río o la sección de uno de los grandes ríos, tales como el Aguarico o Napo) y usualmente se establecen nuevos asentamientos en lugares previamente habitados. Los datos de localización de San Pablo y las crónicas jesuitas del siglo XVIII indican que las comunidades estaban y están compuestas por poblaciones dentro del rango de 100 a 300 individuos, con una media



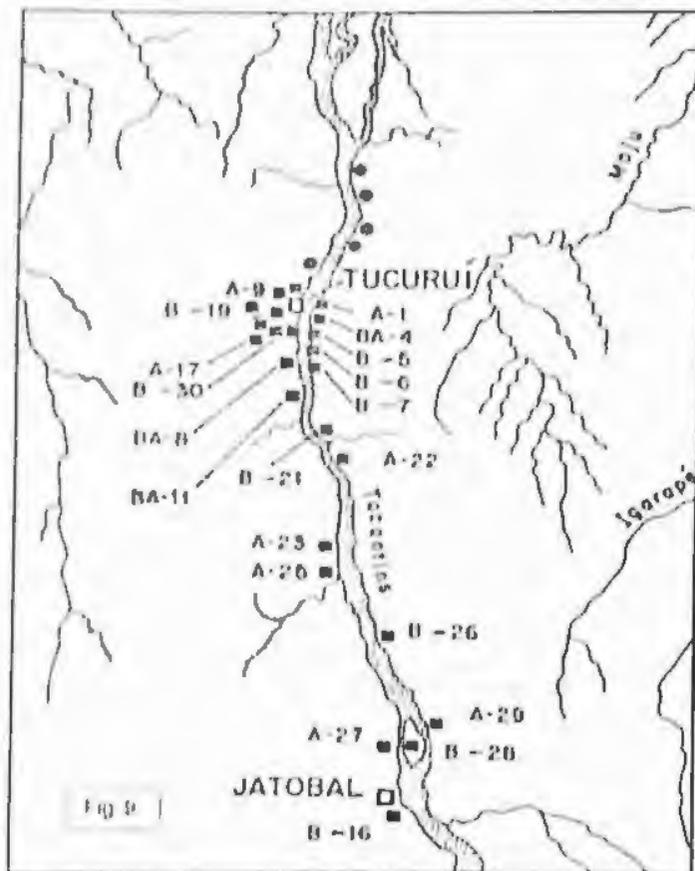
de tamaño territorial de alrededor de 1100 a 1150 km². Cuando la gente se asienta en un sitio determinado, se explota más intensivamente el área circundante (aproximadamente 225 km²), dejando las áreas periféricas en descanso. Después de un período de años, se reubica el asentamiento en algún lugar del área restante. Este modelo de territorialidad siona-secoya sugiere que solamente un quinto del territorio recibe explotación intensiva durante un tiempo dado [...] El radio de cinco a uno de tierra relativamente no explotada a tierra fuertemente explotada, da una posibilidad teórica para reubicarse en más de cinco áreas dentro del territorio antes de regresar al sitio original. En la realidad, tal ciclo mecánico de rotación no se necesita practicar debido a que existe suficiente flexibilidad en el sistema para permitir movimientos periódicos desde y hacia menos de cinco sitios preferidos (Vickers, 1983: 471).

La comparación de los movimientos de aldeas entre cuatro grupos de las tierras bajas orientales —los mekranoti, xavante, bororo y canela— reveló una situación semejante:

Todos los grupos en estudio regresaron repetidamente a un lugar particular, aunque las casas podían no estar construidas precisamente en el mismo punto. De los 36 movimientos de aldeas reportados durante este siglo para los mekranoti, 10 se refieren a sitios ocupados previamente al menos una vez. Cinco [...] fueron ocupados dos veces desde, 1900, algunos tres veces y uno cuatro veces [...] Los xavante también han regresado a lugares particulares para construir su aldea (Gross, 1983: 439).

TAMAÑO Y PERMANENCIA DE LA ALDEA

La evidencia del tamaño y la permanencia de las aldeas prehistóricas está proporcionada por el grado de similitud de las frecuencias cuantitativas entre las muestras de alfarería de niveles sucesi-



vos del mismo corte y de niveles de cortes en diferentes partes del sitio. El proceso de análisis se ejemplifica en el río Jamarí, un tributario del lado derecho del alto río Madeira, donde muchos de los sitios de habitación se extienden 500 m o más a lo largo de la orilla. Las ubicaciones seriadas de los niveles de múltiples cortes estratigráficos del mismo sitio permiten identificar la presencia o ausencia de ocupación coetánea. En el caso de RO-PV-35, las discontinuidades pueden implicar cinco ocupaciones sucesivas por la fase jamarí, una sola en las localidades de los cortes 1 y 2, y dos en las localidades de los cortes 3 y 4. La homogeneidad de las frecuencias relativas en algunos niveles de los cortes 1 y 4 sugiere la existencia de una casa en cada localidad durante la segunda ocupación del sitio (Miller *et al.*, 1992: Fig. 71).

La inferencia de ocupaciones discontinuas durante la fase jamarí, basada en las separaciones de los niveles de los cortes en la secuencia seriada, es apoyada por las discrepancias notables entre los fechados obtenidos de la misma profundidad en cortes diferentes. La existencia de 112 fechados que se extienden desde 8230 hasta 70 años AP (no corregidos) permite definir las duraciones de las fases precerámicas y cerámicas. Cuatro fechados ubican la fase precerámica itapí entre 8230 y 6970 AP; cuatro ubican la fase precerámica pacaluba entre 6090 y 5210 AP; 22 fechados ubican la fase precerámica massangana entre 4880 y 2640 AP. La fase cerámica urucurí tiene 17 fechados entre 2500 y 1930 AP. Sigue la fase jamarí con 41 fechados entre 1850 y 660 AP. La fase matapí tiene 16 fechados entre 540 y 190 AP.

Una comparación entre estas duraciones y los fechados obtenidos de los cortes del sitio RO-PV-35 revela una situación interesante y significativa. Mientras que las muestras cerámicas de todos los niveles se pueden interdigitar en la seriación de la fase jamarí, el único fechado que cae dentro de la duración asignada a esta fase es 1050 ± 60 AP. Los tres fechados más antiguos se ubican en dos de las fases precerámicas y cuatro de los fechados más recientes corresponden a la fase matapí. El fechado de 70 AP probablemente resulta de una reocupación moderna. Esta situación demuestra que no se puede confiar en las asociaciones físicas entre una muestra de carbono y su contexto cultural en los sitios amazónicos. Muchos de los desacuerdos entre arqueólogos reflejan el no reconocimiento de la existencia de intrusiones de este tipo.

Esta evidencia indica también que la existencia de una correlación entre las dimensiones superficiales de un sitio arqueológico y el tamaño de la aldea tiene que ser demostrada en vez de ser dada como un supuesto. Los círculos simbolizan casas comunales de 50 m de diámetro, el máximo reportado entre comunidades indígenas actuales. En el caso del sitio AM-MA-9, el límite de cada ocupación por las fases pajurá y apuau fue estimado a partir de las ubicaciones de los cortes en los cuales no fue representado (Meggers, 1992: Fig. 2). Como la primera ocupación por la fase pajurá está restringida al corte 2, el área de la aldea no podía haber superado las ubicaciones de los cortes 1 y 3 (Fig. 2). El empleo de esta distancia como medida máxima sugiere que ninguna de las aldeas cubrió más de un tercio del sitio. La magnitud

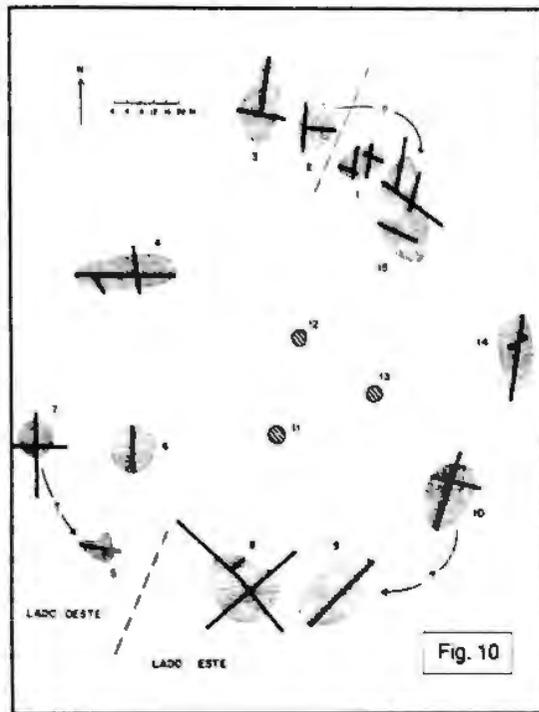


Fig. 10

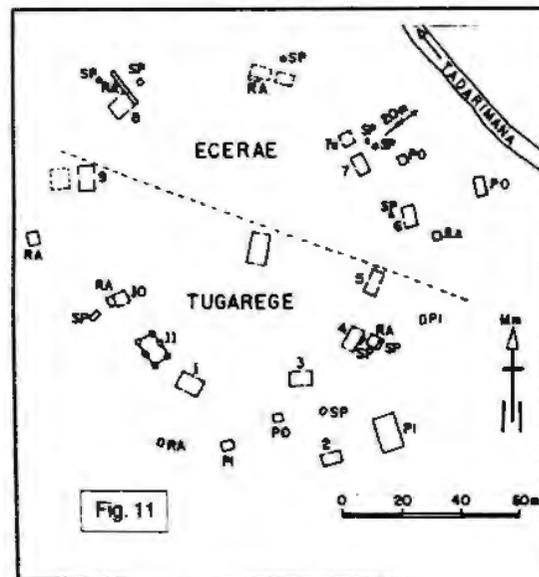


Fig. 11

del área no representada por cortes estratigráficos sugiere la existencia de muchos episodios de ocupación adicionales, algunos posiblemente repartidos en dos o más casas contemporáneas.

La evidencia arqueológica de ausencia de una correlación entre la extensión superficial de un sitio y el tamaño de la aldea concuerda con los datos etnográficos. Entre los bororo y los canela, por ejemplo, los movimientos a veces "no consisten más que en reconstruir la casa a unos pocos metros de la anterior para aumentar su tamaño o escapar a las infecciones de alimañas" (Gross, 1983: 438).

Diferencias en el área superficial entre los sitios de la misma fase, frecuentemente interpretadas como evidencia de jerarquía social, pueden reflejar cambios temporales de residencia. Entre los machinguenga, aunque "cinco familias [...] vivieron en un conjunto apretado de unos cientos de metros de diámetro, rodeados por sus jardines", tales agregaciones no eran permanentes. Las familias se dispersaban periódicamente hacia localidades aisladas y luego se reagrupaban, creando una combinación de pocos sitios muy grandes y muchos sitios pequeños (Johnson, 1983: 58).

La posibilidad de que las diferencias en el área típica de los sitios entre fases de la misma tradición pueden reflejar diferencias reales en el tamaño de la aldea surge de la situación reportada entre los yanomamo del sur de Venezuela:

Los conjuntos de la población de las aldeas de shamatari y namoweitari tienen un promedio de 158 y 134 personas respectivamente, mientras que los conjuntos de población de [...] los "yanomamo centrales" promedian 59 personas por aldea. El tamaño medio de la aldea del conjunto haiyamo es de 52 [...] para el resto de la distribución tribal yanomamo, el tamaño medio de la aldea parece variar de 40 a 60 personas (Hames, 1983: 424).

Aunque las ubicaciones de las aldeas en las tierras bajas tropicales se cambian por regla general cada 10 años, ocurren excepciones. Entre los yanomamo, el promedio de 9,2 años oculta variaciones desde un año hasta 16 años (Hames, 1983: 415, 419). Se ha reportado una aldea cocamilla con una población de 300 que se ha mantenido en el mismo lugar durante casi 100 años, una estabilidad atribuida a la abundancia de peces en el lago adyacente (Stocks, 1983: 262). Tales prolongaciones excepcionales pudieron reflejarse en la uniformidad de las frecuencias relativas entre los niveles contiguos de algunos cortes estratigráficos (Fig. 1).

RESIDENCIA MATRILocal

Según la regla de deriva evolutiva, el aislamiento entre las alfarerías de una comunidad provocado por la residencia matrilocal debe conducir al desarrollo de ligeras diferencias cuantitativas o cualitativas en los tipos de cerámica. Estas diferencias deben perpetuarse entre las generaciones sucesivas de mujeres que pertenecen al mismo linaje exógamo. Las frecuencias erráticas de los tipos decorados en las seriaciones iniciales de las fases apuau (Fig. 2), taruma (Fig. 5) y tucuruí reflejan esta diferencia social.

Aunque las tendencias de los tipos principales no decorados de la fase tucuruí permiten construir una sola seriación, las frecuencias relativas de los tipos decorados, especialmente tucuruí pintada, son erráticas. La separación de las muestras sobre la base de las frecuencias por encima o debajo del 5% produce dos seriaciones contemporáneas (Fig. 8). El examen de las localidades de los sitios revela que la mayoría pertenecen a una de las seriaciones y cuando existen excepciones, como en el caso de los sitios PA-BA-4, 8 y 11, el área ocupada es diferente (Fig. 9). La repetición de este patrón en las fases jamarí y matapi del río Jamarí, ambas representadas por docenas de cortes estratigráficos y fechados de C14, apoya su confiabilidad (Miller *et al.*, 1992: Fig. 66-68).

Otra indicación de la confiabilidad de ligeras diferencias cerámicas, como evidencia de residencia matrilocal, proviene de la semejanza entre las distribuciones segregadas de rasgos decorativos en dos aldeas circulares de la franja costera, una prehistórica y la otra reciente. En la aldea Quemada Nova, un sitio de la tradición tupiguarani en el estado de Piauí, hay 15 manchas de tierra oscura que corresponden a las casas comunales (Fig. 10). La seriación inicial de las muestras de las superficies y trincheras de cada mancha se caracterizó por tendencias erráticas en las frecuencias relativas de la pintura sobre una superficie sencilla y sobre un engobe blanco (Meggers y Maranca, 1980: Fig. 3). Una separación de las muestras basada en la presencia o ausencia del engobe dio lugar a dos seriaciones, las casas con pintura sobre superficie sencilla restringidas al lado oriental y aquellas con pintura sobre engobe blanco en el lado occidental del círculo (Fig. 10).

Unos 15 años después de este análisis, se publicó el plano de una aldea circular bororo ocupada en 1983, que muestra el mismo patrón, hasta las casas de tamaños y orientaciones diferentes (Fig. 11). La información etnohistórica afirma la existencia de una división espacial entre dos mitades exógamas matrilocales, idéntica al patrón inferido para aldea prehistórica de la tradición tupiguarani. Ligeras diferencias cerámicas existen también entre las mitades bororo. En este caso, una forma de vasija para agua con el hombro pronunciado se limita a la mitad ecerae y formas oblongas con decoración aplicada son exclusivas a la mitad tugarege (Wüst, 1994: 329). Aunque Wüst sugiere que la existencia de esta correlación sería ocultada por intercambio dentro de la aldea, las distri-

buciones observadas en el sitio de la aldea Quemada Nova indican que se puede conservar.

La existencia de ligeras diferencias entre la cerámica doméstica producida por mujeres aisladas por residencia matrilocal ha sido reportada entre grupos actuales. En las aldeas de los pisquibo y shipibo en el oriente del Perú existe una interacción intensiva dentro de los recintos matrilocales y poca interacción entre ellos. Como las niñas aprenden de sus madres y las otras mujeres emparentadas, "cada recinto se hace el foco de un microestilo duradero a pesar de que la presión cultural favorece la creación de un estilo individual por parte de cada mujer" (Roe, 1981: 65). Una asociación entre estilos distintivos y residencia matrilocal se ha observado también en comunidades guatemaltecas tradicionales (Reina y Hill, 1978: 21).

La teoría evolucionista pronostica que la circulación de los hombres, en vez de las mujeres, provocada por residencia patrilocal se refleje en la homogeneidad del complejo cerámico de la comunidad. Esta correlación se ha reportado entre los diola de Senegal (Linares, 1969: 3) y puede explicar las frecuencias relativas más uniformes de los tipos decorados en las seriaciones de algunas de las fases de la tradición policroma (Miller *et al.*, 1992: Fig. 31).

DISCUSIÓN

La confiabilidad de secuencias seriadas construidas según las normas descritas parecen producir reconstrucciones cronológicas y etnográficas suficientemente confiables para justificar el esfuerzo de conseguir interpretaciones más precisas. Existen dos requisitos especiales.

Uno sería el muestreo más extenso de sitios con área grande, profundidad significativa (un metro o más) y alta concentración de tiestos. Los sitios con desechos superficiales amplios deberían ser subdivididos para la recolección de muestras espacialmente segregadas. Los sitios profundos deberían ser excavados en niveles de 10 cm o menos y si son extensos, deberían tener múltiples cortes estratigráficos en varias partes de la extensión. La aplicación sistemática de estos procedimientos aumentaría la posibilidad de diferenciar entre ocupación repetida y permanente y ofrecería una base para reconstruir el tamaño de las casas, el número y la ubicación de casas coetáneas y el número de reocupaciones por la misma comunidad o comunidades diferentes.

Otro procedimiento consiste en aplicar este enfoque en regiones donde el patrón de asentamiento se conoce a partir de fuentes etnográficas y etnohistóricas. Los datos etnográficos actuales más precisos vienen de regiones donde la evidencia arqueológica no existe todavía o no es adecuada. De la misma forma, la evidencia arqueológica más detallada viene de regiones donde los grupos indígenas ya no existen o no mantienen sus patrones de asentamiento tradicionales. La aplicación del método en regiones donde hay una continuidad entre las ocupaciones prehistóricas e históricas, como la franja costera brasileña, permitiría evaluar las interpretaciones de conducta social reconstruidas de la evidencia cerámica y la correspondencia entre la cronología absoluta y la relativa producida por la seriación.

Cualquiera que sea el resultado, investigaciones como estas deberían contribuir a definir las posibilidades y limitaciones del método de análisis cuantitativo y la seriación para realizar las metas de la arqueología social.

CONCLUSIÓN

Las correspondencias entre los patrones de asentamiento y organización social, inferidos de las secuencias seriadas y la conducta de grupos indígenas actuales, sugieren que el análisis cuantitativo y la seriación pueden proveer una base confiable para reconocer aspectos intangibles de sociedades prehistóricas que comparten el modo de vida aldeano. La producción repetida de patrones similares a pesar del trabajo de campo y clasificación por equipos independientes tampoco se puede explicar como efecto de la casualidad. Estas afirmaciones contradicen el presupuesto corriente en contra del valor del método Ford y la confiabilidad de las muestras de cerámica al acusarlo de ignorar: 1) patrones de disposición de la basura, 2) correlaciones entre la zona habitada y el basural, 3) diferencias en el ritmo de acumulación de los desechos, 4) perturbaciones por agentes naturales y humanos, 5) correspondencias entre tiestos y vasijas, 6) el carácter no aleatorio de las muestras, 7) muestreo "probabilístico" de sitios, 8) el tamaño no representativo del área excavada, etcétera. La evaluación de Phillips (1970: 576) de que "si existen patrones, las muestras son adecuadas; si no existen patrones, las muestras no son adecuadas o existía demasiada perturbación" es compatible con las observaciones de las estadísticas, de que "[...] la mayoría de

los biólogos y otros usuarios de métodos estadísticos parecen ignorar que la prueba estadística por sí misma no aclara las preguntas que ellos hacen" (Yocotz, 1991: 106), que "métodos estadísticos normales pueden producir inferencias engañosas" (Berger y Berry, 1988: 165) y que "en la práctica, pruebas de significación no se toman en serio" (Guttman, 1985).

Sería más productivo tratar de explicar por qué el método provee resultados coherentes en vez de buscar razones para rechazarlo. Son relevantes dos factores fundamentales: 1) la recolección y la clasificación de las muestras de cerámica siguen normas estandarizadas y consistentes y 2) las interpretaciones de los patrones siguen normas de la teoría evolucionista. Hay que enfatizar que la identificación de comunidades prehistóricas y sus territorios, reocupación de sitios y residencia matrilocal antecedió la búsqueda de analogías etnográficas. En el caso del río Tocantins, las fronteras entre las fases fueron definidas antes de la publicación de las subdivisiones geográficas y diferencias en los recursos acuáticos que explican sus ubicaciones. El uso repetido de los mismos sitios de habitación por familias matrilocales fue descubierto por las características de las seriaciones y se verificó después por la información oral de etnólogos. Estos y otros patrones son consistentes con los pronósticos de la teoría evolucionista de deriva.

Todas las ciencias físicas y biológicas han adoptado normas de clasificación universales. Físicos, químicos y astrónomos trabajan con unidades y conceptos establecidos. El biólogo identifica las especies en términos de categorías y nomenclaturas reconocidas. En contraste, el arqueólogo se siente libre de emplear cualquier criterio que le agrade. Las otras disciplinas interpretan los datos en el contexto de patrones generales, los cuales permiten diferenciar los aspectos únicos e históricos de los aspectos potencialmente significativos a nivel global o teórico. La definición de patrones geológicos y biológicos ha permitido reconstruir procesos básicos como la deriva continental y la evolución de especies. Solamente las ciencias sociales siguen "el paradigma humano excepcionalista" que toma como comprobada la liberación de nuestra especie del impacto de cualquier fuerza natural. Esta disposición ha sido comentada por otros científicos durante décadas como obstáculo para el entendimiento de nuestro contexto ecológico y sus implicaciones (Bouillenne, 1962: 706; May y Seger, 1986: 265-266; Boulding, 1992).

Enfatizar semejanzas entre los elementos y complejos culturales en vez de diferencias y buscar patrones en vez de unicidades, ofrecen posibilidades no solamente de recuperar aspectos no tangibles del comportamiento de nuestra especie en el pasado, sino también de identificar impactos y limitaciones en nuestras actividades actuales que no percibimos. Mientras que no reconozcamos la correlación entre nuestra creciente dominancia del planeta y el deterioro del ecosistema que nos sostiene, vamos a acelerar nuestra propia desaparición (Lubchenco, 1998, Quammen, 1996).

BIBLIOGRAFÍA

- Arnold, D. E. (1984): "Social Interaction and Ceramic Design: Community-wide Correlations in Quinoa, Perú", en *Pots and Potters*, editada por P. Rice. Los Angeles, UCLA, Institute of Archaeology, Monograph 24.
- _____ (1993): *Ecology and Ceramic Production in an Andean Community*. Cambridge University Press.
- Berger, J. O. y D. A. Berry (1988): "Statistical Analysis and the Illusion of Objectivity", en *American Scientist*. No. 76.
- Bouillonne, R. (1962): "Man, the Destroying Biotype", en *Science*. No. 135.
- Boulding, K. E. (1992): "Punctuatedism in Societal Evolution", en *The Dynamics of Evolution*, editado por A. Somit y S. A. Peterson. Ithaca, Cornell University Press.
- Colson, A. B. (1983-84): "The Spatial Component in the Political Structure of the Carib Speakers of the Guiana Highlands", en *Antropologica*. No. 59-62.
- Danielssen, B. (1949): "Some Attraction and Repulsion Patterns among Jibaro Indians: a Study in Sociometric Anthropology", en *Sociometry*. No. 12.
- DeBoer, W. R. (1986): "Pillage and Production in the Amazon: a View Through the Conibo of the Ucayali Basin, Eastern Peru", en *World Archaeology*. No. 18.
- DeBoer, W. R., K. Kintigh y A. G. Rostoker (1996): "Ceramic Seriation and Site Occupation in Lowland South America", en *Latin American Antiquity*. No. 7.
- DeCorse, C. R. (1989): "Material Aspects of Limba, Yatunka and Kuranko Ethnicity: Archaeological Research in Northeastern Sierra Leone", en *Archaeological Approaches to Cultural Identity*, editado por S. Shennan. London, Unwin Hyman.
- Descola, P. (1987): *La selva culta; simbolismos y praxis en la ecología de los Achuar*. Quito, Ediciones Abya-Yala.
- Dehlfisen, E. y J. Deetz (1966): "Death's Chorubs, and Willow Trees: Experimental Archaeology in Colonial Cemeteries", en *American Antiquity*. No. 31.
- Dias Jr., O. F. (1969): "Resultados preliminares do segundo ano do pesquisas no Estado de Rio de Janeiro", en *Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas 2, Resultados preliminares do segundo ano, 1966-1967*. Belém, Publicações Avulsas, Museu Paraense Emílio Goeldi.
- Evers, C. y B. J. Meggers (1960): *Archaeological Investigations in British Guiana*. Washington, DC, Smithsonian Institution.
- _____ (1965): *Guia para prospecção arqueológica no Brasil Guai No 2*. Belém, Museu Paraense Emílio Goeldi.
- Fagan, B. M. (1964). *Southern Africa during the Iron Age*. London.
- Ferreira, F. (1963) *Organização social dos Tupinambá*. São Paulo.
- Ford, J. A. (1962). *A Quantitative Method for Deriving Cultural Chronology. Technical Manual No. 1*. Washington DC, Pan American Union.
- Goodwin, R. C., J. K. Yakubik y C. H. Goodwin (1984): *Elmwood: the Historic Archeology of a Southeastern Louisiana Plantation*. New Orleans, Jefferson Parish Historical Commission.
- Gordonez R., G. (1993): "La etnicidad en las sociedades prehispánicas de los Andes meridionales", en *Boletín Antropológico*. Mérida, Universidad de los Andes, No. 28.
- Gross, D. R. (1983): "Village Movement in Relation to Resources in Amazonia", en *Adaptive Responses of Native Amazonians*, editado por R. B. Hames y W. T. Vickers. New York, Academic Press.
- Guttman, L. (1985): "The Illogic of Statistical Inference for Cumulative Science", en *Applied Stochastic Models and Data Analysis*. No. 1.
- Hames, R. B. (1983): "The Settlement Pattern of a Yanomamo Population Bloc: a Behavioral Ecological Interpretation", en *Adaptive Responses of Native Amazonians*, editado por R. B. Hames y W. T. Vickers. New York, Academic Press.
- Hartmann, Thekla (1976): "Cultura material e etnohistória", en *Revista do Museu Paulista*. No. 23.
- Henley, P. (1982): *The Panare, Tradition and Change on the Amazonian Frontier*. New Haven, Yale University Press.
- Hodder, I. (1977): "The Distribution of Material Culture Items in the Baringo District, Western Kenya", en *Man* n.s. 12.
- Hodges, H. W. M. (1965). "Aspects of Pottery in Temperate Europe Before the Roman Empire", en *Ceramics and Man*, editado por F. R. Matson. Aldine, Chicago, Viking Fund Pubs.
- Johnson, A. (1983): "Machinguanga Gardens", en *Adaptive Responses of Native Amazonians*, editado por R. B. Hames. New York, Academic Press.
- Keddy, P. A. (1994): "Applications of the Hertzprung-Russell Star Chart to Ecology: Reflections on the 21st Birthday of Geographical Ecology", en *Trends in Ecology & Evolution*. No. 9.
- Linares de Sapir, O. (1969): "Diola Pottery of the Kosa", en *Expedition 11*. No. 3.
- Lubchenco, J. (1998): "Entering the Century of the Environment: A New Social Contract for Science", en *Science*. No. 279.
- May, R. M. y J. Soger (1986): "Ideas in Ecology", en *American Scientist*. No. 74.
- Moggers, B. J. (1968): "The Theory and Purpose of Ceramic Analysis", en *Proceedings of the 2nd International Congress for the Study of the Pre-Columbian Cultures in the Lesser Antilles*. Barbados.
- _____ (1987): "The Early History of Man in Amazonia", en *Biogeography and Quaternary History in Tropical America*, editado por T. C. Whitmore y G. T. Franco. Oxford, Clarendon Press.
- _____ (1990): "Reconstrução do comportamento locacional pré-histórico na Amazônia", en *Boletim do Museu Paraense Emílio Goeldi, Antropologia*. Belém, Vol. 1, No. 2.
- _____ (1992): "Prehistoric Population Density in the Amazon Basin", en *Disease and Demography in the Americas*, editado por J. W. Voreano y D. H. Ubelaker. Washington DC, Smithsonian Institution Press.
- _____ (1994). "Biogeographical Approaches to Reconstructing the Prehistory of Amazonia", en *Biogeographica*. No. 70.

- _____ (1996). *Amazonia: Man and Culture in a Counterfeit Paradise* (Edición revisada). Washington DC, Smithsonian Institution Press
- Meggers, B. J. y C. Evans (1957). "Archaeological Investigations at the Mouth of the Amazon", en *Bureau of American Ethnology Bul* Washington DC, Smithsonian Institution, No. 167
- _____ (1969). *Como interpretar el lenguaje de los restos*. Washington DC, Smithsonian Institution.
- _____ (1975). "La 'seriación fordiana' como método para construir una cronología relativa" en *Revista de la Universidad Católica*. Quito, Año 3, No. 10.
- _____ (1979). "An Experimental Reconstruction of Taruma Village Succession and some Implications", en *Brazil: Anthropological Perspectives*. New York, Columbia University Press.
- _____ (1980). "Un método cerámico para el reconocimiento de comunidades prehistóricas", en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. Santo Domingo, Año 9, No. 14.
- Meggers, B. J. y S. Maranca (1980). "Una reconstitución experimental de organização social, baseada na distribuição de tipos de cerâmica num sítio habitação da tradição Tupiguarani", en *Pesquisas, Antropologia*. São Leopoldo, No. 31.
- Métraux, A. (1928). *La civilization maternelle des tribus tupiguarani*. Paris.
- Miller, E. Th. (1983). "História da cultura indígena do alto médio Guaporé (Rondônia e Mato Grosso)". Tesis de maestría inédita, Curso de Pós-Graduação em História de Cultura, Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul, Porto Alegre.
- Miller, E. Th. et al. (1992). *Arqueologia nos empreendimentos hidroelétricos da Electronorte: resultados preliminares*. Brasília, Electronorte.
- Merona, B. de (1990). "Amazon Fisheries: General Characteristics Based on Two Case Studies", en *Interiencia*. No. 15.
- Morales Chocano, D. (1992). "Chambira: alfareros tempranos de la Amazonia peruana", en *Estudios de arqueología peruana*, editado por D. Bonavía. Lima, Fonciencias.
- Newton, D. (1974). "The Timbira Hammock as a Cultural Indicator of Social Boundaries", en *The Human Mirror*, editado por M. Richardson. Baton Rouge, Louisiana State University.
- _____ (1986). "Introdução: cultura material e historia cultural", en *SUMA Etnológica Brasileira*. Petrópolis, Finep, No. 2.
- Osborns, A. (1989). "Multiculturalism in the Eastern Andes", en *Archaeological Approaches to Cultural Identity*, editado por S. Shennan. London, Unwin Hyman.
- Phillips, P. (1970). "Archaeological Survey in the Lower Yazoo Basin, Mississippi, 1949-1955", en *Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology*. Harvard University, Vol. 60.
- PRONAPA (1970). "Brazilian Archaeology in 1968: an Interim Report on the National Program of Archaeological Research", en *American Antiquity*. No. 35.
- Quammen, D. (1996). *The Song of the Dodo: Island Biogeography in an Age of Extinctions*. New York, Scribner.
- Raina, R. E. y R. Hill (1978). *The Traditional Pottery of Guatemala*. Austin, University of Texas Press.
- Ros, P. G. (1981). "Aboriginal Tourists and Artistic Exchange Between the Piquilbo and the Shipibo", en *Networks of the Past*, editado por P. D. Francis, F. J. Kense y P. G. Duke. Calgary, University of Calgary Archaeological Assn.
- Schmitz, P. I. (1986). "'Territorio de dominio' em grupos Tupiguarani: considerações sobre o Médio e Alto Jacuí, RS", en *Boletim do Museu No. 3*
- Schmitz, P. I. et al. (1982). "Arqueologia do centro-sul de Goiás: uma fronteira de horticultores indígenas no centro do Brasil", en *Pesquisas, Antropologia*. São Leopoldo, No. 33.
- Seeger, A. (1981). *Nature and Society in Central Brazil: the Suyá Indians of Mato Grosso*. Cambridge MA, Harvard University Press.
- Simões, M. F. (1972). *Índice das fases arqueológicas brasileiras*. Belém, Publicações Avulsas, 19. Museu Paraense Emílio Goeldi.
- _____ (1977). "Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas da Bacia Amazônica", en *Acta Amazônica*. No. 7.
- Spielman, R. S., E. C. Migliazza y J. V. Neel (1974). "Regional Linguistic and Genetic Differences among Yanomama Indians", en *Science*. No. 184.
- Stocks, A. (1983). "Cocamilla Fishing Patch Modification and Environmental Buffering in the Amazon Varzea", en *Adaptive Responses of Native Amazonians*, editado por R. B. Hamen y W. T. Vickers. New York, Academic Press.
- Verswijver, G. (1978). "Séparations y migrations des Mekragnoti: Groupe Kayapó du Brésil Central", en *Bulletin de la Société des Américanistes*. Paris, No. 42.
- Vickers, W. T. (1983). "The Territorial Dimensions of Siona-Secoya and Encaballo Adaptation", en *Adaptive Responses of Native Amazonians*, editado por R. B. Hamen y W. T. Vickers. New York, Academic Press.
- Wüst, I. (1994). "The Eastern Bororo from an Archaeological Perspective", en *Amazonian Indians*, editado por A. C. Roosevelt. Tucson, University of Arizona Press.
- Yoccoz, N. G. (1991). "Use, Overuse, and Misuse of Significance Tests in Evolutionary Biology and Ecology", en *Ecological Society of America*. No. 72.

Agradecimientos

Las interpretaciones aquí resumidas se basan en décadas de trabajo de campo y laboratorio por participantes del PRONAPA y el PRONAPABA, quienes hicieron las prospecciones y las clasificaciones, solos o con la ayuda de otras personas, y las serianes preliminares. Las revisiones de las serianes se basan en los datos proporcionados por ellos. Las definiciones de las fases tomadas como ejemplos se deben a Mario F. Simões, entonces del Museu Paraense Emílio Goeldi, Belém; Silvia Maranca del Museu de Arqueologia e Etnologia, Universidade de São Paulo; y Eunice Th. Miller de Electronorte, Brasília, con quien estoy en deuda especial por permitirme citar los datos no publicados del río Jamarí. Ambos programas fueron financiados principalmente por la Smithsonian Institution y agradecemos a los administradores sucesivos por el apoyo de larga duración que permitió reconocer los patrones generales y sus implicaciones teóricas.

ARQUEOLOGÍA, HISTORIA E IDENTIDAD

MARCIO VELOZ MAGGIOLO



Discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Historia.

El estudio arqueológico de las sociedades nos permite, en parte, reconstruir estadios de la vida cotidiana, así como aspectos sociales relevantes de grupos humanos que no dejaron otra constancia de su paso por la tierra que huellas de su propio quehacer vital, traducidas en instrumentos, usos y distribución de sus lugares de asentamiento, restos alimenticios y modalidades productivas inferibles a través del análisis pormenorizado, capaz de transformar en documento aquello que para muchos es un simple montón de escombros y deshechos.

Así como el historiólogo extrae del documentos la interpretación manejando la información que considera básica, el arqueólogo es también el arqueógrafo que extrae del contexto histórico excavado las informaciones que habrán de convertirse en historiografía. El proceso de extracción es bien distinto, transformamos en texto para un idioma hablado y legible, aquello que ha sido antes contexto arqueológico. Nuestra documentación responde para su emersión a un sistema de lectura que no es el paleográfico, por ejemplo, sino el arqueográfico. En tal sentido, cuando entregamos a los lectores nuestras conclusiones y análisis, estamos partiendo de un proceso de especialización que nos permite "inferir" y "comprobar", momentos específicos del pasado captados en bloque para una pormenorización que luego hará posible la reconstrucción histórica.

El historiólogo, como bien señala Martín Alonso (1947) es realmente un filósofo de la historia, entendiendo (añadimos nosotros) por filosofía, la discusión de los procesos y la búsqueda de sus leyes. Por encima de la arqueología, palabra que tradicionalmente se ha aplicado no al filosofar sobre la historia, está la búsqueda necesaria del proceso social, por lo que hemos puesto tanto hincapié en definirnos como "arqueólogos sociales" matizando nuestro interés en señalar que creemos en la arqueología y en su precedente proceso arqueográfico, como una manera de entender parcialidades del pasado referidas al proceso histórico universal, como formas del pasado en parte contenidas en el presente.

Durante los últimos años hemos intentado reconstruir la historia de sociedades tratando de descubrir y de aplicar lineamientos y leyes históricas, resultantes de lo que consideramos el proceso inevitablemente dialéctico del desarrollo humano. Irida Vargas recoge el esfuerzo, logra quizás el modelo más preciso y teóricamente claro de las tantas discusiones y reuniones que en los últimos años han matizado nuestro esfuerzo por mostrar con el trabajo teórico y el trabajo de campo como base, la posibilidad de hacer filosofía de lo histórico y praxis del proceso dialéctico, partiendo de hipótesis enriquecedoras (Vargas Arenas, 1987).

Cuando se estudian los objetivos de la arqueología sin que tengamos en cuenta que la misma es una fuente documental y de interpretación tan válida como el papel para entender el pasado, caemos generalmente en las vertientes folklóricas y en las visiones de autoctonismo comunes a una sociedad, en la que se considera el pasado como una realidad innecesaria para la identidad de los pueblos. El pasado se presenta como paradigma museable, o como modelo acabado, infuncional y presentable como etapa superada, arcaísmo aceptable pero irreplicable, o bien como un mapa histórico en donde todo pasado no clasista se identifica con el retraso.

La mayoría de nuestras sociedades actuales considera que la arqueología es un venero del cual emergen obras de arte, concepciones que sorprenden por venir de "pueblos primitivos", etc. Es increíble, por ejemplo, que en un país como el Perú, la arqueología precolombina, en la mayoría de los casos, se presenta como una expresión casi sin relación alguna, con una población que actualmente representa la mitad de su demografía. Valores europeizantes insisten en "autoctonizar" al indio de hoy, para al igual que la pieza arqueológica, paralizar su expresión social. En tal sentido he señalado que toda consideración de "autoctonía" es una creación del dominador, puesto que el concepto de lo autóctono ha sido elaborado, no por el poblador local, sino por el dominador que genera formas nuevas y que considera retrasadas aquellas que no se han incorporado de manera expedita a la ley del Estado Nacional (Veloz Maggiolo, 1985).

La arqueología de sociedades como las antillanas, ha sido muchas veces considerada como una fase de esta autoctonía. Habiendo desaparecido el indígena, sus cacharros y formas de vida han sido tratados como un modelo folklórico que sirve como trasfondo cultural, cuando las sociedades dominantes han necesita-

do enarbolar valores nacionales, caros a sus intereses. El indio, extirpado de la isla de Santo Domingo, ya a finales del siglo XVI, se convirtió en pleno siglo XIX en sueño del pasado, cuando Santo Domingo fue cedido a España en 1863, y España pasó a ser execrada por la pequeña burguesía que luchaba contra la Metrópoli. Entonces se ensalzó la imagen del indio, se revelaron sus valores, los historiadores le concedieron lugar en la cultura y el movimiento indigenista culminó con la novela *Enriquillo* de Manuel de Jesús Galván, como culminaría también en la América del siglo XIX todo el indigenismo, representado por autores como Juan Zorrilla de San Martín, autor de *Tabaré*, notable pieza postromántica que encaja con otra de la época, como lo fuera el drama indígena *Iguaniona*, del dominicano Angulo Guridi (Sánchez, Luis Alberto 1973). La máxima manriqueana o manriqueña de que "todo tiempo pasado fue mejor", ha sido acogida a veces como *leit motiv* cuando se quiso justificar en el presente la imagen ilusoria de aquello que fue masacrado en el pasado.

La ruta del indigenismo y sus secuelas han sido, también, modelo de permanencia, como movimiento ideológico, de esta escuela de tristeza. Fundaciones y sociedades de protección al indio han sido realmente el canal por medio del cual se ha consolidado la llamada "autoctonía", cerrando el paso al indio de hoy hacia una incorporación igualitaria en el proceso productivo. Así como la pieza arqueológica resulta una muestra de que podríamos descender de ese pasado, en sociedades con raíces indígenas, como la peruana, la venezolana, la guatemalteca o la mexicana, por citar algunas, ese pasado se rechaza como parte de la identidad, por cuanto su condición de autóctono se traduce en forma superada, en atraso museable y en escena que forma parte de un mundo que se ve desde la perspectiva de lo que irremisiblemente desapareció o debe desaparecer.

En su aspecto colonial, la arqueología viene siendo en muchos de nuestros países tan hispanófilos una especie de homenaje al conquistador, al civilizador, a la raza que, según nuestros tradicionalistas, salvó a las demás razas.

La política de muchos gobiernos latinoamericanos en este sentido, ha sido la de enaltecer y "blanquear" la cultura, y evitar aspectos históricos tan importantes como las culturas africanas, cuyas acciones y formas de expresión, son tan ricas como las hispánicas y las indígenas. Por otra parte, el concepto de patrimonio cultural se restringió a la restauración, reconstrucción, consolidación

y modificación de edificios del periodo hispánico, inglés o francés, a tal punto que una arqueología de la vida cotidiana de los sitios ha sido desechada, sin que importasen los estudios arqueológicos obligados para cada intervención, como dicen los arquitectos, a la mayoría de los cuales les resulta indiferente el proceso histórico integral, aun cuando hablan, sofisticadamente de la "historia" del monumento, como si él mismo fuese un ser galáctico, flotante y misticado, sin relación con la sociedad y el entorno. De nada han servido muchas de estas restauraciones que no nos dicen cómo vivía la gente de cada época, cómo estaban integradas como clase en su sociedad; quiénes servían, cuáles eran sus enfermedades y problemas; cómo varió la construcción en relación con los cambios urbanos generales, etc. Esta documentación, para nosotros válida, es la que reunida puede darnos la historia verdadera de la comunidad, no así la historización arquitectónica cuya suerte de biografía de vigas, balcones y pozos artesianos, nos habla del ropaje, pero no del espíritu de la obra misma.

Muchas de estas obras, incluidos museos, plazas reinventadas y esqueletos rebautizados, se han hecho de cara al turismo, de cara al futuro de lo que con mal gusto se ha llamado "la industria sin chimeneas". La velocidad de la arqueología turística es una de las nuevas categorías de trabajo. Salvamentos, excavaciones programadas para cumplir con la ley donde la hay, proyectos de investigación al vapor, hechos por estudiantes mal pagados y arqueólogos inventados en centros sin categoría, inundan nuestros países de naufragos culturales y de filibusteros ceramológicos. En la República Dominicana, por ejemplo, una institución como la Dirección General de Parques Nacionales, decide, sin ninguna apelación, dónde se va a excavar y quiénes harán la excavación. Ello se realiza sin concurso y sin tomar en cuenta los profesionales nacionales, de ahí que, por ejemplo, arqueólogos extranjeros hayan podido desplazar a los arqueólogos dominicanos, iniciando excavaciones en La Isabela, en donde ya por ejemplo E. Ortega, Fernando Luna Calderón, José G. Guerrero, y otros, habíamos comenzado estudios que venían a demostrar presencias importantes, como el primer cementerio español de América, la casa de Colón, hallazgo publicado hace muchos años y que otros se atribuyeron. Este simple hecho revela que estamos lejos de una arqueología científica y seria.

Algunos gobiernos propician una arqueología turística, oferta que ha sido válida para quienes desean fabricarnos una identi-

dad exclusivamente hispánica. Esta arqueología turística, se caracteriza por:

- a) Su permanente presencia en los diarios, con supuestos hallazgos capaces de entusiasmar a la clase dirigente y
- b) la permanente e incumplida promesa de una obra científica, a partir de las excavaciones improvisadas.

Somos precisos frente a estas situaciones, porque estamos analizando cuál es el contenido que algunos grupos de poder han dado en nuestras sociedades al concepto de identidad. Es, como se ve, un contenido de no-identidad.

Cuando hablamos de identidad cultural, estamos usando un término que ya fue manejado desde los años treinta, como parte del concepto de aculturación a su vez difundido por el Social Science Research Council de los Estados Unidos y la publicación de la obra *Methods of Study of Culture in Africa* (1938). La identidad es un proceso contradictorio y dialéctico, es decir, el concepto de lo que somos emerge de una comparación y comprobación, que es siempre antitética, referida a las diferencias y a las similitudes. Por tanto, como bien sugiere Linton (1941), la identidad, una vez establecida, puede ser modificada, dirigida o reorientada. Esa afirmación es válida para todo cuanto resulta del estudio antropológico y específicamente de la arqueología en sociedades que intentan crear nuevas identidades o que buscan en el pasado parte de su personalidad actual. La necesidad popular de establecer una identidad es política y siempre defensiva; por lo tanto responde a un interés de clase, y en ese sentido nuestra posición política influye notablemente en la necesidad histórica de una consolidación de las identidades como valladar a una posible ruptura de los valores integrales de las mayorías. Ese es, en el fondo, el principio ideológico básico que rige la posición del intelectual progresista dentro del proceso de identidad. Si se tiene en cuenta que la identidad es cambiante y que varía en función de los contextos sociales e históricos, habremos de concluir que damos prioridad, como historiadores, al concepto de identidad que consideramos más válido para que nuestra sociedad desarrolle al máximo sus fuerzas comunes, sus objetivos sociales y sus defensas contra la opresión de cualquier tipo. Por esta razón, consideramos la arqueología como un aspecto importante de la historia, puesto que permite reconstruir el pasado de nuestras sociedades actuales y resulta un modelo de cómo funcionaron grupos humanos, en períodos en donde predominaron relaciones de producción muy diferentes. Los arqueólogos

sociales vemos la historia como un todo, como una unidad que si es segmentada se desnaturaliza al generar un proceso identificatorio que no es el que orienta los pueblos hacia formas de justicia generalizada. En tal sentido, como historiólogos, consideramos la identidad como una fuerza que cohesiona la ideología, y enseñamos que tenemos una historia común y que las relaciones del pasado y el presente se resumen en la cultura, en formaciones político sociales, modos de producción y de vida que han adoptado desde ese pasado formas económicas, sociales y culturales comunes.

Por otra parte, como historiólogos debemos, sin embargo, analizar y filosofar sobre el proceso político-social que convierte lo tradicional en objeto de mercado, que transforma la idea de identidad en bandera o señuelo que hace las veces de símbolo social.

La identidad cultural se puede definir como la toma de conciencia de las diferencias y similitudes referidas a comunidades con procesos históricos similares o disímiles. En su sentido lato, la identidad es una autoconcepción de la soledad. Existen elementos que consideramos propios y que hemos interiorizado como característicos de nuestra idiosincrasia. Cada miembro de una región, de un país, de una zona del mundo, se apoya, aún inconscientemente en puntos que considera identifican su personalidad como propios de una identidad. Cuando señalaba que había sido Linton uno de los primeros en apuntar que las identidades podían ser modificadas, pensaba en un fenómeno de gran interés, ligado al proceso identificatorio, pero promovido por el mercado o las formas de mercado como una supuesta muestra de la identidad de los pueblos: me refiero a las artesanías inducidas, que en muchos casos son una continuación de formas arqueológicas, o de modelos de etnología antigua, o de moldes del pasado acicaladas para promover —a veces dentro de un errático credo nacionalista— símbolos y formas estéticas comunes a superestructuras funcionales del pasado, desencajadas de su sentido para hacerlas parte de una estética supuestamente popular, pero producida en serie para el consumo turístico o del mercado general.

Esa producción artesanal tiene sus modelos en "lo tradicional" y en lo "autóctono"; se apoya por lo tanto en el pasado, pero se destina al mercado actual. En muchos de nuestros países la promoción de las artesanías ha sido llevada a cabo como si la repetición ideográfica, fuese una especie de operación de salvamento de formas antiguas, ahora tratadas en serie, por comunidades

autoctonizadas, y a las que se les ha mostrado o inducido la idea de que estas formas, sin relación infraestructural-superestructural funcional, son realmente una continuación de la tradición vital de quienes las producen. Las artesanías son a veces una forma inducida y política de identificación orientada a solucionar problemas de simple supervivencia de grupos cuyo abandono tradicional ha sido permanente. Dentro de muchos de los procesos artesanales se esconden viejas culpas de explotación y de dolencias. Como bien señala Néstor García Cancilini (1979: 86-96) "¿Puede hablarse todavía de una identidad distintiva de las artesanías? ¿Se mantendrán como un sector específico de la producción, con técnicas y motivos visuales de origen precolombino, o se disolverán en las reglas de la producción y representación de sociedades industriales?" Me atrevería a afirmar que las artesanías populares de tema precolombino, al tener un contenido social diferente, un contenido de identidad étnica, en el que el fenómeno de supervivencia se inscribía como parte del proceso artístico, fueron parte de un desarrollo necesario de autodefinición cultural, que se pierde en el mismo momento en que sólo la forma externa de las mismas alcanza el interés de un mercado que desconoce, y a veces obnubila —como pasa con sociedades actuales— las modalidades supraestructurales y las representaciones ideológicas del proceso artístico tradicional.

La implantación de nuevas formas de "artesanía" podría, como bien han señalado algunos autores, contribuir sin dudas a que comunidades relegadas por el proceso de autoctonización alcanzaran un grado de solvencia, o de desarrollo económico, que les permitiera subsistir. Ese ha sido el objetivo básico de casi todos los proyectos nacionales de artesanías. En muchos casos, la artesanía es un proceso artificial establecido por escuelas que repiten modelos sofisticadamente extraídos de temas precolombinos, etnológicos o folklóricos. En otros casos, cuando han existido las comunidades-relicto, las comunidades oficialmente autoctonizadas, las artesanías son parte del museo vivo, de la escenografía parcial con la que el Estado Nacional subvenciona, de manera exhibicionista, lo que resta de una sociedad, de unas supuestas "raíces" que se estudian en perspectiva, pero de las que muchos de los intelectuales orgánicos del sistema se sienten avergonzados. América Latina está llena de modelos de este tipo.

Los arqueólogos que tratamos el pasado como una fuente de datos para reconstruir sociedades, sabemos que la identidad étnica

os y ha sido uno de los factores fundamentales de la sociedad, porque la identidad familiar es el primer paso en sociedades iniciales preclásicas. Podemos establecer qué motivos en las decoraciones persisten local y regionalmente durante milenios, reproduciéndose secuencialmente en territorios de cientos de miles de kilómetros; pergeñamos que es muy posible que la impronta tribal se encuentre representada en estos símbolos, porque su repetición es coherente, y porque esa repetición se acompaña de un desarrollo de formas artísticas que son, sin duda, códigos expresivos, modelos y resúmenes de creencias trastocadas en mensaje y arte a la vez.

Ningún grupo precolombino ni preclásico hizo arte por el arte. Desligar lo estético del proceso vital, especializando las formas artísticas y separándolas de la necesidad de supervivencia, es realidad imposible de suponer en sociedades en las que formas, decoraciones y rituales son una unidad compleja. Lo característico de las formas precolombinas en el Caribe, por ejemplo, fue la riqueza en el proceso creativo, al mantenimiento de cánones, reglas que, de por sí, destacaban el delirio de la línea y la decoración misma. En el caso de Las Antillas, por ejemplo, los grupos aruacos venezolanos, a partir de las influencias barrancoides y salaloides, generaron una especie de campo de prueba que pronto, en sólo dos o tres siglos, enriqueció de formas de decoración el arco antillano, al punto de que hoy, tras más de treinta años de estudios de modos y decoraciones, un investigador como I. Rouse ha tenido que rebatir sus propias series, creando sub-series tras sub-series que revelan no sólo la riqueza de la creación alfarera aborigen, sino la imposibilidad de seguir haciendo la arqueología sobre la base de elementos decorativos, elementos a fin de cuentas considerados "artesanales" (Rouse 1986).

La identidad no puede ser, como señala García Canclini, sino el resultado de una praxis. Ha sido una característica de las llamadas culturas nacionales el embalsamar tradiciones, paralizar para la filmoteca procesos históricos, y considerar que la historia ha pasado y que los relictos son por tanto la arqueología misma. Es sobre la base de esta inversión de valores que en la actualidad la mayoría de los estados de la cuenca del Caribe conciben la arqueología. La ven como un venero de información estética, como una forma terminada y hasta idealizada. Se dosifica de manera sistemática el estudio cultural que revela nuestros puntos de contacto con ese pasado. Nos constituimos, gracias a la acción de

los historiadores más retardatarios, en sociedades con dosis de cultura indígena en un tanto por ciento, algunos componentes de culturas africanas, en otro porcentaje, mientras que el venero de la arqueología cotidiana revela elementos tan importantes como los siguientes: el conuco fue nada más y nada menos que la unidad de autosubsistencia básica que en manos del español y el africano hizo posible la supervivencia de la especie humana en Las Antillas y el Caribe del primer contacto; que el sembrado de yuca y el montículo agrícola alcanzaron grado tal, que Juan Ponce de León llegó a tener ingenio de casabe en la isla Mona (Tanodi, 1971), y que parte de la conquista inicial del Caribe costero y de México, sólo pudo realizarse con la ayuda del casabe, sustituto del pan bizcocho, imposible de conseguir en la América de aquellos tiempos. Las técnicas indígenas de la vida cotidiana, adoptada por los españoles y luego por los esclavos africanos apuntalan la importancia de la transculturación. La dosis o las dosis de cultura colocadas en el mortero del boticario histórico o historiador, no se compadecen con la realidad. En la arqueología de todas partes existen datos para mostrar que toda implantación cuenta con un componente local que neutraliza aquel sector importado de la cultura que es rechazado por el proceso de adaptación humana. El proceso de adaptación es en parte, la selección de una tecnología nueva, a veces inventada, capaz de dejar de lado las tecnologías de origen, infuncionales en el nuevo medio. Ello supone cambios profundos en las relaciones de producción, modificación de los modos de trabajo originarios, reformulación del proceso ideológico en muchos casos y reajuste de los patrones de supervivencia. Se trata, en fin, de procesos de interculturación.

De todas estas experiencias históricas, entrelazadas en una sociedad inicial, los elementos que han sobrevivido son muchos, los que los historiadores tradicionales han identificado son pocos. Se ve el pasado como forma finiquitada, disecable e inmóvil. Los elementos culturales aborígenes, sin embargo, fueron más funcionales para los europeos que muchas de las creencias y de las experiencias obtenidas en siete siglos de lucha contra los árabes. Mientras los españoles traídos por Colón en su segundo viaje no se acostumbraron a la dieta indígena, murieron de hambre, pena, enfermedades y desasosiego. Ya en 1494 abandonaron los escrúpulos castellanos, y comieron desde iguana hasta guayabas podridas. ¿Se puede hablar, pues, de una cultura hispánica en América que modificó de inmediato los modelos ideológicos de

implantación? La arqueología muestra que el equilibrio ecológico entre hombre y flora, hombre y fauna, fue destruido rápidamente por el conquistador. En alguna cita sobre excavaciones realizadas en el Convento de Frailes Dominicos en Santo Domingo, pudimos establecer que fue el español quien realmente acabó con el manatí, porque nunca hemos encontrado tanto manatí en yacimientos indígenas, como el hallado en el patio de la vieja iglesia citada (Veloz Maggiolo, 1980).

La identidad, ese proceso de cambio conceptual o histórico, fue lo primero que se resquebrajó entre los castellanos conquistadores. Los españoles que se levantaron contra Colón, encabezados por el Alcalde Mayor de La Isabela, Francisco Roldán, exigieron el reconocimiento de sus mujeres indígenas cuando se habló de un pacto entre el Almirante y el rebelado con casa fuerte en el llamado reino de Jaragua. Vestidos como indios, viviendo con mujeres indígenas, ingiriendo casabe y adaptados a un mundo donde el cacique podía tener varias esposas, los españoles de Roldán, gracias al pacto llamado *guatiao* se criollizaban, iniciaban por vez primera en América un proceso de identidad nueva, generaban una identidad cultural diferente de la original. Olvidaban, además, muchos de ellos, la condición de hijosdalgos para justificar una nueva vida, una modalidad diferente de organización social.

Las dosis del boticario que coloca tanto por ciento de negro, tanto por ciento de indio y un tanto por ciento mayor de español, mueven pues a risa cuando se analiza o se supone cómo pudo haber sido el proceso de transculturación hispano-indígena. El indio también modificó su identidad; en algunos casos, trató de mantenerse fiel a un origen étnico que se desmembró cuando la sociedad tribal fue desorganizada, para un cambio drástico de las relaciones de producción. Fue la defensa de la identidad la que hizo que algunos caciques accedieran a la colaboración como única posibilidad de mantener vigentes las relaciones tribales. El caso del cacique Guacanagarix, en la Isla Hispaniola, acusado por muchos historiadores de traidor, fue un modelo claro de la situación que explicamos (Las Casas, 1957).

Mientras la arqueología de tipo tradicional y esteticista se interesa por los símbolos del momento para mostrarlos como huellas del pasado, el interés de los arqueólogos sociales, como filósofos de la cultura, es el de reclamar, a través del dato comprobable, la historia verdadera de sistemas de desarrollo humano que modificaron la vida de regiones enteras. Nuestro deseo es reconstruir

aspectos sociales universales, descubrir formas capaces de convertirse en leyes o modelos de investigación, capaces de ofrecer soluciones a problemas históricos concretos. Puesto que las piezas y los restos arqueológicos no existen independientemente del quehacer del hombre, de su trabajo, para nosotros cada resto, cada forma, cada asentamiento, debe revelar una manera de relación humana que está dada por las soluciones de supervivencia. Como el trabajo es la vía directa para la supervivencia, partimos del concepto del trabajo como base de toda sociedad, y de las contradicciones entre el hombre y la naturaleza, y el hombre y su entorno social, para tratar de explicar un proceso que, siendo local, tiene contrapartidas universales.

La arqueología, por lo tanto, es local en cuanto aporta datos para una historia particular; pero esta historia particular se entronca a su vez con la historia universal, y entonces podemos conocer mejor al hombre cuando llegamos a la condición de comparar organizaciones sociales, variantes en las formas de trabajo, afinidades en las relaciones productivas, tecnologías en la explotación de los medios de producción, infraestructura y formas de creencias o de ideologías en relación con la producción misma.

Para estos modelos comparativos es necesario, sin embargo el estudio, el acopio de información permanente y el mantenimiento de una posición filosófica, en el más amplio sentido de la palabra. Interpretar una sociedad, buscar los elementos que unen sus expresiones, comparar y establecer esquemas universales o tratar de descubrirlos, forman parte del proceso filosófico. Categorías como modo de producción, modo de vida, formación económico social, son instrumentos de una filosofía de lo histórico, de un arsenal ideológico utilizable para poder interpretar la vida del hombre en todas sus manifestaciones.

¿Qué nos importa una vasija de barro bellamente decorada, si no tratamos de inferir la conducta social, así como el contexto que determinó cierto uso especializado?

Nos interesa cómo el hombre de Neanderthal resolvió sus problemas porque como ser humano dio una respuesta exitosa a muchas de sus contradicciones, y porque como parte del género humano este espécimen significa un adelanto en el desarrollo de la lucha del hombre por llegar a etapas más desarrolladas. Si sólo nos interesara el actual *Homo sapiens*, y olvidáramos que las mejores técnicas del paleolítico medio fueron desarrolladas por los neanderthalenses, estaríamos fragmentando la historia universal,

y seríamos incapaces de explicarnos cómo las industrias bifases de Asia y la propia Europa deben al neanderthal, una tecnología que contribuyó notablemente a la persistencia de la especie.

Ninguna historia es aislable del contexto universal. El universo se modifica permanentemente. El hombre también. La búsqueda de una parte de la identidad a través de la arqueología, y la consolidación de los escalones históricos que son las historias locales, son objetivos universales. Ciertamente el auge de las identidades como formas de cohesión social no es muy distante. En sus acciones sobre política cultural, la UNESCO ha promovido la preservación de las identidades étnicas y culturales, como una manera de evitar que la pérdida de los valores locales contribuya a que bloques mundiales de acción política desintegren la personalidad de los pueblos, y penetren en su entorno cultural valores implantados, infuncionales y creados muchas veces con fines de dominio.

Por eso existen líneas de identidad. Una de ellas es aquella que considera la cultura como un adorno, como una forma externa del quehacer humano, y en la que la identidad se orienta hacia la aceptación de valores de clase, haciendo muy variable el interés de la misma; la otra línea de identidad es la que parte del concepto de que las soluciones locales tienen una tradición de persistencia, y de que los valores locales son el único valladar para evitar la distorsión histórica, la ruptura de los valores tradicionales funcionales sin el surgimiento de nuevos valores sustitutivos, capaces de mantener viva la unidad de conciencia como comunidad.

El contenido retardatario de la primera posición, se centra en que los valores locales deben ser totalmente sustituidos por valores implantados, más funcionales y productivos. El contenido de la segunda posición se basa en que los valores locales pueden y deben ser renovados, a partir de la raíz histórica que los engendró, y que los pueblos mantengan, en lo posible, una línea de solución local cohesionadora de sus posiciones nacionalizantes o socializantes, sin perder su personalidad.

De ahí que una arqueología de la identidad sea posible y de ahí que considere que en el aspecto arqueológico, políticas obnubiladoras hayan generado posiciones tales como la de la arqueología turística, o de la arqueología autoctonizada.

Sobre este concepto de la arqueología autoctonizada quiero hacer algunos señalamientos. El concepto emerge de nuestra convicción de que "lo autóctono", ha sido identificado desde el entorno político exterior de la sociedad nacional, que tiene dentro gru-

pos o relictos indígenas que son mostrados como el modelo de "cómo era la sociedad hace cientos de años". La autoctonización es pues segregada, lo he señalado. (Veloz Maggiolo, 1985). Son el colonialismo y el capitalismo los que han definido las fronteras de las autoctonías. La incorporación de grandes zonas mundiales a un sistema de explotación que buscó nivelar la fuerza de trabajo en aras del capital y su acumulación originaria, trajo como consecuencia una articulación social nueva, unas relaciones de producción que sustituyeron a cientos de modalidades productivas, en numerosos puntos del planeta, en donde aún la tribalidad persistía. Las sociedades autóctonas fueron estudiadas y definidas como tales en función del avance capitalista e imperialista, en función del nuevo colonialismo inglés, francés, holandés, belga, norteamericano, y nos parece que toda sociedad autóctona, por su presencia de rasgos precapitalistas y su antigüedad de origen, quedó insertada dentro de un nuevo modo de producción, de un nuevo tipo de intercambio, sin abandonar parte de los viejos esquemas tradicionales. Esas relaciones arcaicas no del todo desaparecidas, y a veces mantenidas adrede, fueron consideradas desde fuera, por los colonizadores, y luego por ciertas clases nacionales como el modelo superado y superable. Todo lo referido al presente y al pasado de estas sociedades, es por tanto elemento que no forma parte funcional de la historia como expresión ajena al origen de los actuales grupos de poder.

El tratamiento de las sociedades autóctonas o autoctonizadas se ha trasladado a las culturas del pasado que pudieran ser o no el modelo originario de la actual sociedad autóctona. La actitud está viva en sociedades en donde los grupos que pudieran haberse considerado autóctonos desaparecieron. Sin embargo, la posición que toman hoy muchos gobiernos y autoridades que manejan el sector cultural de nuestros países es la del extranjero que autoctoniza restos arqueológicos. El grupo indígena es imaginado y reconstruido, para con él conformar una imagen romántica de lo que pudo haber sido autóctono. En su interior, muchos de los coleccionistas y autoctonizadores de Las Antillas, donde ya el indio es parte del poema, se solazan pensando en qué interesante hubiera sido mantener, como en una granja, los indios reproduciéndose con sus arcos y flechas, sus canoas y sus burenes.

Los trabajos de investigación que hoy realizamos como historiadores, como arqueólogos sociales, nos alejan cada vez más del concepto que tienen nuestras sociedades en lo que debe ser

el valor real del dato histórico recuperado. ¿Trabajamos en el vacío, o algún día tendremos la oportunidad de confirmar que nuestras sociedades y nuestros intelectuales han comprendido que la ciencia es una, que la sociedad es una, con sus variables y que el desarrollo de la historia del hombre ha sido seleccionado por artificios ideológicos utilizados para entender mejor el paso del animal pensante por los tiempos?

Ciertamente, luego de palabras y estudios que lindan la filosofía de la historia, muchos se dirán que hemos ido lejos en esto de arqueología e identidad. La respuesta es, por lo tanto, sincera. Sí, hemos ido lejos. Y lo más interesante, no supusimos que éramos capaces de hacerlo, cuando reunidos y pensando en conjunto, dimos el primer paso y supimos reconocer que hemos sido valientes en eso de afirmarnos y negarnos permanentemente, dando razón a las leyes de la dialéctica, pero también a las leyes de la honestidad científica.

BIBLIOGRAFÍA

- De las Casas, Fray Bartolomé (1957): *Historia de las Indias*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Rybadeneira.
- García Canclini, Néstor (1979): "Artesanías e Identidad Cultural", en *Revista Culturas*, París, UNESCO, Vol. VI, No. 2.
- Linton, R (1941): *Acculturation in Seven American Indian Tribes*, New York, Apleton-Century Co.
- Alonso, Martín (1947): *Enciclopedia del idioma*, Madrid, Editorial Aguilar.
- Rouse, I. (1985): *Migrations in Prehistory*, New Haven-London, Yale University Press.
- Tanodi, A. (1971): *Documentos de la Real Hacienda de Puerto Rico*, Río Piedras, Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico.
- Vargas Arenas, Iralda (1986): "Arqueología, Ciencia y Sociedad", en *Boletín de Antropología Americana México*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, No. 14.
- Veloz Maggiolo, Marcio (1980): "Los materiales arqueológicos como fuentes para la Investigación Histórica", en *Vida y Cultura en la Prehistoria de Santo Domingo*, San Pedro de Macorís, República Dominicana, Universidad Central del Este.
- _____ (1985): "Apuntes sobre Autoctonía y Etnidad", en *Boletín de Antropología Americana México*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, No. 11.



APROXIMACIÓN A LA CERÁMICA TEMPRANA EN EL CARIBE

JORGE ULLOA HUNG



Las comunidades recolectoras del Caribe muchas veces explotaron los entornos marinos o cercanos a los estuarios, mientras en otras ocasiones lo hicieron a lo largo de grandes ríos, lejos de las desembocaduras. En sus fases más avanzadas algunas de estas comunidades llegaron a desarrollar elementos anunciadores de nuevas relaciones, matizadas en lo fundamental por la incorporación de ideas agrícolas y de confección alfarera, en formas incipientes, cuya variabilidad estuvo influida por factores ecológicos.

Varios han sido los intentos de aproximación a estos procesos —con sentido arqueológico— aunque muchas veces sólo se han preocupado por los puntos de vista estéticos, algunos pormenores aislados, o las rutas migratorias y de difusión de los grupos, como formas de demostrar desarrollos con basamentos netamente cronológicos a través de los estilos y las series cerámicas.

Si bien los estudios de la alfarería de las comunidades agricultoras han sido suficientemente ilustrativos y abundantes para crear esquemas agrupadores de sus variedades, en el caso de los grupos más tempranos hay un franco debate que casi siempre gira en torno a la difusión y rutas de dispersión inicial, por lo que muchas veces se pierde de vista la relación de las primeras cerámicas con los modos de vida recolectores y sus procesos de transformación en aldeas sedentarias.

Tales acercamientos deben tomar en cuenta que la alfarería más temprana, en sus formas técnicas y grado de utilización, podía ser aún un complemento en sociedades con cultura mixta, que no se apartaban del todo de sus mecanismos de producción tradicionales, elemento a sopesarse a la hora de valorar las características de las primeras cerámicas caribeñas y su nivel de representación en los contextos arqueológicos.

En el Caribe ribereño el desarrollo alcanzado por las sociedades recolectoras, al parecer propició una alta concentración de poblaciones, en lugares muy ricos en fauna, algunos de los cuales fueron explotados durante milenios y crearon las condiciones

para la vida sedentaria o semisedentaria. Ese proceso en ocasiones condujo a la erección de pequeñas aldeas fijas o estacionales, en los espacios más cercanos a las zonas de explotación económica, así como en la reproducción inicial de algunas plantas que se sumaron a las fuentes esenciales de subsistencia.

La costa barlovento de Colombia es una de las áreas donde se han observado algunas de las expresiones alfareras más tempranas en el ámbito del Caribe, reportadas en concheros, como Puerto Hormiga, cuyas fechas se remontan al 3000 AC, y Monsú, con fechados más o menos similares. En ambos casos parecen evidenciarse los primeros intentos de vida aldeana en la región y sus características señalan hacia un proceso de transición —con prácticas agrícolas y empleo intensivo de la recolección— que se estabilizó cuando tubérculos como la yuca alcanzaron cierta preponderancia. Otros ejemplos fehacientes de este proceso son palpables en los yacimientos colombianos Rotinet y Malambo, donde el consumo de la yuca en forma de casabe era habitual hacia el 2000 AC y el 1200 AC respectivamente (Angulo, 1992).

En otros espacios de la costa caribeña, como Guyana, los estudios sobre las fases del arcaico tardío (Williams, 1992) también han revelado la existencia de grandes conchales —como Hosororo Creek, con fecha de 3975 ±45 AP—, donde al parecer las comunidades recolectoras elaboraron una alfarería de formas muy simples y sin decoraciones que presenta importantes similitudes con una de las tradiciones alfareras más tempranas de Brasil, la tradición Mina, localizada en la boca del Amazonas.

Según las descripciones, esta primera alfarería guyanesa es blanda y porosa, en ella se observa la aplicación de soluciones técnicas que paulatinamente resultan más efectivas, pero aún persisten procedimientos característicos de comunidades precerámicas, entre ellas el empleo de piedras para calentar.

Otros rasgos esenciales de las primeras cerámicas guyanesas son el alto grado de estandarización y conservadurismo en las formas de los recipientes así como en las técnicas de confección, elementos que fueron reemplazándose al experimentarse con nuevas arcillas y antiplásticos alternativos. Sin embargo, lo más importante de esta alfarería es la evidencia de que se elaboró en el sitio, testimonio muy significativo si se tienen en cuenta las hipótesis que plantean la introducción en Guyana de la llamada cultura formativa por la región noreste del territorio, y como consecuencia de las expansiones y migraciones de horticultores

procedentes del bajo Orinoco (Williams, 1992).

Los yacimientos excavados en la región de Carúpano, Venezuela, a fines de la década del setenta (Sanoja, 1988; Vargas, 1987), son otros ejemplos significativos de la presencia de cerámica temprana en la región de la ribera caribeña. Su estudio reveló la existencia de grandes concheros con cerámica, cuya economía compleja fue calificada de mixta.

El análisis de estos yacimientos permitió definir las características culturales de los grupos aborígenes que habitaron la costa oriental de Venezuela así como rastrear su posible conexión con las comunidades que posteriormente penetraron en las Antillas, además de sopesar los procesos endógenos en el seno de unas sociedades con modo de vida recolector en las cuales se perfilaba un paso hacia la tribalización.

Las evidencias alfareras, junto a otros factores de naturaleza económica e instrumental, presentes en los concheros conocidos como Las Varas, Ño Carlos y Guayana, fueron básicas para explicar cómo en esta zona de Venezuela las poblaciones ceramistas incipientes habían comenzado a experimentar con prácticas hortícolas o al menos fabricaban instrumentos y útiles para cortar árboles y trabajar la madera, entre otras funciones. El elemento más importante derivado de estas valoraciones fue la observación de los aspectos estimuladores de un cambio cualitativo hacia la producción de alimentos y la capacidad que para esta producción presentaron los recolectores, tanto en las zonas interiores como en el litoral. Tales actividades productivas fueron analizadas en concordancia con las posibilidades que exhibían las particularidades de cada modo de trabajo específico para producir un cambio de forma autogenerada en el modo de vida recolector.

Otras áreas del Caribe, tal es el caso del conchal Monagrillo, ubicado en el golfo de Panamá, han revelado que la manufactura alfarera se añadía a formas de trabajo relacionadas con el aprovechamiento y explotación del mangle y los recursos vegetales. Los hallazgos de alfarería señalan a Monagrillo como un yacimiento que, por su ubicación, debió representar una importante fase en la dispersión, intersección y cruzamiento de la cerámica en América. La marcada similitud entre las primeras alfarerías panameñas y las de sitios de Colombia —como Puerto Hormiga— es una de las causas principales para estas consideraciones, a la que se unen las valoraciones sobre el potencial de recursos marinos que en sentido general representaban las costas del

Caribe. Esto hizo posible que al comparar las evidencias de los grupos recolectores de ambas regiones se encontraran importantes similitudes en todas sus expresiones.

En el Caribe centroamericano, otra presencia de cerámica incipiente se localiza en el residuario conocido como Monkey Point, ubicado al sur de la llamada Laguna de las Perlas, en la costa atlántica de Nicaragua. Según los comentarios del Dr. Marcio Velloz Maggiolo (1991) a informaciones suministradas por el arqueólogo que trabajó este yacimiento —Jorge Espinosa—, Monkey Point está constituido por un conchero de unos cinco metros de profundidad con fechas oscilantes entre los 9 000 y 6 000 años AC. En él, los materiales de las fases más antiguas revelaron formas en los instrumentos líticos que tienden al bifaz, además de nucleos y preformas que al parecer estaban mezcladas con manos y martillos, desgastadas por el uso en trabajos de atrición y tritación posiblemente sobre semillas. Este tipo de evidencia, junto a los pisos de las viviendas encontrados y los fogones de una buena profundidad arqueológica, hablan de una vida sedentaria o semisedentaria. Además, Monkey Point presenta cerámica en los primeros 30 cm de algunas partes del sitio; en sentido general el yacimiento es una variante del modo de vida recolector, definida por la orientación hacia el mar como factor básico de producción, donde la comunidad se estabilizó por el dominio de los ciclos naturales de ese nicho ecológico.

Como cuestión final podría aducirse que los análisis en Monagrillo, los estratos superiores de Monkey Point, los concheros con cerámica temprana de Colombia, las costas de Venezuela y Guyana, entre otros, concuerdan en reflejar una fase de crecimiento y enriquecimiento en el modo de vida apropiador del Caribe ribereño, fase que, con sus particularidades y más tardíamente también tuvo lugar en las Antillas. En este caso, a pesar de las diferencias particulares de los yacimientos, la alfarería es un elemento común, lo cual no implica procesos idénticos ni que el componente alfarero siempre hiciera su aparición en los diferentes contextos por la misma vía.

LA CERÁMICA TEMPRANA EN LAS ANTILLAS

No todos los primeros ceramistas en las áreas ribereñas e isleñas del Caribe han recibido tratamiento similar; mientras en el Caribe continental la alfarería no se ha visto aislada del todo de los desarrollos recolectores o de su evolución hacia la formación

inicial de aldeas con incipiente agricultura, en las Antillas su estudio es más reciente y ha estado influido por antiguos esquemas temporales, espaciales y tipológicos.

Hace algunos años la arqueología antillana centraba su atención, en lo que a la primera alfarería se refiere, en comunidades agroceramistas procedentes del noreste venezolano que arribaron a las Antillas Menores alrededor del siglo III AC. Estas observaciones convirtieron en tradicional un esquema migratorio que muchas veces se extendió, sin mayores razonamientos, a todos los grupos precolombinos, e influyó en acuñar el término taino —según la concepción del antropólogo sueco Sven Lovén— para referirse a todas las sociedades aborígenes antillanas.

La creación de un esquema temporal y espacial distributivo de la alfarería en las Antillas (Rouse, 1961) fue uno de los intentos más abarcadores para sopesar las variaciones en esta industria. Con la definición de estilos y series cerámicas, a partir de estudios técnicos, estilísticos y cronológicos, se crearon condiciones para formular un esquema que intentaba explicar la transformación de un estilo cerámico en otro, o de un conjunto de estos en otros; es decir el establecimiento de las series cerámicas como símbolos de desarrollo o evolución unilineal.

Lo más importante era la inclusión de los yacimientos dentro de un esquema cerámico, del cual se desprendía el resto de las características culturales, forzándose en ocasiones la pertenencia a uno u otro estilo y a una u otra serie, sin tener presentes otras posibilidades migratorias ni alternativas para nuevos conjuntos alfareros. Esta situación acarreó no pocas deformaciones, pues la agrupación de los estilos propuestos se convirtió en el fin de la investigación en sí misma, y su radio de acción se limitaba a la concepción estrecha que proponía el propio término estilo. Esa arqueología imprimió a los modos y tipos cerámicos, vistos bajo un prisma temporal y espacial, el carácter de cultura, y sancionó como fin lo que debía ser el comienzo.

De esa corriente esquemática no escaparon los estudios sobre las comunidades apropiadoras, cuyo desarrollo es un factor esencial para comprender los inicios de la producción cerámica, ya sea como un fenómeno autogenerado o como un fenómeno inducido desde fuentes externas.

La asunción esquemática del término ciboney, acuñado por los cronistas de la Conquista y desarrollado en lo fundamental, desde el punto de vista arqueológico, por el investigador norteamer-

cano Mark R. Harrington (1921), fue uno de los lastres, durante años, para la mejor comprensión de estas sociedades. La designación general de ciboney derivada hacia dos aspectos culturales, según apreciaciones de un particularismo histórico ensalzado con la observación de los llamados objetos diagnósticos, estableció una supuesta y necesaria evolución cultural desde un aspecto hacia otro, que también abarcaba trasfondos cronológicos.

Fue así como la clasificación impuesta para el ciboney de Cuba, según las normativas de los sitios epónimos Cayo Redondo y Guayabo Blanco, se convirtieron en esquemas para todas las Antillas y provocaron muchas carencias en los análisis de las diferencias y matices entre yacimientos ubicables en un mismo aspecto. La poca cerámica que aparecía en algunos de estos contextos no pasaba de ser considerada atípica, intrusiva o intrascendente.

Por otro lado, tampoco se valoraba la transculturación como un proceso dentro del cual podía producirse la interacción de las distintas tradiciones tecnológicas y económicas inherentes al modo de vida recolector, más bien se esgrimía una tipología lineal y obligada que sólo contemplaba determinados artefactos y características, sin tener en cuenta, salvo algunas excepciones, los elementos ecológicos o de otra índole, influyentes en el retraso o aceleración de sus procesos evolutivos.

En la década del setenta nuevos estudios arqueológicos en el área, entre ellos los desarrollados por el arqueólogo dominicano Marcio Veloz (1976) y su equipo de trabajo y los llevados a cabo por la Academia de Ciencias de Cuba y la Universidad de Oriente, contribuyeron a desmitificar el sistema de clasificación impuesto y su trasfondo teórico.

En primera instancia se aislaron tradiciones económicas y tecnológicas relacionadas con ancestros continentales, donde no siempre una sustituía a la otra, sino que más bien era factible su coexistencia en distintos espacios y momentos. Esta situación dio cabida al desarrollo de expresiones transculturadas, que se convirtieron en algo muy común y alcanzaron formas de desarrollo caracterizadoras del modo de vida recolector antillano. Es en este marco donde quizás sea factible colocar a la mayor parte de las sociedades con alfarería temprana en las Antillas, pues la hibridación tecnoeconómica, junto a otros factores, pudo moldear el modo de vida recolector y crear las condiciones para el desarrollo de las técnicas alfareras o su asimilación desde tempranas migraciones ceramistas con un desarrollo equiparable o más elevado.



El yacimiento Catunda ubicado en Santiago de Cuba tiene fechados de 250 DNE y 320 DNE. Es un sitio recolector con alfarería. Los fragmentos de cerámica pertenecen a la trinchera 5 (0,10-0,20 m). A y C, incisos. B, punteado. D, inciso ancho. E y F, inciso duro.

La aparición de contextos variables, con evidencias de hibridación o transculturación, muestra un proceso de combinación de varios instrumentos de producción especializados en la explotación de ambientes o recursos específicos. Ello debió auspiciar comunidades mejor dotadas, quizás más cercanas a la sedentarización, ya que su capacidad de explotación del ambiente pudo crecer y permitirles aprovechar más efectivamente sus espacios de habitación, con más precisas adaptaciones a los cambios cíclicos que en las tradiciones con una orientación muy especializada. Esta situación se puede inferir a partir de muchos de los asentamientos con alfarería temprana, en algunos de los cuales se observa un tratamiento distinto para los tipos de recolección, incluido un posible énfasis en los recursos vegetales, que puede ser consecuencia de la aplicación de sistemas de cuidado o regeneración natural para determinados espacios.

La formulación y reconocimiento de muchas de estas cuestiones crearon las condiciones para acometer el estudio preciso de los contextos arcaicos con alfarería en las Antillas, lo que ha ge-

nerado un conjunto muy diverso de hipótesis que van desde los estimados de sus orígenes hasta una evaluación de conjunto como fenómeno sociocultural.

El estudio de residuarios claves como Mayaní (Tabío y Guarch, 1966), Aguas Verdes, Canimar (Koslowki, 1975) y Playitas (Dacal, 1986), por sólo mencionar algunos en el caso cubano, y El Caimito, Honduras del Oeste y Musiepedro (Veloz, Ortega y Pina, 1974), los más importantes en el espacio dominicano, abrieron nuevas expectativas sobre este fenómeno y confirmaron que se trataba de expresiones antillanas de procesos similares ocurridos en buena parte del Caribe ibereño.

La interrelación y evaluación de los estudios realizados en distintas áreas del Caribe ha prolijado planteamientos con ángulos y ópticas disímiles; casi siempre las consideraciones se han centrado en cuestiones de tecnotipología, cronología, o de posibles rutas migratorias y de difusión. Esto ha motivado que en estos momentos las comunidades con alfarería sin burén en las Antillas constituyan uno de los principales centros de discusión científica con un cuerpo de hipótesis digno de ser revisado.

La trílogía de yacimientos mejor estudiados en el espacio dominicano constituida por los yacimientos, El Caimito, Honduras del Oeste y Musiepedro, ha recibido la mayor atención, aún cuando sus características principales no difieren en mucho de las de otras expresiones. En realidad, los análisis y publicaciones sobre El Caimito conformaron uno de los primeros reconocimientos científicos a una variedad alfarera que no se adaptaba a los estilos y series definidos por Irving Rouse, lo cual hizo asumir muchas de las características y la cronología de este yacimiento como modelo para erigir importantes tesis, además de que las peculiaridades de su registro motivaron cuestionamientos e interrogantes consideradas válidas para el fenómeno en su conjunto.

Por otro lado, el hecho de que los análisis polínicos efectuados en este residuario no revelaran evidencias de plantas básicas reconocidas entre los cultivos precolombinos, como la yuca y el maíz, pero sí un 9% de polen de otras plantas como la guáyiga, junto a los restos carbonizados de frutos de palma (*Roystonea*, sp) y de corozo (*Acrocornia*, sp) señalaban hacia un aprovechamiento de otros recursos vegetales por parte de los grupos ceramistas iniciales.

En el aspecto alfarero, El Caimito abrió dos posibilidades esenciales relacionadas o derivadas de las particularidades de su con-

texto. Por un lado era posible argumentar la existencia de grupos arcaicos iniciados en el arte ceramista a través de una evolución local, y por el otro era posible plantear la presencia de grupos arcaicos que comerciaron o intercambiaron con poblaciones ceramistas, presentes desde periodos muy tempranos en la Isla. Como parte de esta última variante se han sugerido migraciones muy tempranas para comunidades ceramistas, llegadas al arco antillano antes que los grupos con alfarería de estilo saladoide. Es sobre este último aspecto que ha recaído la mayor parte de los planteamientos que toman como centro la tipología alfarera de El Caimito para sugerir la existencia de un horizonte ceramista temprano (O'Rímoli y Nadal, 1983) que muchos denominan caimitoide.

Los planteamientos de la investigadora venezolana Alberta Zucchi (1984) son un buen ejemplo al respecto; en ellos la tipología cerámica de El Caimito es comparada con la de algunos yacimientos ubicados en la zona del Orinoco medio, en especial el yacimiento Agüerito. De estas comparaciones se desprenden concepciones básicas agrupables en dos direcciones:

- a. El descubrimiento de El Caimito y la definición de una tradición cerámica cedeñoide en el Orinoco medio indican la existencia de un horizonte cerámico pre-saladoide en ambas zonas, con fechas correspondientes al primer milenio antes de Cristo.
- b. La correspondencia cronológica existente entre El Caimito y el material cedeñoide temprano, además de las semejanzas en el sistema de subsistencia y el estilo cerámico, permiten concluir que el yacimiento dominicano representa un grupo cedeñoide que emigró a las Antillas Mayores a finales del primer milenio antes de Cristo.

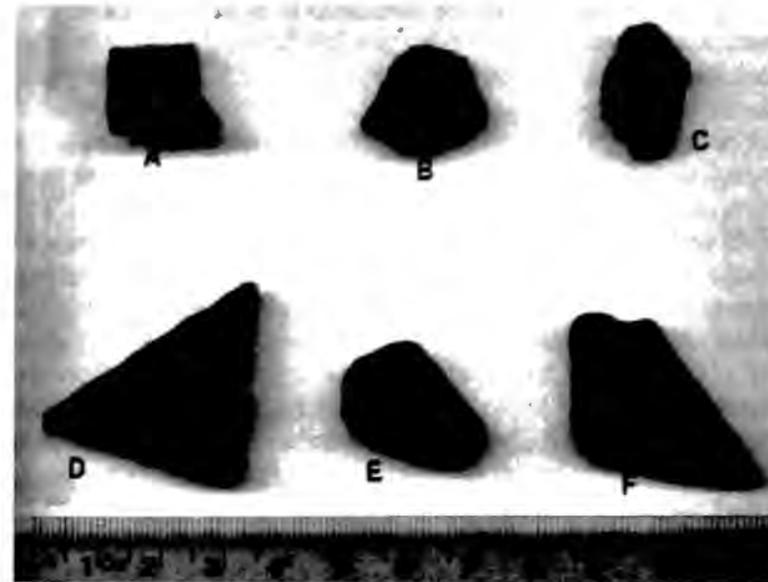
Según estas tesis los yacimientos similares a El Caimito en la República Dominicana estarían ligados a una serie arqueológica denominada cedeñoide, cuyas evidencias se consideran anteriores a las alfarerías saladoides venezolanas. Los elementos que permiten esta relación entre caimitoides y cedeñoides son las grandes similitudes técnicas y decorativas de la cerámica y los tipos de vasijas. Para Zucchi, las alfarerías de Musiepedro y El Caimito, si bien no son una réplica del material cedeñoide, presentan suficientes elementos de similitud para sugerir que fueron producidas por una misma comunidad, a lo cual se une el hecho significativo de la ausencia de burén en ambos espacios.²

Por último, Zucchi considera El Caimito y Musiepedro modalidades de asentamientos cedeñoideos antillanos; Musiepedro comenzó como un asentamiento "mesoindio" y obtuvo de los cedeñoideos las técnicas de manufactura alfarera; las relaciones cada vez más intensas entre ambos grupos fueron las que provocaron los cambios observados en su patrón de subsistencia y la aparición de ciertas técnicas decorativas hacia sus momentos tardíos.

De estos planteamientos se infiere la posibilidad de una ruta migratoria diferente de la asumida como cierta para los primeros ceramistas de las grandes Antillas, ruta que además tiene la particularidad de significar un paso directo desde el Orinoco, pues hasta el momento no existen evidencias de expresiones cedeñoideas o caimitoides en las pequeñas Antillas. Aunque la posibilidad no debe ser desechada del todo, se sobrestiman algunos rasgos alfareros que olvidan un poco el componente arcaico de la mayor parte de los registros arqueológicos ceramistas incipientes de La Española, además de que muchos de los rasgos coincidentes se aferran básicamente a las características de un yacimiento —El Caimito— sin analizar o valorar yacimientos de otras áreas donde quizás sean ínfimas o inexistentes las evidencias que puedan hablar de un horizonte cedeñoideo antillano.

Elementos interesantes sobre las primeras alfarerías antillanas pueden encontrarse también en los planteamientos del venezolano Mario Sanoja y los norteamericanos Betty Meggers y Clifford Evans (s/f). En el primer caso, las ideas apuntan hacia la posible influencia temprana de la cerámica estilo barrancoide en las Antillas, al observar que algunos elementos incisos del llamado estilo Barrancas preclásico están presentes en la alfarería de los caimitoides (Veloz, 1991), mientras Meggers y Evans (s/f) relacionan la alfarería de El Caimito con otras áreas y recientemente han calzado sus planteamientos con estudios de los cambios climáticos y su correlación cronológica, además de valorar las transformaciones culturales palpables a partir de sus procesos de difusión.

Los análisis de los rasgos alfareros del yacimiento El Caimito ofrecen según Betty Meggers y Clifford Evans varias de las características diagnósticas de las cerámicas iniciales del continente sudamericano, y las similitudes de esta alfarería con los complejos costeros de Colombia sugieren la posibilidad de una ruta de dispersión transcaribeña. Ruta que a su vez puede ser correlacionada con cambios climáticos, que de alguna manera contribuyeron a acelerar los procesos migratorios hacia las Antillas y moti-



Catunda. Trincheras 5 (0,10-0,20 m). A, B y C, incisos. D y E, inciso ancho. F, inciso fino

varon una mayor concentración de población en esa área a partir del año 2 000 AP. Esta hipótesis parece estar avalada por la gran cantidad de fechados existentes alrededor de este periodo.

Por su parte los criterios más recientes de Meggers (1987) sobre la introducción de alfarería en las Antillas parecen ser más concretos y esbozar las coincidencias entre el desarrollo de este fenómeno y un largo episodio árido —ocurrido entre los 2 700 AP y el 2 000 AP en buena parte de Sudamérica—, cuya existencia está demostrada por secuencias palinológicas y geológicas. Según esta autora la situación permite relacionar las alfarerías tipo El Caimito como parte de un movimiento importante, y hasta cierto punto necesario, hacia las Antillas, que coincidió con el período final del evento climático.

En este caso, resulta interesante la conjugación de las incidencias de un fenómeno climático con un fenómeno de transcendencia cultural, como la penetración en el arco antillano de los primeros ceramistas; sin embargo, a pesar de las coincidencias, aún es necesario un mayor número de datos para afirmar la migración de los primeros grupos con cerámica desde regiones como Colombia hacia la isla de Santo Domingo.

También Rouse (1992) ha retomado la evaluación de la presencia de alfarería en contextos propios del arcaico; con sus nuevas teorías ha intentado reformar sus antiguos esquemas y ponerse a tono con los nuevos aportes de la arqueología caribeña. La nota principal ha sido una mayor flexibilidad cronológica en la clasificación propuesta, pero en esencia se mantienen los mismos conceptos enunciados en los anteriores esquemas.

El empleo de los conceptos edades y subseries son el mecanismo a través del cual se pretende asimilar las nuevas informaciones para adaptarlas a la persistente concepción unilateral de desarrollo, y demostrar a través de algunos cambios en los ajuares el paso de una subserie a otra o de una edad a otra. Con ese punto de vista, los ancestros de la cultura taína son divididos en dos edades, la lítica o paleoindia y la arcaica o mesoindia, a cada una de ellas se le otorga un rango cronológico y se le define por la aparición de una innovación tecnológica: la piedra tallada en la edad lítica, y la piedra para molineta, los artefactos de hueso y la concha, en la edad arcaica. Como las innovaciones normalmente sobreviven en edaoes siguientes, el autor llama a no definir las edades a través de piezas aisladas sino en contexto (Rouse, 1992).

La valoración específica sobre el Caribe precolombino se centra en la ubicación de las culturas arqueológicas, consideradas subseries, dentro de determinados espacios asumidos como comportamientos estancos, donde las relaciones entre las comunidades se limitan al aislamiento y la contención, y se establecen fronteras culturales que no son demostrables ni por la arqueología ni por otras fuentes auxiliares o históricas.

Rouse limita el abordaje de la alfarería temprana a Santo Domingo, y a la existencia de una frontera entre poblaciones con cerámica de estilo saladoide y poblaciones arcaicas, en una cronología que oscila entre los 200 AC y 600 AP. La presencia de alfarería de estilo saladoide en La Caleta, área cercana a La Romana, en la República Dominicana, unido a fechas de 240 AC para las alfarerías de este tipo presentes en el yacimiento puertorriqueño Hacienda Grande, son los elementos esgrimidos para justificar una relación entre ambos puntos. Para Rouse la consecuencia de este proceso es el desplazamiento por los grupos de Hacienda Grande de unos pobladores arcaicos entre los cuales se impuso un estilo rudimentario, conocido como El Caimito (Rouse, 1992).

Con ese planteamiento simple el autor resuelve la presencia de alfarería temprana en Santo Domingo, donde la principal razón de

polémica estaba, según él, en sus fechados —más tempranos que los aceptados para las primeras alfarerías puertorriqueñas— por lo que no existía una fuente razonable para su derivación.

En síntesis, Rouse deriva la cerámica de El Caimito de la alfarería estilo saladoide, y la evaluación de esta cerámica temprana se apoya con los fechados del sitio Hacienda Grande y su contemporaneidad con los yacimientos dominicanos. En este punto de vista también desempeñan un papel importante los artefactos de las consideradas subseries arcaicas Casimira y Couri, los cuales reflejan, según Rouse, la posibilidad de un proceso de transculturación ocurrido entre los ceramistas de Puerto Rico y grupos recolectores de La Española. De esta manera lo que se estima como una supervivencia de los patrones de subsistencia arcaicos, es otro elemento tomado en cuenta para considerar a la gente de El Caimito como precerámicos que copiaron el estilo alfarero Hacienda Grande.

Todas estas posibles coincidencias cronológicas y contactos culturales pierden de vista que el llamado estilo El Caimito no presenta entre sus rasgos cerámicos esenciales ningún elemento que permita derivarlo de la alfarería saladoide, y deja de lado otras posibles variantes para la aparición de la primera cerámica, que no siempre tiene por qué vincularse con procesos netamente inducidos desde el exterior.

Los propios investigadores de la región han llevado a cabo análisis exhaustivos sobre este fenómeno en la República Dominicana, y sus ópticas parecen más acertadas y clarificadoras. En este caso, las investigaciones reconocen que no existen relaciones entre las primeras alfarerías dominicanas y la cerámica saladoide, afirmaciones basadas en el estudio de las expresiones cerámicas de varios sitios (O'Rímoli y Nadal, 1983), lo que lleva además a conclusiones sobre la existencia de un horizonte ceramista temprano, abarcador de toda manifestación cerámica anterior a los 240 AC.

Estas apreciaciones no se han limitado al aspecto de la cerámica sino que incluyen observaciones sobre los patrones de asentamiento y las actividades de subsistencia, con la reafirmación del carácter esencialmente recolector, aunque la aparición de escasos restos de burén en algunos yacimientos parecen marcar los comienzos de posibles procesos agrícolas.

En la cuestión de los orígenes, los arqueólogos dominicanos (O'Rímoli y Nadal, 1983) excluyen el supuesto valor diagnóstico achacado a la industria lítica por algunos autores, a partir del es-

tudio de yacimientos con cerámica temprana de Cuba, principalmente Canimar y Aguas Verdes (Koslowki, 1975). En esta opinión influyen las consideraciones sobre la variedad de tecnologías en las culturas recolectoras antillanas y la falta de elementos de juicio que corroboren un origen único para los aspectos cerámicos y precerámicos en las comunidades con alfarería incipiente.

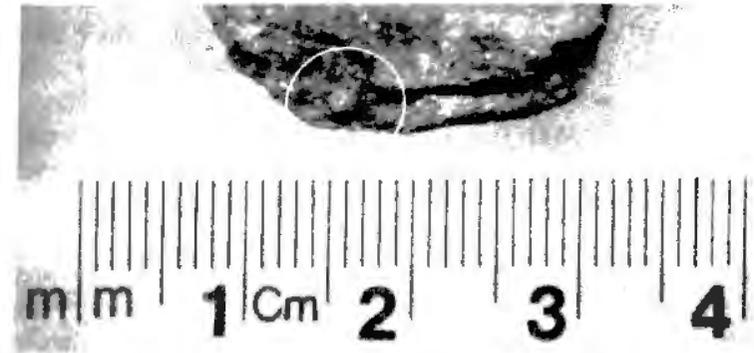
Por nuestra parte, consideramos que la existencia de un horizonte ceramista temprano pudiera ser acertada para la isla de Santo Domingo, pero en el caso de Cuba los yacimientos recolectores con cerámica parecen alcanzar rangos cronológicos mucho más amplios, hasta los 830 DC, afirmándose su coexistencia en algunas regiones de la isla con las más tempranas poblaciones aruacas que arribaron al territorio. En este caso se abre la posibilidad de unas relaciones culturales entre los grupos, que pudieron provocar algunas transformaciones entre los primeros ceramistas, o incluso propiciar la adquisición tardía de la alfarería por una parte de la población arcaica de Cuba, cuya presencia hasta el siglo XVI está bien documentada por las crónicas.

Aspectos importantes de las primeras sociedades dominicanas con alfarería han sido abordados por Veloz (1980; 1991), quien deriva los presupuestos básicos de las particularidades de los contextos. El autor cataloga estas comunidades como alfareras sin agricultura, y valora la llegada a las Antillas de una alfarería ajena al cultivo de yuca como un proceso en el cual pudieron tomar parte grupos navegantes que introdujeron esta tecnología en comunidades del período anterior, y esboza dos interrogantes que señalan hacia una concepción más abierta del problema:

- a) ¿Son grupos arcaicos que se iniciaron en el arte ceramista por una evolución local?
- b) ¿Son grupos arcaicos preagrícolas que intercambiaron con poblaciones ceramistas que ya estaban presentes en la isla?

A ambas alternativas se les concede un porcentaje de posibilidad como factores originarios de la presencia de una alfarería temprana, y el centro de las disquisiciones tributa hacia cuestiones de índole socioeconómica integral y hacia la percepción de los cambios operados en los grupos recolectores a partir de la aparición de la alfarería³.

Para sus análisis del espacio dominicano, Veloz utiliza la categoría de simbiosis productiva⁴ (Veloz, 1992), y sostiene que la explotación de nichos ecológicos mangleros, principal proveedor de la subsistencia de los grupos recolectores, fue perdiendo paulati-



Catunda. Trinchera 4 (0,00-0,10 m). Desgrasante de tiesto triturados.

namente importancia entre los primeros ceramistas, quienes integraron a sus mecanismos de explotación una mayor incidencia en el ámbito boscoso tropical. Es decir, el modo de vida recolector se reformó y el bosque sufrió conjuntamente con otras zonas una explotación combinada, donde especies de plantas silvestres como la guáyiga, se convirtieron en algo importante.

Sobre este aspecto es necesario señalar algunas diferencias observables entre el espacio cubano y el dominicano; en este último caso los yacimientos exhiben mayormente un patrón muy bien definido y vinculado a zonas de Kartz, mientras en el caso de Cuba se mantiene una variedad que se corresponde más con los patrones observados en muchas de sus comunidades arcaicas.

Según Veloz, el tránsito de la explotación del manglar hacia un nuevo modelo productivo reformó tradiciones reconocidas por milenios por los grupos precerámicos. Los materiales hallados en contextos arqueológicos señalan a un arcaico que cambió sus patrones económicos hacia la recolección terrestre de manera muy definida, y donde el espectro faunístico explotado fue mucho más amplio; parece que se trataba de bandas que habían iniciado un proceso de explotación de la naturaleza más racionalizado.

El propio análisis alfarero plantea la presencia de más de un tipo cerámico, se exhibe una variedad que hace suponer que cuando estos grupos recibieron o comenzaron a fabricar cerámica estaban en condiciones de utilizarla o de poder comenzar a producirla, lo cual constituye uno de los elementos más importantes para comprender las particulares expresiones arqueológicas de estas sociedades.

Recientemente las cuestiones relacionadas con las primeras alfarerías en la isla de Santo Domingo se han enriquecido, a partir de nuevas pesquisas en el yacimiento conocido como Punta Cana. Esta parcela arqueológica, que viene siendo estudiada desde 1989, arrojó en sus primeros sondeos la existencia de dos fases: la primera conocida como Punta Cana, y la segunda como El Barrio; en este caso se obtuvieron dos fechas radiocarbónicas 240 AC y 400 DC, que resultaron muy tempranas, para una población agricultora ceramista de las grandes Antillas, esto indica la ocupación muy temprana de grupos con estas características en la isla de Santo Domingo. La obtención en 1991 de un tercer fechado, que se remontaba al siglo IX DC, para una nueva fase del yacimiento conocido como Sitio Pepe, con alfarería de estilo Boca Chica, demostró que se trataba de un lugar utilizado durante siglos por los pobladores agrícolas y de un poblamiento que en sus comienzos fue contemporáneo con el de otras Antillas o quizás más temprano.

Los trabajos en el yacimiento también arrojaron (Veloz y Ortega, 1996) la presencia de un cementerio indígena perteneciente a la fase El Barrio, con enterramientos en posición acuclillada y ofrendas muy simples, además de presentar los restos humanos la clásica deformación tabular oblicua (Luna Calderón, 1996). Estos sondeos propiciaron otras fechas remontadas hacia una antigüedad mayor, 340 AC, y reflejaban un cultivo de yuca aun más temprano entre estos ocupantes, ya que desde los primeros momentos estaba presente entre las evidencias el empleo del burén.

De esta manera Punta Cana se convierte en una de las ocupaciones agrícolas más tempranas de las grandes Antillas, y resulta un lugar clave para la difusión de las primeras formas cerámicas en la isla de Santo Domingo, al coincidir sus fechados con los de yacimientos recolectores ceramistas y su estilo cerámico no responder a los patrones tradicionales definidos para la cerámica saladoide. Tampoco se descarta que algunos elementos de la alfarería temprana de Punta Cana hayan incidido en la formación posterior de otros estilos reconocidos, como el Meillac y el Boca Chica, es decir que algunos de sus elementos básicos se encontraran ya presentes en esta alfarería temprana (Veloz y Ortega, 1996).

Algunos rasgos de la alfarería de Punta Cana se cuentan entre los del tipo El Caimito, en especial los tipos incisos, sobre todo el inciso ancho, lo cual puede sugerir una posible transmisión de

técnicas alfareras de estos primeros agricultores ceramistas hacia los recolectores, de la cual estos últimos tomaron sólo algunos elementos y excluyeron el burén, pues no desempeñaría un papel relevante en grupos insertos en un modo de vida básicamente recolector. Es necesario destacar, además, que las tempranas fechas detectadas para la fase Punta Cana aportan un nuevo dato a la arqueología caribeña, en especial de las Antillas, al demostrar que no fueron sólo grupos con cerámica estilo saladoide los primeros ocupantes de las Antillas Mayores, sino que al parecer hubo sociedades con otra cultura, lo cual puede explicar en parte la aparición de las técnicas alfareras desde momentos muy tempranos en la isla de Santo Domingo.

LA CERÁMICA TEMPRANA EN CUBA

En los últimos años, en las pesquisas sobre los comienzos de la producción alfarera en las Antillas, los estudios en Cuba han desempeñado un importante papel. Si bien los yacimientos dominicanos, en especial El Caimito, han acaparado la atención para proclamar las más variadas hipótesis y teorías, el tratamiento del problema en Cuba ha presentado matices cuyos trasfondos teóricos expresan ópticas distintas, relacionadas con las particularidades de estas expresiones arqueológicas en la isla⁵.

En este sentido es necesario señalar que la presencia o ausencia de alfarería en los contextos arqueológicos fue durante décadas uno de los indicadores fundamentales a la hora de marcar las comunidades aborígenes cubanas. En este caso los grupos ceramistas siempre se consideraban culturalmente adelantados y acompañados de las prácticas agrícolas, lo que además de rememorar el patrón neolítico tradicional ocultaba la existencia de contextos arqueológicos *sui generis*.

A pesar de la carga de esquematismo con que se manejó la presencia de cerámica en los contextos propios del arcaico, para algunos autores, como Rivero (1966), la cercanía de este fenómeno al por entonces llamado ciboney planteaba la necesidad de no confundirlo con los grupos taínos agroalfareros, incluso en un supuesto carácter marginal impuesto por su ajuar muy reducido. En otras ocasiones, los estudios de regiones concretas como el sur de Camagüey (Pichardo, 1990) motivaron interrogantes sobre este fenómeno, en especial sobre la alfarería, que pudiéramos considerar aún válidas en buena medida. Esas interrogantes,

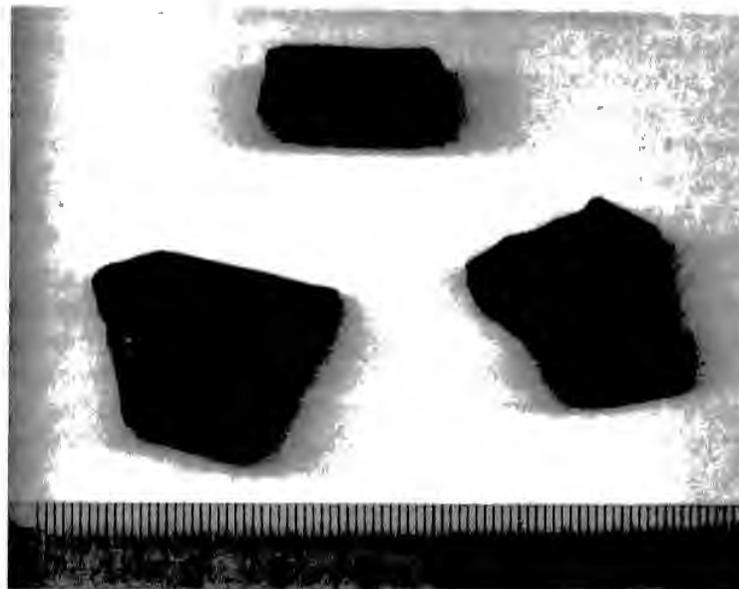
asumidas con la necesaria cautela, tenían como elementos importantes el reconocimiento de que, ya fuera por el renacer de una técnica conocida de antemano por el poblador ciboney o el comienzo de un aprendizaje alfarero por contacto, ninguna de las dos variantes entrañaba identidad cultural con el taíno, ni tampoco era factible considerar a los primeros ceramistas como un evento cultural totalmente independiente del ciboney.⁶

El estudio del yacimiento Arroyo del Palo (Mayarí) en 1964, inició una nueva etapa en las evaluaciones de la presencia de cerámica en contextos del arcaico. Las investigaciones en este sitio permitieron establecer un nuevo grupo cultural dentro de la arqueología cubana (Tabío y Guarch, 1966) a la luz de las consideraciones teóricas y la información limitada que sobre este fenómeno existían entonces en América y el Caribe; el grupo se consideró coexistente con las últimas expresiones del llamado ciboney Cayo Redondo y las primeras de los subtaínos, cuya cronología fue remitida a momentos tardíos, entre los siglos IX y XI DC.⁷

La encrucijada surgida de estas consideraciones se expresó no sólo en la necesidad de evaluar la concurrencia de cerámica y características propias de un modo de vida recolector, sino además en la duda sobre la ubicación de este nuevo grupo en una fase de desarrollo en la que se mezclaban ambas etapas —meso y neoindias—, de aquí la indecisión en el empleo de términos como intermedio o transicional para su designación. Sin embargo, la principal contradicción se expresaba por un lado en considerar el fenómeno Mayarí como un desarrollo cultural diferente, mientras por el otro —al analizar minuciosamente su cerámica y confrontarla con otros estilos antillanos— se situaba el llamado estilo Arroyo del Palo como un caso marginal perteneciente a la serie ostionoide antillana (Tabío y Rey, 1979). Así se impuso nuevamente la clasificación de Rouse.⁸

En el fondo, identificar a Mayarí como nueva cultura influyó profundamente en las consideraciones sobre otras posibles vías migratorias para los primeros ceramistas, cuyos movimientos en el interior de la isla se podían seguir a través de algunos rasgos alfareros, la ausencia del burén y más tarde por algunas características de su talla lítica. Con la cultura Mayarí nació la consideración de un grupo cultural visto como elemento aislado, y en algunas teorías, distinto o no relacionado con parte del sustrato arcaico precedente.

Este cuadro fue sostenido y a la vez complicado por los estudios de la talla lítica, donde las particularidades en los componentes de esta industria en algunos yacimientos con cerámica



Catunda. Trinchera 4 (0,10-0,20). Modelado.

simple, sirvió de base para refrendar la diferenciación cultural y hasta cierto punto repetir la visión de desarrollo unilineal sobre el preagroalfarero de Cuba que durante mucho tiempo existió.

En los criterios sobre la industria lítica pueden palpase las huellas directas de los estudios desarrollados en Cuba por el arqueólogo polaco Januz Koslowki, quien basado en la correlación de rasgos tecnológicos y las composiciones tipológicas del conjunto de instrumentos líticos, propuso diferentes industrias o ciclos industriales y dentro de ellos el complejo Canímar-Aguas Verdes. Este complejo se caracteriza por una técnica microlítica laminar, basada en el núcleo cónico o subcónico, con algunas particularidades entre los yacimientos tipos Canímar y Aguas Verdes, que fueron atribuidas a diferentes ocupaciones en los marcos de la misma tradición cultural (Koslowki, 1975).

En cuanto a dispersión geográfica, el complejo fue situado en la costa norte de Cuba, cercano a Matanzas y La Habana, así como en las cercanías de Baracoa, en la zona oriental. Sus posibles orígenes, según el microlitismo y sus características, fueron situados en dos regiones de América, Jacketown en el valle del Mississippi, o la cultura Mornil I, esta última expresión del período formativo de Colombia.⁹

Los planteamientos del arqueólogo polaco fueron revisados y ampliados más tarde por arqueólogos cubanos (Febles, 1991) quienes profundizaron en las diferencias observables entre Canimar y Aguas Verdes y las similitudes con la industria lítica de los yacimientos del sudeste de los Estados Unidos. Algunas de estas coincidencias, junto a fundamentos de tipo cronológico, llevó a dirigir más la mirada hacia una migración directa desde el Valle del Mississipi hacia Cuba, sobre todo hacia la zona de Canimar.¹⁰

Las teorías de Koslowki (1975) y su ampliación posterior (Febles, 1991) fundamentaron una de las tesis esenciales para aproximarse al fenómeno de la alfarería temprana en Cuba. Las nuevas formulaciones líticas argumentaban que las manifestaciones similares a Canimar eran el antecedente de las similares a Mayarí, lo cual establecía una relación cronológica entre ambas expresiones que tenían sus esencias principales en la mayor o menor variedad de los registros arqueológicos, los componentes líticos y otros factores contrastantes.

La industria microlítica *sui generis* aislada por Kozlowski —en solo dos yacimientos— fue elevada por Ernesto Tabío (1984) al concepto protoagrícola, el cual luego sería usado lo mismo para definir una cultura que una etapa transicional. En este caso el autor tomó en cuenta además de la lítica otros elementos de la realidad arqueológica, entre ellos la presencia de alfarería y otros aspectos de contenido económico.

Es una etapa transicional entre preagroalfarera y agroalfarera, enmarcadas algunas comunidades aborígenes cubanas que con un ajuar similar al de los preagroalfareros presentan evidencias del uso de las vasijas de cerámica, casi siempre simple y en escaso número, pero sin la presencia del buren, indicativo indirecto de la agricultura de la yuca (Tabío, 1984:38).

Además de la definición de etapa protoagrícola, Tabío hizo referencia a una división en dos momentos, para lo cual tomó como fundamento el yacimiento Arroyo del Palo, el que además de poseer las características básicas ofrecía una abundante y desarrollada alfarería con decoraciones. A partir de aquí se consideró esta expresión arqueológica y sus similares como la manifestación tardía de los protoagrícolas. Algo similar ocurrió cuando basado en los estudios sobre los sitios Canimar, Playitas y Aguas Verdes las considero las manifestaciones tempranas de la etapa.

Desde esos puntos de vista se asumía la presencia regular de alfarería como característica de los momentos tardíos y viceversa, además de identificarse indirectamente los momentos definidos con fases de desarrollo socioeconómico.

Cada etapa la hemos dividido en tres fases: temprana, media y tardía, con excepción de la Protoagrícola que sólo tiene dos: temprana y tardía.

Estas fases tienen una doble connotación: 1ro. es un indicador de la complejidad menor o mayor del desarrollo dentro de una etapa dada y 2do. de carácter cronológico general, [...] que nos sirve como guía temporal bastante amplia (Tabío, 1984: 39).

Las ideas de Tabío sentaron pautas seguidas con distintas connotaciones por otros autores. En algunos quedó clara la complejidad de un fenómeno que iba más allá de encasillarse de manera genérica dentro de un término, y se trató de establecer las diferencias en cuanto a la organización de las actividades económicas y los complejos técnicos de las comunidades ceramistas iniciales, dejando abierta la posibilidad de que los mismos, así como la selección de los paisajes para su habitación, estuvieran basados en aspectos tradicionales de procedencia distinta y no sólo en elementos de cronología. Dentro de estos criterios, el fenómeno fue tomado como una fase dentro de un periodo de cambio, en el cual estaban muy presentes la evolución y las influencias de la transculturación. Las principales diferencias observables en el marco de los contextos arqueológicos fueron asumidas en términos de variantes entre las cuales tenían fuerte incidencia las diferencias ambientales (Guarch, 1990).¹¹

En otros casos, las comunidades con estas características se inscribieron dentro de un rango evolutivo cronológico cuya esencia continuó siendo una periodización por etapas divididas en momentos —tempranos, medios y tardíos— los cuales coincidían con niveles de desarrollo sociocultural (Dominguez, Febles y Rives, 1994). Dentro de este esquema la denominación acatada señalaba hacia sociedades mesolíticas tardías, inmersas dentro de un proceso protoagrícola con orígenes en el 500 AC.

Las diferencias dentro del fenómeno en este caso se asumieron como cuadros o compartimentos —determinados por la presencia o ausencia de componentes arqueológicos— a los que

podían extrapolarse de manera automática los nuevos hallazgos. Otras cuestiones divergentes se asociaron con las expresiones de modalidades distintas de una misma cultura arqueológica, cuyos orígenes se percibieron muy vinculados a un problema ambiental. En este caso los sitios con cerámica simple, ajuar esencialmente de concha y patrón habitacional costero o litoral, fueron considerados tempranos, y se definieron como tardíos aquellos donde predominaban las cerámicas más complejas, con alguna decoración, industria más cercana al trabajo de la piedra en volumen y patrón habitacional en zonas del interior.

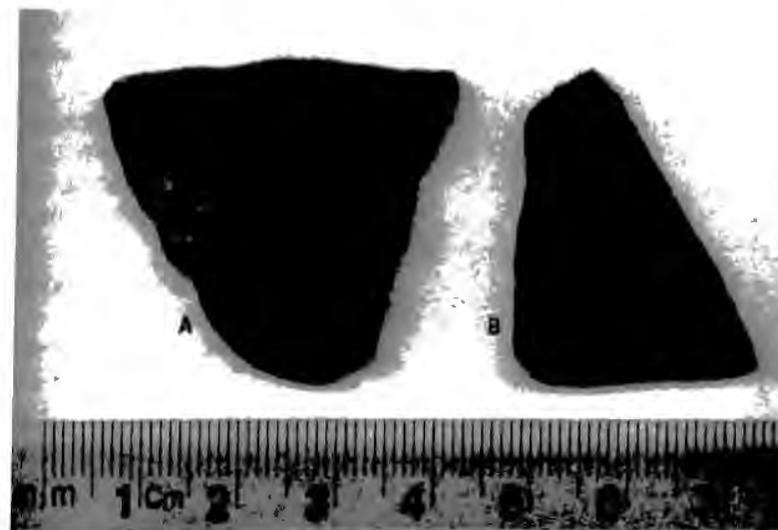
La línea de pensamiento más reciente parece entrar en un análisis de los enfoques tradicionales derivados de los planteamientos de Tabío. Las discusiones abordan dos cuestiones esenciales:

1. El protoagrícola como un evento cultural diferenciado o distinto.
2. El protoagrícola como comunidad arcaica que conoció la cerámica y quizás incorporó algunos cultivos incipientes como complemento de sus actividades apropiadoras tradicionales.

La primera de estas cuestiones ha sido uno de los lastres fundamentales que ha enfrentado el estudio del protoagrícola en Cuba, al establecerse una relación directa entre los contextos aislados en Canímar y Aguas Verdes con el de Mayarí (Godo, 1997) y plantear uno como el antecesor del otro, esto repitió o continuó arrastrando algo que era común a las antiguas clasificaciones del preagroalfarero, lo supuestamente simple siempre era considerado anterior, mientras lo supuestamente complejo se afirmaba como posterior y evolucionado.

En realidad el llamado fenómeno protoagrícola parece relacionarse con una consolidación de las sociedades arcaicas, que logró altos niveles en las Antillas Mayores, sobre todo en Cuba. Consolidación cuyos matices debieron influir en la riqueza y variedad del fenómeno, de acuerdo con determinados espacios y regiones.

Esto ha motivado que algunos autores, como Godo (1997), consideren con razón que el registro arqueológico protoagrícola haya sufrido transformaciones al percibirse desde distintos ángulos: primero funcionaron como elemento central los reportes de cerámica simple, situación que englobaba todos los llamados yacimientos Cayo Redondo con evidencias de este tipo, más tarde cambió la forma de pensar al instaurarse la percepción a través de la lítica. En este caso el esquema funcionó de otra manera, si había microlitos y no había cerámica entonces era una expresión simi-



Catunda. Superficie. A, inciso fino. B, inciso ancho

lar a Cayo Redondo; por el contrario, si había microlitos y cerámica entonces era una expresión protoagrícola (Godo, 1997:24).

Desde este punto de vista, la existencia de alfarería en los contextos propios del arcaico, que en un momento determinado fue el elemento rector por excelencia de la definición, perdió terreno al instaurarse su necesario acompañamiento con algunas formas de talla lítica y las técnicas asociadas, criterios muy vinculados a los principios de una arqueología normativa que toma rasgos aislados para definir una cultura; el ejemplo más claro en este caso es la concepción del llamado complejo Canímar-Aguas Verdes.

En realidad, aunque son pobres, las expresiones de la industria cerámica en la mayor parte de estos contextos indican que fueron comunidades arcaicas, y que la conocieron antes del arribo de los primeros agricultores por la vía tradicional reconocida. Quizás el propio hecho de tratarse de una industria en arrancada puede ser el motivo de las diferencias tecnológicas observables en algunos yacimientos; en esto pudo influir, además, la generación de diversas situaciones culturales, marcadas por una diversidad contextual que se encuentra a tono con las esencias de una economía que continúa siendo recolectora. En síntesis, puede afirmarse que la presencia de cerámica en los contextos arcaicos de Cuba es un indicador cultural de procesos de neolitización incipiente, que pu-



Catunda. Trinchera 4 (0,00-0,10 m).
Inicio duro.

dieron arrancar a partir de experiencias propias y fueron posibles gracias a ellas, de manera que, ya sea inducida o autogenerada; la confección cerámica en los espacios cubanos siempre tendrá las particularidades del desarrollo alcanzado por las sociedades arcaicas precedentes.

Por último, a manera de resumen, relacionaremos algunas consideraciones sobre los estudios de las comunidades apropiadoras con cerámica en Cuba:

1. Se han caracterizado por los puntos de vista morfológicos, evolutivos cronológicos y en alguna medida los ecológicos. Aunque son varias las tonalidades y matices, en el fondo muchos estudios tienen como punto de partida normas impuestas por dos efectos esenciales:
 - a. Se basan en conceptos tipologistas restrictivos.
 - b. Se apoyan en resultados o secuencias muy regionalizadas y en ocasiones hasta individuales para generalizar con respecto a toda la isla.
2. Los comienzos de los procesos de neolitización se han definido generalmente por la presencia de cerámica y de ciertas especificidades en las técnicas y tipología lítica. Ante la ausencia de análisis concretos que puedan hablar de inicios de domesticación de plantas, ambos elementos diagnósticos se han considerado válidos.

En el caso de la tecnología lítica, su absolutización como rasgo indicador de homotaxialidad, y en ocasiones de contemporaneidad, ha provocado que algunas secuencias locales reciban asignaciones culturales similares a puntos de referencia que pueden traducirse como yacimientos tipos.
3. Al asociar, en algunos casos, el llamado protoagrícola de Cuba con determinadas tipologías líticas, las áreas o espacios donde

estas no se manifiestan se presentan como especie de agujeros negros y se han propuesto migraciones a grandes distancias. Mientras el tratamiento del problema no tome en cuenta las condiciones geográficas de estos supuestos vacíos, y las características de las poblaciones preagroalfareras que ocuparon esos espacios, los vestigios de comunidades que no entren en esta secuencia lítica seguirán bajo la clasificación de algo diferente.

4. Entre las particularidades del proceso de neolitización incipiente en Cuba se han aislado variaciones en aspectos de los registros arqueológicos, particularmente en algunos rasgos de la cerámica, la industria lítica y los patrones de asentamiento; esto ha dado lugar a variantes o fases vistas en sucesión. Sin embargo, los parámetros técnicos de las tradiciones arcaicas no se abandonan, lo que varía es la importancia de algunos de ellos.
5. En las consideraciones de los registros arqueológicos de las comunidades con estas características parece razonable contemplar sus patrones de asentamiento y subsistencia en una estrecha relación, específicamente los primeros como las posibles variaciones de los segundos y no siempre como resultado de una transformación absoluta. En este caso algunas de las diferencias contextuales pueden aparecer como el resultado de soluciones alternativas aplicadas a problemas concretos que exigen la estrategia de recolección o predación. Esto no invalidó que algunas de estas opciones y sus consecuencias transformadoras se consolidaran y se convirtieran en patrones bien afianzados y discernibles.
6. Algunas de las agrupaciones culturales en las cuales se ha pretendido ver a las llamadas sociedades protoagrícolas cubanas, están definidas por relaciones de homotaxialidad de distintos contextos arqueológicos, en esa relación se les trata casi siempre como equivalentes a los efectos de la interpretación. Sus significados se han asumido en concordancia con un enfoque evolucionista lineal, donde el principal referente de esa homotaxialidad es una supuesta sincronía.
7. Según los estudios realizados, una de las características principales del proceso de transición hacia el neolítico en otras partes del Caribe, se localiza en una cierta especialización económica de los asentamientos. El problema de los yacimientos en vías de neolitización en Cuba precisa de un análisis que se fundamente en la valoración de varios contextos regionales.

NOTAS

¹ Ubicado en la costa este de la República Dominicana, El Caimito es un montículo residuario de poca profundidad y sus fechados radiocarbónicos oscilan entre los años 180 AC y 120 DC. Es una zona de cocción de alimentos enclavada en el techo de un abrigo rocoso donde la cerámica aparece en cantidades pequeñas y muy fragmentada, su análisis reveló el conocimiento del modelado y la incisión en grado apreciable. La alfarería se muestra en varios tipos, entre ellos los ordinarios, simples, engobados, bruñidos, alisados, incisos, esgrafiados, espatulados y modelados, con desgrasantes de arena, cuarzo y partículas de carbón. Las pocas vasijas reconstruidas, a través de los bordes y perfiles, acusan formas de bol abierto o formas globulares, algunas con pequeñas asas gazadas en D (Veloz, Ortega y Pina, 1974).

² Como otro elemento interesante de estas tesis con fundamentos alfareros se encuentra la contrapartida o similitudes de las llamadas asas en D de la cerámica temprana de las Antillas con las de yacimientos de estilo saladoide como La Gruta, en el Orinoco, mientras las mismas se encuentran ausentes en la alfarería de estilo cedehoide. Por otro lado, también se señala que los modelados presentes en El Caimito no tienen contraparte en el Orinoco medio, mientras los incisos serían el elemento más correlativo para ambos espacios.

³ En sentido general los residuarios dominicanos parecen indicar que las contradicciones principales con el medio eran más suaves y amortizadas que entre los arcaicos, al crecimiento de su instrumental que ya venía ocurriendo con los procesos de transculturación de los modos de vida anteriores se adicionó la alfarería, como elemento de grandes posibilidades, para vencer contradicciones muy concretas con el medio.

⁴ Se refiere a las estrategias para dominar y aprovechar la naturaleza como supuesto básico de supervivencia; las formas y modos con que se consolidan patrones productivos en torno a determinados puntos positivos para que la subsistencia sea posible; cómo la gente se organizó para trabajar y cómo cambió o intercambió los ecosistemas para sobrevivir (Veloz, 1992).

⁵ De acuerdo con las limitaciones en los términos establecidos para designar las comunidades en estudio decidimos utilizar el término apropiadores ceramistas, pues a pesar de las diferencias observables en algunos registros arqueológicos, los elementos principales indican una actividad económica que centra su atención en las tareas apropiadoras, con mayores o menores incidencias en unas u otras, según el medio, o los niveles de desarrollo alcanzados. A pesar de que algunos autores refieren el posible inicio de procesos agrícolas en algunas fases o momentos de estas comunidades, lo cierto es que aún no ha sido posible su corroboración. Los registros arqueológicos parecen indicar que de haber existido no constituía la actividad económica esencial ni el centro en la organización de los ciclos vitales de estas sociedades, lo que sí parece haber ocurrido con las actividades apropiadoras de uno u otro tipo. Por otro lado, la presencia de alfarería constituye la característica más llamativa en estos yacimientos, a pesar de sus diferencias cuantitativas, de expresiones decorativas, o de mayor o menor variedad tecnológica y formal. Ambas situaciones se presentan desde fechas muy tempranas hasta momentos muy avanzados, y en ocasiones es inferible su coexistencia a partir de los datos cronológicos disponibles.

⁶ Entre las interrogantes más sobresalientes que se formulaban los investigadores en ese momento se destacan las del Dr. Felipe Pichardo Moya al estudiar algunos *mounds* o montículos en la zona de sur de Camagüey, en los cuales

junto a un ajuar típico de los grupos arcaicos —ciboneyes en la clasificación de la época— estaba presente una cerámica muy pobre en cantidad y sin decoraciones. Las interrogantes pueden resumirse en dos cuestiones esenciales:

a) ¿El conocimiento elemental de la alfarería fue traído por algunos grupos siboneyes desde su tierra originaria, conservándolo los que se establecieron hacia tierra adentro y perdiéndolo los radicados en las costas?

b) ¿La alfarería pudo ser adquirida por los siboneyes del posterior invasor talno por convivencia con ellos?

⁷ El contexto general del yacimiento era comparable con el llamado aspecto Cayo Redondo y a él se agregaba un estilo cerámico desconocido y la ausencia del burén. El restudio de Mejías, con características similares a Arroyo del Palo, corroboró las particularidades de este ajuar y agregó un elemento más a la designación cultural propuesta.

⁸ Las similitudes cerámicas observadas, sobre todo con los yacimientos Macarty y Dialé I de Haití, inscribían rasgos como las vasijas en formas de bols y naviculares, además de algunos elementos de las decoraciones basándose en la incisión y la pintura o engobe rojo. Estos rasgos coincidentes, junto a las consideraciones cronológicas que denotan la probable coexistencia entre los primeros meillacoides de la región nororiental de Cuba y los pobladores de Mayarí han inscrito otras interpretaciones, entre ellas las que consideran la cerámica de este último sitio como de estilo Meillac. En otro orden de cosas, al estudiar en 1973 el yacimiento protoarcaico Farallones de Levisa se encontraron fragmentos cerámicos en los niveles más tardíos de la ocupación, esto volvió a perfilar posibles relaciones culturales, en este caso entre moradores muy antiguos, en su fase final, y la nueva cultura surgida del análisis de Mayarí y Mejías (Tabío, Guarch y Domínguez, 1978).

⁹ Basado en que las similitudes eran más acentuadas con el yacimiento colombiano, Kozłowski esgrimió ese origen como más factible y propuso un posible paso directo desde Colombia a Cuba a través de islas del Caribe medio, probablemente 1000 años antes de la aparición de los aruacos. Este planteamiento también incluía una vaga referencia a la alfarería, sobre todo a los motivos de líneas horizontales en la decoración. Según el autor, los conocimientos existentes sobre el período formativo corroboraban que la industria Canimar-Aguas Verdes estaba relacionada con la vía marítima, a través de las islas del Caribe medio, utilizadas por una población colombiana en sus desplazamientos hacia el sur de Estados Unidos, relaciones que ya habían sido señaladas por el arqueólogo norteamericano James Ford (1969).

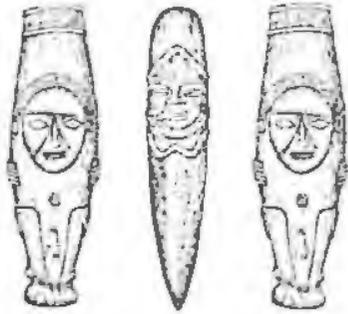
¹⁰ Por otro lado, Febles (1991) al analizar y definir las particularidades líticas del conjunto cultural protoarcaico de Seboruco (Holguín) observó algunas características similares de esta industria, sobre todo en los núcleos y rasgos de microlitismo, con la industria de Playitas, lo cual le llegó a sugerir un posible enlace entre esta última cultura y la de Seboruco, en su fase tardía, o por el contrario una evolución propia de esta última. Si se analizan los anteriores planteamientos se puede llegar a la conclusión de que las definiciones tecnopológicas que caracterizan a Playitas y a toda una ruta migratoria, pudieron estar presentes como resultado de una evolución desde momentos muy tempranos, definiéndose en el seno del territorio cubano y de otras islas los supuestos elementos tipológicos y técnicos asumidos para definir la migración desde los Estados Unidos. La situación, más que una migración o un supuesto contacto entre la gente de Playitas y Seboruco, pudiera señalar hacia una diversificación tecnológica manifestada en

el ajuar lítico que ocurrió desde momentos muy tempranos, quizás al inicio del propio poblamiento de las Antillas.

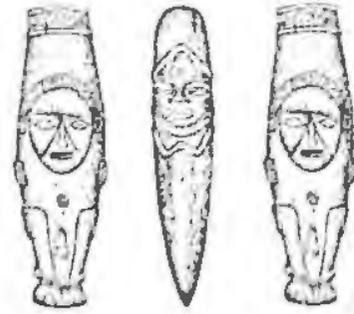
Los intentos de sistematización llevados a cabo por José Manuel Guarch pueden inscribirse dentro de los más abarcadores por el momento. Este investigador en su obra *Estructura para las comunidades aborígenes cubanas* (1990) deja claro no sólo las equivalencias o similitudes entre las expresiones arqueológicas de estas comunidades, sino también sus diferencias, a partir de las cuales establece un criterio de evolución vinculado a un referente cronológico. En su intento también queda claro la complejidad de un fenómeno que va más allá de encasillarse de manera genérica en un término.

BIBLIOGRAFÍA

- Angulo, Carlos (1992): "Modos de vida en la prehistoria de la llanura atlántica de Colombia", en *Prehistoria sudamericana. Nuevas perspectivas*. Washington, DC, Taraxacum.
- Artiles, Milagros y Ramón Dacal (1973): *Moluscos marinos y terrestres presentes en el sitio arqueológico Aguas Verdes, Nibujón, Oriente*. Universidad de La Habana.
- Dacal, Ramón y Manuel Rivero de la Calle (1986): *Arqueología aborigen de Cuba*. La Habana, Editorial Gente Nueva.
- Dacal, Ramón (1986): *Playita. Un sitio protoagrícola en las márgenes del río Canimar, Matanzas, Cuba*. Universidad de la Habana 1986.
- Domínguez, Lourdes, Jorge Febles y Alexis Rives (1994): "Las comunidades aborígenes de Cuba" en: *Historia de Cuba. La colonia, evolución socioeconómica y formación nacional*. La Habana, Editora Política.
- Febles, Jorge (1991): "Estudio comparativo de las industrias de la piedra tallada de Aguas Verdes (Baracoa) y Playitas (Matanzas). Probable relación de estas industrias con otras del SE de los Estados Unidos", en *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.
- Febles, Jorge (1991): "Nuevos sitios arqueológicos del complejo Canimar-Aguas Verdes, descubiertos en el extremo Nororiental de Cuba" en: *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.
- Guarch, José M. (1990): *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Ediciones Holguín.
- Godó, Pedro Pablo (1997): "El problema del protoagrícola de Cuba: Discusión y perspectivas", en *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, No.2
- Harrington, Mark R. (1935). *Cuba antes de Colón*. La Habana, Cultural S.A.
- Kozłowski, Januz (1975): *Las industrias de la piedra tallada de Cuba en el contexto del Caribe*. La Habana, Serie Arqueología, No. 5, Editorial Academia.
- Luna Calderón, Fernando (1996): "Características del cementerio indígena de Punta Cana", en *Ponencias del primer seminario de arqueología del Caribe*. Santo Domingo, Editado por Marcio Veloz y Angel Caba.
- Meggors, Betty (1987): "Oscilación climática y cronología cultural en el Caribe" en: *Actas del Tercer Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe*. Washington DC, Editado por Mario Sanoja.
- Meggors, Betty y Clifford Evans (s/f): *Aspectos arqueológicos de las tierras bajas de Suramérica y las Antillas*. Santo Domingo, UASD. Cuadernos del CENDIA, Vol. CCLVIII, No. 4
- O'Rimoli, Renato y Joaquín Nadal (1983): *El horizonte ceramista temprano en Santo Domingo y otras Antillas*. Santo Domingo, Editorial de la UASD.
- Pedruco Moya, Felipe (1990): *Caverna, costa y meseta*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- Rivero de la Calle, Manuel (1966): *Las cuatro culturas aborígenes de Cuba*. La Habana, Editora Universitaria.
- Rouse, Irving (1961): *Arqueología cronológica de Venezuela*. Washington DC, Unión Panamericana.
- Rouse, Irving (1992): *The Tainos Rise Decline of the people Who Greeted Columbus*. London, Yale University Press.
- Sanoja, Mario (1988): "La formación de cazadores recolectores en Venezuela" en: *Actas del Segundo Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe*. Washington, DC.
- Tabio, Ernesto y José M. Guarch (1966): *Excavaciones en Arroyo del Palo*. La Habana, Departamento de Antropología ACC.
- _____ y Estrella Rey (1979): *Prehistoria de Cuba*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- _____ (1984): "Nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba" en: *Islas*, La Habana.
- Vargas, Iraida (1987): *Arqueología Ciencia y Sociedad*. Caracas, Editorial Atré Brecha.
- Veloz, Marcio, Elpidio Ortega y Plinio Pina (1974): *El Caimito, un antiguo complejo ceramista de las Antillas Mayores*. Santo Domingo, Fundación García Arevalo.
- Veloz, Marcio (1976): *Medio ambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo*. Santo Domingo, Editora de la UASD, t. 1.
- Veloz, Marcio, Iraida Vargas, Mario Sanoja y Fernando Luna: *Arqueología de Yuma*. Santo Domingo, Editorial Taller.
- _____ (1992): "Notas sobre la zamia en la prehistoria del Caribe", en *Revista de Arqueología Americana*, julio—diciembre, 6.
- _____ (1994): *Panorama histórico del Caribe precolombino*. Banco Central de la República Dominicana.
- _____ y Elpidio Ortega (1996): "Punta Cana y el origen de la agricultura en la isla de Santo Domingo", en *Ponencias del primer seminario de arqueología del Caribe*. República Dominicana, Editado por Marcio Veloz y Angel Caba.
- Williams, Denis (1992): "El arcaico en el noroeste de Guyana y los comienzos de la horticultura", en *Prehistoria sudamericana. Nuevas perspectivas*. Washington, Taraxacum.
- Zucchi, Alberta (1984): "Nuevos datos sobre la penetración de grupos ceramistas a las Antillas Mayores", en *Relaciones prehispánicas de Venezuela*. Caracas, Acta Científica Venezolana.



Pablo Neruda



(III Los conquistadores)
Vienen de las islas (1493) I

Los carniceros desolaron las islas.
Guanahaní fue la primera
en esta historia de martirios.
Los hijos de la arcilla vieron rota
su sonrisa, golpeada
su frágil estatura de venados,
y aún en la muerte no entendían.
Fueron amarrados y heridos,
fueron quemados y abrasados,
fueron mordidos y enterrados.
Y cuando el tiempo dio su vuelta de vals
bailando en las palmeras,
el salón verde estaba vacío.

Sólo quedaban huesos
rígidamente colocados
en forma de cruz, para mayor
gloria de Dios y de los hombres.

De las gredas mayores
y el ramaje de Sotavento
hasta las agrupadas coralinas
fue cortando el cuchillo de Narváez.
Aquí la cruz, aquí el rosario,
aquí la Virgen del Garrote.
La alhaja de Colón, Cuba fosfórica,
recibió el estandarte y las rodillas
en su arena mojada.

Ahora es Cuba II

Y luego fue la sangre y la ceniza.
Después quedaron las palmeras solas.

Cuba, mi amor, te amarraron al potro,
te cortaron la cara,
te apartaron las piernas de oro pálido,
te rompieron el sexo de granada,
te atravesaron con cuchillos,
te dividieron, te quemaron.
Por los valles de la dulzura
bajaron los exterminadores,
y en los altos mogotes la cimera
de tus hijos se perdió en la niebla,
pero allí fueron alcanzados
uno a uno hasta morir,

despedazados en el tormento
sin tu tierra tibia de flores
que huían bajo sus plantas.

Cuba, mi amor, qué escalofrío
te sacudió de espuma a espuma,
hasta que te hiciste pureza,
soledad, silencio, espesura,
y los huesitos de tus hijos
se disputaron los cangrejos.



ESTRUCTURAS DE VIVIENDAS ABORÍGENES EN LOS BUCHILLONES

JUAN JARDINES MACÍAS
JORGE CALVERA ROSES



El estudio de la vivienda aborigen de Cuba, sus formas y detalles constructivos como expresión de la cultura ha dependido fundamentalmente de la información dejada por los cronistas, cuyas observaciones apuntan a la existencia de diversas construcciones dentro de los poblados agroalfareros antillanos. Al parecer, las más comunes fueron las viviendas de plantas circulares (Fig. 1B), de las cuales existen descripciones en las obras de fray Bartolomé de las Casas (1951: 214) y Fernandes de Oviedo (1853: 163), que es el único cronista que refiere la existencia de viviendas de plantas rectangulares, que eran habitadas por caciques y otros miembros principales de estas comunidades.

A partir de la información etnográfica se puede inferir la existencia de otras construcciones de carácter auxiliar, como son las llamadas barbacoas donde guardaban granos, comidas, etc., construidas fuera de las casas, o los colgadizos de forma rectangular con techo a dos aguas y sin paredes, ubicadas cercanas a las viviendas y con el fin de guardar o preparar alimentos y realizar otras actividades económicas (Roth, 1916).

Sólo existe una referencia actual a un sistema constructivo de planta circular en un lugar conocido por Bajada de Jústiz cerca de Guanabo, muy parecida a la señalada por los cronistas de Indias, pero de menor tamaño.

Denys Moreno (1968: 31-32), señala que esta construcción tenía un poste central y alrededor varios postes enterrados, equidistantes, tanto del centro como entre sí. Estos postes fueron cortados de tal forma que sus partes superiores terminan en horquetas naturales, y una vez enterrados se apisonaban para dejarlos fijos y colocar sobre ellos la solera, y las varas sobre las cuales se ataron varios aros de bajucos que sirvieron para sujetar las pencas de guano u otro material con el cual se cobijó el techo (Fig. 1A).

Existen informes referidos al estudio de áreas apisonadas en residuarios arqueológicos que se atribuyen a pisos de casas, como los observados en Loma de los Mates, en Báguanos, y El Catuco, Gibara, ambos en la provincia de Holguín. En la Loma de los Ma-

tes, estas áreas abisnadas era de forma rectangular y, según el informe de García Fera, las bases de El Catuco eran circulares y tenían huellas de postes (Tablo y Rey, 1979: 173).

En el estudio sobre el taíno de Cuba, J. M. Guarch señala la presencia de dos huellas de postes rellenas de basuras arqueológicas, a una distancia de 4 m una de otra, en el residuario de Laguna de Limones, en Maisí, extremo oriental de Cuba (Guarch, 1978).

Durante los trabajos conjuntos de los arqueólogos cubanos y soviéticos, en diciembre de 1986 y enero de 1987, en El Convento, provincia de Cienfuegos fueron descubiertas 11 huellas de postes pertenecientes a una vivienda aborigen de planta circular (Calvera y Bashilov, 1988) y durante las excavaciones efectuadas por el Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín, en 1989 en Barajagua II, del municipio de Cueto, Holguín, se hallaron huellas de los postes de una casa de planta circular en un área del sitio donde había materiales europeos (Guarch, 1990).

Los resultados de las excavaciones en los sitios El Convento, en Cienfuegos, y Barajagua II, en Holguín, son indudablemente los que mayor información arqueológica habían brindado respecto a la forma y tamaño de las casas que habitaron nuestros aborígenes agroceramistas. Los descubrimientos que se han venido sucediendo en los estudios del área arqueológica de Los Buchillones, excepcionales por constituir una evidencia extraordinaria para los arqueólogos del área, por lo perecedero de la naturaleza de estos materiales, posibilitarían corroborar, contrastar, afirmar o negar lo que se ha escrito hasta el presente de las características formales y constructivas de las viviendas aborígenes de los grupos agroalfareros cubanos.

EL ÁREA DE ESTUDIO

En los estudios realizados en la porción septentrional de la región arqueológica centro-oriental de Cuba fueron definidas cinco áreas de concentración de sitios arqueológicos (Fig. 2), localizadas desde la parte más occidental de la subregión Ciego de Ávila hasta la porción central de la de Camagüey (Calvera, *et al.*, 1996).

El sitio arqueológico de Los Buchillones se ubica al norte de la subregión arqueológica de Ciego de Ávila, en las cercanías del poblado de Punta Alegre, municipio de Chambas. Es uno de los dos sitios de esta subregión que no se encuentran en ninguna de las cinco áreas. Se trata de un residuario de filiación cultural agroalfarero, ubicado sobre la línea de costa, en el extremo de un

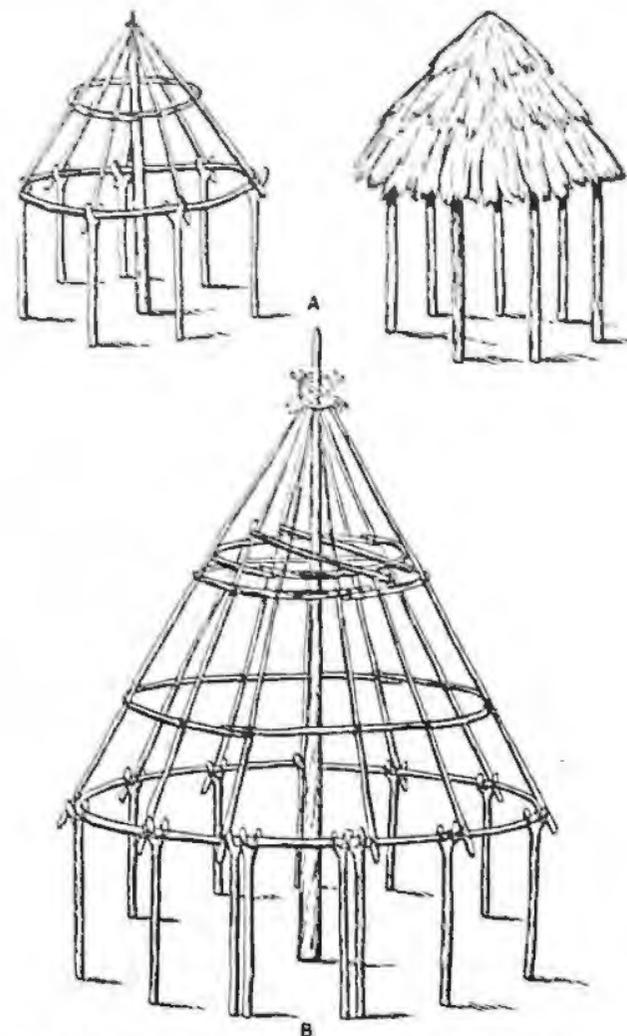
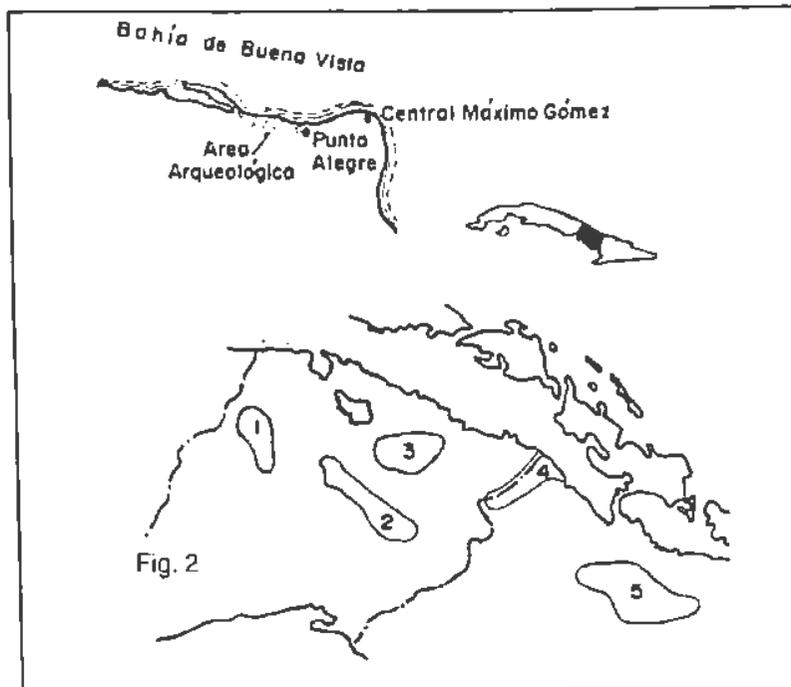


Fig. 1 A. Reconstrucción de una estructura de planta circular actual
B. Reconstrucción ideal de una vivienda de planta circular aborigen

potrero llano de suelo calizo. El sitio ha sufrido un gran deterioro y en la actualidad más del 90% de su área ocupacional se halla dentro del mar (Calvera *et al.*, 1996). Por tales razones, se habían efectuado dos excavaciones de salvamento en el lugar, una en 1983 y otra en 1989, con el objetivo de rescatar la mayor cantidad de evidencia arqueológica para efectuar un estudio de las mismas y la caracterización del sitio (Calvera, 1984; Jardines, 1990).



En 1994 fue recibida en la provincia de Ciego de Avila una delegación científica canadiense, compuesta por especialistas de ecología y arqueología del Museo Real de Ontario, Toronto y miembros de la organización de pesca deportiva de moscas artificiales de Canadá, que habían sido invitados por ecologistas y arqueólogos cubanos interesados en labores de pesca en las lagunas de agua dulce La Redonda y La Leche, en esa provincia, y en la ejecución de estudios arqueológicos en el sitio Los Buchillones (Bekerman, 1997).

Cerca de este sitio había aparecido un gran número de artefactos de madera de carácter utilitario y ceremonial, concentrados en el fondo de una laguna que se comunica con el mar a través de un canal sobre una franja de arena, a unos 700 m al oeste del yacimiento arqueológico, colección que en aquellos momentos triplicaba el número de esos artefactos encontrados en el país.

Las investigaciones proyectadas y los resultados de trabajo obtenidos durante las visitas de los especialistas del Museo Real de Ontario, en 1994, y en diferentes encuentros con los especialistas cubanos, en 1995 y 1996, así como la obtención de fechados por C14 en diez piezas de madera, en el Laboratorio Isotraces de

la Universidad de Toronto, que ubicaban estos artefactos entre los siglos XIII y XVI, motivaron al Museo Real de Ontario a ratificar su intención de participar en un proyecto de investigación conjunta cubano-canadiense, para el estudio arqueológico del área de Los Buchillones.

Los primeros trabajos de prospección arqueológica en el lugar se efectuaron del 27 de enero al 17 de febrero de 1997 y sus objetivos fundamentales fueron:

- ❖ Ayudar a corroborar la autenticidad de las piezas de madera y aumentar, si resultaba posible, la cantidad y variabilidad de estos artefactos procedentes de contextos culturales no alterados.
- ❖ Rescatar material arqueológico (cerámica, lítico, concha, fauna, carbón, etc.), de estos contextos, factibles de ser comparados entre ellos desde el punto de vista cronológico y técnico estilístico.
- ❖ Precisar el área de ocupación real por grupos agroceramistas en toda la zona de estudio.
- ❖ Establecer con la mayor precisión posible la existencia de una entidad arqueológica en la zona de Punta Alegre.
- ❖ Probar, mediante una excavación experimental, la factibilidad de un método propuesto por la parte canadiense.

RESULTADOS PRELIMINARES

En esta primera etapa, se decidió realizar la exploración de toda el área cercana al sitio, debido a la gran cantidad de material arqueológico disperso en la línea de la costa, el mar y la laguna interior, de donde habían sido extraídos casi la totalidad de los artefactos de madera, y se hizo el levantamiento topográfico del área, que fue dividida en seis zonas (A, B, C, D, E y F) para un mejor control de los trabajos (Fig. 3).

Se comprobó que esta dispersión ocupa un espacio de 1500 m, desde la zona A, al este, hasta la zona F al oeste. Los reportes de vecinos sobre hallazgos de material arqueológico podrían extender toda esta área mucho más al este, en dirección al Central Máximo Gómez. Hacia el sur, en casi toda la laguna que se encuentra inmediatamente detrás de la franja de arena que corre de este a oeste, se ha reportado la presencia de algún tipo de material arqueológico, fundamentalmente de madera, que la incluye tentativamente como posible zona de habitación.

La exploración comprendió también unos 50 m en el interior del mar frente a la zona E y F, donde se ubicaron fragmentos de

cerámica, burén, sílex y líticos y se reportó la existencia de postes de madera no asociados a construcciones históricas, que por lo sugerente de sus formas, podrían estar relacionadas con estructuras aborígenes (Fig. 4). Estos postes fueron ubicados, se midió la distancia entre ellos y el diámetro de cada uno.

Fueron determinadas 11 agrupaciones de postes dentro del mar, cuyas formas variaban de circulares a óvalos y algunas rectangulares. Cada una de estas agrupaciones recibió un número, desde E2-1 hasta E2-11 (E2= zona E en el mar y 1= número de la agrupación). La presencia en un poste que fue sacado por el mar y un pedazo de madera encontrado en la laguna con marcas de cortes, al parecer hechas por hachas de piedras, acrecentaron la posibilidad de que estos postes formaran parte de una estructura aborigen (Pendergast, 1997).

Debe apuntarse que en estas agrupaciones de postes fueron incluidos algunos elementos, de acuerdo con el criterio de los investigadores que realizaron el trabajo, buscando un posible orden y relación entre ellos, aunque en general prevalecieron sus propias configuraciones.

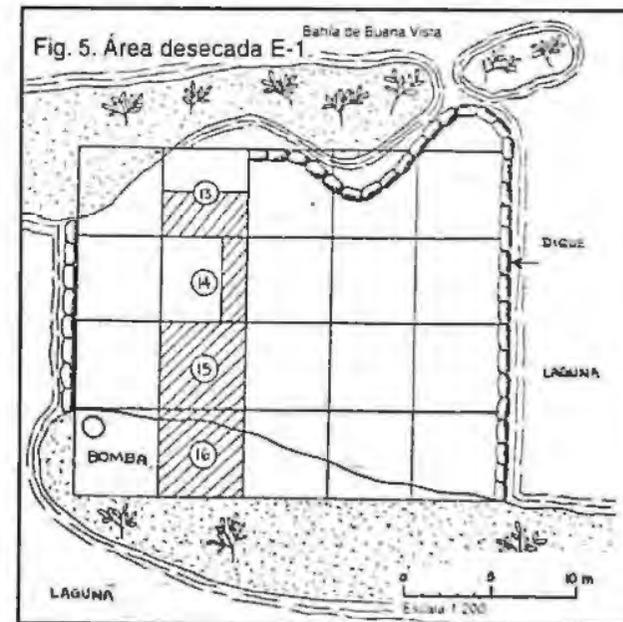
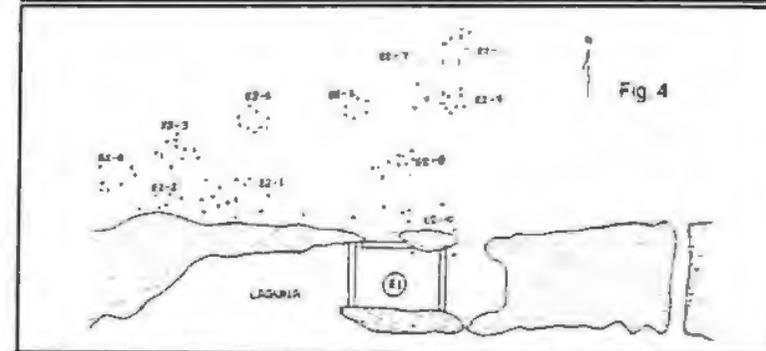
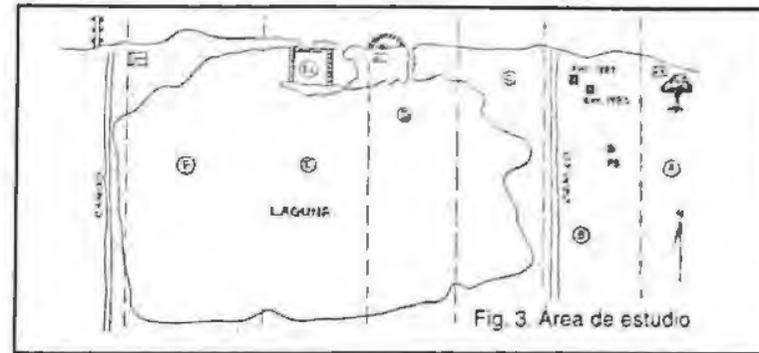
La agrupación E2-1 sugiere una forma circular con algunos postes en su interior, la E2-3 sugiere otra forma circular con dos postes pequeños en su interior y dos fuera del círculo.

La agrupación E2-5 tiende a una forma oval (Bekerman, 1997), de planta similar a la de algunas construcciones campesinas cubanas conocidas como de culata redonda (Peña, 1988). La agrupación E2-6 presenta una forma circular con postes en su interior.

La forma rectangular de la agrupación E2-8 es muy interesante, por su similitud con pequeños cobertizos aledaños a las viviendas aborígenes, citadas por la información etnográfica. La agrupación E2-9 fue descrita por Bekerman (1997) como de forma oval, aunque esta puede sugerir igualmente una forma circular.

La excavación arqueológica se realizó en lo que se denominó zona E, en la porción de la laguna llamada E1, de 24,30 m de largo y 15 m de ancho en su centro. Su lado N era protegido por la franja de arena que separa esta laguna del mar (Fig. 3).

Al seleccionar este lugar se tomó en consideración que la mayor cantidad de artefactos de madera habían sido extraídos de esa área, a lo que se unía la aparición de muchos fragmentos de cerámica con bellas decoraciones en paneles y asas muy significativas, indudablemente un material escogido entre muchos que debieron haber sido recuperados del lugar.



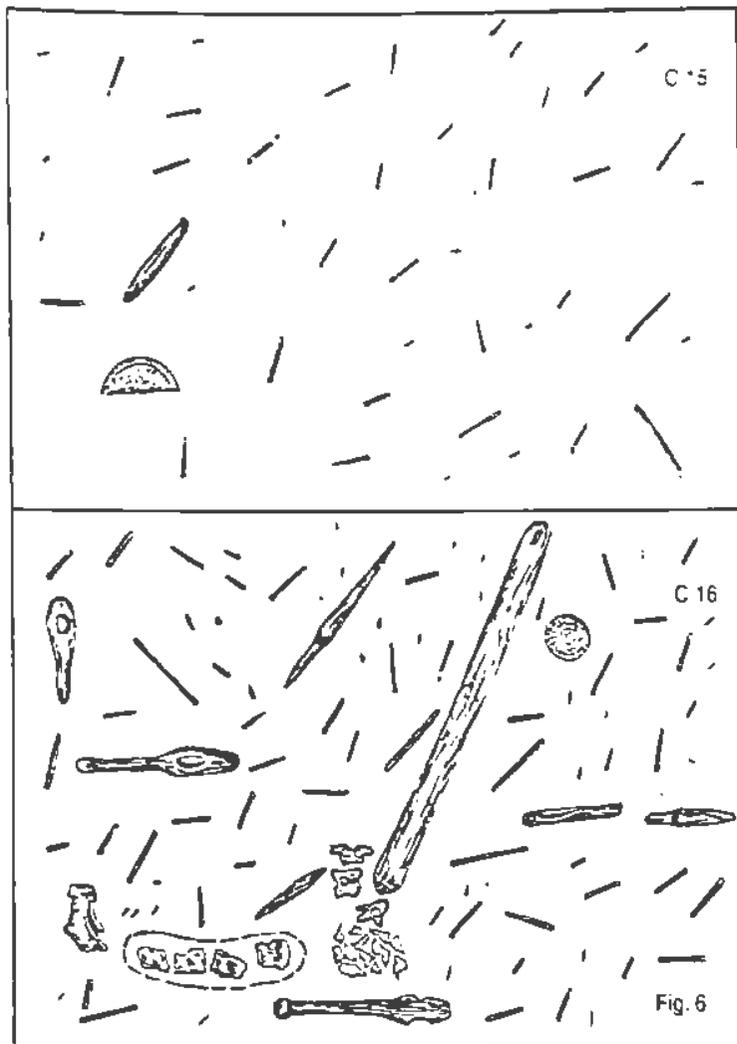


Fig. 6

Para represar el agua del área escogida para la excavación, se ejecutó la idea propuesta por Pendergast y Bekeman, de construir diques con sacos rellenos de arena cubiertos por una pared de polietileno que los impermeabilizaba. La pared este del dique tenía una longitud de 23,70 m y la oeste 10,90 m. El agua represada en el interior del dique fue extraída por bombeo hasta disecar todo el espacio represado, y permitir los trabajos de excavación y control necesarios.

El área prevista para ser excavada se dividió en 20 cuadrantes de 5 m² cada uno, y se trabajaron los 13, 14, 15 y 16 (Fig. 5). Durante la excavación se detectaron dos capas naturales: la capa 1 formada por material orgánico en descomposición, restos marinos, tierra y arena, era de color negruzco; la segunda capa estaba formada fundamentalmente por material arcilloso y en menor medida arena y restos marinos y era de color grisáceo. En el cuadrante 16 se controlaron 3 capas: la capa primera estaba constituida por arena, depositada por el mar, la capa 2 se correspondía con la capa 1 de los demás cuadrantes y la capa 3 con la capa 2 definida en el resto de la excavación.

Como resultado de la excavación en el cuadrante 16 se precisó una alteración antrópica en la capa de arena y en la denominada capa 1, donde los restos arqueológicos se encuentran mezclados con evidencias actuales y no representan una deposición orgánica. Son materiales que han sido arrastrados por el mar; en el caso de la cerámica se observa una gran erosión, que en muchos casos deja al descubierto su pasta y temperante. Los artefactos de madera se encontraron en muy mal estado de conservación.

En el resto del área, la capa 2 es evidentemente un piso arqueológico no alterado, representativo de un momento de ocupación por grupos agroalfareros. No hay alteración en el contexto arqueológico, pues resulta imposible que el mar haya arrastrado hacia el lugar concentraciones de carbón, fauna o conchas y las haya dejado en posición o concentradas, fenómeno no observado en otro lugar de los excavados. En esta capa los materiales no presentan la erosión ni el desgaste producido por el movimiento en el mar y la cerámica y la madera ofrecen tan buen estado de conservación que en un principio se dudó de la autenticidad de algunos artefactos que ya se habían extraído del lugar, autenticidad que los artefactos encontrados *in situ* durante la excavación algunos a más de un metro de profundidad ayudan a corroborar.

La concentración y distribución de los materiales dentro de la excavación apuntan a dos áreas con usos diferentes; la gran concentración de madera, al parecer asociada con elementos utilizados en labores productivas, ceremoniales o constructivas, unida a material cerámico ornamentado de posible uso ceremonial en los cuadrantes 15 y 16, nos hacen pensar que este espacio se relaciona con el piso de una vivienda de la que todavía encontramos restos de su construcción (Fig. 6).

Los cuadrantes 13 y 14, están relacionados con un fogón, dadas las evidencias. En el cuadrante 13 se observó una gran cantidad de carbón, huesos y cerámica quemados en una alta concentración (Calvera y Jardines, 1988), según se analizó en la máquina de flotación.

En general se pudo comprobar la existencia de un piso arqueológico no alterado, en el área excavada, elemento que unido a los resultados de la exploración, permite plantearnos que estamos frente a un área arqueológica de 1500 m de este a oeste, y que se amplía a unos 50 m hacia el norte, dentro del mar, frente a toda la línea de costa y sobre el área que ocupa actualmente la laguna, que está detrás de la franja de arena.

RESULTADOS DE LOS TRABAJOS DE MAYO DE 1998

En el periodo comprendido ente el 1 y 22 de mayo de 1998 se continuaron los trabajos de campo relacionados con el proyecto de investigaciones arqueológicas conjuntas cubano-canadiense en el área de Los Buchillones. Durante la exploración en el mar, dentro de los límites de la zona D, se pudo verificar la presencia de seis agrupaciones de postes que fueron nombrados D2-1, D2-2, D2-3, D2-4, D2-5 y D2-6; se definió el diámetro de cada una y la distancia entre poste y poste (Fig. 7). Fueron hallados en esta zona 147 postes, en tan alta concentración que dificultó poder inferir formas; solamente D2-1, D2-2 y D2-4 posibilitaron este trabajo. Las agrupaciones D2-2 y D2-4 presentan forma ovalada, D2-1 representa una semicircunferencia, al parecer parte de la planta circular de una construcción.

Se decidió efectuar tres excavaciones. Una sobre la franja de arena que separa la laguna del mar, para comprobar las características de la deposición arqueológica en estas condiciones; la segunda, en la zona A, con la finalidad de obtener materiales arqueológicos, en una estratigráfica no alterada, que sirvieran como elementos de comparación con evidencias de otras zonas y la tercera excavación se planificó dentro del mar, al borde de la agrupación de postes D2-1 para determinar su posible relación con alguna construcción aborigen (Fig. 3).

La excavación sobre la franja de arena se denominó D-1 y consistió en un cuadrante de 5x5 m², con su extremo NO a 110° grados y a 8,30 m del punto marcado como PB 2 en el terreno. La capa de arena fue excavada hasta los 0,10 m en todo el cuadrante donde fueron recogidos pequeños fragmentos de cerámica muy

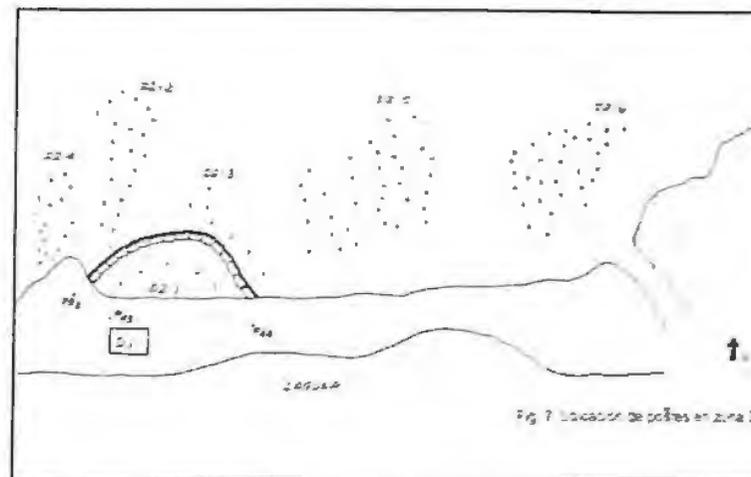


Fig. 7. Ubicación de postes en zona D

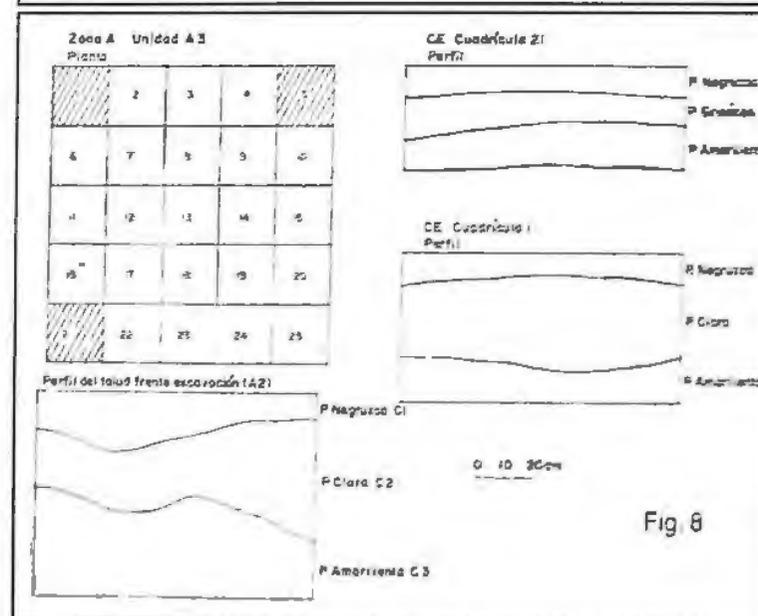


Fig. 8

erosionados por el mar. La mitad sur de esta unidad se excavó hasta los 0,20 m, en que apareció el agua inmediatamente después de eliminar la capa de arena.

Ante la imposibilidad de represar esta área de trabajo, se optó por hacer un corte de 2,50x1 m, en la porción SO de la excavación y tratar de verificar la existencia de las dos capas observa-

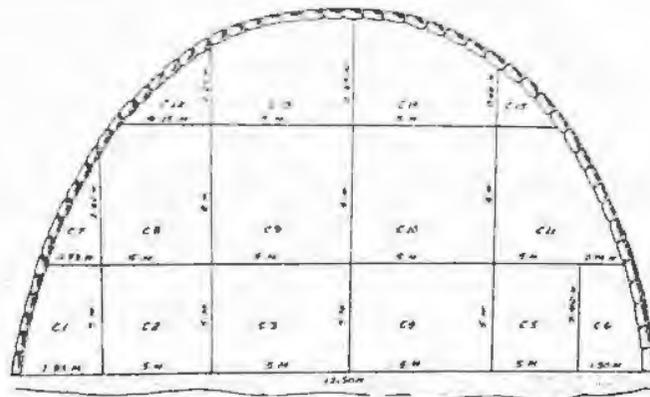


Fig. 9. Planta de la excavación D2-1.

das durante la excavación de la unidad E1, en 1997. La capa 1 fue detectada a los 0,50 m de profundidad y a 0,75 m la capa 2, y en ella una alta concentración de evidencias.

La segunda excavación se ubica en la zona A y se le denominó A3; esta unidad es de 5x5 m y se dividió en 25 cuadrantes de 1 m² cada uno, de los que se excavaron los cuadrantes 1, 5 y 21 (Fig. 8). En los tres casos, los 0,10 m primeros formaban un tapón vegetal muy alterado; a partir de ahí, y hasta los 0,40 m, aparece una capa amarillenta de tierra estéril en la que se observan restos de cerámica pequeños y muy fragmentados (Fig. 8).

Esta segunda excavación se encuentra indudablemente al borde de la deposición arqueológica, lo que ayuda a confirmar la hipótesis de que más de las tres cuartas partes del residuario se encuentran sumergidas en el mar.

Para realizar la excavación dentro del mar, en la agrupación de postes D2-1, se utilizó el mismo método empleado en E1 en 1997. En esta oportunidad se construyó un dique semicircular cuya base de 25 m de extensión la formó la línea de la costa, con un radio de 12,5 m del centro de esta base al extremo del dique. El área dentro del dique se dividió, para su control, en 15 cuadrantes cuyos lados tuvieron diversas dimensiones (Fig. 9).

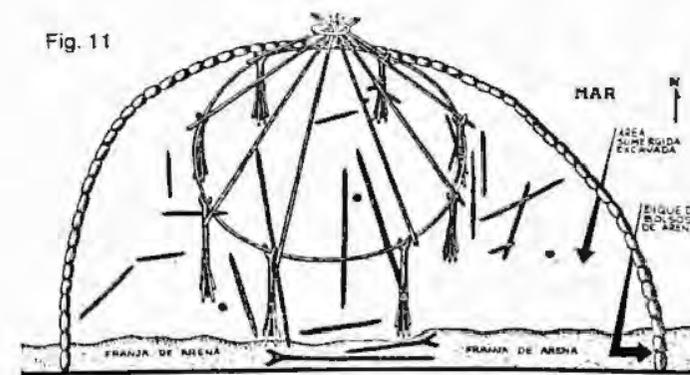
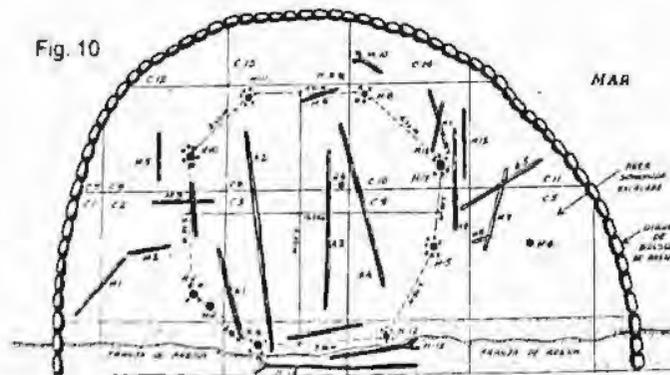
Luego de desecada el área se comenzó a trabajar en los cuadrantes 3 y 9; se eliminó una capa de arena de un grosor de 10 cm a partir de la cual se halló la capa de arcilla gris, denominada como capa 2. Inmediatamente se observó un aumento en la frecuencia de aparición de material arqueológico: cerámica decorada, mucho sílex, concha y madera, de diferentes tamaños y grosores.

En el cuadrante 9, en su extremo NO se rescató una muestra de material que al parecer formó parte de la cobija de un techo identificado como palma cana, *Sabala s.p.* (Pedro Guerra y Antonio Barrera, comunicación personal).

Los sucesivos descubrimientos de elementos de madera en estos dos cuadrantes, unidos a la alta concentración de artefactos arqueológicos de diferentes industrias, hizo que se decidiera excavar simultáneamente el resto de los cuadrantes.

En estos nuevos cuadrantes aparecieron numerosos artefactos arqueológicos y restos de madera de diversos tamaños, y afloraron más postes.

Todo este material de madera se fue dejando *in situ*, para realizar los controles necesarios y poder establecer las posibles relaciones mutuas. Finalmente, tuvimos ante nosotros los restos de una construcción de madera de planta circular.

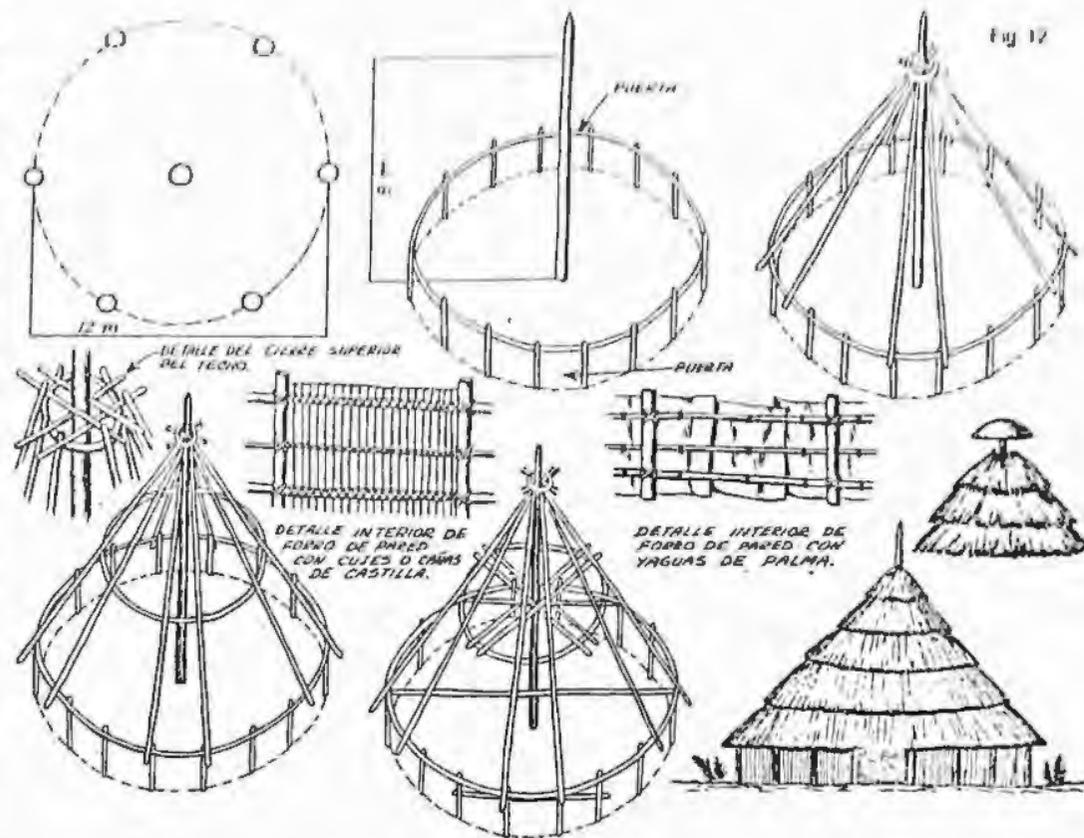


Esta planta, al parecer, estaba delimitada por ocho horcones (H3, H1, H10, H11, H8, H7, H5 y H12) a una distancia promedio de 4 m uno del otro. Los elementos H13 y H14 se definieron como horcones por presentar en uno de sus extremos horquetas naturales para el soporte de la solera principal de la casa, tal y como se representan en las figuras 1A y 1B; estas dos piezas pudieran ser restos o partes de los horcones señalados como H3 y H12 (Fig. 10).

Otros elementos descubiertos en la excavación y señalados como misceláneas (M), por su tamaño y grosor, pudieran constituir en algunos casos partes de las llamadas crucetas que se utilizaban para el cierre principal del techo y asegurar la armazón de la techumbre (Fig. 12). Otras fueron identificadas como posibles varas o alfardas (A), que se colocaban sobre la solera principal, para conformar el esqueleto del techo. Algunas presentaron formas cilíndricas, muy similares a las descubiertas en la excavación de E1, en 1997, que pudieron haber sido utilizadas como forro de las paredes en la vivienda (Fig. 12). La planta de esta construcción tiene un diámetro de 10 m de este a oeste y 10 m de norte a sur. El diámetro de la planta oscila entre los 9 y 12 m (Jardines y Guarch, 1987), lo que coincide con lo indicado en la bibliografía sobre el tema, aunque Cassá (1974: 89) refiere para La Española algunas plantas de 15 a 20 m.

Además de las estructuras referidas, debemos mencionar que alrededor de los ocho horcones principales encontramos un número de horcones más pequeños. Antonio Cruz, técnico en restauración y conservación, sugirió la idea de que pudieron haber sido atraídos hacia el horcón y amarrados al mismo para ayudar a fijarlo y fortalecerlo.

Sobre la planta de esta excavación realizamos la reconstrucción ideal de una estructura de planta circular, tomando como



punto de referencia los ocho horcones que conforman una circunferencia. Se puede notar en esta reconstrucción la falta de algunos elementos constructivos como es el caso del horcón central (Fig. 11). Durante excavaciones realizadas en 1976 y principios de 1977 en el sitio Bellevue, en Jamaica, Colin, Medhurst y Wilman encontraron huellas de postes de una vivienda circular que no representaba poste central (Medhurst, 1977), este podría ser el caso de la estructura descubierta en D2-1.

CONCLUSIONES

Aún sin haber concluido los trabajos de exploración, excavación y estudio del área arqueológica de Los Buchillones, los resultados alcanzados convierten el área en foco de interés primordial para el estudio de las comunidades agroalfareras de Cuba.

Si ubicamos los fechados de C14, obtenidos sobre diez piezas de maderas encontradas en este lugar, en una columna cronológica de fechados para grupos cubanos de igual filiación cultural (Calvera y Jardines, 1998) se observa una ocupación habitacional en el lugar, al menos parcialmente a lo largo de 300 años. Desde momentos tan tempranos como el 1220 DNE hasta el período histórico de contacto indohispánico, que lo convierte en eslabón fundamental para integrar los estudios de la región central y sus nexos con el oriente y occidente del país.

Estos fechados, y la localización de nuevos artefactos de madera en contextos arqueológicos no alterados, que elevan su número a casi medio millar, entre utilitarios, constructivos o ceremoniales, ayudan a confirmar la autenticidad de las piezas como pertenecientes al ajuar de grupos agroalfareros cubanos, lo que la convierten en la colección más importante de Cuba y las Antillas.

El descubrimiento de los elementos de una construcción de planta circular durante las excavaciones en mayo de 1998, cuyos estudios preliminares se avienen en gran medida con muchas de las características que para ellas han señalado los cronistas y la información etnográfica, habla de la posibilidad real de que estemos frente a los restos de lo que fuera un poblado aborigen, lo que le da un incalculable valor científico y patrimonial a esta región, por la información que puede brindar respecto a tipos y formas de construcción, materiales utilizados, tamaños de los poblados, número posible de habitantes, distribución habitacional y tipología de los artefactos de madera poco conocidos hasta estos momentos. Es un hecho único en la historia de la arqueología antillana.

BIBLIOGRAFÍA

- Bekerman, A. (1997): "First field season of the Cuban-Canadian Project Team, January-February". Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín, manuscrito.
- Calvera, R. J. (1984): "Informe de la excavación realizada en el sitio arqueológico de Los Buchillones en 1983". Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín, manuscrito.
- _____ y A. V. Bashilov (1987): "Reporte sobre los trabajos de campo efectuados en 1986-1987 en el sitio El Convento, Cienfuegos, Cuba". Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín, Manuscrito.
- _____ y J. E. Jardines (1998): "Informe de los resultados de la primera etapa de investigación en el área arqueológica de Los Buchillones, enero-febrero de 1997". Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín,

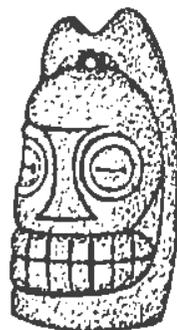
Manuscrito.

- Cassá, R. (1984): *Los Tainos de La Española*. Universidad Autónoma de Santo Domingo. Vol CLXV. 272 p.
- Colón, C. (1961): *Diario de Navegación*. La Habana, Comisión cubana de la UNESCO.
- Fernández de Oviedo, G. (1853): *Historia general y natural de Las Indias; Islas y tierra firme del mar Océano*. Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, T I.
- Guarch, J. M. (1978): *El Taíno de Cuba. Ensayo de reconstrucción etno-histórica*. La Habana, Instituto de Ciencias Sociales, Dirección de publicaciones.
- _____ (1989): "Reporte de los trabajos de excavación en Barajagua II, Cueto, Holguín". Manuscrito. Departamento Centro-Oriental del Arqueología de Holguín.
- Jardines, J. E. (1990): "Informe de la excavación realizada en el sistema arqueológico Los Buchillones, Chambas, Ciego de Avila, en 1989". Manuscrito. Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.
- _____ y E. Guarch (1987): "Los poblados aborígenes agroalfareros cubanos. Sus características formales y constructivas", en *Revista de Historia Holguín*.
- Las Casas, B. (1951): *Historia de las Indias*. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, T I.
- Martínez, A. G. (1995): "Objetos de Madera", en CD *Tainos. Arqueología de Cuba México*, Centro de Antropología y CEDISC, Universidad de Colima.
- Medhurst, C. (1977): "Bellevue, phase II", en *Archaeology-Jamaica*.
- Moreno, D. (1968): "La vivienda del campesino cubano", en *Etnología y Folklore*, No.6, julio-diciembre.
- Pendergast, D. (1997): "Up from the Shallows. A look at the ROM first archaeological excavation in Cuba", en *Rotunda, The magazine of the Royal Ontario Museum*, Volume 30, Number 2, Fall/Winter.
- Peña, C. E. (1988): El complejo de la vivienda campesina en Holguín antes de 1959. Guión Museológico. Manuscrito e Dirección provincial de Patrimonio Cultural de Holguín.
- Roat, W. E. (1916): *An Introductory Study of the Crafts and Customs of the Guiana Indians*. Estados Unidos, Smithsonian Institution.
- Tabío, E y E. Rey (1979): *Prehistoria de Cuba*. La Habana, Ciencias Sociales.



LA INDUSTRIA DE LA CONCHA DEL RESIDUARIO MARUCA, PONCE, PUERTO RICO

JORGE FEBLES
JUAN GONZÁLEZ

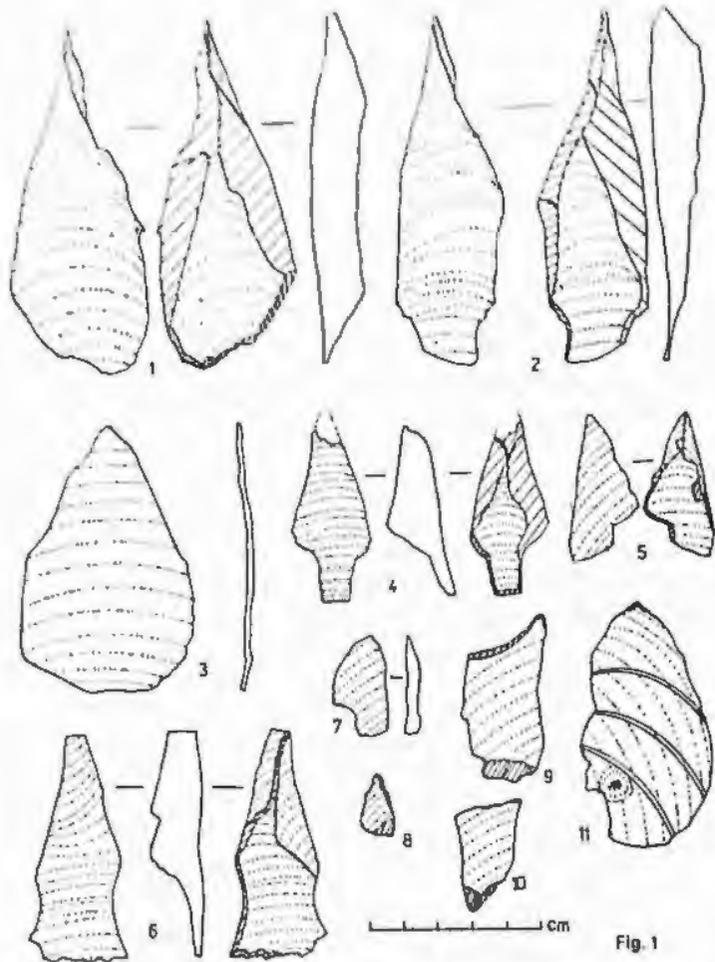


INTRODUCCIÓN

El sitio arqueológico Maruca, ubicado en el barrio de Canas, Ponce, en la costa sur de Puerto Rico, está considerado por los investigadores nacionales y del área circuncaribe como arcaico. Durante las últimas excavaciones del residuario, dirigidas por los arqueólogos Miguel A. Rodríguez y Juan González, se obtuvo un conjunto de resultados notables que arrojan mayor luz sobre el pasado aborigen de Puerto Rico y conllevan a nuevos planteamientos sobre aspectos cronológicos, socioeconómicos y culturales de la isla en el contexto caribeño.

El objeto de trabajo de esta investigación es el conjunto de artefactos (herramientas, fragmentos de piezas que constituyen fases

Con espiga	1	En fragmento de manto	1
Pedunculada	3	Martillos	
Con hombro	1	De labio de <i>Cassis madagascariensis</i>	1
En manto de <i>Strombus gigas</i>	1	De columela de <i>Vasum muricatum</i>	1
En labio de <i>Strombus pugilis</i>	8	De mano de <i>Xancus angulatus</i>	3
De concha	33	De <i>Strombus pugilis</i>	1
De mano	9		
		De <i>Codakara orbicularis</i>	2
En manto	9		
Doblo en manto	2	Cuenta	1
Microperforador	1	Colgantes	2



1. Punta de proyectil pedunculada y masiva elaborada en *Strombus gigas* (U47; 0,90-1 m). 2. Punta de proyectil con espiga y masiva, elaborada en *Strombus gigas* (sin nivel estratigráfico definido). 3. Perforador en manto, probablemente usado también como punta de proyectil, elaborado en *Strombus gigas* (U56; 0,00-0,32 m). 4. Punta de proyectil pequeña con espiga, elaborada en *Strombus pugilis* (U38; 0,60-0,70 m). 5. Fase constructiva de una punta de proyectil pequeña, con espiga en forma de hombro, elaborada en *Strombus pugilis* (U30; 0,60-0,70 m). 6. Fase constructiva de una punta de proyectil mediana, elaborada en *Strombus gigas* (Pozo 2; sin nivel estratigráfico definido). 7. Micropunta de proyectil con hombro (U39; 0,70-0,80 m). 8. Micropunador (U39; 0,70-0,80 m). 9. Perforador en manto (U39; 0,70-0,80 m). 10. Micropunador en manto (U39; 0,50-0,60 m). 11. Perforador en manto elaborado en *Cittarium pica* (0,50-0,60 m)

constructivas de herramientas y restos de taller) de conchas marinas obtenidas durante dichas investigaciones de campo,

Cantidad de herramientas: 81

Fragmentos industriales (herramientas en proceso): 75

Restos de taller: 2 005

LA INDUSTRIA DE LA CONCHA EN MARUCA

La industria de la concha no tiene las posibilidades que posee la industria del sílex, pues su dureza es mucho menor: no obstante, las comunidades arcaicas del Caribe al explotar los recursos del mar aprendieron a tallarla para obtener artefactos y herramientas en general que complementarían sus medios de trabajo. Esta industria pasó de modo lineal a las comunidades de agricultores ceramistas. Salvo particularidades de unas y otras regiones, la industria de la concha se manifestó de modo más o menos similar en el Caribe.

La llamada gubia de concha con sus orígenes en Venezuela, pasó a Cuba hace algo más de 4 000 años, sin embargo no ha sido hallada en Puerto Rico y La Española, mientras que las restantes herramientas del conjunto están presentes en las industrias de la concha de Cuba y de Puerto Rico, con sus particularidades, ello en dependencia de los moluscos univalvos a su alcance y las técnicas empleadas.

Los aborígenes que habitaron Maruca aprovecharon principalmente los recursos del manglar, según se aprecia por las evidencias colectadas que viven en dicho habitat: también obtuvieron en grandes proporciones los moluscos llamados *Strombus pugilis* (carruchos), a los cuales le siguen los pasos en frecuencia de aparición a los ostiones (*Crassostrea rizophorae*).

Además, colectaron o capturaron en mucha menor escala otros univalvos marinos como *Strombus gigas*, *Strombus costatus*, *Xancus angulatus*, *Cittarium pica*, *Vasum muricatum* y *Casis mada-gascariensis*, así como bivalvos, entre los que se encuentran *Codakia orbicularis* y *Phacoides pectinatus*.

Los aborígenes de Maruca elaboraron herramientas con las conchas de los moluscos mencionados, las cuales hemos agrupado aquí para su estudio en nueve géneros. Los ocho primeros para los medios de trabajo y el último para artefactos superestructurales.

En cuanto a las puntas de proyectil, se observa que en las capas más profundas (1,10-1,20 m) son masivas y elaboradas a partir de grandes ejemplares adultos de *Strombus gigas*: unas poseen

pedúnculos (Fig. 1:1); mientras que otras tienen espiga (Fig. 1:2). Las puntas de proyectil comienzan a modificarse al comienzo de las etapas de la probable vida media del sitio (0,60-0,70 m), con el empleo de otras conchas de menor tamaño como los *Strombus pugilis* (Fig. 1:4-6) y al igual que en las etapas tempranas unas tienen pedúnculos (Fig. 1:6) y otras espigas (Fig. 1:4). Otra modificación de la base en las microformas (no mayor de 3 cm de longitud) es la elaboración de micropuntas con hombro (Fig. 1:7).

Durante el análisis tecnológico observamos una particularidad en las fases constructivas de las puntas de proyectil *Strombus pugilis*, en las que el segundo paso consiste en la elaboración de la espiga o los pedúnculos (el primero es la obtención de la preforma, separando parte del manto con el canal basal, por la técnica de rotura por percusión) y el último consiste en eliminar el canal basal creando el extremo distal punteagudo de la punta por medio de la fractura por percusión (Fig. 1:5-6).

En relación con los cuchillos-raspadores, estos fueron obtenidos a partir de la fractura por percusión del labio del *Strombus pugilis*, de modo longitudinal a las líneas de crecimiento de la concha (Fig. 2:2-5). Sólo aparece un fragmento de cuchillo-raspador de *Strombus costatus* (determinado ello por el grosor), el cual supera a todos los demás de la especie *Strombus*. Al igual que en el género anterior, estas herramientas de pequeñas dimensiones (superiores a 3 cm de longitud, pero menores de 5 cm), comienzan en las etapas medias de la vida del sitio (0,60-0,70 m).

El género de los picos es el más representativo de la colección y su tipología va desde los picos de concha masivos (Fig. 2:9), en las capas tempranas elaborados en grandes ejemplares adultos de *Strombus gigas*, hasta los de pequeñas dimensiones de *Strombus pugilis*, en las etapas media y tardía del sitio.

Los picos de mano constituyen otro tipo dentro de este género y se comportan del mismo modo que sus parientes cercanos los picos de concha. Como se aprecia en las ilustraciones, para su empleo los picos de concha pueden ser enmangados en el extremo de un ástil de madera y su función de penetración es debido a la forma aguda de su extremo distal. Los picos de mano (Fig. 2:1-8) presentan la misma tipología en el borde de ataque, pero conservan las espiras superiores: las espinas o protuberancias calcáreas se cortan o rebajan en mayor o menor medida para ofrecer un agarre adecuado, es decir, para que no moleste la mano durante la función designada.

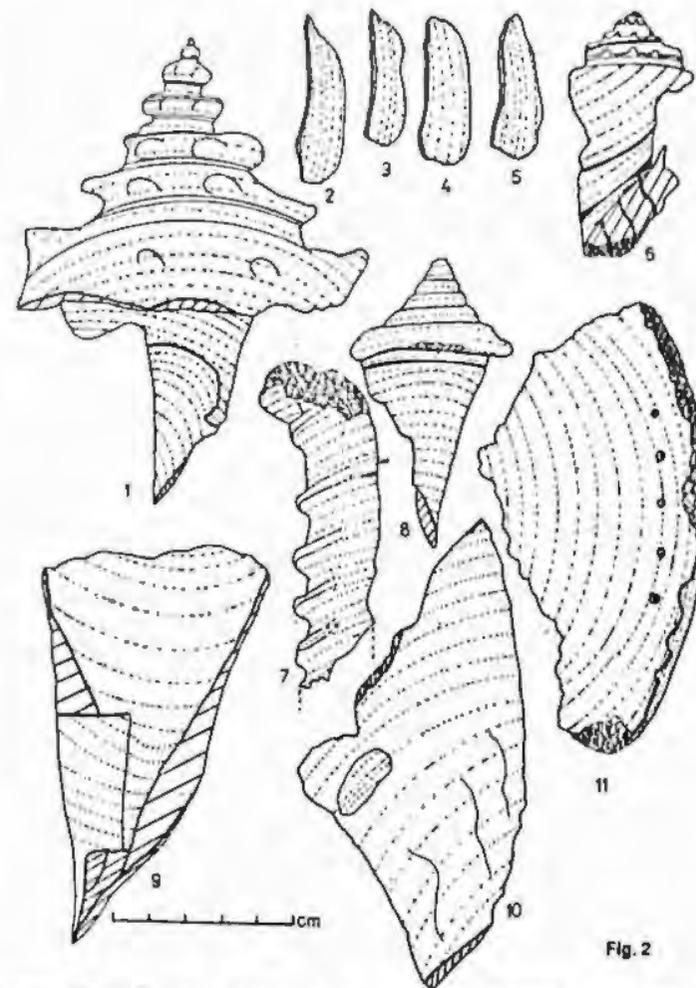


Fig. 2

1. Pico de mano masivo elaborado en *Strombus gigas* (U73; 1,10-1,20 m).
- 2-5. Cuchillos raspadores elaborados en *Strombus pugilis* (U39; 0,60-0,70 m).
6. Martillo de columela elaborado en *Vasum muricatum* (U56; 0,00-0,32 m).
7. Martillo de labio elaborado en *Casis madagascariensis* (U71; 0,90-1,00 m).
9. Pico de concha masivo elaborado en *Strombus gigas* (Pozo 5; sin nivel estratigráfico definido).
10. Perforador en manto elaborado en *Strombus gigas* (U39; sin nivel estratigráfico definido).
11. Martillo en labio de *Strombus costatus* (Pozo 2; sin nivel estratigráfico definido).

Nota. La representación de los artefactos se ha hecho aproximadamente al 50% del tamaño real; la parte pulimentada o nacarada de la concha se representa por líneas o curvas de pequeños puntos consecutivos, mientras que la técnica de fractura por percusión se identifica por líneas paralelas oblicuas.

Los perforadores constituyen las herramientas más conflictivas en relación con su dureza y empleo correspondiente. No obstante, el hecho es que sus formas y huellas de trabajo están presentes. Estos se elaboran fundamentalmente a partir del manto de la concha y sus preformas provienen de los restos de taller al confeccionar otras herramientas. Su poder de acción depende de la especie de concha marina empleada, en primer lugar de *Strombus costatus*, que son los más gruesos y resistentes, a los que siguen *Strombus pugilis*, *Strombus gigas* adultos y *Citarium pica*. Su tipología abarca desde aquellos de pequeña y mediana dimensiones hasta los microperforadores (Figs. 1:8-11; 2:10).

Las muescas no son un género muy destacado entre las herramientas de concha: la técnica de elaboración es la rotura por percusión y el uso presenta un alisamiento en su interior consecuencia de la abrasión (Fig. 1:3).

Los martillos presentan una variedad destacada, debido a la especie de la concha empleada: los hay en labio (Fig. 2:7-11) y en columela (Fig. 2:6). Los primeros se caracterizan por recibir los contragolpes fundamentalmente a lo largo del borde, mientras que los segundos lo reciben en el extremo proximal.

Un último género entre las herramientas son las cucharas. Estas fueron elaboradas en parte del manto y las dos últimas espiras del *Strombus pugilis*, muchos de estos artefactos presentan dos o más espinas sin rebajar: las piezas de este género son bastante cóncavas, por lo cual se les ha llamado cucharas; además por la denominación tradicional que se le aplica a similares artefactos, pero mucho mayor elaborados con la misma tecnología que para las conchas de *Strombus gigas* y con gran distribución en las industrias de este tipo en Cuba.

Los raspadores de bivalvos están incluidos en la lista tipológica debido a que constituyen medios de trabajo, pero no artefactos, pues los aborígenes tomaron las valvas y las emplearon sin imprimirles forma intencional alguna: por lo tanto, los consideramos como instrumentos. Estas valvas se identifican como raspadores por muescas laterales o áreas de desgaste por abrasión, no así por los desprendimientos en el arco superior en las líneas de crecimiento en la concha del molusco.

La lista tipológica recoge en su último género las piezas superestructurales. Se detectaron una cuenta y un colgante, la primera está elaborada en parte del manto de la concha de un molusco que parece ser el llamado cinturita (*Cyphoma gebbosum*

Linn.), cuyas paredes son relativamente gruesas: el perímetro de la cuenta es elíptico y posee un pulido apreciable, además mide 15 cm en el eje mayor de la elipse. El segundo lo consideramos como tal al tener la valva en su centro una perforación cónica.

CONCLUSIONES

1. Cuando los aborígenes arcaicos se asentaron en Maruca— lugar que habitaron desde hace unos cinco milenios hasta un momento alrededor del comienzo de la era cristiana— ya conocían la tradición de talla de las conchas de los moluscos marinos univalvos. Esta industria presenta similitudes tecnopológicas sólidas con la industria de la concha de Cuba, con excepción de la herramienta conocida como gubia de concha, lo cual induce a pensar en contactos tempranos entre comunidades arcaicas de estas dos islas de las Antillas Mayores.
2. En las etapas tempranas de la vida del sitio (1,10-1,20 m), las herramientas de concha fueron masivas y ya en las etapas medio (0,60-0,70 m) y tardías comenzaron una reducción en la masividad hasta alcanzar pequeñas, medianas y microdimensiones, estas últimas con longitudes no superiores a los tres centímetros.
3. El desarrollo de la industria de la concha en este sitio demuestra que era complementaria a la industria de la piedra tallada, para su empleo en las actividades socioeconómicas de recolección, captura, caza, pesca y elaboración de artefactos superestructurales y domésticos.
4. Los resultados alcanzados en Maruca, a partir del estudio de la industria de la concha están alineados con los resultados obtenidos en el análisis de la industria de la piedra tallada. Esto confirma la validez de las posiciones metodológicas aplicadas en ambas investigaciones.
5. El inicio del estudio sistemático y desde las mismas posiciones metodológicas de la industria de la concha de los aborígenes de Maruca, en Ponce, Puerto Rico, permitirá alcanzar resultados más sólidos y contribuir en mayor medida a elaborar reconstrucciones históricas más acertadas, así como fortalecer el nivel científico de la arqueología en la nación puertorriqueña.
6. Las herramientas y otras piezas de concha con importancia tecnopológica industrial fueron clasificadas, lo cual permite utilizarlas en colecciones didáctico-comparativas y en exposiciones arqueológicas en museos.

ANÁLISIS TIPOLOGICO Y FUNCIONAL DEL SITIO JUNCALITO: Aproximación a un modelo de uso de los espacios por grupos cazadores, en Falcón, Venezuela

WALTER MONTERO



INSTRUMENTOS LÍTICOS EN EL ESTADO FALCÓN. ANTECEDENTES DE INVESTIGACIÓN

Los primeros hallazgos de artefactos líticos en Falcón están representados por una muestra recolectada accidentalmente en 1935 por los geólogos L. W. Henry y J. O. Nomland, y estudiada por la arqueóloga Gladys Nomland (1935). La muestra pertenecía a la localidad llamada La Maravilla, ubicada al sur de la región de Pedregal, Distrito Democracia, del Estado Falcón (Cruxent, 1956).

En 1956 la Universidad Central de Venezuela comisionó al profesor J. M. Cruxent para explorar la región de Pedregal; este se dirigió al sitio denominado El Jobo, a unos 60 km al suroeste de la ciudad de Coro y a 20 km al sur de Pedregal, Distrito Democracia. Allí fueron recolectados más de 20 000 artefactos a nivel superficial que presentaban como rasgo común la utilización de arenisca cuarcítica como materia prima (Cruxent, 1956).

En 1963, Cruxent pudo identificar cuatro complejos sucesivos: Camare, Las Lagunas, El Jobo y Las Casitas, correlacionados respectivamente con las terrazas del río Pedregal: la más alta, mitad de la alta, mitad de la baja y la más baja (Cruxent, 1972). Y caracterizó cada uno de los complejos de la siguiente manera:

Complejo Camare: lo identifica con un período de 20 000 a 25 000 años AP. Según el autor, estos cazadores poseían un bajo nivel cultural (Cruxent, 1972) y utilizaban artefactos muy grandes y toscos, como lascas, núcleos retocados, *choopins tools* y raspadores, todos elaborados sobre arenisca cuarcítica. Estos artefactos estaban identificados con lo que Cruxent llamó cacería directa, donde el enfrentamiento con el animal era casi cuerpo a cuerpo (Cruxent, 1972).

Complejo Las Lagunas: se caracteriza por un período en que los cazadores redujeron en tamaño sus herramientas, por el desarrollo técnico alcanzado. Algunos de estos útiles son bifaciales, alargados y trianguloides con un extremo para utilizarlo como

cuchillo, punzon o punta de lanza. La cronología asignada por el autor a esta tipología es de 15 000 a 20 000 años AP, y describe al período como de cacería semidirecta ya que supone la utilización de lanzas que permitan un enfrentamiento menos directo con el animal (Cruxent, 1972).

Complejo El Jobo: Cruxent asocia este período con lo que él llama cacería a distancia y le da una cronología de 10 000 a 16 000 años AP, en el cual se elaboran puntas de proyectil de tipo fusiformes de sección biconvexa y lados rectos. En algunos casos, los bordes se presentan aserrados y los tamaños varían de 8 a 15 cm de longitud máxima. Estas puntas han sido asociadas con la utilización del propulsor. En este complejo también se encuentra el cuadro tipológico de artefactos de los complejos anteriores (Cruxent, 1972).

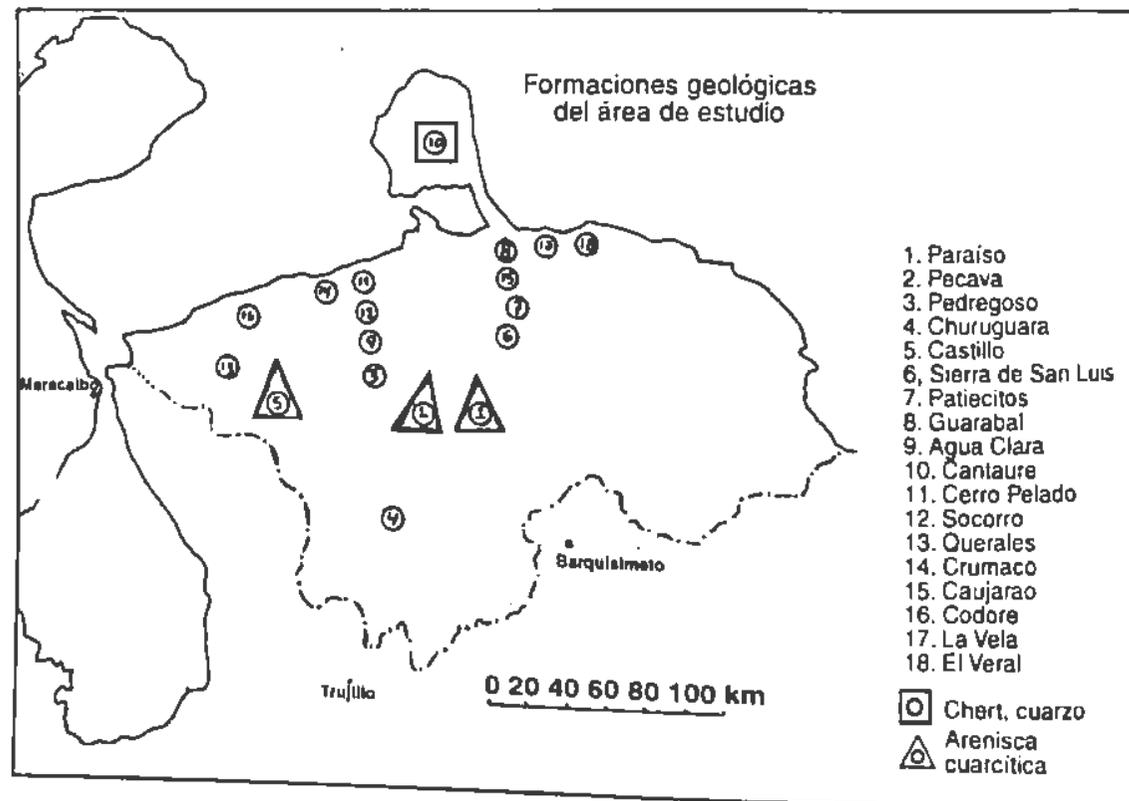
Complejo Las Casitas: también asociado con la cacería a distancia, en él se localizan todas las tipologías de artefactos de los complejos anteriores, se le suma una nueva tipología de punta de proyectil, la cual presenta pedúnculo y es de forma triangular. Esta se asocia con la utilización del arco y la flecha (Cruxent, 1972).

Luego de estos descubrimientos, Cruxent estudia tres nuevos sitios cerca de la costa, con características similares, los cuales posiblemente presentaban evidencias de cazadores joboides, asociados con fauna pleistocénica: estos son Muaco, Taima-Taima y Cucuruchú.

Muaco: fue descubierto en 1952 y posteriormente estudiado por Royo y Gómez en 1960 desde el punto de vista paleontológico, y por Cruxent (1959-1961) desde el arqueológico. Las evidencias constan de fragmentos de punta de proyectil del tipo El Jobo en arenisca cuarcítica, asociada a huesos de mastodontes, glyptodontes y otras taxas extintas; algunos de estos huesos estaban quemados y otros presen-

taban marcas de desollamiento. Los huesos quemados fueron datados con C14 y con fechas entre 16 000 y 14 000 años AP. Desafortunadamente esta asociación de los artefactos joboides con los huesos fue descartada ya que, debido a la remoción de sedimentos por las aguas resurgentes, también se encontraron asociados artefactos modernos como botellas de vidrio y cerámica reciente en los depósitos del yacimiento (A. Bryan, 1972).

Taima-Taima: fue descubierto en 1961 por Cruxent quien inició sus excavaciones en 1962. En la temporada 1962-1967, Cruxent excavó en este sitio aproximadamente 150 m², y encontró restos óseos de megafauna como mastodontes, glyptodontes y megatherium entre otros, asociados con artefactos de fortuna o *tools of expediency*, utilizados como hachas, yunques majadores y cuchillos. Estos eran de la misma caliza fosilífera que se encuentra en la formación geológica del sitio (Cruxent, 1979). Esta asociación de *tools of expediency* con la osamenta pleistocénica



ha sido poco aceptada por investigadores como Lynch (1993), ya que dudan de que dichas rocas sean artefactos. Además argumentan que existe una alteración de los depósitos como consecuencia de la acción del marañal (Cruxent, 1979).

Sin embargo, el trabajo más detallado en Taima-Taima fue realizado en las excavaciones de 1976, en las que participó un grupo de investigadores de amplia trayectoria y experiencia investigativa en la arqueología de la época, entre ellos C. Ochsenius, R. Gruhn, A. Bryan y J. M. Cruxent (Ochsenius, 1979).

En la excavación de 1976 se realizaron 40 cuadrículas de 2x2 m en las que se identificaron restos óseos de animales de las especies *Haplosmastodont*, *Glyptodont*, *Eremotherium*, mientras que la mayoría de los artefactos líticos encontrados pertenecían a *tools of expediency*, aún cuando se logró rescatar un fragmento



de la sección medial de una punta de proyectil de tipo joboide en la cavidad pélvica de un joven mastodonte. Su materia prima es arenisca cuarcítica, y según Cruxent el sitio de origen de este material probablemente se localizó en el suroeste de Taima-Taima, donde esta clase de roca es abundante (Cruxent, 1979). Luego, en una de las diferentes temporadas de excavación en el sitio, se encontró otra punta de proyectil joboide en la cavidad pélvica de un mastodonte, lo que permitió a Cruxent proponer y verificar una estrategia de cacería por parte de los antiguos cazadores joboides (Cruxent, 1979).

Otros de los artefactos encontrados fueron un cuchillo unifacial o raspador de arenisca cuarcítica y un raspador o artefacto cortante elaborado en chert, aparte de los artefactos de hueso utilizados como cuchillos, raspadores y yunques (Cruxent, 1979).

Dentro de los sitios paleoindios de Suramérica se afirma que Taima-Taima es el sitio mejor datado y excavado, con un set general de fechas radiocarbónicas que oscila entre $12\ 980 \pm 85$ AP y $14\ 200 \pm 300$ años AP. Específicamente el mastodonte asociado con la punta, excavado en 1976, fue datado con un mínimo de 13 000 años AP (Bryan y Gruhn, 1979).

Cucuruchú: en el año 1969 Cruxent explora las áreas alrededor de Muaco y Taima-Taima y descubre este sitio rico en megafauna, el cual se encuentra a 14 m sobre el nivel del mar y a 147 m de la costa. El área excavada por Cruxent fue de 112 m², distribuidos en 28 cuadrículas de 2x2 m; en estas excavaciones se encontraron 2 puntas de proyectil fusiformes de sección biconvexa de lados rectos de tipo joboide, asociadas presumiblemente sin perturbación con fauna pleistocénica. Los artefactos se encuentran en el Museo Arqueológico del IVIC, y hasta la fecha no se conocen datos acerca de la cronología de este sitio (Cruxent y Ochsenius, 1978).

Monte Cano: en 1983 Morganti y Rodríguez reportaron el sitio caracterizado por una industria lítica del tipo joboide pero sobre una peculiar materia prima, como lo es el cuarzo. El sitio se localiza casi en el centro de la península de Paraguaná en las estribaciones orientales de la fila de Monte Cano.

Monte Cano fue definido como sitio de taller y presentaba desde los grandes bifaces del tipo Camare, hasta las puntas foliáceas de El Jobo. Aquí se observa una particular distribución de los materiales de acuerdo con cada una de las fases de trabajo, lo que permite a los autores sectorizar secuencialmente el área.

Los sectores A y B concentran desechos de tallas; el sector C se caracteriza por la presencia de preformas de menor tamaño que las del D; en el sector D se encuentran grandes bifaces; y en el sector E se hallaron fragmentos de puntas y cuchillos en avanzadas etapas de elaboración (Morganti y Rodríguez, 1985).

Piedra de Chispa: en el año 1989 José R. Oliver publica un trabajo acerca de las consecuencias de las terrazas del río Pedregal en el que describe cronológicamente cuatro terrazas: la 1, con fechas entre 1 200 y 5 700 años AP basadas en muestras de caracol; la 1A con 8 800 años AP y la 1B con 12 000 años AP. Esto implica que la terraza 2 debe ser de una antigüedad significativamente mayor que 12 000 años AP y la sección más vieja 24 000 años AP. Las terrazas 3 y 4 serían mucho más antiguas que las anteriores. La finalidad de esta investigación es asociar las formas elaboradas del sitio arqueológico denominado Piedra de Chispa, ubicado en la terraza 3, de la sección de El Jobo, con los sedimentos aluvial de esta terraza (Oliver y Alexander, 1989).

En este trabajo, aún cuando se demuestra que es posible verificar un relativo orden de las terrazas, se comprobó que no pudieron ser datados los sitios arqueológicos por no estar en las terrazas aluviales y que, por ende, no es posible corroborar la validez de los complejos Camare y Las Lagunas (Oliver y Alexander, 1989).

Los mismos autores realizan el reporte de un sitio llamado El Cayude en la península de Paraganá que posee puntas de proyectil aflautadas de la tradición Clovis lago Madden y aflautadas cola de pescado de la tradición Magallanes; se especula que las puntas de proyectil de este sitio no pueden tener fechas menores de 11 000 años AP, según datos de manifestaciones similares en América (Clovis, El Igna, Pali Aike, etcétera) (Oliver, 1989).

CARACTERÍSTICAS AMBIENTALES DE FALCÓN

Historia geológica

El estado Falcón presenta una orografía poco elevada que constituye un cambio entre los relieves más grandes que caracterizan a los sistemas montañosos próximos: páramo andino al oeste y cordillera de la costa al este. Esta zona está caracterizada por una topografía muy contrastada, donde varias serranías orientadas en filas paralelas alternan con colinas bajas o depresiones tectónicas profundas; hacia el noroeste los relieves bajan considerablemente, hasta formar una extensa llanura costera ligera-

mente inclinada hacia el mar en forma de glacis; al este, entre las últimas estribaciones montañosas, se abren los valles marítimos (COPLANARH, 1975).

Este cuadro fisiográfico está estrechamente vinculado a la historia geológica del noroccidente de Venezuela; por una parte, a la litología del basamento geológico; por otra, a varias fases orogénicas que desde el cretáceo hasta épocas muy recientes levantaron y rejuvenecieron las serranías hasta su posición actual (COPLANARH, 1975).

En Falcón no afloran litologías más antiguas que las del oligoceno; únicamente en el extremo oriental de esta cuenca se conoce un intervalo de lutitas marinas cuyo contenido de foraminíferos planctónicos parece indicar la presencia del eoceno superior y es conocido como formación Cerro Misión (Gonzales de Juana, 1980).

Clima

La zona de estudio es muy variada desde el punto de vista climático, dentro de ella ocurre la porción más extensa de clima árido y semi árido que existe en el país, pero así mismo abarca especiales superficies de clima subhúmedo y húmedo. Entre las causas que originan esas anomalías climáticas está su ubicación, al menos en parte de la región, sobre los 10° 30', bajo la influencia de los vientos alisios del noroeste, la cual determina un volumen de precipitaciones escaso en las zonas bajas y planas, como las llanuras costeras y las depresiones de Barquisimeto y Carora. La pluviosidad aumenta donde el relieve o la orientación norte sur de la costa hace que los vientos asciendan, provocando el enfriamiento, la condensación y por consiguiente las lluvias (COPLANARH, 1980).

Precipitaciones

En la mayor parte de la superficie el clima se caracteriza por un déficit de humedad durante casi todo el año; los totales anuales de precipitación son inferiores a 700 mm y la evapotranspiración potencial es superior a 200 mm, lo cual trae como consecuencia que la mayoría de los meses tengan un balance hídrico negativo (COPLANARH, 1975).

A partir del volumen total y la distribución anual de precipitaciones la región se divide en dos áreas climáticas, la árida y semiárida y la húmeda y subhúmeda (COPLANARH, 1975).

El área climática árida y semi árida caracteriza al flanco septentrional del anticlinorio de Falcón, orografía intermedia de Carora-Barquisimeto (sierras de Bobaro, Mataturo, Baragua y parte del pie de monte costero), las precipitaciones son inferiores a 700 mm, y existe un balance hídrico negativo al menos durante nueve meses del año; las precipitaciones por lo general caen bajo la forma de violentos aguaceros, en altas intensidades y corta duración; estas lluvias están formadas por grandes gotas, dotadas de un gran potencial erosivo que favorece el escurrimiento superficial en detrimento de la infiltración, lo que se enfatiza por la escasa cubierta vegetal (COPLANARH, 1975).

Por el contrario, en el área climática húmeda y subhúmeda, comprendida por el extremo noroccidental de Los Andes, Sierra de San Luis, Churuguara, Siruma, Barbacoas, Aroa, etc. el volumen de precipitación anual está entre 800 mm y 1 500 mm, las condiciones climáticas predominantes muestran la existencia de una estación lluviosa y una estación seca bien definida, de 4 a 6 meses de duración. El equilibrio climático es más aceptable que en las condiciones áridas y semiáridas; los procesos de formación del suelo son más continuos en el tiempo, ya que la humedad es adecuada para la activación de dichos procesos por períodos más largos (COPLANARH, 1975).

Temperatura

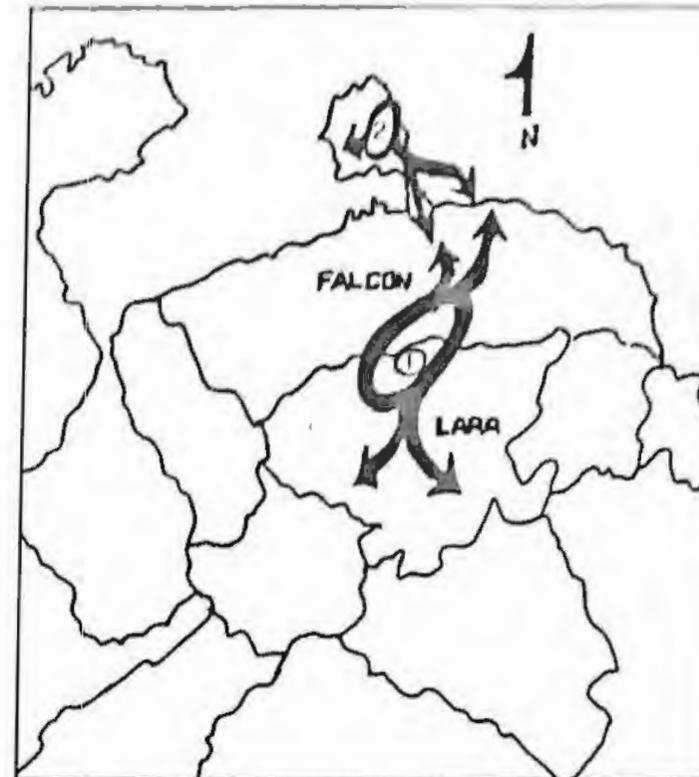
La temperatura de los pisos altitudinales inferiores a los 400 m sobre el nivel del mar, presentan promedios anuales superiores a 26°C, con diferencia de 3°C entre los meses más cálidos y los más fríos (COPLANARH, 1975).

Para los pisos altitudinales superiores a 400 m sobre el nivel del mar, los promedios son más bajos de acuerdo con el gradiente altotérmico cuyo promedio de disminución es de 0,55°C por cada 100 m de ascenso. Por ejemplo, Sanare, a 1 352 m, tiene una media anual de 20,2°C (COPLANARH, 1975).

Vegetación

La vegetación en función de las áreas climáticas puede clasificarse como de clima árido y semiárido —ocupa el noroccidente del país—, monte espinoso tropical, monte espinoso premontano y bosque muy seco tropical (COPLANARH, 1975).

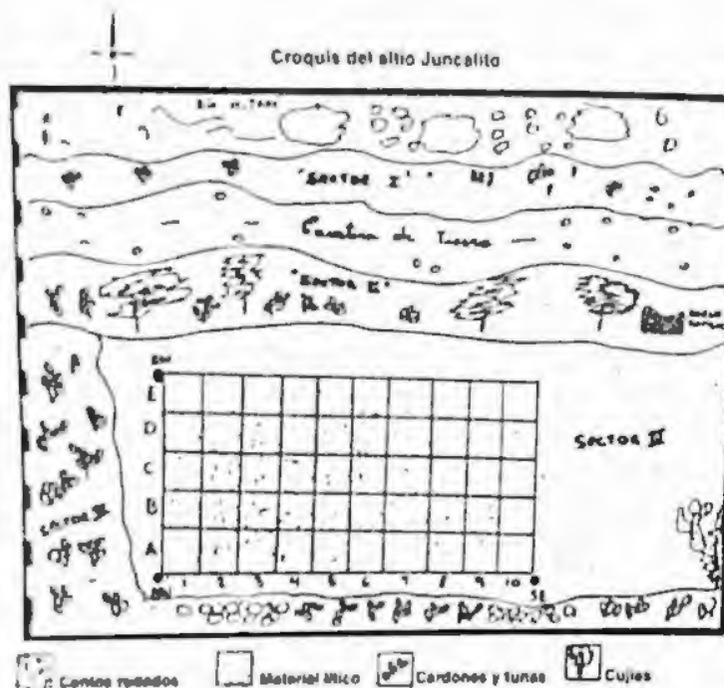
Dispersión de grupos cazadores desde centros de materia prima



1. Centro proveedor de arenisca cuarcítica
2. Centro proveedor de cuarzo y chert

Red hidrográfica

La red hidrográfica del área, según indican los estudios geológicos, es sobrepuesta, es decir, posterior al levantamiento de las zonas montañosas, lo que le ha permitido excavar sus valles. Los ríos aprovecharon los ejes sinclinales, las depresiones tectónicas y sobre todo las numerosas fallas que quiebran el basamento. Dicha red está constituida por numerosas quebradas de régimen esporádico. En la mayor parte del área esta red está constituida por dos tipos de ríos: los que desembocan en el Mar Caribe y los que desembocan en el Golfo de Venezuela (COPLANARH, 1975).



Los ríos que drenan en el Golfo de Venezuela son: el Cocuiza, el Maticora, el Capatarida y el Mitare, los cuales drenan la parte noroccidental, seca y semiárida en sus tramos medio y superior e intramontañoso. Predominan los aportes laterales, que poseen una carga sólida muy fuerte durante las crecientes, mientras que en épocas de sequías casi no tienen caudal (COPLANARH, 1975).

Características topográficas

El área de estudio se caracteriza porque aproximadamente el 70% de su superficie es de topografía accidentada y está constituida por paisajes montañosos, semimontañosos y de colinas; sólo el 30% restante es de superficies planas (COPLANARH, 1975). En esta zona convergen tres sistemas montañosos que determinan esas características: el sistema coriano, cordillera Falcón Lara, la parte de la cordillera de la costa y las estribaciones septentrionales de la cordillera de los Andes (Gonzales de Juana, 1980). La zona presenta una topografía contrastada que varía desde serranías orientadas paralelamente, como las Churuguara, San Luis de Matetare, Bobare, etc., alternando con colinas o con depresiones

tectónicas profundas, constituidas por paisajes planos de ablación o con topografía quebrada u ondulada, o han sido llenadas por sedimentos cuaternarios como las depresiones de Carora, Quibor, El Tocuyo, Los Moroturos, Yaracuy, Aroa, etc. (COPLANARH, 1975).

Las depresiones se encuentran cruzadas por ríos o vías de drenaje que generalmente han aprovechado los accidentes tectónicos o fallas para constituir sus valles. En el noroeste de Falcón la topografía es muy accidentada y desciende bruscamente hasta formar una llanura costera amplia ligeramente inclinada hacia el mar.

Características de los suelos y tipo de erosión

Los suelos son bastante uniformes, a pesar de la complejidad topográfica y de las importantes variaciones litológicas que se presentan. La condición muy seca donde existe un déficit de humedad durante la mayor parte del año, junto con la topografía irregular, ha dado una escasa expresión de los procesos formadores del suelo; estos son de poca profundidad, pedregosos, las partículas más finas son arrastradas por el escurrimiento superficial, mientras que las precipitaciones son escasas pero muy violentas, lo cual favorece la topografía accidentada y la escasa vegetación, que los procesos de erosión laminar en surcos y cárcavas sean manifiestos en todo el paisaje; los procesos morfogénéticos presentan un marcado predominio sobre los procesos pedogenéticos (COPLANARH, 1975).

Paisajes de terrazas

En los valles principales se encuentra el número clásico de cuatro terrazas pleistocenas y un nivel de entalle holocénico; esta sucesión caracteriza también a los sectores de pie de monte no afectados por la tectónica (COPLANARH, 1975).

La presencia de varios niveles de terrazas separadas uno de otro por escarpas abruptas refleja una cierta periodicidad de los fenómenos morfogénéticos ocurridos durante el cuaternario, vinculados a varias oscilaciones climáticas. Este hecho nos lleva a admitir que durante el pleistoceno superior y principio del holoceno, reinaban condiciones bioclimáticas diferentes a las actuales; por lo menos precipitaciones más abundantes (COPLANARH, 1975: 63).

La importancia de estos datos indica la necesidad de hacer excavaciones en la región donde haya depósitos pleistocénicos, para determinar la presencia de estos grupos en dicho período.

ya que el hecho de que haya artefactos líticos a nivel superficial no implica que todos los instrumentos obtenidos por percusión, hallados en ese nivel, sean pleistocénicos; surge la interrogante desde cuándo y hasta cuándo se mantuvo este tipo de tecnología. Cazadores recientes o cazadores tempranos.

ESTUDIO ESPACIAL TIPOLOGICO Y FUNCIONAL DE JUNCALITO

Trabajo de campo

El sitio se localiza en las siguientes coordenadas geográficas: Lat. N: 11° 00' 31.1"; Long. W: 69° 45' 48", y se encuentra a 264 m sobre el nivel del mar (Mapa Pecaya, Hoja 6249 IIISE. Escala 1:25 000. Dirección de Cartografía Nacional, 1983). Cercano al caserío Juncalito el acceso al sitio es por una carretera de tierra en muy mal estado que se sitúa a 10 km al suroeste del pueblo La Cruz de Tara Tara.

El clima es de zona árida y la vegetación de monte espinoso tropical; el promedio anual de temperatura es de 30° C y el de precipitaciones de 350 mm. La topografía es característica de procesos erosivos tanto laminar como hídrico, conjuntamente con la escasa cubierta vegetal; la tectónica de la región y las fuertes lluvias estacionales producen surcos en forma de cárcavas lo que afecta los suelos. Los suelos son muy pedregosos y están constituidos principalmente por arenisca cuarcítica y el sitio se localiza dentro de la formación geológica El Paraíso y formación Pecaya, miembro San Juan de la Vega. El sitio que se ubica aproximadamente a 300 m del río Mitare, presenta 4 sectores diferenciados por la vegetación, la topografía del suelo y el contenido de materiales líticos son representados en el croquis 1.

Sector I: es el más cercano al río Mitare, el suelo está erosionado en surcos y se observan en algunos lugares materiales y artefactos líticos. Hacia el sur, encontramos un camino de tierra afectado por la erosión, en el que no se presenta vegetación y es el camino de tránsito regular del caserío Juncalito al pueblo de La Cruz de Tara Tara.

Sector II: presenta una cubierta vegetal de espinales y cujies. Contiene un antiguo horno de barro, posiblemente asociado a una casa localizada a 500 m al este del sitio, de la cual aún se observan los pisos de piedra y gran cantidad de fragmentos de porcelana y vidrio. Con respecto a materiales líticos, son escasos.

Sector III: se encuentra muy erosionado como consecuencia de la escasa cubierta vegetal y las lluvias estacionales que decaparon y produjeron surcos en la superficie del terreno y ha hecho aflorar el material. Su suelo es amarillento y se encuentra en un nivel más bajo que los demás. Aquí se presentan gran cantidad de materiales líticos arqueológicos diseminados en un área aproximada de 6000 m² y escasos fragmentos cerámicos.

Sector IV: es el más alto y está constituido por mucha vegetación espinosa y muchos cantos de arenisca cuarcítica meteorizadas en colores rojizos y marrones.

A raíz de las observaciones realizadas decidimos trabajar el sector III, debido a que presentaba mayor acumulación de materiales líticos elaborados sobre arenisca cuarcítica, definida así mediante el análisis de sección fina de varias rocas y artefactos del lugar. En este sector el material se encontraba disperso a nivel superficial, y como la finalidad de la investigación era obtener una referencia espacial de las actividades, decidimos realizar una recolección superficial. Con este fin construimos un polígono que abarcó todo el sector, tomando en cuenta sus respectivos límites con los sectores II y IV; el área total del polígono fue de 5000 m². Las coordenadas cartográficas de los puntos de la poligonal fueron tomadas con un geoposicionador por satélite:

Vértice SO= N 11° 00' 31.1"; W 69° 45' 48.6" (con 3 satélites).

Vértice SE= N 11° 00' 47.5"; W 69° 45' 57.7" (con 6 satélites).

Vértice NO= N 11° 00' 48.3"; W 69° 46' 02.5" (con 6 satélites).

Se tomaron dos medidas como puntos de referencia; una en el horno antiguo que está cerca del sitio y la otra en la ribera más cercana del río Mitare.

Horno: N 11° 00' 49.4"; W 69° 45' 54.2" (6 satélites).

Río Mitare: N 11° 00' 49.7"; W 69° 45' 55.5" (5 satélites).

Metodología clasificatoria

Para reconstruir e identificar el uso del espacio del sitio Juncalito por parte de grupos humanos en el pasado, decidimos construir planos de distribución del material arqueológico que nos permitiera conjuntamente con el análisis tipológico y funcional de los ítems culturales, interpretar el uso del espacio durante tiempos pretéritos.

Para desarrollar la clasificación de los materiales decidimos utilizar la clasificación taxonómica adimensional, la cual nos permite

la definición de clases mediante la intersección de rasgos o atributos (Dunell, 1977) de las diversas cualidades del material arqueológico, que agrupamos en: núcleos, matrices, lascas, preformas y artefactos.

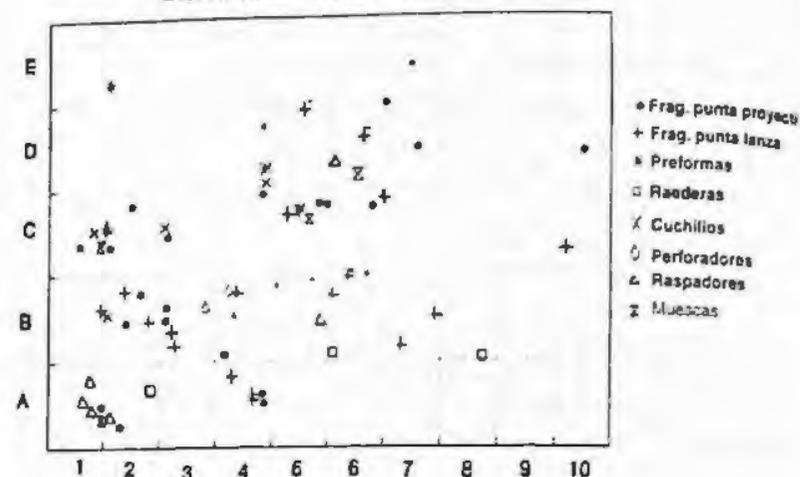
La determinación de clases y las funciones de estas, conjuntamente con su contexto, servirá de base para establecer la funcionalidad del sitio. De este modo se procedió a analizar y reconocer las características tecnomorfológicas mediante los siguientes criterios de forma genérica (características geométricas generales de la pieza) y forma específica (características exclusivas de la estructura de la pieza). Seguidamente se ubicaron los artefactos según su función genérica (potencialidad y capacidad funcional de la pieza) y su función específica (finalidad para la que había sido diseñada) (Jaimes, 1989; Vierma, 1993).

Para las lascas utilizamos la clasificación propuesta por Jaimes (1969), la cual las discrimina por su tamaño, y nos proporciona información acerca del momento de aparición en el proceso de manufactura.

Clasificación de las lascas

1. Muy grandes: usadas como matrices para elaborar artefactos. Medidas: Long: de 15 cm. Ancho: 10 cm. Espesor: 6 cm
2. Grandes: puede ser el resultado del lasqueo sobre núcleos o lascas matrices para el trabajo de elaboración de artefactos, pueden ser tomadas como matrices para la elaboración de útiles. Medidas: Long: 10 a 14 cm. Ancho: 8 a 10 cm. Espesor: 3 a 5 cm.
3. Medianas: producidas por el rebajamiento de las anteriores o de núcleos para obtener preformas y/o útiles. Medidas: Long: 5 a 9 cm. Ancho: 6 a 9 cm. Espesor: 2 a 4 cm.
4. Pequeñas: lascas de elaboración directa desde preformas hasta la casi terminación de instrumentos y/o artefactos. Medidas: Long: 3 a 6 cm. Ancho: 3 a 6 cm. Espesor: 1 a 2 cm.
5. Muy pequeñas: desechos de manufactura. Medidas: Long: 1 a 3 cm. Ancho: 2 a 3 cm. Espesor: 1 cm.
6. Micro lascas: elementos que se producen por el retoque de los bordes de un artefacto. Medidas: Long: 1 cm. Ancho: 2 cm. Espesor: menos de 1 cm.

**Sitio Juncalito
Distribución de artefactos**



CRONOLOGÍA Y COMPARACIONES ESTILÍSTICAS

Las características morfológicas de las puntas de proyectil fusiforme de lados rectos y sección biconvexa, las puntas pedunculadas de cuarzo, la gran variedad de tamaños de lanzas, los raspadores planos convexos y muescas nos indican que el material del sitio Juncalito se relaciona estilísticamente con todos los complejos de la serie El Jobo (Camare, Las Lagunas, El Jobo y Las Casitas). Coincidimos con Rodríguez y Morganti (1985), en que estas diferencias tipológicas-estilísticas pueden representar diferentes etapas del proceso de manufactura de artefactos, típicas en un lugar de taller y no necesariamente una secuencia cronológica de evolución tecnológica. Estilísticamente, siguiendo a Cruxent (1958), también se relaciona con tipologías norteamericanas como la industria Plano, así como con una punta de proyectil fusiforme y sin acanaladuras encontrada con la osamenta de un mamut en Santa Isabel de Iztapán (México central) y con las industrias Ayampitín de Argentina. Cronológicamente decidimos asociar a Juncalito con las fechas que se manejan para el sitio de Talma-Talma de 13 000 años AP y esperamos que en el futuro se

promuevan trabajos estratigráficos en el sitio que nos provean de bases más sólidas para corroborar las fechas de la ocupación cazadora de Juncalito.

ANÁLISIS PORCENTUAL DEL MATERIAL LÍTICO

Según el análisis de los datos, concluimos que la principal actividad fue la de percusión, la cual es característica de un sitio de taller. En este sitio se observan las diferentes tareas relacionadas con la elaboración de artefactos, así como también las de reparación, ambas reflejadas en los diferentes tamaños de las lascas, como a su vez, en la presencia de preformas y artefactos fracturados. También pudimos discernir, a nivel porcentual, que se desarrollaron tareas de raspado por presión, de ahí la presencia de raspadores y muescas destinados a rebajar madera y curtir pieles. El nivel porcentual de los cuchillos no es muy significativo; el de los artefactos relacionados con actividades de cacería, como lo son las puntas de lanzas y de proyectil, aunque es elevado dentro del total de los artefactos, se relaciona con un material de características fragmentarias. En consecuencia, deducimos que posiblemente la fragmentación de los artefactos ocurrió en el proceso de manufactura o, en su defecto, estos fueron trasladados al sitio para su reparación debido al deterioro durante el uso.

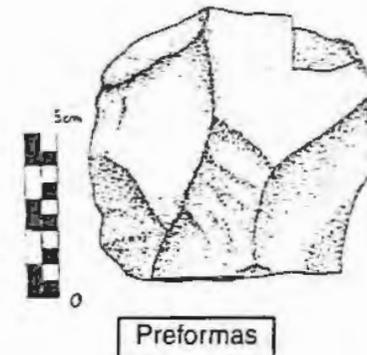
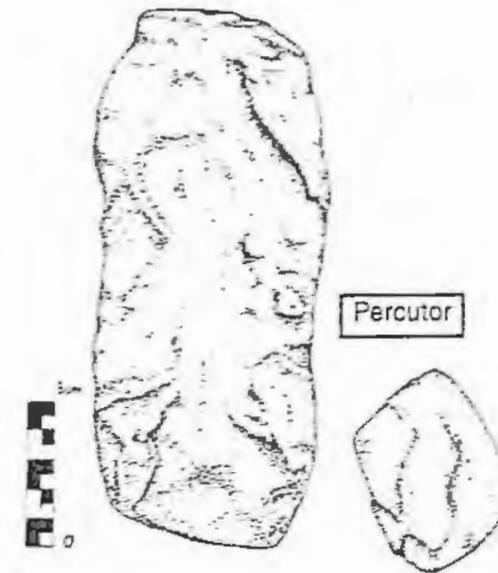
ANÁLISIS ESPACIAL Y FUNCIONAL

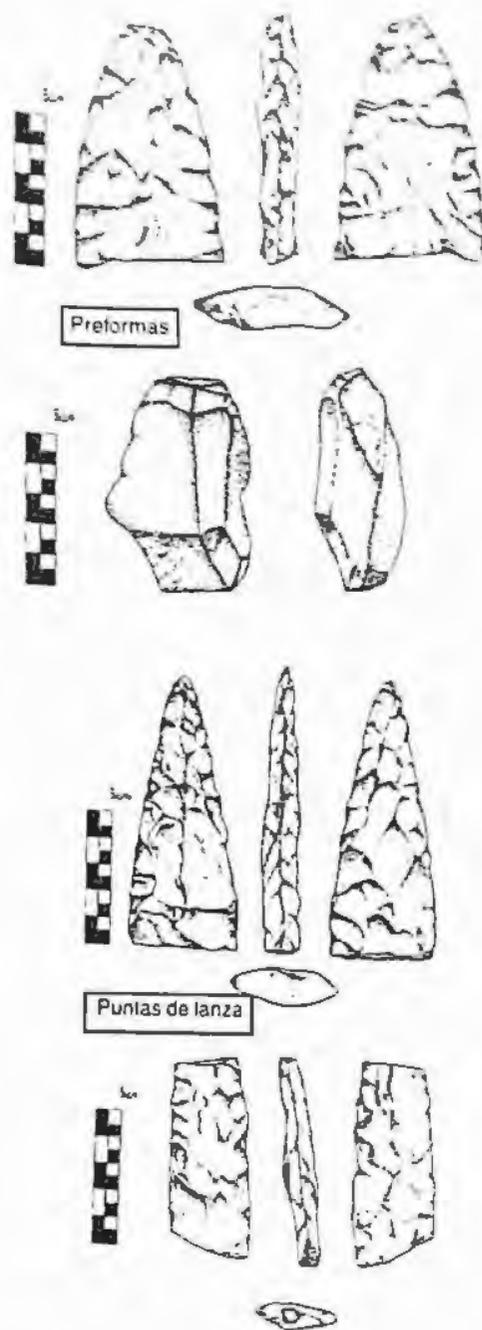
Una vez clasificado el material, de acuerdo con sus respectivos atributos tecnológicos y su posible funcionalidad, procedimos a ubicarlo en el espacio mediante planos de distribución, con el fin de observar sus asociaciones contextuales e inferir las posibles áreas de actividad en las cuales los artefactos se diferencian de acuerdo con las tareas específicas realizadas en cada localidad. Para esto utilizamos el método tradicional de conglomerados a simple vista (Vierma, 1993), el cual consiste en identificar grupos no aleatorios de elementos funcionalmente similares, que se formen como consecuencia de la proximidad entre los elementos, a través de la observación directa de los gráficos.

Consideramos que estas asociaciones contextuales deben reflejar la manera en que los grupos humanos utilizaron y desarrollaron sus actividades en el espacio, así mismo como podremos también evidenciar los procesos de transformación material del contexto arqueológico. Como afirman Hodder y Orton (1990), estas agrupaciones a veces pueden ser el resultado de una amplia gama de factores, tales como localización de actividades, la ubicación de la industria del desecho, la limpieza periódica y la reorganización de un sitio, las alteraciones por el viento o el agua o la erosión diferencial (Hodder y Orton, 1990: 43).

DISTRIBUCIÓN ESPACIAL. CONCLUSIONES GENERALES

El análisis de la distribución espacial nos permitió identificar la distribución de las diferentes tareas de manufactura de instrumentos líticos. Pudimos observar que en los sectores B, C y D (ver gráfico de distribución) posiblemente se desarrollaron las tareas de





percusión más intensas, evidenciadas por la gran dispersión de lascas pequeñas y muy pequeñas que se asocian con las actividades de rebajamiento para la elaboración de artefactos. Además, en los mismos sectores se concentran lascas medianas, posiblemente por desvastamiento de núcleos o matrices (también localizados en estos sectores) que debían ser utilizados para elaborar instrumentos. A esto se suma la presencia de preformas, puntas de lanza y puntas de proyectil en las mismas áreas, las cuales podrían reflejar tareas de elaboración o de reparación de artefactos.

En consecuencia, podemos afirmar preliminarmente que a pesar de que se desarrollaron tareas específicas, las distribuciones de los grupos no se comportan como patrones homogéneos y tampoco producen agrupaciones estrictamente diferenciadas. De hecho, consideramos que presentan agrupaciones que expresan las diferentes tareas asociadas con la manufactura de artefactos líticos, pero sin un orden ascendente o secuencial del proceso. Es decir, no podemos observar áreas exclusivas de trabajo ni tampoco una clara continuidad espacial, o sea, no es posible espacialmente ir desde las áreas de rebajamiento de núcleos pasando a las de preformas hasta llegar a las de artefactos y microlascas producidas por el retoque. En general más bien se presenta una distribución diseminada de los grupos en estos sectores.

El único patrón no aleatorio que pudimos observar fue el de un grupo de raspadores, raederas y perforadores en una sola cuadrícula, el cual diferenciamos de los demás por su carácter de exclusividad funcional; lo asociamos con el raspado-presión y el corte-presión. Pudo tratarse de un área específica para rebajar maderas o curtir o preparar pieles.

El grupo de microlascas que se localiza en el sector E llama la atención ya que no está relacionado con artefactos ni con preformas, lo cual sería lógico si consideramos este tipo de lasca como el producto del retoque de artefactos para darles el acabado final. Por esto, preferimos pensar que las características topográficas del sitio, inclinado hacia el río Mitare, la fuerte erosión provocada por las lluvias y la escasa cubierta vegetal, pudieron hacer arrastrar el material, y por ende, las microlascas que son los desechos más pequeños y livianos, hasta el sector E, el más bajo del área y el más cercano al río.

Podemos concluir que el sitio Juncalito se asocia con la actividad propia de un taller primario. Su localización en las formaciones geológicas El Paraíso y Pecaya (COPLANARH, 1975), permite la obtención directa de arenisca cuarcítica de grano fino, material lítico de muy buena calidad para la elaboración de artefactos. De esta manera, el trabajo de taller reflejado en la tipología y funcionalidad de los ítems culturales son expresión de esta relación con la geomorfología del sitio. Sin embargo, no descartamos que se haya desarrollado la cacería en sus alrededores, como evidencian las puntas de proyectil terminadas en un área relativamente cercana a las fuentes de agua de la región. A su vez, los raspadores planoconvexos posiblemente se relacionen con la tarea de curtir pieles. En relación con los sitios de habitación, se

identificó una gran muesca que pudo estar relacionada con la construcción de parales para viviendas. Esto no se pudo precisar ya que se requiere otro tipo de investigación relacionada con estudios de suelo y excavaciones estratigráficas. A pesar de esto no descartamos que aparte de la actividad principal que representan los talleres, hubieran producido campamentos temporales de caza y de manufactura de instrumentos.

CONCLUSIONES GENERALES DEL PATRÓN OCUPACIONAL DE GRUPOS CAZADORES EN LA REGIÓN FALCÓN-LARA

A raíz del estudio tipológico y funcional de los diferentes sitios de la región pudimos notar que existe una marcada diferencia entre los sitios que se localizan en la zona central de Falcón y los de la costa de Coro, relacionada con el contenido arqueológico y artefactual de los diferentes yacimientos.

Los sitios como Juncalito, los yacimientos del área de El Jobo y los sitios Los Planes, La Hundición y Los Tres Cruces, tipificados por la utilización de arenisca y escasos trabajos sobre cuarzo y chert nos indican que las actividades principales desarrolladas en estas localidades se asocian con la elaboración de artefactos para su posterior utilización como armas en la cacería de animales, así como de artefactos para cortar carnes o fibras vegetales y raspadores para curtir pieles o raspar maderas.

En general, toda esta producción lítica se afilia con la tipología estilística joboide en todos sus complejos (Camare, Las Lagunas, El Jobo y Las Casitas). Retomando el planteamiento básico de Morganti y Rodríguez (1985), consideramos, a diferencia de la propuesta tipológica-evolutiva de Cruxent, que estos complejos son el reflejo estilístico de las diferentes etapas del proceso de elaboración de artefactos, así como de las diferentes tipologías funcionales.

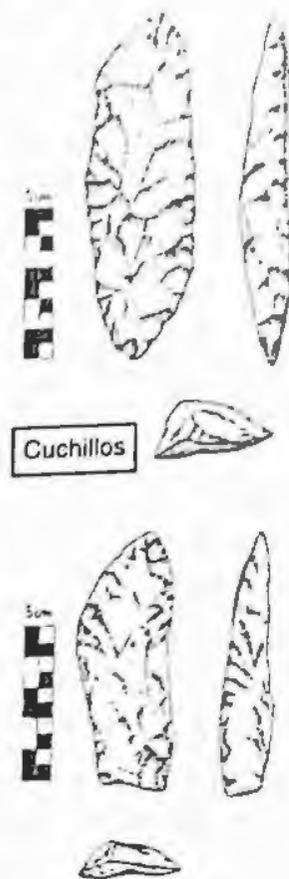
Los sitios de la costa de Coro, como Taima-Taima, Muaco y Cucuruchú, nos indican que la principal actividad en esta zona se asocia con la cacería y el descuartizamiento de animales, la cual se refleja en la disposición de artefactos (como puntas de proyectil y cuchillos) asociados a osamentas de animales pleistocénicos. Dichos artefactos fueron elaborados en arenisca cuarcítica proveniente de lugares de Falcón central o sitios de Lara, según la geomorfología regional.

Estos artefactos joboides encontrados en la costa, relaciona-

dos exclusivamente con actividades de cacería, nos permiten suponer que en la región costera había una alta concentración de especies animales para la subsistencia, como consecuencia de la gran cantidad de ríos, quebradas, manantiales. Los cazadores aprovechaban los reservorios de agua pues eran los circuitos ecológicos idóneos tanto para animales como para plantas. En efecto, tenemos como ejemplo los sitios de matanza cerca de la Vela de Coro, los cuales están localizados característicamente en manantiales.

Las informaciones acerca de las diferentes formaciones geológicas de la región en asociación con yacimientos arqueológicos nos permiten determinar la existencia de dos centros importantes de extracción de materia prima lítica en la región. En primer lugar, los yacimientos de Falcón central y los del noroeste de Lara (formación Mata-tare, Paraíso, Pecaya y Castillo), litológicamente compuestos por arenisca cuarcítica, reflejan las actividades de extracción de materia prima (cantera) y de taller para la elaboración de artefactos. Entre estos tenemos El Jobo, Juncalito y sitios de Lara como Los Planes, La Hundición y Los Tres Cruces. Estos últimos también poseen artefactos de chert negro, pero cuantitativamente menores que los de arenisca.

El otro centro de explotación de materia prima lítica (cantera) en el estado Falcón lo constituye la península de Paraguaná, y específicamente las estribaciones de la fila de Monte Cano y El Cayude, constituidos geológicamente por las formaciones Cantaure y Pueblo Nuevo, las cuales proveen rocas metamórficas cristalinas como el cuarzo y rocas ígneas como el chert. Los sitios localizados dentro de estas áreas, Monte Cano y El Cayude, reflejan actividades de taller sobre estas materias primas.



Consideramos que en el área seguramente se desarrollaba la cacería, afirmación que es reforzada para períodos más recientes mediante fuentes históricas. Por ejemplo, en el año 1530, Alonso Velasquez de Acuña y Antonio de Naveros relatan: "[...] Hace la mar una aconada de tierra que casi se podía llamar Isla, y se llama Paraguaná y los mercantes le dicen Cabo de San Roman [...] esta provincia es muy abundosa en caza de venados, conejos, perdices, tortolas y pescado [...]" (Salazar, 1995).

Esta referencia hace pensar que en períodos anteriores no sólo las condiciones ambientales pudieron proporcionar las fuentes de materia prima para la elaboración de los artefactos líticos, sino también una amplia gama de recursos bióticos para cacería y recolección.

La dispersión de los artefactos elaborados sobre arenisca cuarcítica desde los centros de explotación indica que los grupos cazadores ocupaban espacios desde el sur de Lara, como lo evidencia el sitio de El Vano, hasta la costa de Coro, reflejado en sitios como Taima-Taima. Incluso consideramos que probablemente esta dispersión sólo refiere los datos que se tienen hasta la fecha y posiblemente este radio de acción pudiera expandirse a partir de nuevas investigaciones en la zona.

Por otro lado, las fuentes de artefactos de chert y cuarzo se localizan en la península de Paraguaná y probablemente los grupos portadores de estas tecnologías se desplazaron hacia las costas de Coro. Por ejemplo, en los alrededores del pueblo de La Vela se reportan puntas de proyectil de chert, materia prima que no proveen las formaciones geológicas localizadas en las costas de Coro.

Con respecto al patrón ocupacional de grupos cazadores en la región, podríamos decir que existe una relación funcional entre los recursos explotados y las tecnologías evidenciadas en los yacimientos arqueológicos. El conocimiento que los grupos cazadores tenían de la zona les permitía organizar expediciones en función de sus decisiones y sus necesidades de explotación de recursos alimenticios o minerales, lo que originó en esta vasta región, desde el sur de Lara hasta la península de Paraguaná, estrategias adaptativas, reflejadas en su instrumental estilístico, asociadas con el aprovechamiento de los diferentes recursos que les proporcionaba la gran región y condicionados por su tradición cultural particular.

Finalmente, consideramos que los estudios regionales a partir del análisis tipológico-funcional de los sitios, en relación con las fuentes proveedoras de materia prima lítica, nos permiten obtener una clara y amplia idea de cómo los grupos cazadores desarrollaban sus tecnologías sobre materias primas particulares en amplias regiones, como lo es la de Falcón-Lara.

No quisiera finalizar el trabajo sin proponer algunas recomendaciones para investigaciones futuras. Consideramos, a partir del trabajo realizado, que aún quedan aspectos tecnológicos y culturales por resolver como el estudio de las tecnologías líticas sobre el chert y el cuarzo, la localización de nuevos sitios relacionados con la matanza de animales y el desarrollo de estudios estratigráficos intensivos para precisar los aspectos cronológicos, contextuales y funcionales de los sitios con tecnología lítica percutada en la vasta región Falcón-Lara.

BIBLIOGRAFÍA

- Androfsky, W. (1994): "Flaw material availability and the organization of technology", en *American Antiquity*. Washington, Edited by the Society of American Archaeology.
- Ardila, C. y G. Politis (1989): "Nuevos datos para un viejo problema", en *Boletín del Museo del Oro*. Bogotá, Banco de la República.
- Ardila, C. (1991): "The peopling of Northern South America", en *Clovis origins and adaptation*. Edited by Bonnichsen R. Center for the study of the Early Man.
- Bate, L. (1983): *Comunidades Primitivas de Cazadores Recolectores en Sudamérica*. Caracas, Academia Nacional de la Historia de Venezuela.
- Binford, L. (1964): "A consideration of Archaeology research design", en *American Antiquity*. Washington, Vol. 29.
- _____. (1988): *En busca del pasado*. Barcelona, Editorial Critica, Grupo Editorial Grijalbo.
- Bryan, A. (1973): "Paleoenvironments and cultural diversity in late pleistocene South America", en *Journal Quaternary Research*. University of Washington.
- _____. (1986): *New evidence for the pleistocene peopling of the America*. USA, University of Maine at Orono.
- COPLANARH (1975): *Estudio geomorfológico de las regiones costa noroccidental centro occidental y centro*. Caracas, Comisión del Plan Nacional de Aprovechamiento de los Recursos Hidráulicos.
- Cruxent, J. M. (1956): "A Lithic Industry of paleoindian type in Venezuela", en *American Antiquity*. Washington, Vol. 22, No. 2.
- _____. (1963): "Recientes datos sobre fechas arqueológicas por el método C14 en el occidente de Venezuela", en *Acta Científica Venezolana*.
- _____. (1964): "Noticias sobre tres estaciones arqueológicas con artefactos líticos de tipo paleoindio en Venezuela", en *Origen de Hommen Americano*. Instituto de Prehistoria da Universidade de Sao Paulo.
- _____. (1968): *Thesis for meditation on the origin and distribution of man in South America*. Washington DC, Pan American Health Organization.

- _____ (1970): "Projectile Points With Pleistocene Mammals in Venezuela", en *American Antiquity*, Washington, No. 175.
- _____ (1971): "Apuntes sobre arqueología venezolana", en *Arte Prehispánico de Venezuela*. Caracas, Fundación Eugenio Mendoza.
- _____ (1972): "El paleoindio en Venezuela", en *Venezuela Suya*. Caracas, Corporación de turismo de Venezuela, Vol. 1 octubre-diciembre.
- Dillehay, T. (1987): "Un poblado del final de la edad glacial en el sur de Chile", en *Scientific American*.
- Dunnell, R. (1977): "*Prehistoria Moderna*". Madrid, Ediciones Istmo.
- Flannery, K. y W. Winter (1976): "Analising Household Activities", en *The early Mesoamerican Village*. Orlando, Florida, Academic Pres Inc.
- Gonzales De Juana, C. (1980): *Geología de Venezuela y de sus Cuencas Petrolíferas*. Caracas, Ediciones Foninves, Tomo II.
- Hodder, I. (1989): *Interpretación en arqueología*. Barcelona, Editorial Critica, Grupo Editorial Grijalbo.
- Hodder, I. y Clive Orton (1976): *Spatial Analysis in Archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Jaimes, A. (1989): "Áreas de actividad de un sitio paleoindio del Edo. Lara: Los Tres Cruces", trabajo presentado para optar el título de Antropólogo. Universidad Central de Venezuela.
- _____ (1992): "Algunas consideraciones sobre el poblamiento de América", en *Boletín Museo Arqueológico de Quibor*. Quibor, Venezuela, No 1.
- Leroy Gourham, A. (1972): *La prehistoria*. Barcelona, Editorial Labor.
- Lynch, T. (1976): "The Antiquity of Man in South America", en *Quaternary Research*. No. 4.
- _____ (1990): "Glacial Age Man in South America. A Critical Review", en *American Antiquity*. Washington, No. 1.
- Marshall, E. (1990): "Clovis Counterrevolution", en *Science*. Vol. 249.
- Martin La Riva (1976): "Fase El Guamo. Investigaciones Arqueológicas en la cuenca del Lago de Maracaibo", en *Proyecto 72*. Caracas, Monografía, Tesis de Grado.
- Molina, L. (1967): *Desarrollos Culturales Prehispánicos on el Estado Lara-Barquisimeto*, Taller de Diseño, Fundacultura, CONAC.
- Ochsenius, C. y R. Gruhn (1979): "Taima-Taima: A Late Pleistocene Paleoindian Kill Site in Northernmost South America. Final reports of excavation of 1976", en *South America Quaternary*. Documentation Program Pinted in Federal Republic of Germany.
- Oliver, J. y A. Charles (1989): *The Pleistocen People of Western Venezuela: The Terrace Sequence of Rio Pedregal and New Discoveries in Paraguaná*. USA, University of Maine, Orono.
- Rodríguez, M. y A. Morganti (1983): "Cazadores recolectores de Montecano". Caracas, Tesis de Grado, Facs UCV, Escuela de Antropología.
- Rouse, I. y J. M. Cruxent (1982): *Arqueología Cronológica de Venezuela*, Caracas, Ernesto Armitano Editor, Vol I y II.
- Salazar, J. J. (1995): "La cacería silenciosa en el Occidente de Venezuela" en *Boletín Arqueológico de Quibor*.
- Sanoja, M. y A. Morganti (1985): "La Formación Cazadora Recolectora del Noroeste de Venezuela", en *Boletín de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos*, Caracas, GENS, Vol. 1.
- Seeman, M. (1994): "Intercluster Lithic Patterning At Nobles Pond: A Case For Disembedded Procurement Among Early Paleoindian Society", en *American Antiquity*. Washington.
- Service, E. (1973): *Los Cazadores*. Barcelona, Nueva Colección Labor.
- Schiffer, M. (1972): "Archaeological Context and sistematic Context", en *American Antiquity*. Washington.
- Semenov, S. A. (1981): *Tecnología prehistórica*. Madrid, Akal Editor.
- Vierma, L. (1993): "Análisis tipológico, tecnológico y espacial del sector V de los Tres Cruces, Estado Lara, Venezuela, Caracas", Tesis de Grado, Facs UCV, Escuela de Antropología.
- Wormington, H. M. (1957): *Ancient Man in North America*. Denver Museum of Natural History.



SEMILLAS CARBONIZADAS DEL RESIDUARIO PROTOARCAICO LA BATEA, SANTIAGO DE CUBA. PRESUNCIONES ETNOBOTÁNICAS

**JUAN HERNÁNDEZ CANO
RAMÓN NAVARRETE PUJOL**



La identificación específica de semillas en residuarios aborígenes ha constituido, por lo general, una labor ardua, debido en algunos casos al grado de deterioro o modificación que han sufrido las muestras con el paso del tiempo, y en otros, a lo difícil que resulta a partir exclusivamente de un órgano de la planta, lograr la determinación de una especie en cuestión.

La localización de semillas en residuarios aborígenes de cultura preagroalfarera en el territorio cubano ha sido mencionada por Pino (1970, 1978). Cabe señalar que los hallazgos de este tipo no suelen ser frecuentes en el país, hasta donde se ha podido conocer.

A principios de 1992, en el sitio conocido por La Batea, en El Caney, Santiago de Cuba, fueron halladas unas muestras vegetales por los arqueólogos Ramón Navarrete y Gonzalo Infante, del grupo de Arqueología de la Academia de Ciencias, las que se hicieron llegar al Departamento de Ciencias Naturales de dicha institución para su identificación.

La Batea es un residuario de habitación de aborígenes enmarcado dentro de la etapa de economía de apropiación precerámica que por las peculiaridades de su cultura material (presencia de una industria de piedra tallada, con predominio de herramientas en láminas macrolíticas, ausencia de artefactos de concha y de aquellos en piedras modificadas en volúmenes) resulta francamente adjudicable a la cultura Seboruco (período protoarcaico de Cuba). Fue el primer yacimiento arqueológico de ese periodo, descubierto en la provincia de Santiago de Cuba (Navarrete, 1990).

No se posee cronología absoluta para el residuario, aunque hasta el momento se reconoce la cultura Seboruco como la más antigua detectada en Cuba: $5\ 140 \pm 170$ años AP.

Se ha podido detectar además que en el litoral levantino de Santiago de Cuba, hacia los $3\ 250 \pm 100$ años AP, pobladores especializados en la confección de una amplia gama de artefactos tallados en piedras silicificadas habían entrado en contacto con otras tradiciones precerámicas indoantillanas. Se trata de una tradición conchera y de otra con piedra modificada en volúmenes (relacio-



nable esta última con la tradición banwaroide) lo que generó una nueva expresión cultural híbrida; es decir, aglutinadora de las características antes referidas, cuya representación más nítida lo constituye, hasta nuestros días, el nivel de ocupación inferior (preagroalfarero) del sitio Damajayabo (Martínez Arango, 1968).

MATERIALES Y MÉTODOS

La identificación de las muestras vegetales se efectuó fundamentalmente por observación organoléptica, auxiliándose, en ocasiones, por un estereoscopio y la comparación con ejemplares de la espermoteca del Departamento de Ciencias Naturales.

Se efectuó un rastreo botánico en el lugar de estudio, para determinar la presencia de la especie en la actualidad. Con este sentido, también se aplicó la técnica de Estrada *et al.* (1981) en las entrevistas con los residentes de la localidad.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

En la Cala No. 4, en una matriz arcillosa de color pardo oscuro, en conjunción con restos alimenticios diversos (moluscos terrestres, fragmentos óseos de juita y pinzas o muelas de crustáceos), así como partículas muy escasas de carbón vegetal, se detectó, en el nivel estratigráfico convencional 0,10-0,20 m de la capa antropogénica, una apreciable concentración de restos vegetales carbonizados, aprisionados fuertemente por la matriz receptora, lo que hacía muy difícil su colecta, pues la mayoría de las veces inevitablemente se rompía la cubierta de la muestra. También se advirtió que al recibir el calor producido por los rayos solares directos las mismas se fracturaban. Este hallazgo se repitió al excavar el siguiente nivel 0,20-0,30 m. Las características de la matriz y de los residuos asociados resultan idénticos a lo descrito para el nivel anterior (salvo que ahora presenta una coloración un tanto más oscura).

Al observar con el estereoscopio la ruptura natural de los restos vegetales carbonizados se aprecian, bien diferenciadas, dos estructuras; una, la más externa, es una capa lisa y brillante; la otra, una masa homogénea envuelta por la capa anterior.

Ambas estructuras tienden a separarse entre sí. Es de presumir que la capa externa pueda tratarse de la testa de la semilla y la masa interna la almendra de la misma.

Cabe también la posibilidad de que las muestras vegetales analizadas fueran frutos, y como consecuencia del fuego, el exocarpo, el mesocarpo y la testa se fusionaran en una capa compacta única; pero parece poco probable que tejidos vegetales diferentes hayan formado un cuerpo tan indiferenciado.

Otro elemento a favor de que se trata de semillas es la presencia del hilo, evidente en las muestras, el que no se observaría de estar oculto por las capas del fruto.

Precisamente lo característico del hilo, su situación, así como la forma y el tamaño de las muestras, fueron elementos típicos para efectuar comparaciones con semillas actuales y lograr la identificación de las mismas como pertenecientes a la especie *Sideroxylon foetidissimum*, Jacq. ssp, la cual se incluye en la familia

Sapotaceae. A esta especie se le han adjudicado históricamente las siguientes sinonimias: *Sideroxylon pallidum*, Spreng.; *Sideroxylon mastichodendron*, Jacq.; *Sideroxylon domingensis*, Urb. y *Mastichodendron foetidissimum*, Jacq.

Este es un árbol de hasta 25 m, con tronco que llega en ocasiones a los 1,5 m de diámetro, hojas brillantes oblongo acovadas de 5-15 cm, mayormente redondeadas en el ápice y de redondeadas a estrechas en la base. Flores de varias a muchas, que forman fascículos; corola amarillo-verdosa de 7 mm de ancho. Fruto en baya, amarillo, oval, lampiño, de 2-2,5 cm (Alain, 1957).

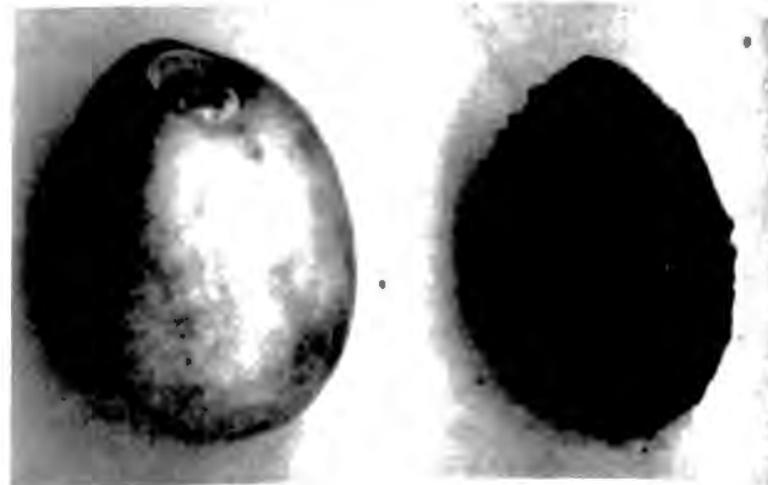
La planta se distribuye por todas Las Antillas y La Florida, reportándose también en San Salvador (Gifford, 1934; Calderón y Standley, 1941; Alain, 1957). Es muy posible que se distribuya también por toda Centro América. En Cuba esta planta se encuentra en todo el país. Particularmente en La Batea no fue localizado ningún ejemplar, y es prácticamente desconocida por los lugareños, no obstante algunos señalaron haber visto el árbol en las lomas más elevadas de los alrededores.

Aparece en maniguas y bosques (Alain, 1957), en toda clase de terrenos, pero prefiere los calcáreos cercanos a las costas altas y secas (Roig, 1965).

El árbol recibe diversos nombres a lo largo de su distribución geográfica: mastic, Florida (Gifford, 1934); caya prieta y caya amarilla, Santo Domingo (Barker y Dardeau, 1930); acomat, Haití (Barker y Dardeau, 1930); tempisque, El Salvador (Guzmán, 1924; Calderón y Standley, 1941); aroma, Granadinas (Howard, 1952); jocuma, jocuma amarilla, caguani, lechero, Cuba, los dos últimos fundamentalmente en las provincias orientales (Roig, 1965).

El principal uso de esta planta es maderable, se le considera madera fortísima, pesada y que adquiere un fino pulimento (Fors, 1968; Pichardo, 1985). También se incluye como planta medicinal, en particular su látex se ha empleado en curar hernias recientes (Roig, 1974; Pichardo, 1985). El fruto es comestible para los animales (Alain, 1957) y aún para el hombre, cuando su pulpa azucarada y gomosa es cocida (Guzmán, 1924); no obstante, Pichardo (1985) lo reporta como venenoso, cuestión esta última que debe tomarse con discreción.

Con respecto al uso que pudieron dar los aborígenes a las mencionadas semillas, no se cuenta con suficientes elementos comparativos para efectuar un análisis veraz; no obstante, es claro que la presencia del material investigado no es un hecho fortuito,



pues acumulaciones carbonizadas del mismo han aparecido al menos en dos ocasiones diferentes, en un lapso aproximado de 10-15 años.

Por otro lado, es conocido que muchos grupos aborígenes con economía de apropiación vivían de los recursos del bosque, por lo que efectuaban una recolección florística intensa (Guarch, 1990).

La presencia de semillas carbonizadas no identificadas en residuarios aborígenes de la etapa preagroalfarera, al parecer —por comparaciones fotográficas— semejantes a las halladas en La Batea, le sugieren a Pino (1978) su aprovechamiento con fines alimentarios.

El hecho de que concurren las muestras vegetales carbonizadas agrupadas, que no presenten pericarpio, y que los frutos de *Sideroxylon foetidissimum* Jacq. se han utilizado como comestibles en épocas recientes, podría indicar que estos fueron un componente de la dieta de los aborígenes de La Batea.

CONCLUSIONES

Por primera vez se produjo el hallazgo de semillas de *Sideroxylon foetidissimum* Jacq. en un residuario aborigen de la provincia de Santiago de Cuba, y por primera vez también se logró identificar esta especie en un residuario de cultura preagroalfarera de Cuba.

Resulta de interés también desde el punto de vista etnobotánico el posible uso alimentario por parte de los aborígenes cubanos de esta planta, cuya utilidad no es reportada por las generaciones actuales.

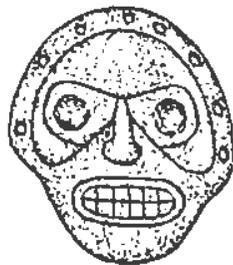
BIBLIOGRAFÍA

- Alain, H. (1957): *Flora de Cuba*. La Habana, Museo Historia Natural, Colegio La Salle, Imp. P. Fdez. y Cia.
- Barker, H y Dardeau, W. (1930): *Flora D' Haiti*. Puerto Principe, Servicio Técnico.
- Calderón, S. y P. Standley (1941): *Lista preliminar de plantas en El Salvador*. San Salvador, Imprenta Nacional.
- Estrada, L. E.; X. E. Hernández y D. L. Ortega (1981): *Metodología general para el estudio de las plantas medicinales*. Morelia, Michoacán. Resúmenes VII Congreso Mexicano de Botánica.
- Fors, A. (1968): *Maderas cubanas*. La Habana, Ciencia y Técnica.
- Bilford, J. (1934): *The rehabilitation of the Floridian Keys*. EUA, Colonial Press.
- Guarch, J. M. (1990): *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Holguín, Ediciones Holguín.
- Guzmán, D. (1924): *Flora salvadoreña*. El Salvador, Imp. Nacional.
- Howard, R. (1952): *The vegetation of Granadines*. Windward Island British West Indies. The Graud Herbarium of Harvard University.
- Martínez Arango, F. (1968): *Superposición cultural en Damajayabo*. La Habana, Ciencia y Técnica.
- Navarrete, R. (1990): *Tras las huellas del protoarcaico en Santiago de Cuba*. Publicación mimeografiada. Santiago de Cuba, Delegación de la A.C.C.
- Pichardo, E. (1985): *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas*. La Habana, Ciencias Sociales.
- Pino, M. (1970): *La dieta de los aborígenes de cueva Funche, Guanahacabibes, Pinar del Río*. La Habana, Serie Espeleológica y Carsológica, No. 12 (3ª parte), A.C.C.
- _____ (1978): "Consideraciones sobre los elementos dietarios del sitio Levisa, Mayari", en *Cuba Arqueológica*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- Roig, J. T. (1965): *Diccionario botánico de nombres vulgares cubanos*. La Habana, Consejo Nacional de Universidades.
- _____ (1974): *Plantas medicinales aromáticas o venenosas de Cuba*. La Habana, Ciencia y Técnica.



SAN FERNANDO DEL POZO. SITIO PROTOARCAICO DE SANTIAGO DE CUBA

JORGE OMAR TRAPERO PASTOR



INTRODUCCIÓN

El trabajo expone el resultado del estudio de las evidencias arqueológicas obtenidas en las excavaciones efectuadas durante los años 1996 y 1997, en el yacimiento protoarcaico de San Fernando del Pozo, localizado en 1994, durante una campaña exploratoria efectuada en la zona de El Caney, Santiago de Cuba.

Las calas de prueba mostraron una capa antropogénica inviolada, de unos 0,30 m, compuesta de una gran variedad de moluscos terrestres y marinos, muelas de cangrejos, además de artefactos de sílex y remanentes de taller. En superficie las evidencias aparecen dispersas en un área de aproximadamente 60 m².

Por las investigaciones realizadas se conoció que el lugar fue removido en muchas ocasiones para la siembra. En estos momentos la capa vegetal, o tapón protector del residuario, ha desaparecido casi por completo, salvo en una angosta franja que corre paralela a una cerca divisoria.

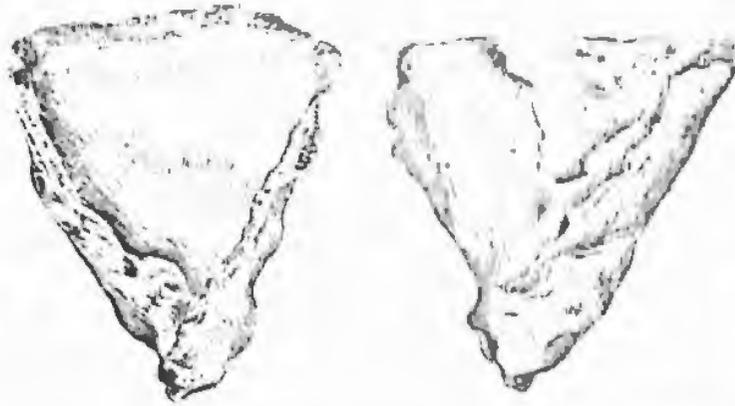
Las excavaciones del yacimiento se realizaron en varias etapas entre marzo de 1996 y octubre de 1997, fueron practicadas en la parte del residuario donde aún quedaban algunos centímetros de capa vegetal, en niveles estratigráficos artificiales de 10 centímetros.

Se abrieron 5 trincheras o calas de trabajo, con 12 secciones de 1x1 metro. La cala # 1, orientada de norte a sur, se realizó aproximadamente en el centro de residuario, junto a una piedra de grandes dimensiones que sobresalía en el terreno. El estéril apareció a los 0,30 cm.

La cala # 2 se orientó de sur a norte; se dividió en 3 secciones (A, B, D) de 1x1 metro. El estéril afloró a los 0,30 m.

La cala # 3 se orientó de oeste a este, y se dividió en cuatro secciones (A, B, C, D) de 1x1 metro. La capa estéril apareció a los 0,30 cm.

La cala # 4 se orientó de este a oeste, dividida en tres secciones (A, B, C) de 1x1 metro; en la sección B las evidencias estuvieron presentes hasta los 70 cm de profundidad.



La cala # 5, orientada de norte a sur, contó con una sección de 1x1 metro. El estéril afloró a los 0,20 cm.

Estas trincheras fueron precedidas por tres calas de prueba de 0,50x0,50 m. abiertas en diferentes lugares del área arqueológica. Se realizó un conteo dietario del sitio para el que se escogió la sección C de la cala # 4. Todos los materiales arqueológicos recuperados durante las excavaciones, se encuentran depositados en el Centro de Biodiversidad y Ecosistemas del CITMA en Santiago de Cuba.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

Ubicación del yacimiento y características

El yacimiento arqueológico San Fernando del Pozo, está ubicado en las coordenadas X:611,350, Y:157,150, de la hoja 5076 III; ICGC 1981; a 1 km al NE de El Caney, Santiago de Cuba; la distancia hasta el mar, en línea recta, es de unos 7 km. Se asienta en una pequeña planicie, rodeada de elevaciones, lo que ha dado lugar a que se conozca con el nombre de El Hoyo de San Fernando; está bordeado, salvo hacia el norte, por dos corrientes fluviales que empalman en el lugar; el río Maisí y un pequeño arroyo intermitente, afluente de aquel.

En la estación de las lluvias el río baja con fuerza de las montañas circundantes, lo que ha formado un meandro cerca del asentamiento y una poza algo profunda conocida como Poza del Jigüe. El continuo desmonte del área, y las constantes roturaciones con gancho, han propiciado que las lluvias hayan erosionado la capa vegetal, razón por la cual están visibles en la superficie grandes

cantidades de desechos arqueológicos compuestos por moluscos terrestres y marinos.

Entre los terrestres se destacan las especies *Farcimen unguia*, *Caracolus sagemon*, *Zacrysia auricoma*, *Ligus sp.*, *Polymita sp.*, *Cepolis sp.*, etc. Entre los marinos, las especies *Cittarium placca*, *Codakia orbicularis*, *Crassostrea rizophorae*, *Asaphis sp.*, etcétera.

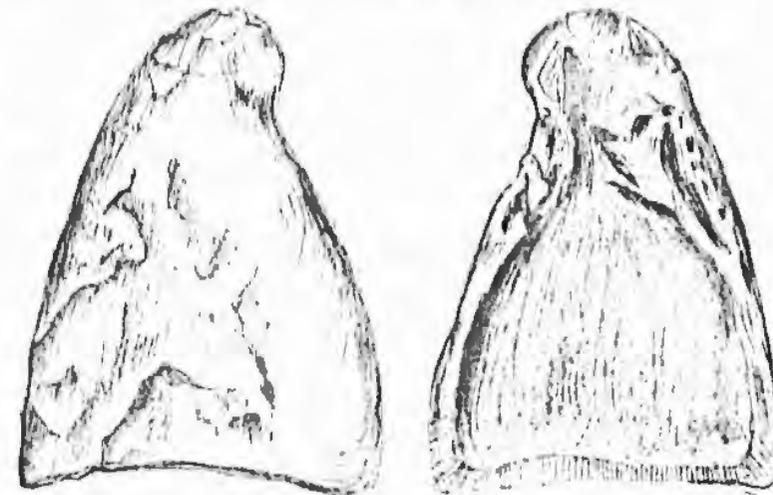
Están presentes, además, restos de jutías, *Capromys sp.*, y muelas de cangrejos junto a artefactos de sílex y remanentes de taller.

MATERIAL LÍTICO

Piedra tallada. Se recuperaron valiosas piezas líticas en cantidades moderadas. La técnica de elaboración y la talla del sílex son similares a la de los grupos denominados paleoindios o protoarcaicos, aunque los artefactos no presentan el tamaño ni la masividad observados en los yacimientos del norte de la región oriental.

La materia prima utilizada para la elaboración de artefactos y herramientas fue el sílex y el pedernal, este último con más profusión. También aparecen piedras duras no silicificadas, aunque en pocas proporciones. Las piezas con retoques no son abundantes. Se extrajo una buena cantidad de remanentes de taller.

Las dimensiones de las piezas líticas oscilan entre los 4 y 8 centímetros de longitud. Algunas ostentan la corteza natural, característica asociada a la cultura antes mencionada.



3 a 3.9 cm.	7	12	12	4	35
4 a 5.9 cm.	12	9	15	25	61
6 a 9.9 cm.	7	8	6	16	37
Más de 10				1	1

Piedra no tallada. Se recuperaron pocos percutidores de cantos rodados; no presentaban huellas de manufactura y aparecían, casi todos, fracturados.

Industria de la concha. No aparecieron restos de taller ni ajuar alguno confeccionado con este material, que indique la utilización de la concha como materia prima; sin embargo, fueron halladas tres gubias: una de 9 cm, otra de 5 cm y la tercera de 8 cm. Todas comparecieron en el mismo horizonte estratigráfico, en diferentes calas, entre 20 y 30 cm.

ECONOMÍA

La dieta recuperada mostró que el grupo asentado en San Fernando del Pozo, dependió fundamentalmente de la recolección. El bosque constituyó la principal fuente de alimentos, evidencias que se manifiestan ampliamente en el material dietario.

La caza ocupó el segundo lugar de importancia económica del grupo; los restos de *Capromys* sp. Estos comparecen abundantemente en todos los niveles excavados, aunque poco se ha podido recuperar en cuanto a mandíbulas y huesos, los cuales aparecen muy deteriorados y se pulverizan al menor contacto; sin embargo, en el nivel 0,20 - 0,30, sección B de la cala # 3, fue posible contar hasta 14 ejemplares de estos roedores.

3 a 3.9 cm	10	14	35	59
4 a 5.9 cm	25	18	61	104
6 a 9.9 cm	18	20	37	75
10 a 15 cm	1	4	1	6

La captura de crustáceos la evidencian restos de cangrejos fluviales y terrestres, en todos los niveles excavados. Se exhumaron algunos fragmentos de huesos gruesos que parecen ser de jicotea (*Chrysomys decussata*).

MANIFESTACIONES SUPERESTRUCTURALES

Las excavaciones aportaron algunas evidencias importantes, dados los escasos elementos superestructurales conocidos de esta cultura. Se recuperó una microcuenta de collar de 4 mm de diámetro, trabajada en material de concha; es la más pequeña encontrada hasta el momento, asociada con esta cultura. Otra, similar a esta, de 6 mm de diámetro, fue recuperada en el cercano sitio de La Batea. Se obtuvo, además, una cuenta de collar de vértebra de pescado, con el desgaste circular muy bien trabajado y con un orificio central perfecto; es la primera que se obtiene asociada con esta cultura.

La piedra tintórea (hematites y ocre) apareció frecuentemente en todas las calas abiertas. Algunas presentan claras huellas de desgaste por fricción.

San Fernando de Pozo forma parte de un trío de sitios ubicados en la misma zona geográfica, distantes entre sí 1.5 km, aproximadamente. Los otros sitios son: La Batea y Los Pinos. La Batea fue trabajada y estudiada por Ramón

Actividad económica general	%
Dieta Terrestre	95.85
Dieta Marina	2.48
Actividad Cinegética	0.87
Captura	0.78
<i>Farcimen unguia</i>	62.8
<i>Caracolus sagemon</i>	29.9
<i>Zachrisia auricoma</i>	4.52
<i>Polimyta sp</i>	2.35
<i>Cepolis sp</i>	2.35
<i>Ligus sp</i>	0.95
<i>Asaphis sp</i>	24
<i>Crassostrea rizophorae</i>	17.72
<i>Codakia orbicularis</i>	12.65
<i>Cittarium picca</i>	12.65
<i>Nerita sp</i>	12.65
<i>Tectarius sp</i>	3.79
<i>Quiton sp</i>	3.79
<i>Strombus sp</i>	2.53
<i>Isognomun alatus</i>	2.53
<i>Bivalvos s/i</i>	2.53
<i>Nodilittorina sp</i>	1.26
<i>Trachicardium sp</i>	1.26
<i>Hemitoma sp</i>	1.26
<i>Fissurela sp</i>	1.26
Caza	0.87
Captura	0.78

Navarrete, entre 1991 y 1993 y los dos restantes por Jorge Omar Trapero Pastor entre, 1996 y 1997. Los tres sitios presentan características similares, en cuanto a tamaño, dieta y artefactos líticos, aunque la riqueza arqueológica no se comporta de igual manera, ya que La Batea y Los Pinos fueron muy afectados por un camino vecinal que los barrió en casi toda su extensión.

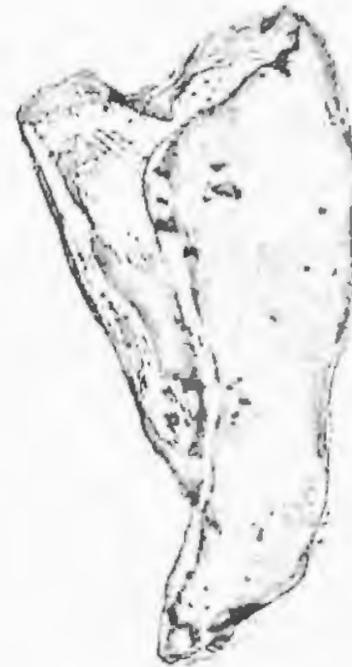
De los tres sitios, La Batea mostró el ajuar lítico más pobre; allí comparece, en gran medida, la piedra dura en sustitución del sílex. Sin dudas esto influyó en que la talla no sea tan buena como la de sus homólogos cercanos. En realidad en La Batea hay pocas piezas de buena calidad.

El análisis de la lítica mostró que las dimensiones de los artefactos oscilan entre 4 y 6 centímetros y, después, los que están entre 6 y 15 centímetros. Es evidente que las piezas van perdiendo tamaño y masividad en relación con las encontradas en los yacimientos del norte oriental, aunque se mantiene la maestría de la talla y técnica en la elaboración de las piezas.

La cercanía de estos tres sitios es significativa. Parece ser un patrón de asentamiento utilizado frecuentemente por los individuos de esta cultura, y a veces la cercanía entre un asentamiento y otro no va más allá de los 500 m. Todo parece indicar que el grupo se subdivide en familias o en grupos más pequeños como tradición o para explotar mejor el hábitat.



Figura



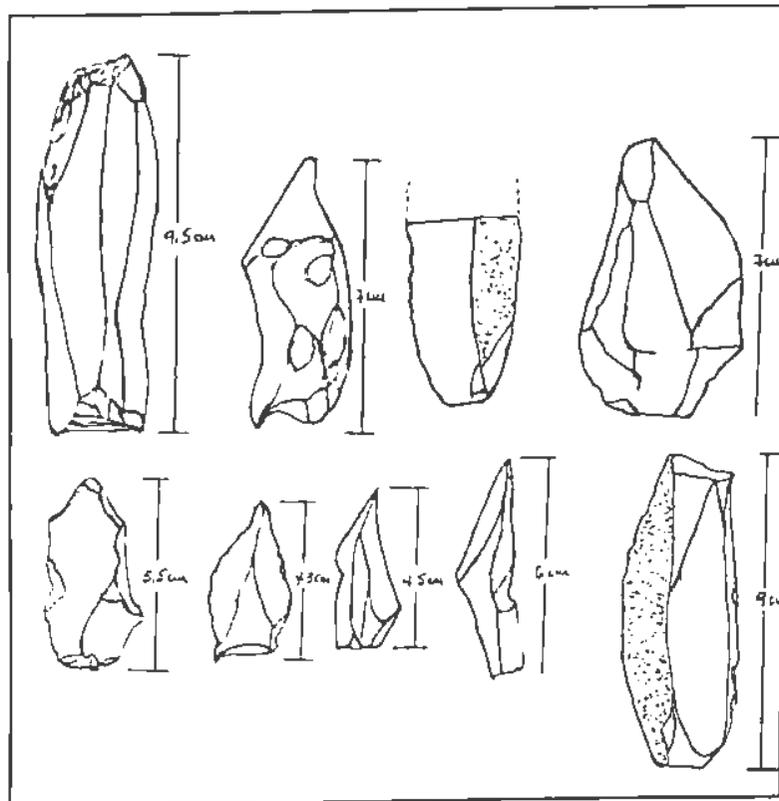
Por otra parte debe señalarse que generalmente todos los yacimientos conocidos, correspondientes a esta cultura, son de pequeño tamaño y la cantidad de dieta estudiada apunta hacia comunidades de pocos individuos.

Es significativo que los sitios híbridos conocidos presenten o conserven dimensiones y masividad en las piezas líticas, mucho mayor que la de los sitios considerados no híbridos; al menos así ocurre en los ubicados en el centro y sur de la región oriental.

Los híbridos Arroyo del Palo, El Pulpito y Damajayabo, son un buen ejemplo de ello, ya que su lítica sólo es comparable con la extraída de las capas tempranas de Seboruco. Las mismas exhiben un tamaño singular y talla esmerada.

CONCLUSIONES

1. La dieta, las piezas líticas y su tecnotipología de elaboración, la ausencia de cerámica y ajuar de concha y piedra modificada, permiten afiliar este sitio al período protoarcaico, aunque los artefactos líticos no alcancen las dimensiones ni la masividad de los encontrados en los sitios norteños de la región oriental.



2. La incidencia de la dieta marina en el sitio es poca, a pesar de la cercanía al mar —apenas 7 km. La presencia de ciertos moluscos marinos indica hábitos de consumo y no tanteos por falta de costumbre en la utilización de este tipo de alimento; pero no aparecen en cantidades que permitan hablar de una recolección intensiva en la costa, a pesar de la cercanía a una zona donde los manglares debieron ocupar una buena parte del litoral levantino, y la fauna asociada a este debió ser abundante.

Esto pudiera estar dado por dos razones: hábitos de consumo (aspecto muy discutible, si se tiene en cuenta la variedad de fauna marina presente en todos los niveles excavados) o que la costa ya estuviera ocupada por individuos de otra cultura, dueños del hábitat y especialistas en la recolección marina, por lo que es lícito inferir que la fauna marina presente en el contexto, no sólo de San Fernando del Pozo, sino también en Los Pinos y en La Batea, fueran obtenidos por intercambio con el poblador costero.

3. El contacto de este grupo protoarcaico con elementos costeros, lo confirman las tres gubias halladas en estratigrafía inviolada, perfectamente elaboradas, aspecto que denota experiencia en su confección.

La ausencia de remanentes de taller o de fragmentos significativos de concha, como materia prima en la confección de instrumentos, descarta la posibilidad de que el grupo humano asentado en San Fernando del Pozo, pudiera haberlas fabricado. Tampoco se recuperaron vértebras de pescado entre los restos de la dieta.

4. La presencia de una microcuenta de concha y de otra cuenta de collar fabricada con una vértebra de pescado apuntan hacia una técnica de trabajo, no conocida hasta ahora para estas comunidades.

Es la primera cuenta de vértebra de pescado obtenida en un contexto protoarcaico, al menos en los yacimientos del centro y sur de la región oriental. Cuentas similares a esta sólo se han obtenido en residuarios ciboneyes, considerados los primeros en desarrollar esta técnica, posteriormente adquirida por los agroalfareros.

5. Lo expuesto en los puntos anteriores, demuestra que el grupo humano asentado en San Fernando del Pozo corresponde, cronológicamente, al protoarcaico posiblemente tardío que coincidió en espacio y tiempo con recolectores marinos, asentados en la costa, con los cuales mantuvieron contacto e intercambio.



RESTOS FAUNÍSTICOS DE CACOYUGÜÍN I, ASENTAMIENTO PROTOAGRÍCOLA DE HOLGUÍN

LOURDES PÉREZ IGLESIAS



INTRODUCCIÓN

Es de gran importancia para la arqueología cubana el estudio de las comunidades protoagrícolas, término introducido por Ernesto Tabío (1984) cuando realizó su periodización de las comunidades aborígenes. Actualmente algunos investigadores manejan, como proposición inicial (Ulloa y Valcárcel, 1997; Reyes, 1997), la denominación de apropiadores ceramistas, al ser estos, grupos con una economía de apropiación, de los que no se tiene la seguridad de que practicaran la agricultura o si la realizaron de forma incipiente.

El contexto de un residuario de este tipo se caracteriza por poseer, además de las tradicionales evidencias de los grupos apropiadores, un ajuar con ceramios pobremente ornamentados o con ausencia de ellos y una distintiva industria microlítica. Está ausente el burén, indicador comúnmente usado para inferir el cultivo de la yuca, y tampoco existe, para el caso cubano, pruebas paleobotánicas que ofrezcan nuevos elementos torno a la posibilidad de la agricultura.

Como parte del proyecto de investigación "Estudio de las comunidades protoagrícolas de la provincia de Holguín, Cuba" en ejecución por el Departamento Centro-Oriental de Arqueología, se vienen realizando distintas labores de prospección y análisis en varias zonas del territorio holguinero. El primero de estos trabajos fue el estudio del sitio arqueológico Cacoyugüín I —aquí se realizó una prospección inicial por investigadores del Centro de Antropología de la Habana (Castellanos *et al.*, 1991)— excavado en septiembre de 1997 por personal del referido Departamento.

UBICACIÓN GEOGRÁFICA

Cacoyugüín I está situado a 5 km de la ciudad de Gibara, en la tercer terraza aluvial, que se levanta a 20 metros sobre el nivel del mar y a unos 10 m del río Cacoyugüín. El sustrato rocoso sobre el que descansa esta región está formado por serpentinitas del cretácico (Atlas Nacional, 1979). Paisajísticamente tienen gran

significación en el relieve las lomas de Cupeicillo que se levantan al norte del sitio, constituidas por pequeñas alturas erosivas y petrogénicas formadas por testigos de mesa y buttes con fragmentos de terrazas abrasivas. Estas elevaciones están formadas por rocas en bloques calizos dolomíticos y brechas calcáreas (Panos, 1988), en los que se ha desarrollado un intenso carso tanto superficial como subterráneo.

El río Cacoyugúin es otro elemento de gran importancia en la región. Este río posee una corriente permanente y cuando ocurren avenidas su nivel asciende unos 5 m hasta llegar a la segunda terraza aluvial. Según datos de los campesinos del lugar, exclusivamente durante las lluvias que acompañaron el huracán Flora, en 1963, se produjeron inundaciones que cubrieron toda la región, incluido el sitio arqueológico. Actualmente el río se encuentra represado y aún así su corriente es permanente y abundante; deducimos que en la época en que los aborígenes habitaron el lugar debió ser más caudaloso, navegable y rico en especies.

La temperatura media anual de esta zona es de 26°C y las mínimas de 2°C. Las precipitaciones se comportan en período lluvioso en 800 mm y en período de seca en 40 mm. Los suelos son húmidos calcifórmicos de rendzina negra con PH débil, entre 5,6 y 6.

Sobre estos suelos existía una vegetación de bosques semi-deciduo, los que actualmente han sido desplazados por cultivos y vegetación secundaria tipo matorral y comunidades herbáceas. Sobre las lomas de Cupeicillo crece un bosque semideciduo aunque bastante alterado por el hombre. Bordeando el río se encuentra establecido un bosque de galería, que en épocas pretéritas debió ser más espeso. Por el río, en las cercanías de la bahía, se desarrolla un bosque de mangles el cual se extiende por toda la llanura hasta llegar al mar. En la costa oeste de la bahía, donde actualmente se encuentra la ciudad de Gibara, debió desarrollarse un matorral espinoso de costa rocosa.

Sobre la región hay dispersos sílex y cuarzo hialino, y abunda la arcilla de aluvión del río, utilizados como materia prima por los aborígenes, en la elaboración de su ajuar utilitario.

METODOLOGÍA

En este sitio se excavaron 5 unidades, una de las cuales fue estéril. La unidad 1 resultó la más fértil y representativa; en ella se removieron 2 m³. Durante estos trabajos se siguió una estratigrafía artificial de 10 cm y se llevó también el control por capas naturales.



Los materiales fueron llevados al Departamento de Arqueología donde luego de ser debidamente identificados fueron procesados según la metodología establecida (Rodríguez y Pino, 1990), la cual permite, a través del conocimiento del número mínimo de individuos y de la biomasa comestible de cada especie, arribar a los resultados que aquí se exponen. Tratamos en este artículo sólo los elementos referidos a la unidad 1, pues esta fue la más amplia y sus resultados, similares a los de las demás unidades, ilustran de manera adecuada la realidad dietaria del sitio.

DESARROLLO

En el sitio fueron encontrados restos de dieta animal, correspondientes a 5 clases zoológicas como se verá en la tabla:

Al analizar el comportamiento en número de los restos faunísticos por niveles artificiales, comenzando por el nivel más profundo, 0,40-0,50 m, se puede plantear un predominio de los moluscos, que alcanzan 83,7%, con 7 especies, 4 marinas y 3 terrestres. Los más comunes son, entre los moluscos marinos, la *Neritina piratica* y la *Zachrysis gundlachiana* entre los terrestres. Le siguieron en orden los crustáceos, representados únicamente por la especie *Gecarcinus ruricola* (9,03%), luego los mamíferos con un único representante, *Capromys pilorides* y por último los reptiles y los peces (1,80% respectivamente); los reptiles con la especie terrestre *Cyclura nubila* y la acuática *Chrysemys decussata*. En el caso de los peces fue imposible determinar especies ya que solamente se cuenta con escasas vértebras.

CLASE MOLUSCA	
<i>Lucina pectinatus</i>	<i>Neritina virginea</i>
<i>Strombus gigas</i>	<i>Tectarius muricatus</i>
<i>Isognomon alatus</i>	<i>Zachrysia gundlachiana</i>
<i>Nerita versicolor</i>	<i>Caracolus sagemon</i>
<i>Nerita tessellata</i>	<i>Ligus sp.</i>
<i>Neritina piratica</i>	<i>Cerion sp.</i>
CLASE CRUSTACEA	CLASE REPTILIA
<i>Gecarcinus rucicola</i>	<i>Chrysemys decussata</i>
<i>Cardiosoma guanhumi</i>	<i>Cyclura nubila</i>
	<i>Epicrates angulifer</i>
CLASE MAMMALIA	CLASE OSTEIKTIES
<i>Capromys pilorides</i>	Sin especies determinadas
<i>Capromys melanurus</i>	
<i>Geocapromys columbianus</i>	
<i>Heteropsomys ofella</i>	

En el nivel siguiente, es decir 0,40-0,30 m, hay un incremento de los restos dietarios. Este es el nivel donde mayor número de remanentes se reportan; alcanzan una cifra de 540 restos. Los más abundantes continúan siendo los moluscos (48,88%); presentan 9 especies, 5 marinas y 4 terrestres. La *Lucina pectinatus* y la *Neritina piratica* predominan entre los marinos, la *Zachrysia gundlachiana* entre los terrestres. Luego, al igual que en el nivel anterior, continúan los crustáceos (43,14%); se observa aquí, además de la especie ya mencionada la *Cardiosoma guanhumi*, cuya presencia se circunscribe a este nivel y en escasísimo número. Siguen por su nivel de reporte, los mamíferos (4,81%), con las especies *Capromys pilorides*, *C. melanurus* y *Heteropsomys ofella*; la primera resultó ser la más abundante. Por último los reptiles (1,66%), con las mismas especies que en el nivel anterior y los peces (1,48%), sin especie determinada.

El nivel 0,30-0,20 m presenta una disminución considerable en el número de restos dietarios; de hecho es el nivel donde menor

número de remanentes hay durante toda la existencia de este sitio. Sin embargo, esto no quiere decir que la actividad del grupo estuviera mermada, ya que la mayoría de las evidencias corresponden a hemimandíbulas de jutías que llevan un gran peso en la alimentación humana. Estas representaron el 44% con las especies *Capromys pilorides* y *Heteropsomys ofella*; le siguen en orden los moluscos (34%) con 6 especies, 3 marinas y 3 terrestres —no se destaca ninguna por su abundancia— y por último los crustáceos, reptiles y peces (6,97% cada uno de ellos), con escasos remanentes y las mismas especies que en niveles anteriores.

En el nivel 0,20-0,10 m vuelve a incrementarse el número de restos en general. Los moluscos reiteran su predominio (61,78%), con cinco especies, dos marinas y tres terrestres, siendo las terrestres las más abundantes con la *Zachrysia gundlachiana* como máximo representante; le siguen en orden los mamíferos (29,26%) con dos especies, *Capromys pilorides* y *Geocapromys columbianus*, luego los reptiles (4,87%); a las dos especies mencionadas en el nivel anterior se suma el ofidio *Epicrates angulifer*. Le siguen los peces (4,06%) y por último los crustáceos en número muy reducido (0,81%).

En el nivel más superficial 0,10-0,00 m, los moluscos siguen predominando (91,02%) con 4 especies, dos marinas y dos terrestres; los terrestres, con la especie *Zachrysia gundlachiana*, son los más abundantes. El resto de los grupos zoológicos fueron también escasos. Los mamíferos peces y reptiles alcanzaron 2,56% respectivamente y no hay presencia de crustáceos.

Al realizar el análisis de los restos dietarios obtenidos de la excavación arqueológica del sitio Cacoyugúin I, se pudo hacer el estudio de la biomasa comestible, aportada por los diferentes grupos zoológicos. Este estudio permite conocer importantes aspectos de la alimentación, actividades subsistenciales que desarrollaron, así como unidades ambientales en que se movieron los ocupantes del lugar.

Es importante aclarar que los niveles de abundancia reflejados con la biomasa no se corresponden con los niveles de abundancia en número de las diferentes especies ya que precisamente las especies más numerosas son portadoras de una biomasa pequeña. Los moluscos, que son los más numerosos, resultan de pequeño tamaño, aproximadamente de 0,001 kg a 0,010 kg, mientras que cada jutía aporta aproximadamente 2,000 kg. Por tal razón no puede tener igual importancia para un grupo humano la

NIVELES	RECOLECCIÓN	PESCA	CAZA
0,00-0,10 m	1,68%	36,86%	61,44%
0,10-0,20 m	1,88%	11,42%	88,76%
0,20-0,30 m	0,08%	12,53%	87,37%
0,30-0,40 m	0,46%	25,72%	73,80%
0,40-0,50 m	0,74%	28,76%	70,48%

colecta de moluscos que la caza de jutías o la captura de peces y jicoteas donde, para estas últimas actividades, se necesitan técnicas especializadas, instrumentos más elaborados así como individuos ágiles y hábiles.

En el grupo que habitó el sitio de Cacoyugüín I la cacería desempeñó un papel fundamental. Esto se evidencia en los restos de jutías, iguanas, majaes y cangrejos. Fue la actividad subsistencial que más les aportó en todos los momentos de su existencia, aunque como se aprecia en las tablas hubo instantes de mayor esplendor, como son los niveles 0,10-0,30 m. Al final del período de habitación hubo una decadencia, pero el aporte de la cacería siempre estuvo por encima de las demás actividades.

A la caza le sigue en orden de importancia la pesca, que incluye peces de mar y de agua dulce, así como quelonios fluviales; esta actividad, al contrario de la cacería, en los niveles 0,10-0,30 m, es donde menor cantidad de biomasa aportó; sin embargo, en los finales de la habitación de este grupo, es decir en el nivel 0,00-0,10 m, es cuando mayor fuerza manifiesta (Tabla 1).

Por último, la recolección siempre estuvo presente. En los inicios y mediados de la habitación fue escaso su aporte y al final, en los niveles superiores, fue donde mayor utilidad tuvo; predomina en esta última etapa la recolección terrestre más que la marina, (Tabla 1).

Por otra parte, podemos plantear que los ecosistemas terrestres fueron los que se explotaron con mayor intensidad realizando en él la caza de jutías, iguanas y majaes, la captura de cangrejos y la recolección de moluscos terrestres; fue este ecosistema el

que mayor cantidad de materia alimenticia les aportó, además que en él consiguieron frutos y raíces (Tabla 2). No excluimos la posibilidad de algún tipo de domesticación de plantas.

El río, como cuerpo de agua dulce, fue otra unidad ambiental utilizada. De ella extraían peces, quelonios y pudo servirles de vía de comunicación con el mar. Como fuente de alimento se empleó con mayor intensidad en los inicios de la habitación del lugar; las huellas de esta explotación van disminuyendo desde los inicios a los finales del sitio, aunque en los últimos momentos vuelve a haber un incremento de su aporte, pero en menor cuantía que en los inicios (Tabla 2).

Por último el medio marino tuvo un empleo, en algunas ocasiones, paralelo al del medio fluvial y en otras, de superior rendimiento al de este. En el mar desarrollaron la pesca y la recolección de moluscos. En los inicios de la habitación tuvo un comportamiento significativo el medio marino sobre todo en el nivel 0,30-0,40 m, luego decayó, para irse recuperando, hasta que en el nivel más superficial ocupa el segundo lugar en importancia después del medio terrestre (Tabla 2).

Es significativo destacar la poca variedad de moluscos marinos utilizada por este grupo, solamente se presentaron las especies *Lucina pectinatus*, *Strombus gigas*, *Nerita versicolor*, *N. tessellata*, *Neritina piratica*, *N. virginea*, *Tectarius muricatus* e *Isognomus alatus*. En la actualidad en la bahía de Gibara existe un número mucho mayor de especies que no aparecieron como utilizadas por los aborígenes de este sitio, entre ellas está la *Crassostrea rhizophorae* y la *Cittarium pica*, que tan abundantes

NIVELES	ECOSISTEMAS		
	TERRESTRE	FLUVIAL	MARINO
0,00-0,10 m	63,06%	12,28%	24,58%
0,10-0,20 m	87,92%	3,51%	7,91%
0,20-0,30 m	87,42%	5,99%	6,57%
0,30-0,40 m	73,86%	5,51%	20,62%
0,40-0,50 m	70,61%	17,26%	12,12%

debieron ser en aquella época y cuyo reporte es muy común en los residuarios aborígenes; sin embargo, aquí no fueron utilizados. En este caso también están *Donax denticulatus*, *Melongena melongena*, *Oliva* sp., *Tritonalia tritonis*, *Litonna angulifera*, *Xancus angulatus*, *Atrina serrata*, *Conus dominicanus* y *Arca zebra*. También es de destacar el hecho de que la *Lucina pectinatus* que fue la más abundante de los moluscos marinos en el residuario, en la actualidad no se reporta en la bahía de Gibara, según datos extraídos del Museo de Historia Natural de esa localidad.

CONCLUSIONES

El grupo humano que habitó en este lugar practicó la caza, la pesca fluvial y marina y la recolección terrestre y marina.

De estas actividades tuvo el mayor peso, de acuerdo con la biomasa que aportó, la caza, a la cual le sirvió como refuerzo la captura de crustáceos.

A pesar de que la cacería siempre predominó por su alto índice de consumo, hay que destacar que la recolección de moluscos tuvo gran importancia. A esta debió dedicarse gran parte del tiempo, en los inicios y finales de la habitación, momentos donde alcanza índices relativamente altos, 83,7% y 91,02% respectivamente. Las especies que más se destacaron dentro de esta actividad fueron la *Lucina pectinatus*, en la recolección marina y la *Zachrysia gundlachiana* en la recolección terrestre.

No fueron encontradas especies como *Crassostrea rhizophorae* y *Cittarium pica*. La primera especie se desarrolla en los manglares y la segunda es propia de fondos bajos, ambos elementos presentes actualmente en la bahía de Gibara. La *Crassostrea rhizophorae* es una especie que necesita de pequeñas corrientes de agua dulce y una salinidad entre 27% y 36% (Nikolic y Santiago, 1971); según la licenciada Carmen Sayas (comunicación personal) actualmente en la bahía de Gibara existen condiciones propicias para el desarrollo de esa especie, aunque no se cultiva industrialmente por la gran contaminación que poseen estas aguas. Llama la atención el hecho de que en el residuario aborígen en estudio no se encontrara esta especie; esto sugiere la posibilidad de que el gran caudal que en esa época debió tener el río Cacoyugüín no favoreció el desarrollo de los ostiones.

Las evidencias de la utilización de productos terrestres fueron más abundantes que las de productos provenientes del mar, lo cual tiene gran interés, ya que este residuario se encuentra a poca

distancia de la costa y pudieron haber hecho mayor uso del mismo. Esta situación pudiera responder a especificidades en el manejo y traslado de los bienes marinos y quizás también a un mayor dominio de los hábitats de tierra adentro. Si asumimos esta última posibilidad los recursos marinos vendrían a ser un complemento.

BIBLIOGRAFÍA

- Castellanos, N.; J. Febles, M. Pino y A. Rives (1991): "Informe preliminar sobre el conjunto Cacoyugüín I", en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. Editorial Academia. La Habana.
- ICGC. (1979): *Atlas nacional de Cuba*. Ed. ICGC. 144 pp.
- Nikolic, M. y Santiago Alfonso. (1971): "El ostion de mangle, *Crassostrea rhizophorae* Guilding, 1828. Explotación del recurso y posibilidades para el cultivo", en *Revista del Centro de Investigaciones Pesqueras*. P. 209-218.
- Panos, V (1988): *Carsos de Cuba oriental: Studia Geographica (91) Ed. Geograficky ústav*. Brno, Checoslovaquia.
- Reyes, J. M. (1997): "Estudios dietarios de cinco sitios 'apropiadores ceramistas' del suroeste cubano", en *El Caribe Arqueológico*. Santiago de Cuba. Casa del Caribe, N° 2, p. 41 - 49.
- Rodríguez, C. y M. Pino (1990): "Procedimiento y métodos cuantitativos en los depósitos arqueológicos cubanos". (Archivos Departamento de Arqueología de Holguín, CITMA).
- Tabío, Ernesto E. (1984): "Nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba", en *Islas*. Universidad Central de las Villas, Villa Clara, p. 35-52.
- Ulloa, J. y R. Valcárcel (1997): "Las comunidades apropiadoras ceramistas del suroeste de Cuba. Un estudio de su cerámica", en *El Caribe Arqueológico*. Santiago de Cuba, Casa del Caribe. p. 31-40.



BANES PRECOLOMBINO. JERARQUÍA Y SOCIEDAD

ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS



INTRODUCCIÓN

Muchos elementos singularizan el registro arqueológico agrícola del área de Banes (extremo nororiental de la isla)¹ dentro del panorama precolombino de Cuba. El reporte de sitios es muy alto, la vigencia de algunos asentamientos alcanza los cinco siglos y son comunes los residuarios extensos y de gran fertilidad evidencial. Como situación de especial relevancia en este contexto, se destaca la notable abundancia y calidad de factura de objetos presumiblemente de adorno corporal y de uso ceremonial.

El estudio de tales materiales, tradicionalmente limitado a intentos de interpretación mitológica, reflexión estética o de valoración de la estructura religiosa, puede aproximarnos a importantes aspectos sociales de estas comunidades. De hecho, la arqueología del Caribe asume sus magnitudes de reporte como indicio del nivel de ceremonialidad e indirectamente como evidencia de complejidad social (Tabío y Rey, 1985; Veloz, 1977). A un nivel de mayor detalle se les ha considerado, según su presencia en un conjunto de sitios, como indicadores de establecimientos con control del ritual religioso (Domínguez, 1991) o, a escala de determinado residuario, como evidencia de distinción de posiciones sociales y de especialización productiva (Vargas *et al.*, 1993; Curet, 1996). Los cambios en su tipología, dimensiones, frecuencia y distribución han servido para considerar transformaciones en los mecanismos de poder (Curet, 1996); en estos términos el tamaño de los ídolos y la abundancia de artefactería ceremonial puede ser reflejo del predominio de una ideología igualitaria o de una situación de elites que asumen los símbolos de mayor relevancia ritual como un modo de legitimar y fortalecer su posición.

En el caso de Banes es posible valorar, a partir de un estudio de la distribución de este material, probables definiciones jerárquicas consideradas estas como una noción de diferencia dentro de determinada escala de valor. Así podemos tratar una jerarquía a nivel de los asentamientos —según su importancia y función respecto a otros— y una jerarquía intracomunitaria a partir de la

Total de la muestra	Metal	Hueso	Piedra	Barro	Concha
530	46 8,6 %	49 9,2 %	92 17,3 %	43 8,1 %	300 56,6 %

definición de personas y grupos que se distinguen en el conjunto poblacional al poseer un *status* social diferencial, con prerrogativas muy específicas respecto al grueso de la comunidad.

BANES, SIGLO XV

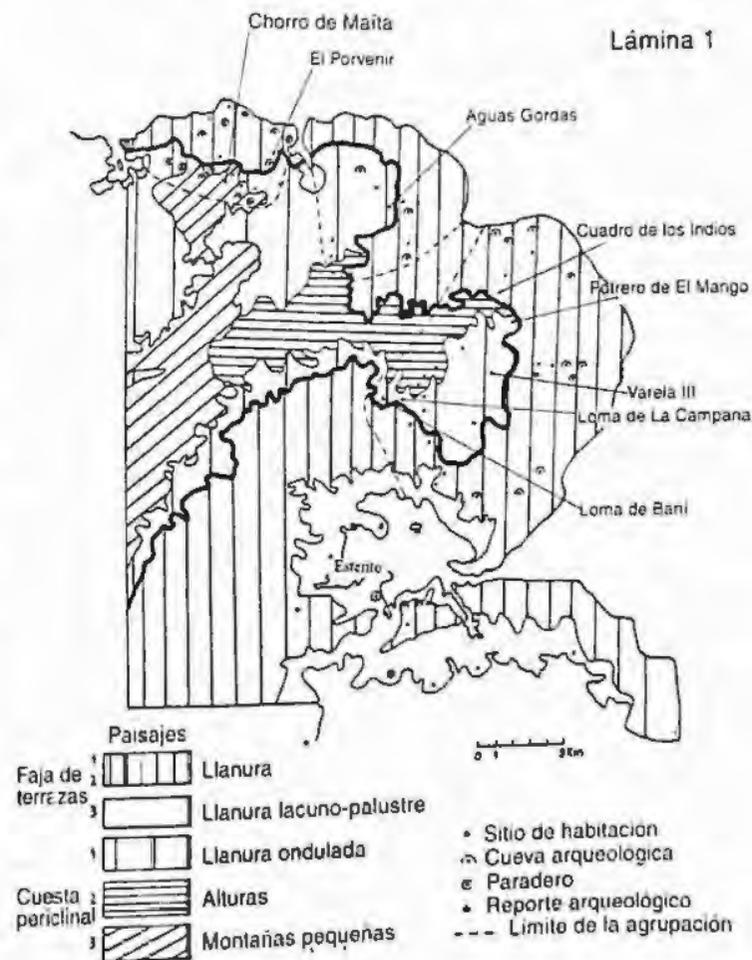
En torno al siglo xv de nuestra era la ocupación agrícola del área arqueológica de Banes parece alcanzar un nivel de notable maduración. Para esa fecha están vigentes casi todos los grandes asentamientos allí conocidos: Chorro de Maíta, El Porvenir, Aguas Gordas, Cuadro de Los Indios, Potrero de El Mango, Varela III, Loma de La Campana, Loma de Bani y Esterito. Su presencia, relativamente homogénea en términos culturales —especialmente cerámicos—, se reparte a lo largo de toda la geografía del área y se relaciona con agrupaciones de residuarios establecidos en las zonas más fértiles o de mayor disponibilidad de recursos.

El monto demográfico sugerido por la extensión y riqueza de estos asentamientos debió sostenerse en una economía de cierta potencia. El registro arqueológico muestra acciones de explotación de recursos terrestres y marinos con tendencias tanto a la especialización como al equilibrio en su aprovechamiento. En algunos de estos sitios se nota un fuerte proceso de crecimiento en sus capacidades productivas. En Potrero de El Mango y Aguas Gordas se acelera, respecto a sus niveles normales de crecimiento, el reporte de materiales. Aguas Gordas, como también Loma de Bani y Esterito, repiten este proceso en sus reportes de burenes.

Es significativo que en algunos de los yacimientos vigentes para el siglo xv, Potrero de El Mango (J. M. Guarch, comunicación personal) y Loma de La Campana² se señalen elementos posiblemente vinculados a la monticulación agrícola. En Esterito, por otro lado, se indica una probable domesticación de roedores —jutías— (Pose *et al.*, 1988). Ambos aspectos sugieren esquemas de mejoramiento e intensificación de la actividad económica.

La monticulación ha sido considerada un sistema revolucionador de las sociedades agricultoras antillanas e incluso del norte venezolano (Veloz, 1977; Cassá, 1992; Moscoso, 1986). Al montículo agrícola se asocian un significativo crecimiento productivo, un mayor nivel de coordinación de la fuerza de trabajo e incluso el origen de las llamadas sociedades cacicales (Veloz, 1991).

El nivel de coordinación laboral que exige la monticulación debió también ser necesario, en lo referente a Banes, a la hora de ordenar el aprovechamiento de los recursos disponibles en zonas



de explotación comunes a varios establecimientos. En los casos de Cuadro de Los Indios y Potrero de El Mango, y Loma de Bani y Loma de La Campana, sitios distantes 1,5 km y 500 m respectivamente, se impuso la necesidad de una definición territorial o de acuerdos que solucionaran la lógica competencia en el acceso a los diversos bienes. Nótese que estos residuarios se insertan en agrupaciones de sitios (lámina 1) lo que supone la posibilidad de otros asentamientos próximos —quizás también contemporáneos.

Es en este espacio de crecimiento económico, unidad cultural, alto poblamiento y necesidades de coordinación comunitaria, donde parece ubicarse el desarrollo de gran parte de la producción de objetos de adorno corporal y uso ceremonial. A nuestro entender estas piezas no responden de manera exclusiva a tal momento; sin embargo, el hecho de reportarse mayoritariamente en yacimientos vigentes para el siglo XV, especialmente en el caso de material obtenido en excavaciones controladas, plantea una relación quizás dada como parte de un proceso que consigue para este segmento temporal un estado de notable reforzamiento.

PECULIARIDADES DISTRIBUTIVAS

El estudio de una muestra³ de 530 piezas de adorno corporal y uso ceremonial donde se incluyen objetos de piedra, concha, hueso, barro y metal (Tabla 1) provenientes de todos los sitio reportados en el área de Banes, independientemente de su cronología, define dos situaciones de interés:

1. El material se concentra en los asentamientos de mayores dimensiones a los que a su vez están próximos —excepto Esterito, que aparece aislado— otros sitios, generalmente menores. Estas agrupaciones se ubican en tres zonas del territorio: norte, centro norte y este suroeste. Los conjuntos zonales presentan cierto nivel de separación definida a partir de la existencia

Tabla 1. OBJETOS CEREMONIALES Y DE ADORNO CORPORAL ELABORADOS EN CONCHA
Número de piezas y % respecto al total general. (X) No se conoce el número en el sitio

1. Familia petroglífica 2. Jico petroglífico 3. Píndulo labrado 4. Píndulo colgante	5. Píndulo de cuerpo 6. Píndulo de cabeza 7. En proceso de elaboración							8. Boniato labrado 9. Boniato concha 10. Boniato barro 11. Otros petroglíficos 12. Castoreo							13. Concha concha 14. Concha barro 15. Tíndulo 16. Tíndulo 17. Otros elaborados							TOTAL	%
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17						
SITIO																							
El Júcaro			4																		4	1,3	
Esterito		2					1			3	1			2		2	11				3,7		
Bruno												1						1			0,3		
Bruno Atrás										1											1	0,3	
Guerrero I									1	1											2	0,7	
Jagüeyes					1																1	0,3	
Quemado					1						1										2	0,7	
El Martillo									1												1	0,3	
Loma de Bani		7			1	1	1		1		2						1				14	4,7	
Loma de La Campana		4									1					1					6	2	
La Ceiba																					1	0,3	
Varela III			1	x																	1	0,3	
C. los Indios			1							1	1								2		5	1,7	
P. El Mango	4	35	x		1		1	4	2	1	x	5	2	1	x	x	3				59	19,7	
La Mambisa			1								1										2	0,7	
Barrio de Mulas	2	2																			4	1,3	
El Caliche													x										
Aguas Gordas	1	8	2		1				1	1					2		1				17	5,7	
Loma de Carbón	1	3																			4	1,3	
Área de Samá			1			1															2	0,7	
El Porvenir	2	6			1																9	3	
Chorro de Maíta	13	10	20	3	2			8	2	1	7	2			2	15	10				95	31,7	
Área de Yaguajay	2									1			1								4	1,3	
El Ingenio			1								2										3	1	
Cementerio de Guardalavaca			3								4										7	2,3	
El Boniato			3						1		2										6	2	
P. de Pulpo											2										2	0,7	
Municipio Banes	10		6	2	2	2		5	2	1	3	1					2				36	12	
TOTAL	35	91	29	5	10	4	2	22	10	5	29	10	3	1	7	16	21				300		

TABLA 3. OBJETOS CEREMONIALES Y DE ADOIRNO CORPORAL ELABORADOS EN PIEDRA.
Número de piezas y % respecto al total analizado.

SITIO	1. Tipo de objeto															TOTAL	
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15		
El Júcaro													1			1	1,08
Cueva Nando Reyes										1		1				2	2,20
Esterito								2				1				3	3,30
Cayo Iguana										1						1	1,08
Zona de Flores														2		2	2,20
Macabí						2										2	2,20
Loma de La Campana						1										1	1,08
Loma de Baní														1		1	1,08
Guerrero I														1		1	1,08
Varela III				1												1	1,08
Godínez			1													1	1,08
La Mambisa				1		1										2	2,20
El Mango	1			2		3						3		1		10	10,90
Cuadro de los Indios			1							1						2	2,20
C. Waldo Mesa													1			1	1,08
Aguas Gordas	1											1	1			3	3,20
C. El Jobo											2	2				4	4,30
Zona de Río Seco 14									1							1	1,08
Zona de Samá														1	1	1	1,08
C. Boca de Samá					1							1				2	2,20
El Porvenir				1												1	1,08
Cuatro Veredas														1	1	1	1,08
El Ingenio									1			1				2	2,20
Zona de Yaguajay		2														2	2,20
El Boniato				1												1	1,08
Chorro Maíta	4	3		1		2	1							2	13	14,10	
Cementerio de Guardalavaca		1		1											2	2,20	
Municipio Banes	5	2	2	2					2	7	2	1		3	28	30,40	
TOTAL	11	9	3	10	1	7	4	1	4	10	2	10	7	9	4	92	

entre ellos de espacios asociados a terrenos algo bajos, los cuales muestran niveles de menor fertilidad y sirven de base a cauces de ríos y al fondo de bahías. Estos espacios poseen un pobre reporte de yacimientos arqueológicos.

2. Parece darse una especialización de los sitios principales, situación notada por varios investigadores (Rouse, 1942; Guarch, 1994), en la producción de determinados materiales. En dos de las agrupaciones consideradas esta especialización tiende a un carácter zonal.

Las zonas antes señaladas, según su ubicación geográfica, han sido denominadas por nosotros, siguiendo los nombres de los antiguos barrios: Yaguajay (al norte), Samá-Río Seco (al centro-norte) y Mulas-Banes (al este sureste).

Los sitios que concentran la producción artesanal son: Chorro de Maíta, en Yaguajay; Aguas Gordas, en la zona Samá-Río Seco; Potrero de El Mango y Loma de Baní, en la zona de Mulas-Banes, y Esterito, que como ya señalamos, aparece aislado al sur. Aunque hay un número grande de otros residuarios donde se colecta este tipo de objetos los reportes en estos cinco sitios son tan altos que es obvia una tendencia diferencial.

Algo más de la mitad de la muestra (56,6%) está formada por objetos de concha (Tabla 1). Según Rouse (1942: 164) la frecuencia de este trabajo distingue a la expresión meillacoides de Cuba —que él denomina cultura Baní— de las del resto de Las Antillas. El 31,7% del referido material proviene de Chorro de Maíta, seguido en abundancia por Potrero de El Mango (19,7%), Aguas Gordas (5,7%), Loma de Baní (4,7%) y Esterito (3,7%) (Tabla 2).

SITIO	5. Pendiente geométrica 6. Oso pendiente Espátula vómica 7. Antídotos 8. Zarcillos 9. Geométrica 10. No definida										11. Cerámica 12. Ídolo portable 13. Cucheros 14. Otros objetos decorados				TOTAL	%
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14		
Esterito			1												2	4,08
Loma de Baní										1	1			1	3	6,12
Varela III												1			1	2,04
El Mango	2		1				2	2	1	10			1		19	39,60
Cuadro de los Indios									1						1	2,04
Zona de Cañada Honda 13	1														1	2,04
Aguas Gordas					1										2	4,08
El Porvenir										1					1	2,04
Zona de Yaguajay			1												1	2,04
Chorro de Malta	1		1				2			1		1		1	7	14,60
Cementerio de Guardalavaca								1							1	2,04
Punta de Pulpo						1									1	2,04
Loma Los Cateys	1														1	2,04
Municipio Banes	1			2			4	1							8	16,30
TOTAL	6	1	3	2	1	1	10	4	1	14	1	2	1	2	49	

Las piezas de concha son en su mayoría pendientes y tallas para incrustar. Estas últimas incluyen ojos, dentaduras y formas geométricas —muy usuales en El Chorro— y denotan la abundancia de objetos de madera —especialmente ídolos— para los cuales estaban destinados los fragmentos incrustables.

Es significativo que los sitios ubicados en torno a Yaguajay posean los mayores índices de material de concha, después de los yacimientos mencionados. Las cifras de El Porvenir, Cementerio de Guardalavaca y Punta de Pulpo, junto a las cifras dominantes de El Chorro señalan una tendencia a la especialización de Yaguajay en objetos no utilitarios sobre este material.

Los reportes de El Chorro son mayoritarios en casi todas las tipologías sobre concha; sin embargo, las caratonas y espátulas son más frecuentes en El Mango, residuario donde también se

reporta un ídolo portable de este material. Esto debe seguirse con cuidado, pues las caratonas eran de uso exclusivo entre personajes importantes del grupo, especialmente caciques, y las espátulas constituían un adminículo ceremonial de gran valor, pues se usaban para inducir el vómito ritual. En Cuadro de los Indios y Loma de La Campana hay reportes algo más altos que en los yacimientos restantes.

Chorro de Maíta también muestra los niveles más elevados de material de piedra (14,1%), seguido de nuevo por Potrero de El Mango (10,9%). Los reportes de Esterito y Aguas Gordas están sólo ligeramente por encima del resto de los yacimientos. Se destaca, al poseer más piezas que estos dos sitios, Cueva de El Jobo, con dos ídolos portables y dos sedentes (Tabla 3).

El Mango reitera su control sobre los objetos de significado ritual al mostrar tres ídolos portables y un guijarro decorado que quizás tuvo igual sentido. En El Chorro, predominan los pendientes y no se reportan piezas rituales. Los ídolos

sedentes se ubican en su mayoría en cuevas ceremoniales, aunque hay uno de ellos en Aguas Gordas (Rouse, 1942: lámina 6f). Los portables son más comunes y generalmente se asocian con material coralino.

Es de sumo interés el reporte de cuatro piezas consideradas trigonolitos, aunque sólo dos de ellas muestran diseños similares a los comunes en La Española y Puerto Rico. Los trigonolitos, ausentes en las ocupaciones meillacoides de La Española (Veloz *et al.*, 1981: 334), se vinculan a los grupos de cerámica chicoide o a los habitantes más tempranos de la línea igneri-ostiones.

La mayor parte del material de hueso (59,2%) está formado por espátulas vómicas y en menor medida por pendientes. Potrero de El Mango posee la mitad de todas estas espátulas y un gran número de otros objetos (39,6% de todo el material), lo que duplica

los índices de El Chorro (14,6%) que es el sitio más próximo a él en número de piezas. Aguas Gordas, Esterito y Loma de Baní tienen reportes bajos, pero superiores al resto de los residuarios del área (Tabla 4).

Los dos únicos ídolos portables de hueso de Banes se ubican en Varela III y Chorro de Maíta. También existe una caratona de este material, pieza única en Cuba, colectada en Loma de Baní.

En los objetos de piedra y hueso no se observa ningún comportamiento grupal; en el caso del barro y el metal esto es evidente. En barro se modelaron pequeñas figuras, en su mayoría imágenes femeninas o, en menor cantidad, zoomorfas, concentradas de manera notable en Aguas Gordas. Estas piezas van a ser escasas incluso, en sitios tan importantes, por su reporte de material ceremonial, como El Mango y Chorro de Maíta. Aguas Gordas muestra 41,9% de todas las figuras de barro, cuatro veces más que Potrero de El Mango, sitio con el segundo mayor reporte (Tabla 6). En este caso, Esterito se mantiene al nivel de todos los sitios restantes, aunque Loma de Baní y Chorro de Maíta tienen una presencia algo superior. Loma de Carbón, un residuario amplio y potente, sin fechar y muy cercano a Aguas Gordas, supera a Chorro de Maíta y Loma de Baní en piezas de este tipo. Si se considera que las figuras de barro son los artefactos superestructurales más escasos de la muestra en análisis, el reporte de Loma de Carbón y el predominio de Aguas Gordas pueden asumirse como elementos particularizadores de la agrupación Samá-Río Seco.

Igual situación se da, en lo que respecta a los objetos de metal, para el área de Yaguajay, pues se han reportado sólo en cinco residuarios de Banes y tres de ellos, Chorro de Maíta, Santana Sarmiento y El Boniato, se ubican aquí (Tabla 5). Algunas de estas piezas no parecen pertenecer a la cultura material de los grupos aborígenes de Cuba o Las Antillas⁴. Algunos investigadores las relacionan tipológicamente, con sociedades centro o suramericanas (Morales, 1951; Guarch, 1988). Se ha considerado su probable entrada junto con el arribo colonizador (Guarch, 1988; 1994) aunque no es descartable una inserción prehispánica pues en República Dominicana, en un residuario sin evidencias de contacto con los europeos, apareció un ejemplar (comunicación del Departamento de investigaciones del Museo del Hombre Dominicano) con características muy similares a las visibles en las piezas de Banes.

Estudios regionales

Esta situación no rompe el predominio de Yaguajay en el reporte de objetos metálicos ya que cinco de los seis pendientes laminares de oro, elemento de uso corporal típicamente aborigen, están en yacimientos de esa área.

Esterito y El mango muestran una pieza metálica cada uno, al igual que los sitios de Yaguajay, con excepción de Chorro de Maíta. Este tiene una presencia excepcional para Las Antillas, de material de ese tipo. El 91,3% del reportado en Banes se colecta allí (Tabla 5).

Estos objetos se elaboran en oro y en aleaciones de diversa representatividad cuantitativa, de oro, cobre y plata (Guarch, 1996). Se ha generalizado la presencia metálica entre los grupos aborígenes antillanos, bajo la denominación de guanín, planteándose un origen continental para este material (Cassá, 1992: 116). Sin embargo hay elementos para considerar la posibilidad de una producción local, en el caso de Yaguajay (Guarch, 1988), de algunas de estas piezas, en especial los pendientes laminares logrados por martillado. El uso de estos objetos era una prerrogativa de los estratos dirigentes de la sociedad aborigen, principalmente de los caciques (Cassá, 1992: 116).

El estudio del material de adorno corporal y uso ceremonial hasta aquí tratado, fija sus máximos de frecuencia en el siglo XV. Su definición estratigráfica en sitios vigentes para esa época tiende a ser media o tardía aunque hay algunos elementos, muy escasos, en niveles más tempranos.

TABLA 5. OBJETOS METÁLICOS
No. de piezas y % respecto al total general.

SITIO	No. de piezas								TOTAL	%
	1	2	3	4	5	6	7	8		
Esterito	1								1	2,20
El Mango						1			1	2,20
Santana Sarmiento		1							1	2,20
Chorro de Maíta	4	1	1	1	2		32	1	42	91,30
El Boniato	1								1	2,20
TOTAL	6	2	1	1	2	1	32	1	46	

1. Pendiente laminar de oro
 2. Ídolo de oro 3. Casaca de oro
 4. Cuenta esférica de oro
 5. Cuenta discoidal de oro
 6. Pieza oval de oro
 7. Tallas en forma de diente
 8. Pendiente de línea elemental de cobre con tela y tubo cónico de cobre

En Aguas Gordas se colecta un ídolo portable de piedra a 0,75 m de profundidad, sobre un estrato fechado el 1465 DNE, mientras que el pendiente de oro reportado en Esterito se obtiene en un montículo con dos fechas del siglo xv. Chorro de Maíta por su parte, muestra cierto vínculo entre el esqueleto 57, poseedor del mayor conjunto de material de oro y otros metales del sitio, y un fragmento de mayólica europea. En El Porvenir se reportan situaciones de similar relación, entre objetos de este tipo y material europeo (Miguel, 1949: 178).

En las condiciones de comunidad cultural inicialmente señaladas, la concentración de este material en los sitios mencionados no debe responder sólo a la vigencia de estos durante el siglo xv, sino a gradaciones en su nivel de desarrollo socioeconómico y sobre todo, a la particular significación de tales establecimientos en un esquema de comunidades relacionadas por su ubicación en un área común. En estas circunstancias la agrupación de los sitios pudiera ser, entre otras cosas, la expresión de una estructura donde se integran y jerarquizan las comunidades.

JERARQUÍA A NIVEL DE AGRUPACIONES. LA CENTRALIZACIÓN

Aunque la transmisión generacional de algunos objetos de adorno corporal o de uso ceremonial pudo ser un mecanismo concentrador, en algunos asentamientos de larga vida, la verdadera causa de niveles tan altos de presencia parece estar en la capacidad del grupo para sostener su producción.

Sólo personas con un conocimiento especializado podían enfrentar, disponiendo de medios técnicos relativamente simples, la elaboración de objetos muy normados en sus esquemas de representación y bastante complejos por sus dimensiones y tipos de material. Para dedicarse a estos trabajos tales individuos debían ser liberados de sus responsabilidades productivas, asumidas desde ese momento por la comunidad.

El número de bienes de este tipo existentes en cada asentamiento puede expresar cierta relación de proporcionalidad respecto al personal necesario para elaborarlos y, por tanto, respecto al nivel de desarrollo socioeconómico de la comunidad. Esterito,

INDICADOR DE FIGURAS EXISTENTES MODELO CASO EN BANEZ													
Número de piezas y % respecto al total general													
SITIO	Figuras labiales femeninas					Figuras volumétricas complejas					Figuras antropomorfas		
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	TOTAL	%
Esterito	1											1	2,30
Bruno											1	1	2,30
Loma de Baní	1					1						2	4,60
Guerrero 1										1		1	2,30
Varela 3		1										1	2,30
El Mango		1			1						2	4	9,30
Aguas Gordas	8	4	1		2		1	1			1	18	41,30
Loma de Carbón	2									1		3	6,90
Chorro de Maíta	1				1							2	4,60
Punta de Pulpo										1		1	2,30
Municipio Banes	5	1			3							9	20,90
TOTAL	18	7	1		7	1	1	1		3	4	43	

Loma de Baní, Aguas Gordas, y sobre todo Chorro de Maíta y Potrero del Mango debieron ser asentamientos de gran capacidad productiva y también de notable importancia a nivel de sus respectivas agrupaciones. El enorme reporte de objetos asociados a la jefatura y al ritual en Potrero del Mango y la abundancia de piezas de todo tipo en Chorro de Maíta los singularizan, incluso, a escala de todo Banes.

La especialización en el uso de los espacios es otro elemento indicador del nivel de complejidad social que pudieron alcanzar algunos de estos grupos. En El Chorro de Maíta se ha definido, además del residuario generado por la propia habitación, un área de enterramientos⁵ bien diferenciada e incluso un punto, próximo a esta área, donde se concentra material ceremonial como evidencia de una probable especialización en tal sentido: quizás el espacio de un behique y de sus acciones rituales (Guarch, 1994).

La presencia del área de enterramientos plantea un manejo distinto de la muerte para Banes. Hasta entonces y quizás aun en ese momento, los cadáveres se depositaban o arrojaban, en la mayoría de los casos, en cuevas. Los entierros en sitios de habitación conllevan inhumaciones en montículos con evidencias de uso doméstico (Rodríguez Aroa, 1989) y no son muy usuales.⁶

Esta área en Chorro de Maíta abre un nuevo sentido de relación con el espacio. El hecho de que al enterrarse un cuerpo puedan afectarse inhumaciones anteriores, sin mantener por demás una señalización de la nueva sepultura (Rodríguez Aroa, 1989; Guarch, 1996), nos hace suponer la mayor importancia del lugar y no de la ceremonia misma. Estamos ante una valorización del lugar: este se hace importante en tanto espacio que conserva al grupo en la materialidad de sus antepasados. Tal consideración marca la definitiva posesión del territorio, consolida la identidad de sus ocupantes y delimita y jerarquiza el entorno usado por estos.

Esta noción de territorialidad es mucho más compleja que la definida en razón de la inversión de trabajo hecha por el grupo en determinado espacio. Esta última concepción debió ser compartida por otros asentamientos y en el caso de los conjuntos de sitios pudo influir en el desarrollo de cierta identidad agrupacional.

El control de los objetos asociados al ceremonial daba una posición privilegiada en el plano ideológico a los grupos antes referidos. Sumese a ello su potencial poblacional, e incluso, el carácter de asentamiento matriz que en algunos casos tal vez tenían. Considérese que algunos de estos asentamientos, Aguas Gordas y Potrero de El Mango por ejemplo, están habitados desde el siglo X y XII, respectivamente. Su temprano inicio, notable extensión, fertilidad y fuerza de crecimiento son indicios de capacidades económicas que pudieron influir en un desarrollo poblacional, tal vez proyectado hacia puntos próximos y por ende vinculado a la formación de las agrupaciones que los circundaban. Todas estas condiciones probablemente otorgaron a tales comunidades una posición preeminente en su relación con los establecimientos contemporáneos vecinos. Es muy posible la proyección desde aquí, de lineamientos coordinadores de la explotación de áreas económicas comunes y estructuradores, a su vez, del manejo de espacios aún mayores.

La especialización de las agrupaciones en la producción de ciertos tipos de objetos de barro en la zona Samá-Río Seco, y de concha o metal en Yaguajay, parece indicar un nexo muy específico en el ámbito de estos conjuntos. El hecho de que la especialización se relacione con bienes de alto valor ideológico puede ser indicio de una conexión asociada con los aspectos de proximidad parental que pudieran existir entre comunidades provenientes de un mismo grupo matriz. Estos elementos y la probable identidad agrupacional generada por los particulares reconocimientos territoriales de cada grupo, debieron plantear un nivel de relación a escala de las agrupaciones que facilitó los procesos de centralización mencionados.

Los vínculos intra-agrupacionales son difíciles de caracterizar. Las situaciones de coordinación en la explotación económica, de eventual complementación en igual sentido, y quizás de una dependencia de tipo ideológico, pueden indicar cierta subordinación, pero no hay manera, por el momento, de definir su magnitud ni las implicaciones de esta en la estructuración de una organización social mayor. Sin embargo, ante el establecimiento de grupos jerárquicos, que más adelante trataremos, no podemos descartar el posible desarrollo incipiente de un proceso de abandono de las relaciones tribales igualitarias y el comienzo de la formación de una sociedad de tipo cacical, en Yaguajay y quizás en torno a Potrero de El Mango.⁷

Las relaciones interagrupaciones carecen de similar precisión en su carácter. La existencia de ciertas especializaciones a nivel de agrupación pueden expresar, en algunos casos, el predominio de aspectos ideológicos diferenciales dentro de los lineamientos generales presumidos en la región.

Esto puede considerarse así en lo concerniente a las figuras modeladas en barro; en el resto, entre las cuales la especialización está más relacionada con el tipo de material —el caso de los metales— o con la magnitud de la producción, y no con la tipología de las imágenes, quizás pudiéramos estar ante elementos, al menos en lo que a adornos corporales respecta, vinculados con contactos de intercambio. Un ejemplo interesante en esta dirección (J. M. Guarch, comunicación personal) es el enorme reporte de cuentas de cuarcita en las áreas culturales del Chorro de Maíta y

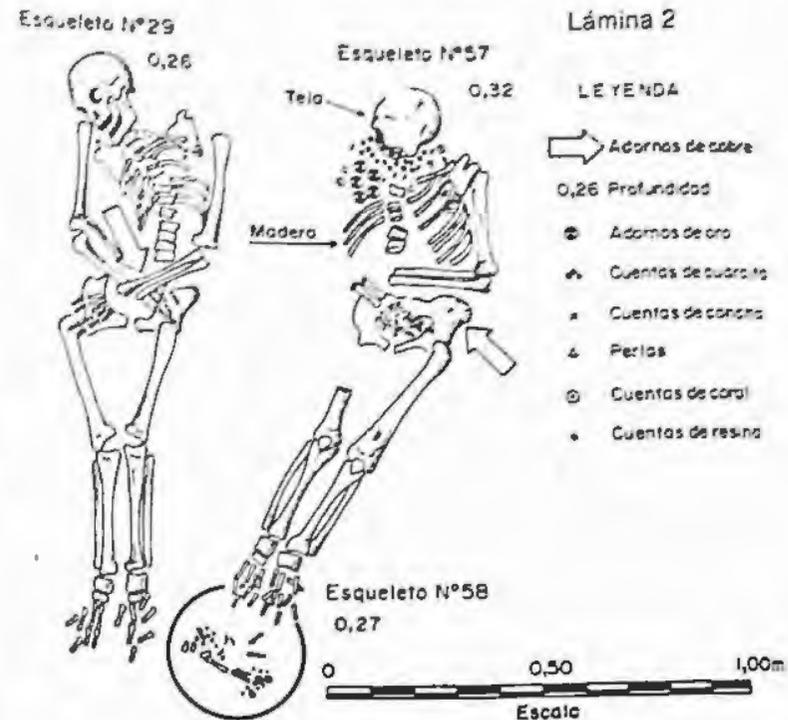
su relativo mínimo consumo en los ritos mortuarios del lugar. En sitios con un reporte menor de cuentas, los entierros portan collares mucho más ricos que los observados en esta comunidad.

JERARQUÍA A NIVEL DE SITIO

En los residuarios donde se concentra la generalidad del material de adorno corporal y uso ceremonial se reúnen también, sobre todo objetos con una especial connotación jerárquica y ceremonial. No quiero decir que sólo ellos materialicen estos aspectos, sino que son, según los datos de la época y de la comparación etnográfica, su manifestación más directa. La presencia abundante de tales objetos apoya la probable radicación en estas comunidades de una categoría de personajes más importantes por su función de dirección del grupo, lo que no excluye que el reforzamiento ideológico sugerido por la abundancia de objetos ceremoniales contribuyera en cierta medida a fortalecer estas posiciones de jefatura. De hecho todo grupo humano precisa de liderazgo, especialmente a este nivel de desarrollo social. Sin embargo el punto significativo es la distinción no de un jefe sino de un grupo de personas asociadas al jefe por una relación de consanguinidad, las cuales comienzan a distinguirse dentro del grupo al formar un estrato con prerrogativas.

Las excavaciones en el área de enterramientos de Chorro de Maíta distinguen, en un contexto donde no parecen reportarse ofrendas (Rodríguez Arce, 1989), algunos entierros con objetos de adorno corporal de notable valor dentro de las concepciones de estos grupos. Cuentas de cuarzo, coral, concha, perla y oro, orejeras de resina, pendientes de oro, cobre, cobre y tela e incluso piezas tal vez generadas por culturas aborígenes no antillanas, como es el caso de un pequeño pendiente ornitomorfo de oro, aparecen asociados en su mayoría a mujeres y niños y, en el caso de adultos varones, a hombres con caracteres singulares.

Se han planteado varias hipótesis para la presencia de estos adornos, sólo en el 20% de los esqueletos recuperados (Rodríguez Arce, 1989). En unos casos se supone el desarrollo de una tradición igualitaria en el no uso de adornos, rota a partir de estas inhumaciones. Los entierros con adornos responden, en esta proposición, al inicio de prácticas funerarias no popularizadas, encaminadas a distinguir ciertas personas. En otros casos, se plantea el entierro con adornos como una práctica poco consistente y muchas veces no respetada.



A nuestro entender, portar estos objetos en vida o muerte es un indicio de *status* diferencial. Recuérdese que los adornos metálicos no debieron ser muy usuales en Cuba y menos los no originarios de la isla. Siguiendo este razonamiento creemos en la existencia de una intención de llevar a la muerte los símbolos de jerarquía como una manera de marcar diferencias. Esto se proyecta más allá de los individuos para indicarnos la existencia de grupos jerárquicos.

En El Chorro de Maíta son varios los casos de niños pequeños, algunos recién nacidos (Rodríguez Arce, 1989), equipados de valiosos adornos (Lámina 2, esqueleto 58). El *status* que los hizo acreedores de estos elementos debió atribuírseles antes de nacer (Renfrew y Bahn, 1993: 184) e implica una relación hereditaria capaz de remitirnos a un linaje poseedor de determinado rango. Es significativo el dato de un niño recién nacido, con el segundo mejor monaje del lugar, enterrado a los pies de una mujer joven, portadora de uno de los collares más complejos y ricos encontra-

dos en Las Antillas (Lamina 2) que constituye a su vez, la pieza más notoria de toda el área de enterramientos. Entierros de madres con sus pequeños hijos a los pies han sido reportados antes en Las Antillas (Rodríguez Arce, 1989), quizás este es otro ejemplo. Lo notorio, sin embargo, es la coincidencia en la calidad del ajuar. Un caso parece apoyar al otro; es probable una razón familiar que los una y justifique a su vez los elementos de distinción que portan.

Próximo a este conjunto aparece un esqueleto masculino, casi a igual profundidad, con la misma orientación, similar posición del cuerpo y también con adornos, en este caso cuentas de guanín. La cercanía de los restos, no perturbados entre sí y la magnitud diferencial de los elementos de su ajuar ha servido para plantear la posibilidad de un entierro familiar, quizás asociado a suteísmo (Rodríguez Arce, 1989): un jefe con su esposa y su hijo.

Sea válida o no la consideración de suteísmo, el elemento que se mantiene es el nexo consanguíneo, al menos entre madre e hijo, en una línea de definición de *status*. Esto marca una presencia jerárquica, remontable hasta un linaje y con él a un segmento de la comunidad, cuestionadora de las bases igualitarias.

CONCLUSIONES

- ❖ El estudio de una muestra del material de adorno corporal y uso ceremonial colectado en sitios agricultores del área arqueológica de Banes reporta la concentración de los referidos objetos en cinco residuarios: Chorro de Maíta, Potrero de El Mango, Aguas Gordas, Loma de Baní y Esterito. Tales yacimientos se caracterizan por estar entre los más amplios, fértiles y, en el caso de Aguas Gordas y Potrero de El Mango, temporalmente extensos, del área.
- ❖ Todos estos sitios están vigentes para el siglo xv DNE. El referido material se agrupa —en los pocos casos en que existe un hallazgo controlado— en sus momentos medios y finales o en niveles asociados con fechados del siglo xv. Por tal razón, es posible considerar en esta etapa un momento de esplendor en la producción de tales bienes, quizás asociado al notable desarrollo de las capacidades económicas que muestran estas comunidades para la época y con un incremento de su complejidad social.
- ❖ La producción de las piezas estudiadas, en el caso de determinados materiales (barro, concha y metal), tiende a concentrar-

se en ciertos residuarios principales y en algunos que se ubican muy próximos a estos. Tal situación sugiere una especialización productiva a nivel de sitios y de algunas agrupaciones de sitios: Yaguajay, en los objetos de metal y concha, y Samá-Río Seco en lo referente a las figuras de barro.

- ❖ En un contexto de agrupaciones de asentamientos caracterizados por su unidad cultural, la concentración del material de adorno corporal y uso ceremonial en determinados residuarios atribuye a estos, respecto a otros asentamientos contemporáneos, un carácter preeminente en los aspectos que tal material representa. Conociendo el valor de estos objetos a nivel de la vida religiosa de los grupos agricultores, y el carácter de atributo jerárquico que en muchos casos poseen, es posible considerar para estos sitios una posición principal en el control del ritual religioso y la residencia en ellos de personajes con un significativo nivel de jefatura. Tales rasgos pudieron proyectarse en el contexto agrupacional a manera de sitios subordinados a la comunidad más importante en términos de dependencia ideológica y quizás política.
- ❖ El carácter de símbolo jerárquico que poseen muchos objetos de adorno corporal y uso ceremonial define la posición social, en los sitios donde este material se concentra, que llegaron a alcanzar determinadas personas asociadas a la jefatura. En algunos casos esta definición jerárquica parece extenderse a grupos de personas —quizás linajes— en el conjunto comunitario.

NOTAS

¹Nos estamos refiriendo al área arqueológica de Banes. Esta abarca gran parte del municipio del mismo nombre y todo el de Antilla, en la provincia de Holguín.

²En Loma de La Campana, Rouse (1942: 58) señala la presencia de cincuenta montículos con una estructura distinta a las acumulaciones residua es típicas del área.

³La muestra, amplia y bastante representativa, se formó a partir de considerar todo el material del área referido por Rouse (1942), Castañeda (1937) y otros autores. Se revisó la colección de réplicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología, los fondos del museo Baní y del Museo Provincial de Holguín.

⁴Guarch (1988) no descarta la posibilidad de una producción local a partir del trabajo de un artesano toroneo llegado antes o después del arribo hispano. La existencia natural de oro en Yaguajay apoya esta hipótesis.

⁵Usamos el término área de enterramientos y no cementerio siguiendo una proposición de J. M. Guarch (comunicación personal) que estima la presencia de tumbas bien definidas con elemento distintivo del cementerio. En Chorro de Maíta no hay tumbas, las inhumaciones no se señalizan y se perturban entre sí.

A unos 300 metros del Chorro de Maita hay una elevación carsica conocida como el Cerro de los Muertos, donde existe una cueva funeraria. En las pequeñas solapas del cerro se han encontrado posibles entierros secundarios de agricultores: cráneos deformados, sin el resto del esqueleto, cráneos y algunos huesos largos y huesos largos pintados (Guarch, comunicación personal). Esto nos habla de la enorme variabilidad en las prácticas funerarias en Banes. En el caso de Yaguajay tal situación es más evidente, nótese que en el Chorro de Maita es alta la diversidad de posiciones de los esqueletos (Guarch, 1966).

De hecho Rouse (1942: 155) da carácter de cacicazgo a cada agrupación.

BIBLIOGRAFÍA

- Cassá, R. (1992): *Los Indios de Las Antillas*. Madrid, Editorial Mapfre.
- Curet, L. Antonio (1996): "Ideology, Chieftly Power, and Material Culture: An Example for Greater Antilles", en *Latin American Antiquity*. Washington DC, Society for American Archaeology, Vol. 7, No. 2.
- Dominguez, Lourdes S. (1991): *Arqueología del centro-sur de Cuba*. La Habana, Editorial Academia.
- García Castañeda, J. A. (1937): Cuaderno "Ornamentos". Holguín, Museo García Fera.
- Guarch Delmonte, José M. (1988): "Sitio Arqueológico El Chorro de Maita", en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, No. 17, Año VI.
- _____ (1994): *Yaguajay, Yucayeque, Turey*. Holguín, Publicigraf, Ediciones Holguín.
- _____ (1996): "La muerte en Las Antillas: Cuba", en *El Caribe Arqueológico*. Casa del Caribe, Santiago de Cuba, No. 1.
- Miguel Alonso, Orenco (1949): "Descubrimiento y excavación de un montículo funeral en el potrero El Porvenir", en *Revista de Arqueología y Etnología*. La Habana, Segunda Epoca, Año IV, No. 8-9.
- _____ (1951): "El primer idolo de oro precolombino encontrado en Cuba", en *Revista de Arqueología y Etnología*. La Habana, Año VII, Epoca II, No. 13-14.
- Morales Patiño, Oswaldo (1951): "Estudio comparativo del pendiente de oro encontrado en Banes", en *Revista de Arqueología y Etnología*. La Habana, Año VII, Epoca II, No. 13-14.
- Moscoso, Francisco (1986): *Tribu y clases en el Caribe antiguo*. Santo Domingo, Ediciones de la Universidad Central del Este, Vol. LXIII.
- Pose, J.; R. Sampedro y M. Celaya (1988): "Contribución al estudio de la domesticación de roedores en la época prehispánica mediante el análisis de tomografía axial computarizada, rayos X y exámenes microscópicos de evidencias óseas", en *Anuario de arqueología 1988*. La Habana, Editorial Academia.
- Renfrew, Colin y Paul Bahn (1993): *Arqueología. Teorías, métodos y práctica*. Madrid, Ediciones AKAL, S. A.
- Rodríguez Arce, César (1989): "Las costumbres funerarias de los aborígenes agricultores de la Provincia Holguín, Cuba" (inédito). Holguín,

- Departamento Centro-Oriental de Arqueología.
- Rouse, Irving (1942): *Archeology of the Maniabon Hills, Cuba*. Now Haven, Yale University Press.
- Tabio, Ernesto y E. Rey (1985): *Prehistoria de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Vargas, Irida; M. Toledo, Luis E. Molina y Carmen E. Moncourt (1993): *Los artifices de la concha. Contribuciones a la Arqueología Tropical 1*. USDA, Forest Service Southern Region-OEA.
- Veloz Maggiolo, Marcio (1977): *Medioambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo (La formación agricultora)*. Santo Domingo, Editora de la UASD, Tomo 2, Colección Historia y Sociedad, No. 30.
- _____ (1991): *Panorama histórico del Caribe Precolombino*. Republica Dominicana. Edición del Banco Central de la República, Editora Corripio.
- Veloz Maggiolo, Marcio; E. Ortega y Angel Caba Fuentes (1981): *Los Modos de Vida Mellacoides y sus posibles orígenes (Un estudio interpretativo)*. Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano.



CARACTERIZACIÓN DE LAS REGIONES PICTOGRÁFICAS DE LA PROVINCIA HOLGUÍN

ELENA GUARCH RODRÍGUEZ
JUAN J. GUARCH RODRÍGUEZ



Las culturas regionales

INTRODUCCIÓN

El estudio del arte rupestre en Cuba, no es sólo uno de los medios más directos para llegar a conocer algunos aspectos de la espiritualidad de los primitivos habitantes de la Isla; es también, si su investigación se combina con el imprescindible análisis cronológico y contextual, un camino para valorar la diversidad cultural de sus autores y alcanzar un conocimiento más profundo de aspectos testimoniales del desarrollo sociocultural de los aborígenes que habitaron en el archipiélago cubano.

Con la creación del Departamento Centro Oriental de Arqueología en 1978 y la fundación del Grupo Espeleológico Cristal en 1980, se incrementan los trabajos de estudio de las cavernas en Holguín, se amplía el horizonte de conocimiento sobre las mismas y se localizan otras manifestaciones artísticas precolombinas, ya que hasta ese momento sólo se conocían las pictografías de la cueva de Los Cañones, en Mayarí, y los petroglifos de la Cueva del Jobo y el de la Cueva de Waldo Mesa, en Banés.

Los estudios de estas manifestaciones artísticas en nuestro país, se remontan al siglo XIX, cuando el sacerdote escolapio Antonio Perpiñá publica *El Camagüey*, libro editado en Barcelona hacia 1889, donde hace referencia al descubrimiento de la Cueva del Indio, en la Sierra de Cubitas, provincia de Camagüey, que contenía trazos pictográficos de líneas rojas.

En 1910, Charles Berchon en su obra *A través de Cuba* publica la pictografía hallada por el norteamericano F. P. Lane en Punta del Este, Isla de Pinos. En 1922, el sabio cubano Don Fernando Ortiz, en carta a la Academia de Historia de Cuba, comunica el hallazgo de un "templo precolombino" en la localidad de Isla de Pinos, el mismo que señalara antes Berchon y fuera conocido con posterioridad como Cueva de la Isla o Cueva No. 1 de Punta del Este. Años más tarde, en su *Historia de la Arqueología Indocubana*, Ortiz abordaría ampliamente el sistema ideográfico de la Cueva No. 1, y se aproximó a una interpretación cosmogónica y astronómica del mismo. Ese trabajo inicia el estudio del arte rupestre en Cuba.



A partir de la segunda mitad de la década del 30, se incrementan los trabajos de medición, fotografiado y análisis de estas manifestaciones artísticas, llevados a efecto por René Herrera Fritot, Oswaldo Morales Patiño, Roberto Pérez de Acevedo, Fernando Royo Guardia, Eduardo Oueral Martín y Antonio Núñez Jiménez entre otros, fundamentalmente en Isla de Pinos, donde son hallados otros antros cavernarios contentivos de dibujos rupestres.

En la década del 50, se incrementan las expediciones de la Sociedad Espeleológica de Cuba en la propia Isla de Pinos, Camagüey y Las Villas, y los espeleólogos Núñez Jiménez, José M. Guarch Delmonte, Rivero de la Calle, Filiberto Ramírez Corría, Eduardo Rey Chelía, Rolando Escardó y Alfredo Álvarez Mola, entre otros hallan importantes zonas pictográficas.

ANÁLISIS

Las primeras manifestaciones del arte rupestre en Cuba se remontan a 8000 años de antigüedad, y se confeccionan hasta después de la llegada de los españoles en 1492.

Las técnicas empleadas para realizar estas manifestaciones artísticas estuvieron dadas por: pintura o pictografía; talla y rayado o petroglifo y petroglifo escultural, según la clasificación hecha por Núñez Jiménez.¹ A continuación pasaremos a realizar una descripción de cada una de ellas.

PICTOGRAFÍAS

Cueva de Los Cañones

Se encuentra en los Farallones de Seboruco, municipio Mayarí. A su alrededor hay un sitio de habitación aborigen, perteneciente a la fase cazadores-recolectores, de la variante cultural Seboruco,

dentro de la etapa de economía de apropiación, así como varios paraderos-talleres, con evidencias del mismo desarrollo socioeconómico. Según los estudios de sedimentología realizados en la zona de Arroyo Bayatal, en Seboruco, la existencia humana se reporta allí desde hace unos 8 000 años (Guarch del Monte, 1984) lo que lo hace una de las más antiguas del arco antillano, aunque algunos autores son de la opinión de que quizás estas manifestaciones pictóricas corresponden a los hombres que posteriormente habitaron el lugar y que están comprendidos dentro de los grupos de la fase pescadores-recolectores.

En el año 1961, Milton Pino halló dentro de la cueva de Los Cañones cuatro pictografías.

- ❖ *Pictografía No. 1.* Se encuentra situada en la pared izquierda a 18 metros de la entrada y a 2,20 metros del piso. Tiene 2 metros de largo por 0,60 metros de ancho y es de color negro. En su ejecución se utilizó carbón vegetal probablemente aplicado mediante los dedos a manera de pincel. Tiene un diseño geométrico, morfológicamente abierto, ya que sus líneas no limitan el conjunto pictórico (Fig. 2).
- ❖ *Pictografía No. 2.* Se localiza en la pared izquierda a 20 metros de la entrada y a 2 metros del piso. Tiene 0,22 metros de largo por 0,14 metros de ancho y es de color negro. La técnica pictórica utilizada fue igual a la anterior. Su morfología es abierta, pues se destacan trazos entrelazados en forma laberíntica que dejan segmentos inconclusos o libres, representando diseños geométricos (Fig. 3).
- ❖ *Pictografía No. 3.* Se ubica en la pared izquierda a 70 metros de la entrada y a 0,52 metros del piso, encima de un pequeño túnel que se abre entre el piso y la pared de la cueva, sobre una formación parietal, siendo de color negro. Su ejecución fue igual a las anteriormente descritas. Su morfología se clasifica como abierta al igual que la anterior y en su conjunto representa diseños geométricos (Fig. 4).
- ❖ *Pictografía No. 4.* Se encuentra en la pared izquierda a 75 metros de la entrada y a 1,60 metros de altura sobre el piso. Tiene 0,31 metros de largo por 0,08 metros de ancho y es de color negro. En su ejecución también se utilizó el carbón vegetal mediante la misma técnica digital. Su morfología es limitada, ya que su movimiento es hacia un centro interno y su universo es definido; se trata de un diseño figurativo, que recuerda la forma de un hacha enmangada (Fig. 5).

Cueva del Júcaro

Se ubica en la parte baja del Cerro del Júcaro, en la península de El Ramón, municipio Antilla. En este lugar fueron encontrados varios artefactos de concha y una punta de piedra tallada, lo que denota un contexto similar al de la variante cultural Guanahacabibes, de la fase pescadores-recolectores en la etapa de economía de apropiación.

Conjuntamente con este material, fueron encontrados en la superficie fragmentos de vasijas de cerámica del tipo característico de la variante cultural Baní, fase agricultores, de la etapa de economía productiva; lo que denota una doble habitación del antro cavernario, posiblemente dada porque a menos de 1 km se encuentra el sitio de habitación Cerro del Júcaro, perteneciente a los grupos agricultores y con mucha probabilidad la cueva fue visitada por estos hombres; pero, dado el tipo de diseño pictográfico, no nos cabe dudas de que la pintura parietal fue realizada por los primeros habitantes de la cueva, ya que su diseño es muy similar a los realizados por los grupos preagroalfareros, según la caracterización realizada por J. M. Guarch y C. Rodríguez (1980).

La pictografía fue hallada por el Grupo Espeleológico Cristal, en 1983, en la pared derecha de un salón que se halla al final de la caverna, a 55 metros de la entrada y a 1,24 metros de altura del piso. Tiene 0,40 metros de ancho por 0,48 metros de alto y es de color negro. En su ejecución se empleó carbón vegetal, aplicado probablemente con los dedos a modo de pincel. Su morfología se clasifica como limitada, pues tiene líneas que delimitan sus contornos, aunque presenta otros trazos que dejan segmentos inconclusos o libres que recuerdan la pictografía No. 2 de la cueva de Los Cañones, en Seboruco, Mayarí. El conjunto representa un diseño antropomorfo (Fig. 6).

Cueva de la Curva de la Campana

Se encuentra en el municipio de Gibara, a la entrada del pueblo del mismo nombre, 500 m al oeste del río. En este lugar se ubica un contexto propio de la variante cultural Guacanayabo, inferido por las ofrendas practicadas en el entierro secundario reportado en el lugar en 1968 por el Grupo Espeleológico Felipe Poey, compuestas por dos bolas líticas, artefactos de uso ritual.

En 1987 fue descubierta una pictografía en la pared izquierda de un salón, ubicado a 60 m de distancia de la orilla de un lago



Fig. 1



Fig. 2



Fig. 3



Fig. 4



Fig. 5



Fig. 6

subterráneo, donde fue encontrado el referido entierro secundario. Consiste en una figura geométrica en forma de rombo con un apéndice en su parte inferior, realizada con una llama humeante. Se encuentra a 1 metro del piso y mide 0,25 metros de largo por 0,12 metros de ancho. Su morfología se puede clasificar como cerrada, aunque presenta un trazo de segmento libre, pero su diseño en general corresponde a las características de los realizados por los hombres de la etapa de economía de apropiación (Fig. 1)

PETROGLIFOS

Cueva de Santa Rita

Se ubica en las afueras del poblado de Levisa, municipio de Mayarí. En 1984 el antro cavernario fue trabajado por un equipo de arqueólogos dirigidos por el Dr. Jorge Febles Dueñas y compuesto por varios investigadores del Centro de Antropología de La Habana y del Departamento Centro-Oriental de Arqueología. El sitio arqueológico que allí se encuentra presenta una superposición cultural, dada por evidencias de grupos de la etapa de economía de apropiación, variante cultural Seboruco con una antigüedad de 5 000 años AP y evidencias materiales de grupos agroceramistas, de la etapa de economía productiva, identificable por algunos fragmentos de cerámica y burén característicos de esta etapa.

A 16 metros de la entrada de la cueva fue localizado un petroglifo, ejecutado mediante la técnica de incisión, posiblemente labrado sobre la roca por una herramienta de sílex (Dueñas y Guarch, 1985). Se ubica a 0,88 metros de altura del piso, en la curva que forma la pared NE con el techo de la cueva; mide 0,23 metros de alto por 0,37 metros de ancho; se trata de una figura antropomorfa estilizada, muy semejante a las guayzas o caratonas de concha de las comunidades aruacas en Cuba, que representaban el espíritu del portador y eran llevadas como "retratos del alma" a manera de hebillas en sus cinturones de cuerda de algodón tejido.

El petroglifo en cuestión está formado por los siguientes motivos: recta con secante, curva cerrada, ondulante cerrada y óvalos, por lo que podemos inferir que tiene un diseño compuesto (Guarch y Pérez, 1985) (Fig. 19).

Cueva de Waldo Mesa

Está a cuatro km al SSW de la desembocadura de Río Seco, en el municipio de Banes. Dentro de ella fueron localizados varios enterramientos junto a vasijas de barro, pertenecientes, por sus diseños a las comunidades de la variante cultural Baní.

En su interior, el arqueólogo norteamericano Irving Rouse halló un ídolo de piedra muy tosco tallado en una estalagmita, de 0,94 metros de altura. Fue ejecutada mediante la técnica de percusión, posiblemente por golpeo de rocas más duras contra la caliza, tales como gabros, basaltos, dioritas, entre otras. Su morfología es limitada, ya que su movimiento es hacia un centro interno, su universo es definido y es, en su conjunto, un diseño antropomorfo de

cuero entero. Está representado por los motivos: ojos de café y curva abierta, por lo que forma un diseño compuesto (Fig. 17)

Cueva del Jobo

Está a unos seis km de la desembocadura del río Yaguajay, barrio de Cañadón, municipio de Banes. En 1933, José A. Riverón halló en ella dos petroglifos tallados en sendas estalagmitas con 0,25 metros de altura por 0,14 metros de ancho uno y el otro con 0,55 metros de altura por 0,33 metros de diámetro. Ambos petroglifos fueron cortados por el explorador y se desconoce su paradero, pero por la descripción hecha por Salvador Massip en el *Diano de la Marina* del propio año y la recogida de información que hace Núñez Jiménez (1975) podemos inferir que se trata de dos petroglifos con diseño antropomorfo.

En el interior de la cueva también fue encontrado un contexto ceremonial y funerario perteneciente a la variante cultural Baní, lo que se infiere a partir de varios enterramientos (40) con los cráneos deformados al estilo aruaco (fronto occipital tabular oblicuo) y fragmentos de vasijas de cerámica, todo característico de dicha variante cultural.

Cueva de la Victoria

Se encuentra a 5,5 km del poblado de Banes y a 3 km de la bahía del mismo nombre, en ese municipio. En su interior, en el año 1986, el Grupo Espeleológico Baní, de Banes, halló un conjunto de 5 petroglifos a unos 40 metros de la entrada, asociados con fragmentos de vasijas de cerámica y burenes característicos de la variante cultural Baní; este último hallazgo fue realizado por investigadores del Departamento Centro Oriental de Arqueología.

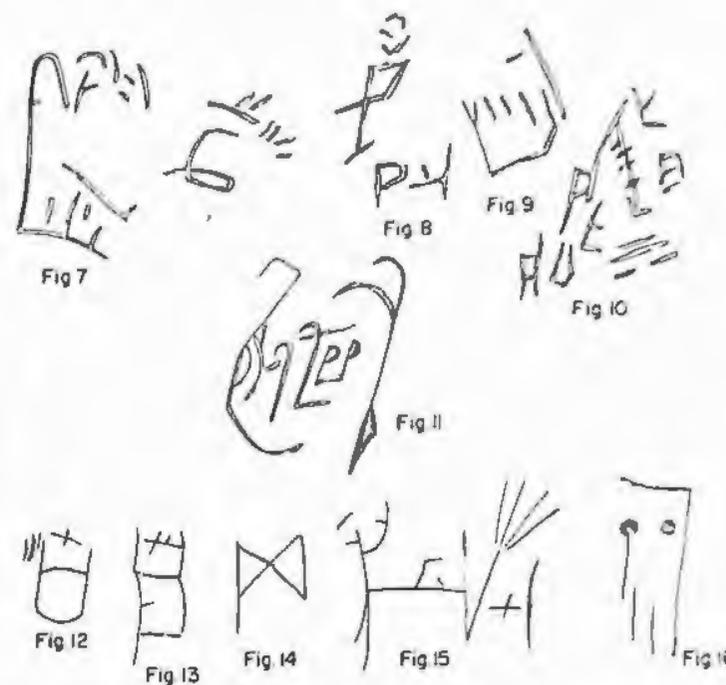
- ❖ *Petroglifo No. 1.* Está en la pared izquierda del antro, fue realizado mediante la técnica de incisión. Su morfología es abierta con un diseño compuesto geométrico formado por rectas paralelas, líneas quebradas y rectas convergentes (Fig. 12).
- ❖ *Petroglifo No. 2.* Fue realizado en la pared izquierda de la caverna mediante la incisión de la roca. Su morfología es limitada, es un diseño compuesto y geométrico, a partir de rectas paralelas, rectas convergentes y líneas quebradas (Fig. 13).
- ❖ *Petroglifo No. 3.* Localizado en la pared izquierda de la cueva, fue realizado mediante incisión. Es un motivo compuesto con un diseño limitado y geométrico conformado por rectas paralelas y convergentes (Fig. 14).

- ❖ *Petroglifo No. 4.* Aparece en la pared izquierda del antro, mediante incisión. Es un motivo compuesto con un diseño abierto que forma una estructura geométrica logrado mediante rectas paralelas, rectas convergentes, curvas abiertas, recta secante angular, rectas perpendiculares a una recta y rectas (Fig. 15).
- ❖ *Petroglifo No. 5.* En la pared izquierda de la espelunca, fue realizado mediante la técnica de incisión. Es un motivo compuesto con un diseño limitado y geométrico, presenta rectas, rectas con secantes y puntos (Fig. 16).

Solapa Camino del Yarín

Esta pequeña solapa se encuentra ubicada a 3 km de la playa Guardalavaca, al SE del Cerro Yaguajay, en la costa norte del municipio de Banes. En 1979, en una exploración de rutina, un grupo de investigadores del Departamento Centro Oriental de Arqueología, dirigidos por José M. Guarch Delmonte (1979), halló un conjunto de petroglifos. En la solapa no se detectó ninguna evidencia utilitaria ni remanentes económicos que indiquen habitación casuística del lugar, pero el mismo se encuentra enclavado en un área de importantes sitios de habitación de la fase agricultores, entre los que se destacan: Santana Sarmiento (a 500 m), El Boniato (a 1 km) y el Chorro de Maíta (a 1,5 km).

- ❖ *Petroglifo No.1.* En una estalagmita de frente al camino, fue realizado por incisión. Tiene una morfología compuesta con un diseño abierto de forma geométrica, logrado mediante rectas, rectas con secante, paralelas unidas y líneas en forma de herradura (Fig. 7).
- ❖ *Petroglifo No.2.* En la parte posterior de la misma estalagmita, a 1 metro del piso. Fue realizado por incisión, presenta un motivo compuesto con un diseño abierto y geométrico, formado por rectas, rectas paralelas, rombo, recta con secante angular y recta con secante (Fig. 8 y 9)
- ❖ *Petroglifo No.3.* A 0,95 metros del piso en la pared del fondo de la solapa. Fue hecho por incisión y presenta un motivo compuesto con un diseño abierto y geométrico formado por rectas con secantes, rectas, rectas paralelas, rectas con secante angular y cuadrado (Fig. 10).
- ❖ *Petroglifo No.4.* A 1 metro del No. 3, en el piso de piedra en declive. Fue realizado mediante incisiones bastante superficiales, se trató de un motivo compuesto con un diseño abierto y geométrico formado por rectas, rectas con secante, curvas abier-



tas, rectas con secante angular, triángulos y curvas cerradas (Fig. 11).

Loma de Los Mates

Se encuentra a 2 km del poblado de Tacajó, municipio de Báguano y se trata de un sitio de habitación de la variante cultural Bani. En la ladera oeste del sitio, donde comienza el declive de la loma que le sirve de asiento, Felipe Martínez Arango, de la Universidad de Oriente, halló un petroglifo formado por una piedra dividida en tres partes, que presenta los motivos en la parte externa de la piedra y en la parte interna de los fragmentos, en los extremos de la misma.

Cuando fue encontrada la pieza, los fragmentos estaban unidos por una resina vegetal; luego, en el museo de la Universidad de Oriente, se despegaron sus partes y se detectó que las mismas estaban grabadas también por la parte interna (Caridad Rodríguez Culler, comunicación personal) de lo que se deduce que estos grabados estaban ocultos por una razón religiosa, como sucedo con la mayoría de los petroglifos y pictografías que fueron



Fig.17

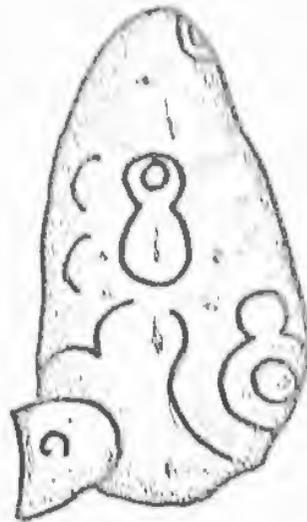


Fig.18



Fig.19



Fig.20

hechos en cavernas y en los lugares más oscuros de las mismas, este petroglifo fue hecho en una piedra trapezoidal de diorita de 51 cm de base por 39 cm de alto y 31 cm de ancho.

Presenta un motivo compuesto con un diseño abierto y limitado de forma geométrica logrado mediante incisión. Está formado por ondulantes paralelas, curvas abiertas, curvas cerradas, puntos, círculos, rectas, rectas con secante y herraduriforme (Fig. 18).

Santa Rosalía II

Este lugar constituye un sitio de habitación perteneciente, por su contexto sociocultural, a la etapa de economía de apropiación, fase protoagricultores, variante cultural Mayarí. En la década del 40, Orencio Miguel Alonso halló un petroglifo de gran interés para la arqueología, pues se trata de un guijarro discoidal de caliza compacta, de color pardo claro, con manchas irregulares en tonos más oscuros. Presenta una superficie pulida, algo brillante con bastante regularidad en su contorno y simetría bilateral, lo que denota un retoque al guijarro original.

Este petroglifo presenta una característica peculiar y es que en su superficie y por ambas caras están grabadas tres series correspondientes a tres épocas diferentes. En la actualidad se aprecian levemente dos diseños anteriores, compuestos esencialmente por rectas paralelas, rectas con secantes y líneas quebradas. La tercera serie, que es la que más se aprecia, tiene un motivo compuesto, con un diseño abierto y limitado, de forma geométrica muy semejante al petroglifo de Loma de los Mates. Todo el diseño es inciso y fue logrado mediante rectas paralelas, rectas, círculos, líneas quebradas, rectas con secantes, óvalos y triángulos.

Consideramos que este ejemplar constituye un petroglifo, ya que el mismo no conforma una figura como tal, sino que sus características responden a una serie de motivos muy semejantes a los del arte parietal, aunque no dudamos de que tuvo una finalidad mobiliar y una significación mágico-religiosa.

Otro aspecto que se destaca en esta pieza es que el contexto en que se encuentra no corresponde a los grupos humanos a quienes se les atribuyen estas prácticas, lo que nos hace pensar en

dos hipótesis: 1) que fue fabricado por estos hombres, que se encontraban en un estadio intermedio entre dos etapas económicas colindantes, herederos de una cultura anterior, pero portadores de conceptos económicos y culturales de grupos más avanzados o 2) que fuera fabricado por hombres de grupos de la variante cultural Baní, cercanos 9 km, en el sitio Esterito, y llevado al lugar posteriormente, quizás por esos mismos hombres (Fig. 20).

CONCLUSIONES

1. La provincia de Holguín posee dos regiones pictográficas: 1. Antilla-Mayarí y 2. Banes-Báguano, en cuanto a diseños y técnicas. En esta distribución, por su lejanía geográfica, escapan al límite de las regiones dos exponentes, las cuevas de la Curva de la Campana y Santa Rita, aunque los mismos conservan su identificación técnico estilística con aquellas de las dos regiones apuntadas.
2. Las pictografías en la provincia de Holguín fueron realizadas por grupos humanos de la etapa de economía de apropiación, entre las que se destaca el pictograma de la cueva de Los Cañones, en Seboruco, que se puede considerar el pictograma más antiguo de Las Antillas, por el grado de desarrollo económico y social a que está asociada esta representación gráfica. Sería recomendable realizar un estudio más detallado del antro y la pieza, y compararla con otros exponentes del país para determinar a qué grupo sociocultural corresponde.
3. Los 6 pictogramas se ubican en las paredes de las cuevas, en la oscuridad, y su morfología es compuesta. La mayoría están logrados mediante la pintura directa con los dedos a manera de pincel y forman diseños geométricos; 5 de ellos aparecen en la pared izquierda de los antros ceremoniales, aspecto cuyo significado se desconoce.
4. Inferimos que los petroglifos fueron realizados por comunidades pertenecientes a la etapa de economía productiva, específicamente de la variante cultural Baní.
5. Se caracterizan por tener todos una morfología compuesta; de los 14 hallados, 13 fueron hechos por incisión y 11 forman diseños geométricos; 9 fueron hechos en las paredes de las cavernas; de ellos, 5 en la pared izquierda.
6. Los motivos pictográficos fueron analizados contra una matriz asociativa siguiendo el modelo booleano de reconocimiento de patrones; el motivo que más relación tiene con los otros es la

recta (20,29%) de las relaciones existentes, le siguen la curva abierta y la cerrada (17,25%, cada una) y por último el punto (14,72%). El que menos se relacionó es el rombo (3,55% de las relaciones).

NOTA

"Las técnicas empleadas por los aborígenes cubanos para expresar el arte panelal son de 6 tipos: pintura o pictografía; talla y rayado o petroglifo; pictografía escultural; petroglifo escultural y combinación de pintura con rayado" (Nuñez, 1986).

BIBLIOGRAFÍA

- Febles Dueñas, J. y Juan J. Guarch (1985): *Carta informativa No. 61* (Epoca II). Ciudad de La Habana, Departamento de Arqueología.
- Guarch Delmonte, José M. (1984): "Estudios de sedimentos en Arroyo Bayatal, Seboruco, Mayarí" Ponencia presentada a la IV Jornada de Arqueología de Baracoa, Guantánamo
- Guarch Rodríguez, Juan J. y L. R. Pérez (1994): *Arte rupestre. Petroglifos Cubanos*. Ediciones Holguín y Publicigraf.
- Nuñez Jiménez, Antonio (1975): *Cuba: Dibujos rupestres*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales
- Nuñez Jiménez, A. (1986). *El Arte Rupestre Cubano y su comparación con el de otras áreas de América*. Proyecto Regional de Patrimonio cultural y Desarrollo, Primer Simposium Mundial de Arte Rupestre.



EL CONTACTO TEMPRANO INDO-HISPÁNICO EN SANTO DOMINGO: UNA LECTURA HISTÓRICA Y ARQUEOLÓGICA¹

JOSÉ G. GUERRERO



PRESUPUESTOS METODOLÓGICOS PARA UNA INTERPRETACIÓN DE LA HISTORIA INICIAL DE SANTO DOMINGO Y AMÉRICA

El contacto, intercambio y choque socio-cultural entre indios y europeos no fue un simple proceso. A finales del siglo xv, tanto América como Europa sufrían intensos cambios sociales y políticos. En Europa asistimos al inicio de la formación de naciones basadas en la centralización del estado y en América a un proceso de disolución parcial de la propiedad comunal y al surgimiento de relaciones protoclasistas y protoestatales.

Es cierto que todavía no poseemos un conjunto de nociones científicas adecuadas al proceso. Los términos conquista, colonización y descubrimiento esconden diversos aspectos de la historia que no dejan de tener el cuño unilateral de la visión del vencedor. En este sentido, las nociones de encuentro, contacto y choque corrigen un poco ese defecto. Desgraciadamente, es casi imposible evitar el uso de aquellos términos. Un estudio amplio, objetivo y crítico de la cuestión debe partir de los siguientes principios.

1. El hecho básico que precisa ser explicado es cómo cientos de hombres conquistaron y colonizaron millones de personas y kilómetros cuadrados de forma tan fácil y en tan corto tiempo. Hubo causas europeas, pero también causas indígenas.
2. El dominio europeo se sustentó en varias instancias e instituciones y se modificó en la medida en que se registraba el contacto diferencial con las sociedades americanas. Los factores más importantes de ese dominio son: a) materiales (economía, política, coerción, violencia, derecho) y b) simbólicos (ideología, religión, mitología). Así como se registra la contribución forzada, también se comprueba la contribución espontánea a la empresa colombina por parte de un grupo específico de indígenas.
3. Es necesario reconstituir cada proceso de contacto e intercambio de acuerdo con los antecedentes y consecuentes (la colonización continental siguió a la antillana) y su especificidad y no

- vedad (diferenciación entre la colonización en Tierra Firme y en las Antillas, debido al desarrollo diferente de ambas regiones).
4. Identificar los elementos comunes.
 5. No resaltar la historia parcial del español, del indio o del negro, sino el proceso de síntesis en el cual se enfrentan como protagonistas y antagonistas.
 6. Investigar, reflexionar y reconstruir la historia como lo recomienda L. Hanke, con una doble visión que mire por un lado hacia América y, por el otro, al contexto mundial, sin olvidar que Colón es el punto de enlace entre ambos.
 7. Buscar una explicación que supere tanto la visión del vencedor como la del vencido, tal y como lo sugiere el historiador cubano Manuel Moreno Fraginals. En este sentido es obligatorio realizar una lectura crítica de los documentos históricos y, sobre todo, usar la arqueología como una fuente primaria.
 8. En las islas del Caribe, especialmente en Santo Domingo, están las claves para comprender la colonización del continente. El proceso histórico iniciado en Santo Domingo contiene la base estructural del proceso continental. El período colombino es fundamental para comprender la génesis del mundo moderno.
 9. Las dificultades principales para el correcto estudio y la adecuada interpretación del período colombino devienen de la complejidad del proceso, del historicismo estéril que pretende explicar el pasado por el presente y del desconocimiento de la arqueología como una ciencia de igual estatuto heurístico que la historia.
 10. El descubrimiento, conquista y colonización de América no fue un proceso exclusivamente coercitivo o facultativo. La arqueología en el Caribe ha comprobado que, junto con la implementación de prácticas violentas, la integración hispano-indígena fue un proceso común y paralelo desde las postrimerías del siglo xv hasta el final del período colonial. Precisamente, esa combinación de asimilación, división y deculturación selectiva fue la característica básica del contacto inicial indo-hispano en América. Se descarta la explicación de que sólo hubo violencia y coerción en el proceso, y que el objetivo básico, por lo menos del gobierno colombino, fuera el simple exterminio de los indígenas: la población indígena constituía un recurso fundamental para la empresa. Colón dependía de ellos en materia de alimentación, comunicación y fuerza de trabajo. Es preciso no perder de vista la contradicción entre el modelo de factoría portuguesa de Colón y el de la colonización de la Corona española.

Las revueltas, especialmente la de Roldán en 1496, decretaron el fracaso del modelo colombino y la anticipación del modelo Real, aún durante la administración de Colón.

No tratamos de negar o disculpar las atrocidades y violencias cometidas contra los indígenas, ya sea durante el gobierno colombino o posteriormente. En esta parte del continente, a partir de 1492, se registra un mestizaje importante en la medida en que propició la mezcla de las culturas. A pesar de que eventualmente hubo mestizaje sin aculturación y viceversa, lo cierto es que, predominantemente, aconteció un cruzamiento racial y una fusión cultural; se trata de un proceso complejo, problemático y ambiguo en el cual el predominio del blanco nunca fue cuestionado.

Durante los primeros años del contacto, los españoles usaron tres métodos primarios para lograr la cooperación de los indios; primero, la intervención directa en los asuntos políticos de las tribus; segundo, la conversión religiosa y, tercero, las relaciones intermaritales entre españoles e indias. Estos métodos eran ponderados por la tecnología militar superior de los españoles. La suma de esos procedimientos interactivos y mecanismos coercitivos forman la base común de lo que K. Deagan (1983) denomina la tradición cultural hispanoamericana, diferente de la anglosajona.

A pesar de las modificaciones coyunturales y estructurales registradas posteriormente, la colonización española continental fue heredera y continuadora del patrón de contacto y colonización colombinos. La alianza necesaria con una parte de los indios, así como su cristianización, fueron normas implementadas por Cristóbal Colón desde que pisó tierra americana. Sin embargo, el matrimonio mixto entre españoles e indias resultó una respuesta contundente contra su esquema económico y político.

Precisamente, la articulación y combinación de prácticas aculturativas y deculturativas fue la relación biunívoca singular y básica del contacto, aunque no recíprocamente simétrica, entre indios y europeos durante el período colombino. Cuando Cristóbal Colón arriba a Las Antillas, las principales etnias indígenas —taínos, ciguayos, macoriges y caribes— habían creado una extensa red social y parental que cubría todas las islas.

Los españoles se insertaron en la organización y estructura social antillana usando, por un lado, los propios mecanismos tribales y aldeanos y, por el otro, catalizando las contradicciones y fisuras étnico-cacicales. El principio político de dividir para dominar implicaba también dividir para integrar.

El descubrimiento y reconocimiento geográfico de Las Antillas, la construcción del primer fuerte (La Navidad), la primera trifulca entre indios y españoles (en Samaná), la primera villa (La Isabela), la primera ruta interior (al Cibao) y el primer fuerte interior de La Española (Santo Tomás de Jánico) constituyen las unidades físicas y los eventos nodales configurativos del encuentro/choque entre América y Europa. En este complejo paradigmático de villa-camino-fuerte identificamos histórica y arqueológicamente la génesis de la tradición cultural hispanoamericana y aspectos divergentes que fueron rectificadas y enmendadas posteriormente en la colonización continental del Nuevo Mundo.

Por medio de documentos arqueo-históricos podemos analizar la especificidad histórica de los mecanismos y procesos adaptativos usados por Colón en Las Antillas, entre octubre de 1492 y abril de 1496, las contradicciones inter-europeas y la relevancia histórica de los indios, entre quienes se destacan los lucayos y afines, imprescindibles para la empresa colonizadora; especialmente es preciso distinguir el papel del indio don Diego, natural de Guanahani.

EL INDIO LUCAYO DON DIEGO Y LA COLONIZACIÓN DE LA ESPAÑOLA: LENGUA, PARENTESCO Y RELIGIÓN

Las experiencias portuguesas y africanas de Cristóbal Colón fueron un factor decisivo en los inicios del descubrimiento y la colonización de América. Al final de su descripción del 12 de octubre, reveló un propósito singular, aparte del oro, que había aprendido entre los portugueses: capturar las primeras "lenguas" para que sirviesen como intérpretes, guías y pilotos en su inmediata empresa descubridora, pues Luis de Torres y demás intérpretes europeos que habían servido en Guinea (El Mina, África) no entendían la lengua que se hablaba.

Escribió Colón en el *Diario*: "Yo, placiendo a nuestro señor, llevaré el tiempo de mi partida seis a V. A. para que aprendan hablar" (Fernández, 1941: 20). Además de los lucayos, Colón tomó otros indios en Cuba y la Española para que aprendiesen la lengua de Castilla y saber de ellos los secretos de las tierras.

Este procedimiento, que llamamos portugués, es el hilo conductor que permite seguir y explicar el descubrimiento y encuentro entre indios y europeos durante el período colombino.

Las fortificaciones y villas levantadas en La Española no fueron consecuencia de un azar climático ni de la ignorancia o im-

provisación del Almirante, sino parte de un estudio pormenorizado basado en las informaciones geográficas y etnológicas que le aportaban intérpretes y guías aborígenes. En ese sentido, el patrón colombino no sólo fue pionero, sino un modelo continuado por los demás conquistadores.

Por el uso de lenguas o indios intérpretes, en especial el cacique don Diego, capturado el mismo día del descubrimiento, el Almirante completó exitosamente su primer viaje, conoció al regreso, en su segundo viaje, las razones del fracaso del fuerte La Navidad, escogió la orilla oriental del río Bahabonico para el asiento de La Isabela, primera villa en 1493, alcanzó el interior de La Española siguiendo la única ruta indígena entre montañas, desfiladeros y valles, y construyó el fuerte Santo Tomás de Jánico, en 1494, el primero de ese género en la historia de las exploraciones europeas.

En ese complejo villa-camino-fuerte se reflejó básicamente el modelo colombino de asentamiento y colonización y la primera adaptación ambiental por parte de los europeos en tierras americanas. Desde su llegada, los españoles comenzaron a comer casabe y ajos y a utilizar los vocablos indígenas. Ya en el fuerte Santo Tomás podían prescindir de la alimentación europea.

El indio Diego, conocedor de dos o tres lenguas antillanas y fiel acompañante de Colón, fue un factor decisivo en el contacto inicial. Contrariamente a Las Casas, Mártir de Anglería y Fernández de Oviedo, Colón no lo menciona por su nombre indígena, a pesar de que fuera el elemento clave para comprender y explicar su indiscutible éxito marítimo y la facilidad y rapidez de la conquista y colonización de la Española, no obstante las rebeliones indígenas y españolas. El nombre español de este indio pudo ser obtenido por bautizo cristiano o por guatiao. Según esta última modalidad, españoles e indios, como perpetuos amigos y hermanos, trocaban mutuamente sus nombres y personas lo cual era considerado como gran parentesco y como liga de perpetua amistad y confederación (Las Casas, 1965: II, 234). Sabemos que posteriormente otros conquistadores se hicieron guatiao de importantes caciques, como son los casos de Ponce de León con Agüeybaná y Juan de Esquivel con Cotubanamá. Sin dudas, era este un poderoso procedimiento de intervención política y social en una tribu o cacicazgo.

Que este indio fuera identificado específicamente como lucayo (es decir, morador de cayos y pequeñas islas) y no como taino (etnia dominante en Las Antillas), macorix, ciguayo o caribe no es

un dato superfluo. Los lucayos, habitantes de las islas Bahamas, por su cercanía a Yucatan y la Florida habían adoptado la versión del mito tolteca-azteca sobre el fin del mundo o regreso de Quetzalcoatl: descrito el español como "gente del cielo" fue identificado protagonista de aquella cosmogonía.

El sistema de parentesco y sus nociones mítico-religiosas eran instancias dominantes en las sociedades indígenas antillanas desde la península de Paria hasta la Florida. Según Las Casas "casi todo era una manera de religión" (Las Casas, 1965). Por eso la ideología (mítico-religiosa) fue un elemento de gran determinación en el encuentro inicial. La relación dupla y combinada de dominio y coexistencia entre indios y españoles durante el período colombino implicaba inicialmente la integración de grupos indígenas afines al proyecto europeo por la vía cultural y religiosa y, sólo posteriormente, la desarticulación y destrucción de los grupos opuestos por la vía de la conquista y la "justa guerra". De este modo, lengua, parentesco y mitología fueron niveles e instancias indispensables para el dominio europeo, en tanto que la violencia de la conquista fue efectiva a partir de su articulación con la armadura ideológica y parental de las sociedades indígenas.

La colonización interior de La Española fue realizada por Cristóbal Colón al mismo tiempo que fray Ramón Pané recopilaba en su relación la mitología y las creencias mágico-religiosas entre los indios taínos de Maguá (de lengua universal) y los de Macorix (de lengua bárbara y bilingües). Los guías del fraile eran bilingües, como los lucayos, de la religión de nuhürey que también fueron los primeros indios cristianizados de La Española. Los taínos y macoriges fueron las etnias del contacto que alcanzaron el mayor desarrollo cacical, y habían extendido su influencia por todo el Caribe. Los primeros fueron integrados y los segundos destruidos.

El indio don Diego estuvo vinculado con los principales hitos de la historia de La Española desde el contacto (1492) hasta el gobierno del oidor Rodrigo de Figueroa (1519), cuando las sociedades indígenas perdieron sus últimos caciques reconocidos y se desintegró su organización comunal, aldeana y cacical; es decir, inaugura y cierra el período temprano de la historia colonial de América.

Por sus conocimientos geográficos, lingüísticos y etnológicos de la región antillana, su rápido aprendizaje del castellano y su asimilación de las costumbres y creencias europeas fue considerado como un efectivo instrumento por Cristóbal Colón, Nicolás de Ovando y Miguel de Pasamontaes.

La extensa y detallada referencia en las crónicas sobre el indio don Diego permite sostener la tesis arqueológica de la presencia de grupos análogos a los lucayos en La Española y destacar el papel determinante de la lengua, la ideología y el parentesco en el proceso inicial del contacto indo-hispánico de América.

EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO-ETNOLÓGICO

Al llegar a las islas Lucayas, los primeros europeos encontraron una población oriunda de las grandes Antillas, Cuba y Haití, que navegaba de isla en isla pero que, como señalan muchos autores, presenta un grado de producción alfarera menos artístico que el de las grandes Antillas, en el que están los motivos tanto de la cerámica chicoide como de la meillacoide. El poblamiento de las Lucayas o Bahamas debió iniciarse en el siglo x de nuestra era por representantes taínos y macoriges. Como La Española posee los fechados más antiguos para estos dos tipos de expresión arqueológica, no es difícil sospechar que así como Cuba y Jamaica fueron pobladas por macoriges y taínos, también lo fueron las islas que Cristóbal Colón tocara primeramente con sus naos casi seis siglos después de iniciado su poblamiento.

Al momento de la conquista, las Bahamas o Lucayas eran habitadas simultáneamente por gentes marginales de estas culturas y por grupos posiblemente híbridos, generadores de gran parte de las cerámicas que en Cuba y Jamaica han sido denominadas como subtaínas, cuando en realidad son expresiones de una mezcla muy confusa de estilos.

Arqueólogos que han trabajado en Bahamas han considerado que las cerámicas lucayas son expresiones degeneradas de estilos originales de las grandes Antillas. Rouse y Waters han definido con claridad el origen de la cerámica lucaya: los primeros meillacoides y los chicooides más tardíos hicieron viajes desde la Hispaniola hacia las islas Turcas y Caicos, y entraron en el archipiélago de las Bahamas con el propósito de recolectar sal. Hacia el año 1000 DNE colonizaron finalmente este grupo de islas, donde su progreso ha sido trazado por la cerámica palmetto, una degeneración de las series meillacoides y chicooides (1983).

La hibridación de una alfarería es, a nuestro juicio, un interesante índice de que las creencias y formas ideológicas caminaban hacia una posible unificación. En el caso de la alfarería, fabricada por la mujer en más del 95% en las culturas de selva tropical, la evidencia de hibridación significa una posible aceptación de

procesos exogánicos —aceptación de parte y parte de mujeres de la otra tribu - que explicarían por qué los llamados lucayos hablaban varias lenguas (Guerrero y Voloz, 1986).

La historia del primer contacto en las islas Lucayas está sellada pues por el primer lengua utilizado por Colón, el indio don Diego, cuyo nombre aborigen se desconoce. La vinculación de ambos en la empresa europea no es casualidad. La dominación del europeo implicó su indianización.

FUNDACIÓN DE LA ISABELA TESIS CLIMÁTICA VS TESIS ETNOLÓGICA

De acuerdo con una lectura estrecha de *Las Crónicas*, el clima fue el factor determinante en la elección del asiento de La Isabela. Según relata las Casas: "fuéronle los vientos muy contrarios después que salió del puerto de Monte Cristy [...] y no pudo pasar del Puerto de Gracia [que] está cinco o seis leguas del Puerto de Plata [...] Por manera que hubo de tornar atrás tres leguas de allí" (Las Casas, 1965: I, 362). El doctor Chanca, testigo ocular, informó circunstancias parecidas: "Fuenos el tiempo contrario [...] Plugo a nuestro señor que por la contrariedad del tiempo, que no nos dejó ir mas adelante, hobimos de tomar la tierra en el mejor sitio y dispusición que pudieramos escoger [...]" (Fernández, 1941: 186).

A menudo, por una interpretación inadecuada de estas crónicas se ha insistido en considerar que Cristóbal Colón no tenía el tiempo pertinente ni los conocimientos suficientes para escoger un lugar idóneo para la villa. Las enfermedades y la mortalidad de la tripulación que allí desembarcó fortalecieron aún más ese argumento. En la primera semana de enero de 1494, un tercio de la población española había caído enferma, incluido el propio Almirante. Apenas dos años después más de la mitad había muerto o regresado a España.

Existe una controversia desde aquellos tiempos de si el Almirante supo o pudo elegir un lugar adecuado para La Isabela. Los críticos de Colón, en especial los roldanistas, consideraron que fue uno de los peores para instalar una población.

En carta de 1499, Colón escribió a los Reyes:

Allá dijeron que yo había asentado el pueblo en el peor lugar de la isla [...] Decían que morían de sed, decían que este lugar era el más doliente [...] dijeron que no había bastimentos [...] Dijeron que la tierra de La Isabela,

adonde es el asiento, que era muy mala y que no daba trigo [...] De todo esto me acusaban contra toda justicia [...] (Las Casas, 1965: II, 112).

En cambio Colón considera La Isabela el mejor sitio. De ahí que no se harta de dar gracias a Dios por haberle deparado tan hermoso y gracioso lugar para el primer pueblo (*Ibid.*, 68). En carta a los Reyes el 21 de mayo de 1499, dijo que el asiento de La Isabela, a donde fue el comienzo "[...] es el más idóneo lugar y mejor que ninguno otro de la tierra, como se debe creer [...]" (*Ibid.*: 113). El doctor Narciso Alberti Bosch (1915) dice de esta elección que de ella dependió "el fracaso de los colonos y la desgracia de los colonos" (Rodríguez Demorizi, 1977: 318).

La contradicción entre ambas posiciones no excluye que sean el reflejo de dos aspectos verídicos de un problema histórico complejo, en el que interactuaron factores ecológicos y humanos. Es decir, un asunto es la elección estratégica del asiento físico, y otro, el fracaso social y económico de la villa. Esta polémica encuentra su justa dimensión y solución sólo si consideramos como condicionantes los factores climáticos y como determinantes los económicos y etnológicos.

Colón no eligió el asiento sin antes realizar un reconocimiento pormenorizado de sus ventajas físicas y humanas en vista de las informaciones etnológicas y geográficas de los indios que le servían de guías e intérpretes, en especial las del lucayo don Diego.

El fracaso de la villa fue provocado por la contradicción inminente entre el modelo de factoría mercantil que Colón trató de aplicar en La Isabela y otro modelo de colonización al que aspiraban castellanos y aragoneses.

Factores físicos y humanos en la elección

Cristóbal Colón consideró por lo menos seis factores físicos y humanos relevantes en la elección del asiento de La Isabela:

- 1) Río y puerto: Allí donde sale a la mar un río grande y hay un buen puerto (Las Casas, 1965: I, 362).
- 2) Tierra fértil: "Y vido por el río arriba una vega muy graciosa y es tierra fertilisima" (*Ibid.*)
- 3) Agua: "[...] y que del río se podía sacar por acequias que pasasen por dentro del pueblo, y para hacer también en el aceñas" (*Ibid.*)

4) Terreno llano: [...] un llano, que estaba junto a una pena bien aparciada para edificar en ella su fortaleza" (*Ibid.*)

5) Materiales de construcción: "Hobo por allí muy buena piedra de cantería y para hacer cal, y tierra buena para ladrillo y tejas y todos muy buenos materiales" (*Ibid.*)

6) Pueblo de indios: "[...] donde acordó saltar en tierra, en un pueblo de indios que allí había" (*Ibid.*)

De todos, la existencia de asentamientos indígenas proclives a la empresa colonizadora era el factor más importante. La destrucción de La Navidad obligó a Colón a profundizar aún más la alianza y coexistencia con las poblaciones indígenas. En función de su proyecto de poblamiento, de ningún modo podía comenzar construyendo y combatiendo al mismo tiempo. Que las informaciones del lucayo don Diego fueron decisivas en la elección del asiento de La Isabela, es una afirmación que encuentra asidero en la estrecha semejanza entre la cerámica de las islas Lucayas y la del asentamiento de la villa. Esta es una prueba objetiva de la importancia decisiva del contacto indígena inter-isleño siglos antes de la llegada del europeo (Guerrero y Veloz, 1986).

Más que el factor climático, La Isabela fue precedida por el fracaso de La Navidad. Cristóbal Colón estaba convencido, durante el segundo viaje que cualquier fundación española debía reunir por lo menos dos condiciones básicas: una física y ecológica: buen asiento, y otra humana: respaldo de la población indígena ubicada en el asiento. La decisión de Colón no puede considerarse precipitada, pues en La Isabela se conjugaban tres factores que estaban ausentes en La Navidad:

- 1) Puerto costero, seguro y protegido.
- 2) Asiento de rápida comunicación.
- 3) Vía directa hacia el interior (El Cibao).

Colón y los 1 500 hombres del segundo viaje sólo podían conocer esas informaciones a través de las poblaciones indígenas locales o regionales donde aquellos, como el lucayo don Diego, se comunicaban en castellano con los españoles y en lengua aruaca y sus formas dialectales con los indios. La pregunta clave que se impone es: ¿cómo sabía Colón que el pueblo indio que habitaba en La Isabela era diferente al que destruyó La Navidad?

El papel de los lucayos y otros grupos bilingües en el contacto temprano indoeuropeo ha sido muy escasamente tratado. Hemos sostenido la posibilidad de que grupos lucayos hayan tenido un

contacto permanente con las islas de Cuba y La Española. Las Casas nos dice que cada día se comunicaban por sus barquillos de una isla a otra, lo que nos hace pensar en la existencia de una extensa red de parentesco en el control del intercambio de bienes y de mujeres en todas las Antillas Mayores. El recibimiento dado a los españoles en La Isabela fue idéntico al que acostumbraban efectuar los lucayos desde los primeros días del contacto. Según Guillermo Coma, testigo ocular, una gran muchedumbre de indios confluía a diario a la nueva ciudad de La Isabela, para saludar a los españoles, y les daban muestras de honores casi divinos. De Cúneo, otro testigo, relata que los habitantes de la isla iban a verlos y decían que eran hombres de Dios llegados del cielo, "de manera que se comportaban como hermanos" (Vega, 1980: 244). El doctor Chanca afirma que "vienen aquí continuamente muchos indios e caciques con ellos e muchas indias; todos vienen cargados de ages [...]" (Fernández, 1941: 136). A diferencia de otros establecimientos colombinos, La Isabela nunca fue objeto de violencia por parte de los indios. En cambio, fue el lugar donde los españoles cuestionaron unánimemente su gobierno y virreinato.

Arqueología y etnología en La Isabela

A partir de 1970, Veloz y Ortega han reportado, en la costa norte de La Española, la existencia de asentamientos indígenas con cerámicas meillacoides, diferentes de las chicoïdes. En 1939, Irving Rouse había considerado los primeros como grupos subtaïnos y los segundos como taïnos históricos.

Ambos eran los grupos básicos que habitaban las Antillas en el momento del contacto con el europeo. En 1980, los primeros autores identificaron los términos arqueológicos con los etnológicos o históricos: los meillacoides son los macoriges y los chicoïdes son los taïnos. Los macoriges y los taïnos no sólo eran etnias diferentes, también ocupaban territorios diferentes en sus orígenes.

Pané y Las Casas reportaron tres lenguas en La Española: la taïna o universal y dos de los macoriges o bárbaras. La arqueología, por su parte, ha encontrado diferencias en aspectos alfareros y ergológicos —objetos de la supra estructura—, como acontece con el trigonolito —deidad de la yuca y el mar—, que siendo común en los yacimientos chicoïdes no aparece en los meillacoides.

Esta incompatibilidad inicial entre ambas series arqueológicas habiase diluido en parte hacia el momento del contacto. Bajo el predominio de los chicoïdes, emergieron grupos híbridos que

compartían características de ambos asentamientos. Sin embargo, algunos grupos meillacoides puros sobrevivieron hasta la llegada de los españoles.

La población indígena que participó del contacto se relaciona arqueológicamente con estas tres series: chicooides, meillacoides e híbridos. Ejemplos de estos últimos serían los lucayos de Bahamas y los naborías y los bilingües de Nuhirey, en La Española, pues compartían no sólo el bilingüismo sino también su asimilación a los grupos cacicales taínos.

En las investigaciones arqueo-históricas de La Isabela (1983-86), Luna Calderón y José Guerrero localizaron las osamentas del cementerio de la villa, que incluía indígenas y españoles enterrados a la manera cristiana y las primeras mujeres blancas traídas al Nuevo Mundo, antes de la licencia real.

Dicho cementerio, no reportado por las *Crónicas* fue ubicado en un montículo correspondiente a un asentamiento indígena. En realidad, en el área de La Isabela y sus contornos existía no un poblado de indios, sino varios y diferentes, desde casi 400 años antes de la llegada de Colón al lugar. Dentro del perímetro urbano aparece cerámica chicoide y meillacoide, mezcladas en un mismo nivel estratigráfico (Guerrero, 1986). En las afueras y al este de la villa, Veloz Maggiolo localizó dos yacimientos: Perenal, con cerámica meillacoide en niveles profundos y mezcla con chicoide en los superiores y uno fechado de 1440 DC y Bahabonico, con materiales chicooides y presencia de fragmentos de cristal y alfarería hispana. Estos asentamientos poseen precisas referencias en las crónicas. El primero, ubicado dentro de la villa, era el "pueblo de indios que junto allí había" descrito por Las Casas y Chanca. Los otros son los descritos por Hernando Colón "a un tiro de ballesta de la corriente del río" y por De Cúneo a "una y dos leguas" (Vega, 1983: 244).

La mezcla y combinación de motivos decorativos meillacoides y chicooides es común en las cerámicas de La Isabela y las de Palmetto, McKay y otros asentamientos de las Bahamas. Si los lucayos eran conformados por clanes de ambas etnias —macoriges y taínos— la expansión clánica se realizó desde el centro de la isla de Haití o La Española hacia las demás Antillas. Al momento del

contacto indo-hispánico, la relación étnico-parental en las Antillas habíase profundizado y extendido con el predominio de los taínos. Los otros grupos mantenían una doble relación con ellos: por un lado, la mayoría procuraba tainizarse y, por el otro, algunos grupos no asimilados se mantenían en un esquema sin hibridaciones. Los primeros colaboraron con Colón; los segundos, le resistieron.

Las formas y vías de la tainización eran el matrimonio, los servicios domésticos y el rapto de mujeres. Los españoles roldanistas que no pudieron regresar a España, para resistir el modelo colombino al abandonar La Isabela, utilizaron idénticos mecanismos indígenas "teniendo cada uno las mujeres que quería, tomadas por la fuerza o por grado a sus maridos" (Las Casas, 1965).

Tanto Colón como otros conquistadores trataron también de dominar tribus y cacicazgos por la vía parental y religiosa. Colón se sentía tan seguro en La Isabela, que le expresó a los Reyes que "como se debe creer, pues Nuestro Señor me llevó allí milagrosamente, que fue que no pude ir atrás ni adelante con las naos [...]" (Las Casas, 1965: II, 113).

BIBLIOGRAFÍA

- Cassá, Roberto (1974): *Los Tainos de La Española*. Santo Domingo, Alfa y Omega.
- CDI-RAI (1864): *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas*. Madrid, Archivo Real de Indias, Quirós.
- Deagan, Kathleen (1983): *Spanish St. Augustine. The archaeology of colonial creole community*. New York, Academic Press.
- Guerrero, José y Veloz Maggiolo, Marcio (1986): *Los inicios de la colonización en América. La arqueología como Historia*. Santo Domingo, Editorial Taller.
- Las Casas, Bartolomé (1965): *Historia de las Indias*. México, FCE.
- Vega, Bernardo (1980): *Los cacicazgos de La Española*. Santo Domingo, Amigo del Hogar.
- _____ (1983): "De los descubrimientos LXV. Miguel de Cúneo" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* No. 18. Santo Domingo.
- Veloz Maggiolo, Marcio et al. (1981): *Los modos de vida meillacoides y sus posibles orígenes*. Santo Domingo, Taller.
- Fernández Navarrete (1941): *El Diario de Colón*.
- Rodríguez Demorizi, Emilio (1971): *Los dominicos y las encomiendas de indios de la isla Española*. Santo Domingo, Editorial El Caribe.
- Rouse, I. A. y B. Waters (1983): "Environmental diversity and maritime adaptations" en *Paper to Annual Meeting of the Society for American Archaeology*, Pennsylvania.

'Este texto forma parte de uno mayor que no reproducimos totalmente por razones de espacio.

LA HUELLA AFRICANA EN EL AJUAR DEL CIMARRÓN: UNA CONTRIBUCIÓN ARQUEOLÓGICA

GABINO LA ROSA CORZO



La industria de la cerámica, tal como se denomina en la arqueología la fabricación de útiles de barro cocido, se inició en Cuba con los primeros grupos aborígenes de origen aruaco (taínos) que comenzaron a penetrar en la isla algunos siglos antes que los conquistadores europeos, si bien no se descarta la posibilidad de que grupos de pescadores-recolectores (ciboneyes) dieran sus primeros pasos en este terreno.

La cerámica aborígen se caracterizó, en lo fundamental, por el uso del acordelado para la fabricación de los útiles y la cocción a fuego abierto. Al mismo tiempo, una parte de la producción era artísticamente decorada con motivos inspirados en la mitología.

Con el arribo de los primeros colonizadores y la creación de pueblos y haciendas bajo la bandera española, las tradiciones ceramistas aborígenes se fueron abandonando, pues los colonizadores introdujeron en esta industria técnicas más desarrolladas, tales como la fabricación de tornos y el uso del horno cerrado, con lo cual la producción de cerámica se dirigió principalmente a la satisfacción de las necesidades de las viviendas y las haciendas coloniales.

Sin embargo, como resultado del régimen socio-económico implantado, los descendientes de aborígenes se ocuparon siempre de los trabajos más duros y pesados, mientras que los colonizadores se dedicaron a actividades más "nobles", tales como la conquista, la guerra y la administración.

La artesanía era importada o producida en tejares en los que al principio la fuerza de trabajo aborígen era fundamental. Así, en Cuba se vio desde los inicios del siglo XVI a grupos de descendientes de aborígenes que se especializaron en la fabricación de útiles de cerámica, tal como ocurrió en el poblado de Guanabacoa, al este de La Habana, el que adquirió notoriedad desde fecha muy temprana por la fabricación y venta de artículos de barro cocido.

Esta producción ceramista reflejó el proceso de transculturación que tuvo lugar en aquellos años; en gran medida continuaron utilizando el acordelado, pues se carecía de tornos, pero pronto

aprendieron las ventajas de la cocción en hornos cerrados, mediante la cual sometían las piezas a más altas temperaturas y obtenían útiles más resistentes.

Por otra parte, dejaron de decorar las vasijas con motivos inspirados en su mitología —les fue prohibido—, a lo que se sumó que la demanda del mercado insistía en el carácter utilitario de los recipientes, pues su destino era la satisfacción de las necesidades domésticas de la vivienda colonial, y además los propios artesanos se habían readaptado en gran medida a la religión oficial del conquistador.

Este es el motivo por el cual en gran parte de los sitios arqueológicos de Cuba que datan de los primeros siglos de la colonización, resultan frecuentes los hallazgos de grandes lotes de restos de vasijas en los que se descubren componentes españoles y aborígenes. Sobre esta base, y como resultado de amplios estudios, la arqueóloga L. Domínguez (1980) propuso que las muestras tempranas provenientes de sitios de Cuba con estas características fuesen clasificadas dentro de un nuevo tipo denominado transcultural. La propuesta se fundamentó en: a) la mayoría de estas vasijas no fueron elaboradas en torno; b) fueron cocidas en horno cerrado; c) casi siempre se trata de recipientes de mayor tamaño que las aborígenes y d) su acabado es diferente y en ocasiones presentan asas (elemento en el que se repiten soluciones a veces aborígenes y a veces españolas).

En relación con el tamaño del nuevo tipo propuesto por L. Domínguez, es válido subrayar que se trata de la observación de una tendencia dentro de diferentes colecciones y en modo alguno tiene carácter absoluto, por cuanto en la arqueología de Cuba se conocen ejemplos de vasijas aborígenes de grandes dimensiones. En sentido general, la cerámica denominada transcultural demuestra representar más una producción socializada que familiar.

En el resto de América se produjo un proceso en cierta medida similar; se localizan tiestos coloniales de fabricación local con soluciones técnicas basadas en el desarrollo de las industrias de las metrópolis y los recursos de las colonias, para los cuales la arqueología

de habla inglesa acuñó el término *colono ware* (cerámica colonial) (Noel Hume, 1962; Ferguson, 1977; Deagan, 1987: 103).

El reconocimiento de este tipo de cerámica en la arqueología norteamericana no sólo registró el proceso de intercambio entre aborígenes y colonos, sino también de los colonos con los esclavos de origen africano. En especial Ferguson (1980) hizo hincapié en este múltiple proceso —englobaba bajo el término *colono ware* a toda la cerámica producida en las colonias con experiencias aborígenes, africanas y de las metrópolis respectivas. Colecciones de cerámica afines a este tipo han sido estudiadas en Barbados, Jamaica, St. Kitts, St. Thomas, St. John, St. Vincent, St. Martin, Antigua y Carolina del Sur (Wheaton *et al.*, 1983: 225), y más recientemente en La Española (Deagan y Cruxent, 1993).

Para igual fin, en Cuba, a partir de la propuesta citada, la categoría de cerámica transcultural se adscribió a esta producción alfarera que tomó como base sólo el estudio de dos de las vertientes: la aborígen y la española. Sin embargo, de manera reiterada, en algunos sitios arqueológicos asociados con esclavos africanos o cimarrones, se hallaba una cerámica muy parecida a la clasificada como transcultural, por lo que durante muchos años se le tomó por la misma.

Los fragmentos y vasijas colectados en esos lugares no constituían una muestra suficientemente numerosa para justificar un estudio particular y, por otro lado, era una cuestión muy específica que no había llamado aún la atención de los arqueólogos, a lo que se

suma el hecho de que los estudios acerca de la esclavitud y la resistencia esclava en Cuba habían utilizado muy poco los recursos de la arqueología.

Recientemente, el autor colectó algunos tiestos, esta última variante en sitios del Pan de Matanzas, la Cueva del Tambor, la Sierra del Grillo y en la Cueva de la Caja, en la loma Palenque, en las alturas Habana-Matanzas, y Eladio Elso, en una cueva de Punta de la Sierra en Pinar del Río, un ejemplar de gran tamaño (Fig. 1).

En todos los casos, estas evidencias aparecieron en lugares de difícil acceso y asociadas al ajuar cimarrón, tales como ma-



Fig. 1. Olla de gran tamaño elaborada sin el recurso del torno y cocida a fuego abierto. Procede de Punta de la Sierra, Pinar del Río.

chetes calabozo, cuchillos, trébedes (ollas de hierro colado), hormas de barro, pipas rústicas y restos de cerdos, vacas y aves de corral. En el caso que nos ocupa, y a diferencia de los estudios citados, se trata de útiles de cerámica sobre los que se argumentará fueron fabricados por cimarrones.

En el caso de las pipas rústicas, más conocidas como cachimbas, son trestos que en Cuba, incuestionablemente, se vinculan a los cimarrones, sobre todo cuando su hallazgo se produce en parajes deshabitados y de difícil acceso. Pero estas tampoco habían sido objeto de estudio particular, a pesar de que existe un buen número de ellas localizadas en diferentes regiones del país, principalmente en las zonas montañosas de Pinar del Río y las alturas Habana-Matanzas, zona de la isla en la que tuvo su más alta expresión la plantación esclavista y la resistencia esclava adquirió ribetes muy agudos (Fig. 2).

En otros territorios del Caribe, como es el caso de República Dominicana, se ha reportado el hallazgo de este tipo de evidencias en contextos cimarrones (Arrom y Arévalo, 1986: 50).

Pero volviendo a los contenedores de cerámica localizados en sitios de cimarrones y que no se corresponden con utensilios propiamente coloniales —no son importados, ni fabricados en tejaros coloniales—, por cuanto no fueron hechos en torno ni cocidos en hornos cerrados, y a su vez se diferencian de los clasificados como transculturales. La muestra más importante colectada hasta el presente procede del sitio denominado Cimarrón 5, en las elevaciones más occidentales de las alturas Habana-Matanzas. Del referido lugar se extrajeron, mediante excavaciones controladas, 129 fragmentos que corresponden a once vasijas diferentes, de las cuales dos eran platos y nueve recipientes para cocer alimentos. De estos últimos, dos tenían decoraciones.

Dada su importancia, se tomaron muestras de los diferentes trestos y se sometieron a análisis en el laboratorio del Centro de Antropología de La Habana. La especialista Irina Jouravleva tuvo a su cargo el análisis tecnológico de la muestra, que consistió en el estudio de labores de la superficie (alisado, pulido y vidriado), de labores de recubrimiento (engobe, enjuague y espatulado),

composición mineralógica del desgrasante y calidad de la pasta y de la cocción.

Los análisis se efectuaron sobre la base de láminas delgadas, con la ayuda del microscopio de luz polarizada y dieron por resultado la existencia de una industria cerámica diferente a la aborigen, a la colonial o española y a la clasificada como transcultural; se comprobó que el torno no se usó en ninguno de los ejemplares, la cocción, aunque a veces buena, no fue en horno cerrado, el barro trabajado carece de la calidad que distingue a las piezas de importación o elaborada en tejaros coloniales, el tamaño de estas resultó más reducido que el de la denominada transcultural, con excepción del ejemplar procedente de Punta de la Sierra, en

Pinar del Río, con 30 cm de diámetro. En cuanto a la forma, se repiten dos vasijas similares a las españolas (platos), una se parece a las ollas aborígenes, otra tiene forma de caldera tubular, mientras que las restantes tienen una forma intermedia entre la olla y la caldera y recuerdan los cuencos aborígenes. En relación con el tamaño de las vasijas debe subrayarse que las dimensiones de este tipo de útiles está en correspondencia con la calidad de la pasta utilizada, si esta última es deficiente no se pueden elaborar vasijas grandes, cuestión a la que se suma el carácter socializado o familiar del uso del recipiente.

El sitio Cimarrón 5 es una pequeña cueva cuyo espacio habitable no podía dar abrigo a más de cinco o siete individuos, cuestión que se corresponde con el resto de las evidencias tales como armas y herramientas, así como los restos dietarios que están siendo objeto de estudio particular. El reducido tamaño de las vasijas, quizás esté relacionado con la cuestión del espacio habitable, junto al factor tecnológico.

En lo referente al tratamiento de la superficie, puede decirse que difiere del que se aprecia en la cerámica denominada transcultural y de todos los restantes conocidos de la época, y tampoco se detectó la presencia de asas. También, y como un elemento de mucho peso, en las vasijas y cachimbas sometidas a estudio se comprobó la presencia de decoraciones que en su conjunto no guardan relación con las que caracterizan la cerámica de la etapa colonial en general.

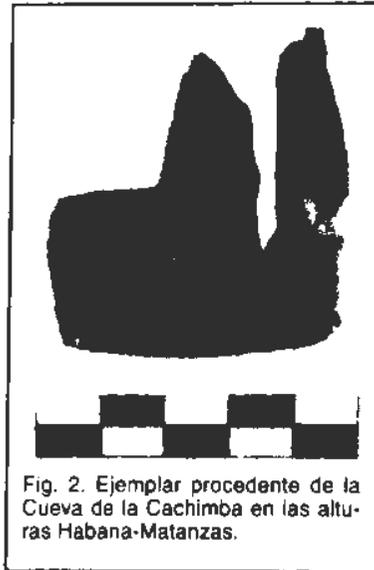


Fig. 2. Ejemplar procedente de la Cueva de la Cachimba en las alturas Habana-Matanzas.

Un primer nivel estuvo representado por dos vasijas. La primera, una pequeña caldera tubular de paredes irregulares muy gruesas (hasta 17 mm en algunas partes), 14 cm de diámetro y 7 de altura, de pasta homogénea, roca triturada como desgrasante y pequeñas concentraciones de hierro como resultado de la adición de hematita y una buena cocción; sin embargo, la vasija desprende fragmentos de solo tocarse, debido al uso de arcilla no plástica. (Fig. 3 A). El otro recipiente es de similar técnica, 5 mm de grueso y 23 cm de diámetro, pero los fragmentos sometidos a análisis se deshicieron por la mala calidad del producto, lo que puede estar relacionado con una deficiente preparación de la pasta, la calidad de la materia prima, el régimen de cocción, o los tres elementos a la vez (Fig. 3 B). Estos ejemplares correspondieron a la capa más profunda de la excavación practicada en el fogón del escondite, 0,20-0,30 m de profundidad.

Otro nivel o momento de elaboración estuvo representado por dos vasijas. La primera de ellas, de paredes casi rectas y borde simple, 7 mm de grueso y 16 cm de diámetro. Se trata de una pieza pulida de superficie irregular, cuya pasta se elaboró con arcilla no plástica, de alto contenido de hierro y partículas de arena, por lo que resultó muy frágil, aunque la cocción fue buena (Fig. 3 C). El segundo ejemplar, también elaborado en una arcilla de alto contenido de hierro, contó con desgrasante bien seleccionado a base de plagioclasa y cuarzo. El grueso de sus paredes alcanzó los 6 mm y el diámetro los 20 cm. Aunque la pasta es fina, no estuvo bien preparada. En estos casos, se trata de recipientes elaborados por personas conocedoras de los principios elementales de la industria, pero que carecieron de las materias primas apropiadas y seguramente del tiempo y las condiciones necesarias para el adecuado tratamiento de la pasta (Fig. 3 D). Estos dos últimos ejemplares fueron colectados en el nivel 0,10-0,20 m de la excavación en el área del fogón.

El ejemplar de mejor factura correspondió también a una vasija de paredes de 7 mm de grueso y 22 cm de diámetro, con la superficie alisada y al parecer un intento de espatulado bastante grueso con el objetivo de darle mayor fuerza. El desgrasante fue plagioclasa y roca triturada. Se colectó en el nivel 0,00-0,10 m (Fig. 3 E).

Uno de los platos (Fig. 3 F) fue cocido a temperatura muy baja y la pasta es heterogénea. Aunque el nivel tecnológico es bajo, presenta un buen trabajo de la superficie y uso de la hematita amorfa como diluyente, todo lo cual demuestra que los fabricantes eran conocedores de la industria. Su diámetro es de 14 cm y el grueso 4 mm.

El ejemplar correspondiente a Punta de la Sierra, en Pinar del Río, tiene alto contenido de materia orgánica en la pasta, la cocción fue deficiente, no presenta desgrasante añadido a propósito, aunque la arcilla contenía minerales meteorizados. Una vez más, el fabricante era conocedor y carecía de recursos y condiciones.

En todos los casos estudiados se comprobó que los recipientes fueron sometidos de forma reiterada al fuego directo para la cocción de alimentos. Es claro que las gruesas capas de hollín que cubren los exteriores de los mismos se

conservaron gracias a la deposición de los tuestos en áreas protegidas de la intemperie. El no uso de tornos ni de hornos cerrados en toda la muestra estudiada demuestra que se trata de recipientes no elaborados en los tejares de las plantaciones esclavistas.

Con independencia de los contextos en que estos tuestos fueron localizados, es necesario acotar algunas consideraciones acerca de las posibilidades que los esclavos africanos introducidos en la isla tenían para fabricar útiles de cerámica, por cuanto es un aspecto no abordado con anterioridad en estudios de este tipo en Cuba, y existe cierto grado de incertidumbre al respecto en de una arqueología que ha prestado poca atención a estas cuestiones.

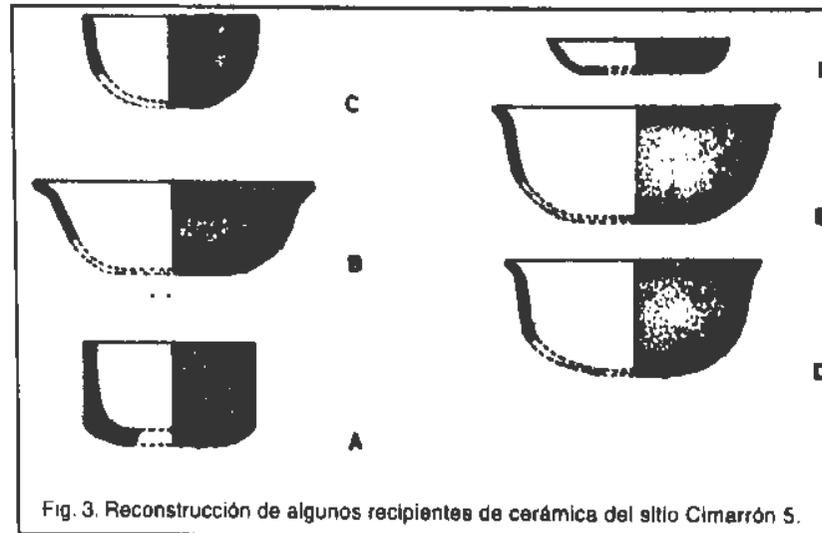


Fig. 3. Reconstrucción de algunos recipientes de cerámica del sitio Cimarrón 5.

Estos esclavos provenían de diferentes sociedades y tribus, con niveles desiguales de desarrollo. Es bien conocido que existieron grupos como los yorubas, que fueron grandes artifices y trabajaron el hierro, el bronce y sabían fundir, forjar, templar y soldar metales y, a su vez, elaboraban útiles de cerámica con gran destreza, aunque otros grupos culturales no conocían estas industrias. En las regiones de Angola los hallazgos de cerámica arqueológica remontan la invención de la misma a muchos siglos antes que los africanos fueran trasladados masivamente a América (De Oliveira, 1974), mientras que en la región de Zaire se reportan hallazgos con fechados entre el 390 y el 160 ANE (Van Noten, 1980: 638) y M. Posnansky (1980: 147), arqueólogo del Reino Unido, asegura que el neolítico en África subsahariana, en general, culminó alrededor del 1000 ANE.

Por otro lado, un viajero que a fines del siglo XIX visitó diferentes regiones africanas, aseveró que en el Congo muchas tribus vivían del comercio de útiles de cerámica (Westmark, 1888: 321) y D. Forde (1965:188), estudioso de las culturas tradicionales afirma que los yorubas fabricaban útiles de cerámica mediante la técnica del acordelado, o sea, no usaban el torno y la cocción la hacían a fuego abierto, por lo que sus artículos no eran de alta calidad.

Por lo tanto, es necesario convenir en que muchos de los africanos introducidos en el Nuevo Mundo eran portadores de tradiciones alfareras, por lo cual existió la posibilidad de que en determinadas circunstancias, como lo pudo ser la estancia en un refugio o palenque, y en respuesta a necesidades de la vida cotidiana del grupo, se utilizara este recurso, tal y como se ha podido comprobar por medio de la arqueología en plantaciones al sur de los Estados Unidos.

Tampoco puede desdeñarse el hecho de que en ocasiones en Cuba los esclavos trabajaron en tejares de las plantaciones, lo que pudo contribuir al desarrollo y mantenimiento de habilidades y conocimientos en esta esfera. Pero donde se pueden despejar todas las posibles dudas acerca de las habilidades ceramistas de los africanos esclavizados es en lo referente a las cachimbas.

Como es reconocido por numerosos investigadores del pasado africano (Laufer y Hambly, 1930), el tabaco fue introducido en

ese continente por los colonizadores y tratantes portugueses a partir del siglo XVI; se extendió con rapidez, y pronto muchas tribus se habituaron a su consumo, preferentemente mediante el uso de pipas.

Al ser trasladados al Nuevo Mundo, los africanos que no tenían este hábito, muy pronto lo adquirieron, según testimonios de los primeros momentos de la colonización europea. Al respecto, Fernández de Oviedo afirma en su *Historia general y natural de las Indias* (1959: 117): "al presente, muchos negros [...] han tomado la misma costumbre, e crían en las haciendas [...] estas hierbas [...] y toman las mismas ahumaradas o tabacos, porque dicen que cuando [...] toman el tabaco, se les quita el cansancio".

Con los avances de la plantación esclavista, y quizás como parte de los procesos discriminatorios de un régimen económico que se fundamentó en la explotación de la fuerza de trabajo del africano, en Cuba, fumar en pipa se consideró una costumbre vulgar, propia de esclavos, marineros y truhanes, lo cual fue registrado en diferentes testimonios de la época.

E. Pichardo, profundo conocedor de las tradiciones cubanas, afirmó desde 1830 que los españoles y franceses preferían sorber el tabaco por la nariz; holandeses e ingleses lo mascaban y el turco lo consumía en pipas, mientras "el africano, el infeliz esclavo encuentra algún solaz en su cachimba, y todos le fuman" (1985: 565). Según él, el vocablo cachimba era el que se daba a la "pipa ordinaria de fumar que usan los negros del campo" (*Ibid.*: 117).

Estas observaciones de Pichardo son suficientemente reveladoras de cómo el hábito de fumar en pipa era propio de los esclavos. Muchos otros testimonios lo corroboran. Un ejemplo de mucho valor se tiene en la anotación que hiciera en 1842 el teniente Leandro Mergarez en el diario de operaciones de la partida de militares y rancheadores que él comandaba contra cimarrones y apalencados en la Sierra Maestra, cuyo manuscrito original se localiza en el Archivo Nacional de Cuba:

[...] encontramos un punto en que había habido candela, lo que me acabó de convencer por ser ceniza fresca como de seis u ocho días, más al reconocerla se halló un cigarro



Fig. 4. Cachimba rústica procedente del basurero de las ruinas del Cafetal Angerona, La Habana.

de papel y puntas de otro fumados, por lo que el práctico me aseguró no ser de negros los que ni tienen papel ni fuman más que en cachimbas" (ANC: ME, 7531).

Estas son las razones históricas que explican el hecho de que las pipas ordinarias de fumar, conocidas como cachimbas, sean evidencias casi siempre presentes en los sitios arqueológicos asociados con esclavos o cimarrones —constituyen uno de los elementos más importantes de la cultura material de estos refugios o asentamientos— y, a su vez, portadoras de códigos africanos.

Es cierto que en algunos refugios de cimarrones se han coleccionado no sólo las llamadas cachimbas, sino también las pipas de fumar de elaboración industrial, o sea, ejemplares extranjeros introducidos por el comercio. Como es fácil suponer, a estos artefactos también tenía acceso el esclavo en las haciendas, lo que explica su presencia en los inaccesibles escondites del cimarrón. En estos casos, los ejemplos sólo se pueden tomar como testimonios del hábito de fumar en pipa.

En cambio, las cachimbas rústicas ponen de relieve otras dos cuestiones de interés, en primer lugar el hecho de que los esclavos de Cuba las fabricaran, en algunos casos en las propias haciendas, tal como parecen atestiguarlo varios hallazgos de estos artefactos en los basureros y barracones de plantaciones esclavistas. El ejemplar de la figura 4 fue coleccionado por E. Alonso en el Cafetal Angerona, en Artemisa, La Habana; sin embargo, la presencia de muchos otros en refugios y palenques de cimarrones son testimonio de su fabricación en el lugar, sobre todo en los casos de ejemplares cuya tecnología así lo demuestra.

En numerosos diarios de rancheadores se registra la existencia de siembra de tabaco en palenques. Tal es el caso del palenque Kalunga, asaltado en el año 1848 en las Cuchillas del Toa, región oriental de Cuba (La Rosa, 1991). Los artesanos de estas cachimbas conocían la industria primitiva de la cerámica, los pasos necesarios para la elaboración de útiles de barro cocido. La selección de la materia prima, la

adición de desgrasante, tratamientos para mejorar el producto y otros procedimientos así lo atestiguan. La cocción a fuego abierto de muchos de estos artefactos demuestran su fabricación rudimentaria, fuera de las plantaciones y los tejares que sí contaban con hornos.

Si bien algunas de estas habilidades las pudo adquirir el esclavo en la plantación, resulta incuestionable que era portador de tradiciones culturales que le permitieron la explotación de esta industria, aunque en niveles bajos y poco generalizada. Uno de los elementos de mucho peso a favor de las consideraciones hasta aquí expuestas, se tiene en las decoraciones con las que fueron dotados algunos de los artefactos estudiados. Algunas ollas y cachimbas no presentan decoraciones, dado el carácter marcadamente utilitario de estas piezas; sin embargo, otras acreditan el interés por producir objetos con cierto gusto estético y registran las tradiciones de la artesanía africana.

Las decoraciones expresan los recursos más simples del diseño de artefactos de cerámica, predominan las incisiones y el punteado, combinados en diferentes formas. Incisiones paralelas y oblicuas se alternan en paneles separados por incisiones horizontales, semejantes a las denominadas decoraciones de peinado en zigzag y decoración achurada zonada (Meggers y Evans, 1977) (Fig. 5, A y B); incisiones gruesas y profundas paralelas al borde del hornillo (C); punteado en bandas paralelas al borde (D); inciso estrellado (E); incisos en zigzag (F); líneas excisas o en bajo relieve paralelas en zigzag (G); líneas paralelas en bajo relieve en diferentes direcciones (H), e incisiones paralelas onduladas que se cruzan (Fig. 6).

En su mayoría estas decoraciones son poco usuales en la cerámica aborigen de Cuba y algunas de ellas no han sido registradas, este es el caso de la figura 6; tampoco en la colonial o en la denominada transcultural (aborigen-hispana) abundan ejemplos similares. En cambio, algunos de ellas son comunes en artefactos de África. También, como recursos decorativos, se corresponden con las primeras etapas de la industria ceramista.

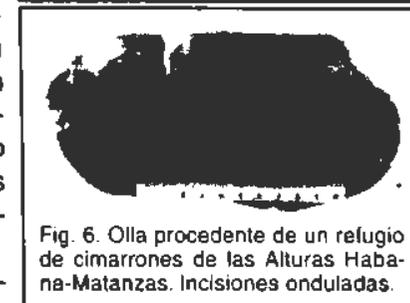


Fig. 6. Olla procedente de un refugio de cimarrones de las Alturas Habana-Matanzas. Incisiones onduladas.

Por último, la asociación de estos artefactos de cerámica, con tenedores y cachimbos, con restos dietarios y de otros útiles propios del cimarrón, que se ubican cronológicamente a finales del siglo XVIII y buena parte del siglo XIX, colectados en fogones rústicos en lugares de difícil acceso, constituyen el conjunto de indicadores arqueológicos complejos que caracterizan los sitios arqueológicos de resistencia esclava.

BIBLIOGRAFÍA

Archivo Nacional de Cuba. Miscelánea de expedientes.

Arrom, J. J. y M. A. García Arévalo (1986): *Cimarrón*. República Dominicana, Fundación García-Arévalo.

Deagan, K. (1987): *Artifacts of Spanish Colonies of Florida and The Caribbean 1500-1800*. Washington DC, Smithsonian Institution Press.

_____ y J. M. Cruzent (1993): "From contact to criollos: The Archaeology of Spanish Colonization in Hispaniola", en *Proceedings of the British Academy* Edited Warwick Bray, No. 81.

Domínguez, L. (1980): "Cerámica transcultural en el sitio colonial Casa de la Obrapia" *Cuba arqueológica*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2: 15-26.

Ferguson, L. (1977): Looking for the "Afro" in colono-indian pottery. Conference on historic site. Columbia, Archaeology Papers, 12: 68-86.

_____ (1980): *The "Afro" in colono-Indians pottery. Archaeological perspectives on ethnicity in America*, New York, Edited by R. Schuyler, Farmingdale.

De Oliveira, U. M. (1974): "Breve introdução a Pré-história de Angola". en *Revista de Guimarães*. Portugal, Sociedade Martins Sarmiento.

Forde, C. D. (1965): *Habitat, economía y sociedad: introducción geográfica a la etnología*. Barcelona, Ediciones Oikos-Tau.

Fernández de Oviedo, G. (1959): *Historia general y natural de las Indias*. Paraguay, Editorial Guaranía.

La Rosa, G. (1991): *Los palenques del oriente de Cuba, resistencia y acoso*. La Habana, Editorial Academia.

Laufer, B. y W. Hambly (1930): *Tobacco and its use in Africa*. Chicago, Field Museum in Natural History.

Meggers, B. y C. Evans (1977): "Las tierras bajas de Suramérica y las Antillas". *Revista de la Universidad Católica*, Quito, Ecuador, V. 17.

Noel Hume, I. (1962): "An indian ware of the colonial period" en *Quarterly Bulletin of the Archaeological Society of Virginia*. No.17.

Pichardo, E. (1985): *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.

Posnansky, M. (1980): "Introdução ao fim da Pré-História na África subsahariana", en *Historie Generale de L'Africa*. Paris, UNESCO.

Van Noten, F. (180): "A Africa central", en *Historie Generale de L'Afrique*. Paris, UNESCO.

Westmark, T. (1888): "El Congo", en *África pintoresca*. Barcelona, Montaner y Simón editores.

Wheaton, T., A. Friedlander y P. H. Garrow (1983): *Youghan and Curriboo Plantations: studies in Afro-American Archaeology*. Georgia, Charleston District of the U. S. Army Corps of Engineer.



Pioneros de la arqueología caribeña

ADOLFO DE HOSTOS Y AYALA

SUS APORTES A LA ARQUEOLOGÍA CARIBEÑA

MANUEL RIVERO DE LA CALLE



Sin lugar a dudas, una de las figuras más interesantes, pero al mismo tiempo menos conocida de la arqueología antillana, fue Adolfo de Hostos y Ayala, hijo del célebre patricio puertorriqueño Eugenio María de Hostos y de la cubana Belinda Ayala. Nació en Santo Domingo, República Dominicana, el 8 de enero de 1887. Falleció en San Juan de Puerto Rico, en 1982. Hizo sus primeros estudios en el Liceo de Amanátegui, en Santiago de Chile y en el South Jersey Institute, Bidgetown, New Jersey, Estados Unidos de Norteamérica. En la República Dominicana se graduó de maestro en la Escuela Normal y posteriormente ganó por oposición una beca de la American School of Prehistoric Studies en Francia, donde amplió sus conocimientos de estas disciplinas. Entre 1915 y 1919, en Puerto Rico, tuvo una vida militar activa y desempeñó cargos tales como: ayudante militar del gobierno de la isla, comandante interino, miembro de la junta examinadora de soldados del departamento militar del canal de Panamá, y realizó el reconocimiento topográfico de una porción de dicha instalación.

Se inició con pasión en los estudios arqueológicos al trabajar unos terrenos que poseía en Boca Chica, localidad cercana a la ciudad de Santo Domingo, justamente la que años más tarde, con el desarrollo de la nomenclatura y estudios arqueológicos, daría origen a la denominación cultura chicoide o taína, por las significativas e importantes piezas encontradas en la zona.

Sus primeros ensayos arqueológicos partieron de las investigaciones que realizara en su propia colección, ya que debía "empezar a cumplir la promesa que hiciera a mamá de que no me contentaría con amontonar cosas como una urraca [...]". Así, redactó varios ensayos basados en las migraciones prehistóricas antillanas, sobre el arte prehistórico de la región, sobre los cemies y collares de piedra, y en general sobre el arte precolombino de su país. La mayor parte de estas investigaciones fueron publicadas en el *American Anthropologist*, en el *Journal* de la Real Sociedad Antropológica de Gran Bretaña e Irlanda y en el de la Sociedad Americana de Óptica Fisiológica.

La falta de sociedades puertorriqueñas interesadas en la publicación de estudios de esta índole me hizo recurrir a los extranjeros, lo que me obligó a escribir en inglés, privándome así de la oportunidad de adquirir agilidad en el manejo de mi propio idioma como vínculo de temas científicos [...] Fue así como mis ensayos arqueológicos fueron conocidos fuera del país.

Algunos de estos importantes ensayos fueron recogidos en su obra *Anthropological Papers*, publicada en San Juan, en 1941.

Por el interés que tiene este libro para los arqueólogos caribeños haremos referencia a algunos de sus contenidos:

1. Cerámica prehistórica de Puerto Rico.
2. Notas sobre la hidrografía de las Antillas en relación con las migraciones prehistóricas.
3. Grabados antropomorfos de las grandes Antillas.
4. El dujo y otros objetos de madera de las Antillas.
5. Notas sobre la topografía de los dujos.
6. El arte prehistórico de las Antillas.
7. Los cemies de piedras de tres puntas o ídolos de las Antillas: una interpretación.
6. Ídolos de la fertilidad antillana y las ideas primitivas de la fertilidad de las plantas en otros lugares.
9. Los collares de piedra antillanos: algunas ideas de valor interpretativo.
10. Contemporaneidad de los collares y de las piedras acodadas.
11. Formas reptilianas de arte y la magia simpatética en las Antillas precolombinas.
12. Un plan para el estudio del arte primitivo desde el punto de vista antropológico.
13. Acerca del origen de los ornamentos. Un punto de vista psicofisiológico.

El repaso de estos temas nos permite apreciar cuán sugerentes son algunos de ellos, los que resultan también objeto de preocupación de los actuales arqueólogos, ya que aún no existe un criterio uniforme para explicar el simbolismo de algunas de esas piezas, como ocurre por ejemplo con las piedras de tres picos, los cinturones de piedra y las piezas acodadas.

Las piedras de tres picos hasta hace algunos años eran muy raras en Cuba, pero ya se conocen varios ejemplares, y bien sea

porque fueron traídas por los propios taínos de La Española, o producidas en nuestro territorio, algunas son tan bellas y complejas como las que existen en otras tierras antillanas

Las propias representaciones zoomorfas y antropomorfas, y la combinación de ambos motivos, bien en piezas pequeñas o de gran tamaño, como el ídolo de Bayamo, son aun objeto de estudio por parte de nuestros especialistas. Igual ocurre con los ídolos de madera, que fueron igualmente estudiados por Hostos. En Cuba, uno de los más representativos y mejor conocido, es el llamado *Ídolo del Tabaco*, procedente de Jauco, Maisí. Sin embargo, ¿cuántas hipótesis no existen aún acerca de su utilización en la comunidad que lo confeccionó, aspecto este en el que no se ponen de acuerdo nuestros arqueólogos? Se ha pensado que fue un tambor, una urna funeraria o un recipiente para depositar productos alucinógenos, como estima el arqueólogo Ramón Dacal Moure, dado el poco diámetro de su abertura superior, que impediría que las piezas más importantes en los ritos funerarios, como son los cráneos, pudieran pasar a través de la misma.

Hostos tuvo también una gran preocupación por la arqueología colonial de su país, tema sobre el cual preparó algunas publicaciones importantes. Igualmente se ocupó del aspecto histórico de la ciudad de San Juan, cuestión que trató en *Historia de San Juan, ciudad murada*, posiblemente su obra póstuma, y que fuera publicada por el Instituto de Cultura Puertorriqueña, en 1983.

En su correspondencia con el Dr. Aristides Mestre y Hevia, profesor titular de antropología de la Universidad de La Habana, Hostos y Ayala mostró una gran preocupación por los descubrimientos y nuevos trabajos arqueológicos realizados en Cuba.

Así, desde las primeras cartas de los años 1921 y 1922 de un epistolario que se prolongaría hasta 1938, manifestó su interés por conocer los trabajos arqueológicos del Museo Antropológico Montané y de las actividades "[...] llevadas a cabo por el Sr. M. R. Harrington, en Baracoa y en el Cabo (sic) Maisí —y si existe algún informe sobre el particular [...]" Mostró preocupación por obtener el trabajo del Dr. Luis Montané titulado "En la Sierra de Banao", donde dicho profesor da a conocer el resultado de sus excavaciones en la gruta del Purial, en Banao, provincia Sancti Spiritus, que condujeron a uno de los descubrimientos antropológicos más importantes realizados en Cuba en el siglo pasado.

La inclusión en la obra *Anthropological Papers*, de 1941, de una ficha bibliográfica del Dr. René Herrera Fritol, referente al estudio de las primeras pinturas rupestres y el ajuar ciboney, nos está indicando que Hostos se mantenía informado de los trabajos arqueológicos que se realizaban en Cuba, y que aquellos preliminares contactos con el Dr. Mestre tuvieron continuidad.

En el epistolario Hostos-Mestre, hemos encontrado una carta que el primero hubo de dirigir al Ing. Juan A. Cosculluela, con fecha 25 de agosto de 1923, en que solicitaba un ejemplar de la obra *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, acerca de la cual decía haber leído cálidos elogios.

Por encontrarse Cosculluela fuera de la ciudad de La Habana, la carta del arqueólogo e historiador dominicano es contestada por el Dr. Mestre en octubre 4 del referido año, aunque le anuncia que el libro se encuentra totalmente agotado y que: "El Dr. Cosculluela tiene el deseo de mandar imprimir otra nueva edición, y que en este caso el primer libro que saliera de la imprenta sería para Ud." Pasarían 47 años para poder disponer en Cuba de una nueva edición del renombrado libro, publicación que, aunque vino a llenar una necesidad para los estudios arqueológicos, es de lamentar que carezca de las interesantes ilustraciones que posee el texto original. Desconocemos también si de alguna forma pudieron los investigadores Cosculluela o Mestre satisfacer los deseos del arqueólogo dominicano.

En cuanto al valioso epistolario Hostos-Mestre, encontramos que en la carta de fecha 5 de marzo de 1922, el primero da las gracias porque se le haya nombrado socio correspondiente de la Sociedad Cubana de Historia Natural "Felipe Poey" y acepta gustoso contribuir a la sección de antropología con algún trabajo "cuando el tiempo lo permita", y agradece la noticia de la publicación de la obra *Cuba Before Columbus*, del arqueólogo M. R. Harrington. En esta carta solicita el trabajo de Montané ya referido. Manifiesta también que cree que "el Museo Montané de la Universidad de La Habana, pudiera conseguir del Museo del Indio Americano en Nueva York, vaciado en yeso de todos los objetos sacados por expediciones de esa institución [...]" Al respecto ya había expresado con anterioridad: "[...] Cuánto me alegraría verle a Ud. iniciar una campaña a favor de la promulgación de una ley prohibiendo la exportación de objetos arqueológicos de Cuba. Yo mismo lo conseguí para la república de Panamá en una conferencia que

tuve con el Presidente Porras en 1918 [...]"

Estas aspiraciones del investigador dominicano se verían curripidadas tan sólo después del año 1928, pues hasta esa fecha los gobiernos cubanos no se habían preocupado por la protección de nuestra riqueza artística e histórica.

Nosotros hemos pensado que quizás los antiguos decretos del gobierno de su país fueron conocidos ampliamente por Hostos, y ello le inspiró solicitar para Cuba una ley que prohibiera la exportación de objetos arqueológicos y artísticos.

En el decreto No. 4347 del 15 de diciembre de 1903 ya se declaran propiedad del Estado dominicano los objetos arqueológicos que se encuentran en el territorio de la república y que pertenecieron a los aborígenes, los cuales quedan declarados propiedad exclusiva de la nación "[...] y por tanto no pueden ser sacados del país, ni apropiados por segundos particulares".

Naturalmente, se conoce que en nuestras islas caribeñas, a lo largo de los años, instituciones extranjeras tanto estatales como particulares han encontrado la forma de burlar las leyes que protegían y protegen nuestro patrimonio, bien mediante sobornos al personal de aduanas, o sacando las piezas en forma ilegal, por lo que, una parte de esas riquezas se encuentra hoy lamentablemente en exhibición o pertenecen a los fondos de museos foráneos.

Con respecto a este tema, el historiador e incansable luchador antimperialista Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, siendo secretario de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, expresó en 1957 lo siguiente :

No se encuentran preceptos científicos sobre la materia en la constitución de 1901 ni en las reformas a la misma adoptadas en 1928, ni en los Estatutos para el Gobierno Provisional de 1933, ni en la Constitución de 1934 con sus adiciones y modificaciones posteriores, ni en las Normas Provisionales de Gobierno de 1935, ni en la Ley Constitucional de ese mismo año [...]

Es sólo en 1934 cuando se inicia una política gubernamental al respecto. A partir de esa fecha se declaran monumentos nacionales toda una serie de edificaciones y lugares, y en 1946, a propuesta de la Sección de Arqueología Aborigen de la Junta Nacional de Arqueología, se aprobaron las leyes oficiales que regulaban las exploraciones arqueológicas.

Todo este proceso culminó en Cuba en una forma muy favorable y significativa, cuando en 1977 la primera ley aprobada por la Asamblea Nacional de Poder Popular es precisamente la Ley de Protección del Patrimonio Cultural, la que respondía así verdaderamente a una vieja aspiración de la ciudadanía y de las personas amantes de la naturaleza y la cultura.

Debemos destacar que en nuestro país antes de 1959, uno de los defensores de esta acción había sido el doctor René Herrera Fritot, profesor de antropología de la Universidad de La Habana, quien realizó una verdadera labor de concientización al respecto, apoyando al Dr. Roig de Leuchsering en sus propósitos.

Finalmente, queremos destacar por su trascendencia y actualidad dos párrafos de sendas cartas de Hostos de fecha 5 de febrero de 1921, y 22 de julio de 1938, respectivamente. En la primera expresa lo siguiente:

Debemos al inglés Joyse (Museo Británico) y al americano Fewkes, las dos únicas intenciones de interpretación de dos especies de reliquias indígenas, el "collar" y el ídolo mamiforme, que han servido, durante años enteros de rompecabezas a los arqueólogos del mundo. Debemos al americano Spinder la única intenciona de determinación de sucesión en nuestros conchales. Yo he contribuido al análisis científico que se ha hecho sobre nuestra cerámica prehistórica. Pero el país no responde, el Gobierno no ayuda, la Universidad (Americana) enmudece. Estas circunstancias me hacen volver los ojos hacia Cuba y esperar de la Universidad de La Habana la realización de una obra cultural que demuestre a Europa, que hemos salido de la etapa emocional y que llegamos a las esferas del pensamiento científico.

Su visión antillana expresada en la misiva del año 1938 sobrepasa los límites nacionales, al entender a la universidad habanera como casa que:

[...] debiera atraer estudiantes de las demás Antillas. Teniendo como tienen nuestro muchachos, facilidades extraordinarias para educarse en las universidades norteamericanas, habla muy bien del prestigio de la Universidad de La Habana que los nuestros insistan en asistir a ella [...] El prestigio debe cultivarse. En este caso podría él servir de razón de acercamiento antillano. Al fin y a la postre nues-

tras islas tendrán que federarse [...] Una federación antillana podría evitar la muerte —mejor dicho, la gangrena blanca— de los miembros dispersos [...]

Adolfo de Hostos visita La Habana en 1942 y participa activamente en el Primer Congreso Nacional de Historia, donde expuso las investigaciones que se encontraba realizando desde el punto de vista metodológico histórico en el viejo San Juan y otras zonas del país. Había llegado a su madurez científica y arqueológica, estado que aprovecharía muchos años más.

Como resultado de su extraordinario trabajo nos dejó una amplia bibliografía de la cual ofrecemos una selección.

Hoy nos sentimos orgullosos de que este profesional haya estado en Cuba y nos dejara sus enseñanzas. Su obra y sus aportes al conocimiento de la cultura de los más tempranos pobladores del Caribe, debe ser objeto de atención y estudio por parte de nuestros especialistas en estas materias.

BIBLIOGRAFÍA DE ADOLFO DE HOSTOS SOBRE TEMAS ARQUEOLÓGICOS E HISTÓRICOS (SELECCIÓN)

- "Anthropomorphic carvings from the Greater Antilles", en *The American Anthropologist*. 1923.
- Antes que en Caparra, Ponce de León*. Santo Domingo, 1964.
- "Antillean fertility idols", en *The American Anthropologist*. 1924.
- "Antillean stone collars", en *Journal of the Royal Anthropology Institute*. 1926.
- Anthropological Papers*. San Juan, Imp. del Gobierno de Puerto Rico, 1942.
- Al servicio de Clío*. Imp. del Gobierno de Puerto Rico, 335 p.
- Contiene entre otros trabajos: "Historical sketch of land utilization and distribution in P. R. Notes on the Ethnology of the Arawak Indians of P. Rico" y "El índice histórico de Puerto Rico".
- "Auxiliares para la conservación de monumentos históricos", en *Semana*, San Juan, P. Rico, Nov. 23, 1955.
- "¿Dónde fondeó la flota de Colón en Puerto Rico?", en *Revista de Puerto Rico*. Septiembre, 1935.
- "Breves apuntes para la historia de la Gobernación de Puerto Rico", en *Diario de Puerto Rico*, enero 3 de 1949.
- Caribbean, born and bred*. N. York, Vintage Press Inc.
- Ciudad murada: Ensayo acerca del proceso de la civilización en la*

- ciudad española de San Juan Bautista de Puerto Rico, 1521-1898*. La Habana, Editorial Lex, 1948.
- Crecimiento y desarrollo de la ciudad de San Juan*. San Juan, P. Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1957.
- "El Fuerte de El Morro, como monumento histórico", en *Semana*, San Juan, P. Rico, Nov. 2, 1955.
- "El pilotaje de altura como lo practicaba Colón", en *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*. San Juan, Puerto Rico, 1960, p. 24-26.
- "Fortificaciones de San Juan de Puerto Rico", en *El Mundo*, San Juan, Oct. 24, 1939.
- Historia de San Juan, ciudad murada*. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1983, 590 p.
- Hombres representativos de Puerto Rico*. San Juan, P. R., 1961.
- Industrial application of Indian decorative motifs of Puerto Rico*. Philadelphia, The John C. Winston Co., 1939.
- Investigaciones históricas: I. Las excavaciones de Caparra; II. El fundeadero de Colón en Puerto Rico*. Imp. del Gobierno de Puerto Rico, Oficina del Historiador, 1938.
- "La conservación de casas y bateyes, como monumentos históricos", en *Semana*. San Juan, P. R., Dic. 21, 1955.
- "La Oficina del Índice histórico de Puerto Rico y su posible desarrollo", en *Primer Congreso Nac. De Historia*. La Habana, Vol. 1, 1942.
- "La vida y la obra de Cayetano Coll y Toste", en *Puertorriqueños ilustres*. N. York, Rep. de Isabel Cuchi Coll, 1957, 191 p.
- "Las ruinas de Caparra y las de Santa Fe de la Vera Cruz", en *Semana*. San Juan. P. R., sep. 19, 1956.
- "Nuevas evidencias acerca del descubrimiento de Puerto Rico", en *Semana*, San Juan, P. Rico, Nov. 16, 1953.
- "On the origin of ornament", en *American Journal of Physiological Optics*. Vol. 7, No. 3.
- "On the topography of certain wooden objects from West Indies", en *The American Anthropologist*. 1924.
- "Prehistoric art of the Antilles", en *The Puerto Rico World Journal*. 1940.
- "Prehistoric Puerto Rico Ceramics", en *The American Anthropologist*. 1919.
- Programa de la Feria de Industrias Nativas*. San Juan, P. R., 1938.
- "¿Quiénes somos los puertorriqueños?", en *Boletín*. Academia de Artes y Ciencias de Puerto Rico, Tomo 2, No. 2. 19.
- "Sinopsis de los factores del desarrollo cultural durante el período colonial español", en *Semana*. San Juan, P. R., mayo 1, 1957.
- "Sobre la necesidad de un nuevo instrumento de investigación para el americanista", en *Miscelánea Paul River*. Octogenario Dicata, XXXI Congreso Internacional de Americanistas, UNAM, 1958.
- "The Status of the borinquean under Spanish sovereignty", en *Acta Americana*. Los Angeles, California, 1946. Vol. 4, p. 239-252.
- "Three pointed stone zemi", en *The American Anthropologist*. 1923.
- Tras las huellas de Hostos*. San Juan, Editorial Universitaria, 1966.
- Una colección de arqueología antillana*. San Juan, Puerto Rico, 1957 (cuidadosamente ilustrada).
- "Valor de la cultura indígena", en *América Indígena*. México, D. F., Enero de 1943, Vol. III, No. 1, p. 49-54.
- "West Indian hydrography on its relations to prehistoric migrations", en *Journal of the Royal Anthropology Institute*. 1922.





El anuario donde la arqueología del área caribeña tiene espacio protagónico. Publicado por la Casa del Caribe, como extensión de la revista *Del Caribe*, con el apoyo de Taraxacum S.A.



Dirija sus solicitudes a:

En Cuba, enviar giro postal por valor de 7.00 pesos, m.n. a:

Jorge Ulloa Hung
Casa del Caribe
Calle 13 No. 154 esq. a 8
Reparto Vista Alegre
CP. 90400
Santiago de Cuba
Teléfono (53) (226) 42285
Fax (53) (226) 42387

En el extranjero, envíe su solicitud de suscripción a:

Elegua Project, 7171 Torbram Rd,
Suite 51. Mississauga (Toronto) ON
Canada L4T 3W4
Teléfono 905-678-0426
Fax 905-678-1421
E-mail: cancuba@pathcom.com

El valor de cada ejemplar es de 12.00 USD para individuos y de 18.00 USD para instituciones.



En la cubierta se reproduce una vasija angular o de dos cuerpos, restaurada, que procede del nivel 0,00-0,30 m del yacimiento agroceramista

Ventas de Casanova, Santiago de Cuba.

Su diámetro aproximado es de 30 cm; las dos representaciones antropomorfas proyectadas por encima del borde, a manera de asas, son características de la cerámica aborigen de las Antillas Mayores.

Forma parte de los fondos del Museo de Arqueología de la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba, donde aparece bajo la clasificación 3-9.

